LIBRO : 2

LOCAL



2

JUGADOR

VISITANTE



DIOSES DEL JUEGO

THE DEFENDER

POR ELLA, TODO VALE

ANA HUANG

CROSS BOOKS

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Lista de reproducción

Advertencia de contenido

Nota de la autora

1. Vincent

2. Brooklyn

3. Vincent

4. Vincent

5. Brooklyn

6. Vincent / Brooklyn

7. Vincent

8. Vincent

9. Brooklyn

10. Vincent

11. Brooklyn

12. Vincent

13. Brooklyn

14. Brooklyn / Vincent

15. Brooklyn

16. Vincent

17. Brooklyn

18. Vincent

19. Vincent

20. Brooklyn

21. Brooklyn

22. Vincent

23. Brooklyn

24. Vincent / Brooklyn

25. Brooklyn

26. Vincent / Brooklyn

27. Vincent

28. Brooklyn

29. Vincent / Brooklyn

30. Vincent

31. Vincent

32. Brooklyn

33. Brooklyn

34. Vincent

35. Brooklyn

36. Brooklyn

37. Vincent

38. Vincent

39. Brooklyn

40. Brooklyn / Vincent

41. Brooklyn

42. Vincent

43. Brooklyn

44. Brooklyn

45. Vincent

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

THE DEFENDER

Por ella, todo vale

Ana Huang

Traducción de María Brotons y Alicia Botella



Para encontrar a tu persona refugio

Lista de reproducción

Natural, Imagine Dragons
Crush, Jennifer Paige
Baby Boy, Beyoncé *ft.* Sean Paul
Dangerous, Limi
Eyes Don't Lie, Isabel LaRosa
Feels, Kiiara
Breathless, The Corrs
Finally Found You, Enrique Iglesias *ft.* Sammy Adams
Ruin My Life, Zara Larsson
Talk That Talk, Rihanna
Digital Get Down, *NSYNC
Here Without You, 3 Doors Down
Photographs, Rihanna
Meet Me Halfway, Black Eyed Peas
Hanging By A Moment, Lifehouse
Clarity, Zedd *ft.* Foxes

Advertencia de contenido

En esta historia hay contenido sexual explícito, violencia y temas que pueden herir las sensibilidades de algunos lectores.

Nota de la autora

Por favor, ten en cuenta que se han modificado ciertos detalles del calendario de la Premier League por el bien de la historia.

Con la excepción de los equipos ficticios de este universo, se habla únicamente de los clubs por el nombre de la ciudad y no por el nombre oficial del equipo. Por ejemplo: Madrid en lugar de Real Madrid y Manchester en lugar de Manchester United o Manchester City.

1

Vincent



En mi defensa, el *pub* no tenía una regla explícita que dijera que estaba prohibido entrar con cerdos en miniatura. El propietario era muy estricto con su política de prohibición de cámaras y peleas, pero ¿qué decir de los adorables acompañantes porcinos? Ni una sola advertencia hasta que vio a Trufa en mis brazos y se puso hecho una fiera asegurando que los animales eran «antihigiénicos».

Era irónico, teniendo en cuenta que su *pub* se llamaba Angry Boar, que significa literalmente «jabalí enfadado». Cabría pensar que sería más comprensivo con los cerdos.

—No es culpa tuya —le dije al minicerdo que tenía acurrucado en los brazos—. A Mac no le gusta ningún ser vivo, ni humano ni animal. Además, seguro que estás más limpio que la mitad de la gente que hay ahí.

Trufa resopló mostrando su acuerdo.

—Adiós a nuestra gran noche —gruñó Adil—. Hemos ganado el primer partido de la temporada contra el Holchester... —Se oyó un

previsible coro de abucheos ante la mención de nuestro eterno rival —. Y, en lugar de celebrarlo, estamos aquí fuera pasando frío. Literalmente.

Mi equipo estaba en la acera delante del *pub* intentando decidir qué hacer a continuación. Hasta ese momento, solo estábamos de acuerdo en que los cerdos eran adorables y en que las reglas del *pub* eran una mierda.

—¿Y de quién es la culpa? Le dije a DuBois que no trajera a Trufa. —Stevens me señaló—. Es mi mascota, pero nuestro querido capitán decidió convertirlo en la mascota del equipo.

—Privilegios de capitán —respondí con una sonrisa—. Puedo convertir a cualquiera en mascota del equipo, así que ten cuidado con esa boquita o en el partido de la semana que viene llevarás un disfraz en lugar del equipamiento.

Los abucheos de antes se transformaron en risas y bromas bienintencionadas. A Stevens se le enrojecieron las orejas, pero se tomó bien mis palabras, como sabía que haría.

Solo me estaba metiendo con él. Mi papel como capitán del Blackcastle, uno de los mejores equipos de fútbol de la Premier League, incluía muchas cosas: dar charlas al equipo, hacer de intermediario entre la directiva y los jugadores y asegurarme de que estos neandertales se comporten tanto dentro como fuera del vestuario... Pero no incluía elegir la mascota del equipo. Al menos, no de manera oficial.

¿Extraoficialmente? Tenía el poder de elevar a la mascota de cualquiera al prestigioso puesto de mascota del equipo. Esa noche, el honor le pertenecía a Trufa, el cerdo más adorable que jamás se haya visto.

—Vale, ya basta con el cerdo —dijo Adil—. ¿Dónde seguimos la fiesta? ¿En tu casa? ¿En otro *pub*? ¿En el Neon?

—¿Y si vamos al Legends? —Asher propuso un famoso bar deportivo estadounidense cuya sucursal de Londres eran tan popular como la de Nueva York—. Conozco al propietario. Puedo conseguir fácilmente una sala privada a última hora.

—Sí al Legends, pero no a la sala privada —respondió Stevens—. No es por ofender, tíos, pero no quiero que mi noche se convierta en una fiesta de salchichas. Preferiría conocer a algunas tías.

—Allí conocerás algunas, pero no sabrás qué hacer con ellas —se burló Adil.

—Vaya, es curioso que lo digas tú. ¿Cuándo fue la última vez que tuviste una cita?

—Pues, de hecho...

Una notificación de mi móvil me distrajo de su absurda discusión.

«Recordatorio: EL DÍA (No contactar)».

Joder. Ya era medianoche, lo que significaba que era 3 de octubre. EL DÍA.

Con todo el estrés previo al partido contra el Holchester y el subidón de la victoria, casi lo había olvidado.

Se me revolvió el estómago y todo el interés por la celebración de esa noche desapareció.

Me había puesto el recordatorio anual cinco años antes. Había sido un acto de masoquismo, teniendo en cuenta que no podía hacer nada al respecto, no sin herir a mis seres queridos. De ahí la nota de «no contactar».

Pero necesitaba pruebas de que estaba ahí, de que podía hacer algo al respecto si quería. La cuestión era... ¿quería?

Trufa dejó escapar un leve chillido. Joder. Estaba apretando al pobrecillo con tanta fuerza que había empezado a retorcerse.

—Lo siento, amigo. —Aflojé el agarre, pero seguía teniendo un nudo en la garganta.

Sería muy fácil. Tenía toda la información guardada en el móvil, solo tendría que...

—DuBois, ¿te animas? —La voz de Asher interrumpió mi torbellino mental.

Levanté la cabeza.

—¿Qué?

—Al Legends. ¿Te apuntas?

—Eh... —Intenté pensar por encima del zumbido de mis oídos. Era curioso lo mucho que podía cambiar mi estado de ánimo con un único recordatorio—. No, id vosotros. Yo doy la noche por terminada.

Asher frunció el ceño.

—¿Estás bien? Te veo un poco pálido.

—Estoy bien, solo un poco cansado. Supongo que es el bajón de la adrenalina.

No pareció convencido.

—Avísame si estás a punto de tener un infarto o algo. Scarlett nunca me perdonaría que te dejara morir en mitad de la calle.

Esbocé una leve sonrisa. Además de ser el delantero estrella del equipo, también era el novio de mi hermana Scarlett.

Hubo un tiempo en el que Asher y yo éramos grandes rivales, pero acabamos desarrollando una amistad inesperada después de que se pasara del Holchester al Blackcastle y de que empezara a salir con mi hermana. Estaba convencido de que ella a veces lo usaba para espiarme porque, bueno, es mi hermana y las hermanas son entrometidas por naturaleza.

—Te prometo que no voy a caerme muerto. —A regañadientes, devolví a Trufa a Stevens. Lo adoptaría para todo el fin de semana, pero ya lo había secuestrado de las manos de sus padres cuando

Stevens los había traído para presentarlos al equipo—. Nos vemos el lunes, ¿vale? Pasadlo bien en el Legends.

Los demás jugadores se quejaron de que los abandonara, pero no me impidieron coger el siguiente taxi para ir a casa.

Me dejé caer en el asiento trasero y le di mi dirección al taxista. Por suerte, o no me reconoció o prefirió no montar escándalo y empezó a conducir sin hacer ninguna pregunta.

«EL DÍA (No contactar)».

Me pasé una mano por la cara. No podía eliminar ese recordatorio de mi cerebro y odiaba que me afectara tanto después de tantos años. Más que eso, me odiaba a mí mismo por permitir que tuviera ese poder desde el principio.

Me vibró el móvil. Me enderecé de golpe con el pulso disparado alcanzando niveles peligrosos. Era muy improbable, pero quizá...

No. Solo era Scarlett.

Me pasé la mano por la cara de nuevo y respiré hondo antes de responder.

—Lo has cogido. —Su sorpresa fue evidente y su voz sonó por encima de las risas y lo que parecía un camión de fondo—. Creía que todavía estarías por ahí con el equipo.

—No. —Me esforcé por adoptar un tono tranquilo—. Se han ido al Legends, pero a mí no me apetecía y estoy volviendo a casa.

—¿Desde cuándo dejas pasar la oportunidad de irte de fiesta?

—Desde que ya no tengo veintiún años.

—Por favor, no te hagas el adulto cuando este verano te has pasado dos semanas enteras en Ibiza.

—Oye, no sabes lo que hice en Ibiza. No hagas suposiciones.

—Todo el mundo sabe lo que hiciste, Vincent. Salió en la prensa rosa.

—Sí, porque la prensa rosa es conocida especialmente por contar toda la verdad.

Scarlett resopló, pero suavizó la voz para la siguiente pregunta.

—¿Cómo lo llevas?

Se me hundieron los hombros. Claro. Por eso me había llamado. Era la única otra persona en el mundo que conocía mi fijación por el 3 de octubre.

—Bien —mentí—. Apenas he pensado en ello. Estaba demasiado distraído por el partido de hoy.

Hay que reconocerle que fingió tragarse mi mentira descarada. No creo que esperara que le dijera la verdad, solo quería asegurarse de que supiera que podía contar con ella si entraba en bucle.

—Bien —respondió—. Estoy aquí por si me necesitas.

—Lo sé. Te quiero, hermanita.

—Y yo a ti, idiota.

Sonreí al oír su habitual despedida, pero mi sonrisa se desvaneció poco después de colgar. Ojalá me pareciera un poco más a Scarlett en estas cosas. A ella no le importaba una mierda su versión del 3 de octubre, pero ¿a mí? Me obsesionaba con ella una o dos veces al año.

Por fin llegué a casa. Le pagué al conductor y bajé de un salto. La gravilla crujió bajo mis pasos.

Muchos de los jugadores preferían vivir en las afueras de Londres para tener más espacio y privacidad, pero yo había elegido una casa elegante de cinco habitaciones en pleno centro de la ciudad. El silencio excesivo invitaba a pensamientos indeseados.

Llegué a la puerta de entrada dispuesto a introducir el código de seguridad cuando un movimiento captó mi atención. Se me erizó el vello de la nuca.

La puerta de la verja ya estaba abierta.

Se balanceaba con la brisa nocturna con un movimiento tan sutil que se me habría pasado por alto si no hubiera estado tan cerca. Un crujido atravesó el silencio.

Creía que la había cerrado al marcharme por la mañana, pero era posible que mi memoria me estuviera jugando una mala pasada. El sistema de seguridad me habría avisado si alguien hubiera intentado entrar a la fuerza, ¿verdad?

Accedí al jardín delantero y cerré firmemente detrás de mí. Contuve el aliento mientras me acercaba a la puerta de la casa, agarré el pomo y lo giré.

No se movió.

Dejé escapar un suspiro de alivio. Se me habría olvidado cerrar la verja.

Una vez dentro, encendí la luz y me planteé si ver la tele o jugar a un videojuego antes de acostarme. Estaba demasiado alterado para dormir y necesitaba distraerme.

Dejé caer las llaves en el plato que tenía junto a la puerta y me disponía a ir a la habitación de videojuegos cuando algo me llamó la atención por segunda vez esa noche.

Había una cajita junto al llavero. Estaba envuelta en un papel marrón y atada con una cinta roja. No parecía haber ninguna nota, nada que indicara quién la había dejado ahí porque estaba completamente seguro de que no había sido yo.

Noté un sabor metálico en la lengua. Se me erizó el vello de la nuca de nuevo en una advertencia frenética, pero me pudo la curiosidad.

Abrí la caja.

Observé el contenido, incapaz de creer lo que veían mis ojos.

—¿Qué cojones?

2

Brooklyn



—No, no, no. No me hagas esto. Venga ya. —Empecé a darle golpes a mi móvil como si eso fuera a recargar la batería, pero no hubo suerte. Pude echar un último vistazo rápido a mi fondo de pantalla de frutas color pastel antes de que todo se volviera negro—. Joder.

Era mi merecido por pasarme todo el camino en taxi hacia la casa de mi padre enganchada a las redes sociales y por no cargar el móvil antes de salir de casa.

Ya casi estaba llegando y normalmente no me agobiaría tanto, pero estaba esperando una llamada de mi madre. Me dijo que tenía algo importante que contarme, y conseguir dar con ella por teléfono solía ser más difícil que intentar colarse en las oficinas del servicio de inteligencia británico. Si no le respondía hoy, probablemente no sabría nada de ella hasta dentro de dos meses.

—Ya estamos. —El serio conductor me dejó delante de una casa familiar de estilo georgiano. No era un tipo muy simpático, pero no

me habló y me dejó en mi destino de una pieza, así que cinco estrellas.

Le di las gracias y, al salir del coche, mi preocupación por no responder a la llamada de mi madre fue reemplazada por un estómago lleno de nervios. Revoloteaban dentro de mí como un enjambre de abejas listo para explotar y, cuanto más me acercaba a la puerta, más fuerte zumbaban.

¿Era extraño sentirse tan ansiosa por una cena con mi padre? Tal vez, pero la realidad era que, después de un año y medio viviendo en la misma ciudad, mi padre seguía siendo como un extraño. Sabía que me quería a su manera, pero todas nuestras conversaciones seguían girando alrededor de fútbol o cosas más banales.

Supongo que era algo inevitable cuando ambos trabajábamos para el Blackcastle, yo como becaria de nutrición deportiva y él como entrenador y director (sí, mi padre era Frank Armstrong).

Entendía por qué hablaba por defecto de trabajo cuando estábamos juntos, pero esperaba que esta noche por fin pudiéramos trabajar en nuestro vínculo padre-hija.

Llamé al timbre. Mi padre abrió la puerta en tiempo récord.

—Vaya. Qué elegante. —Examiné su traje y su corbata. Odiaba los trajes y las corbatas. Me halagaba que se estuviera esforzando tanto, pero ahora sentía que mi jersey y mis vaqueros eran inapropiados—. Te queda muy bien, pero el código de vestimenta del restaurante no es tan estricto.

Frunció el ceño. Una expresión confusa se dibujó en su rostro antes de que la arruga entre sus ojos se volviera más profunda.

—Mierda.

El estómago me dio un vuelco.

—Lo habías olvidado.

Debería habérselo recordado ayer, pero había llamado para decir que estaba enferma y me había perdido el partido contra el Holchester (aunque luego lo vi por internet). No le gustaba recibir mensajes ni llamadas, así que aprovechaba el tiempo que pasábamos juntos en el trabajo para hablar con él.

—No. Está en mi calendario. No he olvidado la cena, pero he olvidado llamarte para decirte que tenemos que posponerla. —Su expresión reflejaba que preferiría meterse en la guarida de un león que mantener esta conversación—. Vuk está en la ciudad y quiere que nos veamos esta noche para hablar sobre temas del equipo. He intentado escaquearme, pero no he podido.

Vuk Markovic era el dueño del Blackcastle. Vivía en Nueva York y no solía preocuparse por el equipo, pero cuando venía a Londres todo el mundo se esforzaba por hacerle un hueco.

—Ah. —Forcé una enorme sonrisa—. Lo entiendo perfectamente. Podemos quedar otro día. No pasa nada.

—Lo siento. —Un atisbo de disculpa suavizó la voz ronca de mi padre—. Quería decírtelo antes, pero me he entretenido preparando la reunión. Todo ha surgido a última hora.

—No pasa nada. —Mi voz se volvió más aguda en la última sílaba y parpadeé para contener un ardor alarmante detrás de los ojos. ¿Qué me pasaba? No podía estar a punto de llorar por una cena pospuesta cuando había pasado por cosas mucho peores sin siquiera inmutarme—. Lo entiendo. De verdad. Tendremos muchas oportunidades para cenar más adelante. El trabajo es más importante. —Carraspeé y agité mi móvil en el aire—. ¿Te importa si entro a cargar esto un rato? No tiene batería y estoy esperando una llamada de... de una persona.

Casi dije «mamá», pero mencionarla era la forma más rápida de arruinar la conversación.

—Adelante. Tengo que salir, pero siéntete como en casa. —Me entregó un fajo de billetes—. Puedes pedir comida si quieres.

—Gracias.

Nos dimos un abrazo incómodo de despedida. Luego se fue y me quedé sola en el silencio.

Me tragué el nudo que tenía en la garganta. Nada de llorar. No me importaba que no hubiera nadie para verlo. Si lloraba por algo tan estúpido como una cena, nunca me lo perdonaría.

Respiré hondo, enderecé los hombros y subí al piso de arriba, donde encontré un cargador en el despacho de mi padre. Para cuando conecté el teléfono, ya había encerrado mis emociones rebeldes en una caja, donde debían estar.

El dinero que me había dado me ardía en el bolsillo, pero ya no tenía hambre.

Revisé el móvil. Ya tenía suficiente batería para encenderse, pero no había llamadas perdidas. En San Diego eran ocho horas menos que en Londres, así que allí aún era temprano, pero no podía quedarme esperando a mi madre toda la noche.

Decidí llamarla. Como era de esperar, mi llamada se fue directa al buzón de voz.

—Hola, mamá, soy yo. Solo quería saber de ti, ya que me dijiste que querías hablar hoy. Mmm... Probablemente estés ocupada con Harry y Charlie, pero llámame cuando escuches esto. —Harry y Charlie eran mi padrastro y mi medio hermano, respectivamente—. Y salúdalos de mi parte. Bueno, adiós. —Colgué y eché la cabeza hacia atrás con un gruñido—. Soy una pringada.

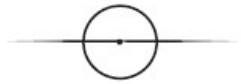
Era una joven guapa y soltera en Londres y mi plan de domingo eran mis padres, que ni siquiera estaban conmigo.

—A la mierda. —Me enderecé y mi autocompasión se convirtió en una repentina ola de motivación.

Tenía amigos. Tenía una vida. ¿Por qué estaba lloriqueando como una adolescente castigada?

Volví a revisar el móvil. Veinticinco por ciento de batería. «Suficiente».

Lo desenchufé y me fui.



Treinta y cinco minutos después, llegué a una de las mansiones más lujosas de Londres. La enorme bestia blanca de cuatro pisos ocupaba un lugar privilegiado en el vecindario más caro de la ciudad y, por muchas veces que la visitara, nunca dejaba de impresionarme lo grandiosa que era.

Solo lo mejor para el mundialmente conocido futbolista Asher Donovan y su novia, Scarlett DuBois, quien además era una de mis mejores amigas.

Scarlett y yo nos conocimos justo después de mudarme a Londres, cuando me salvó de un posible atracador frente a una discoteca. Ella empujó al tipo, yo lo golpeé con mi bolso, y desde entonces éramos como uña y carne.

—¡Brooklyn! —Su rostro se iluminó al abrir la puerta y verme—. Esto sí que es una sorpresa.

—Perdón por aparecer sin avisar. Espero que no te pille en mal momento. Mi padre ha cancelado la cena y ayer dijiste que tenías antojo de las tartaletas de fruta de esa panadería que te gusta, así que... —Le mostré la característica bolsa con rayas rosas de la panadería—. No vengo con las manos vacías.

—No es un mal momento. Y no tenías por qué traer un regalo, aunque no voy a rechazarlo. Y siento lo de la cena. —La voz de

Scarlett se suavizó—. Sé que tenías muchas ganas.

—Es lo que hay. —Ya estaba invadiendo su domingo; no había necesidad de aburrirla con mi trauma.

Había considerado la idea de irme sola a un *pub* después de salir de casa de mi padre, pero no tenía ganas de lidiar con hombres. Prefería mil veces estar con amigas.

Por suerte, Scarlett no parecía molesta por mi aparición repentina. Hablaba animada mientras me guiaba por la casa, que por dentro era tan opulenta como por fuera.

Scarlett era el tipo de chica que prefería *fish and chips* en lugar de fuagrás y las mallas a la alta costura, pero vivía con Asher, el rey del lujo. De hecho, esta era su segunda casa en la zona. Su otra mansión estaba en las afueras de Londres, pero quedaba demasiado lejos del trabajo de Scarlett, así que había decidido comprar algo más cerca del centro de la ciudad.

Mis cejas salieron disparadas hacia arriba cuando pasamos junto a lo que parecía una obra dentro de la casa. Había tablones de madera por el suelo y un montón de herramientas pesadas que parecían capaces de causar un buen destrozo si no sabías manejarlas.

—¿Aún estáis con la reforma? Pensaba que ya había terminado.

—Yo también lo pensaba —respondió Scarlett con ironía—. Pero el estudio no ha quedado como lo imaginamos, así que hay que hacer algunos ajustes. Además, Asher quiere añadir una sala de juegos, así que estaremos en obras al menos dos meses más.

Scarlett era una ex *prima ballerina* convertida en profesora en la prestigiosa Royal Academy of Ballet, también conocida como RAB, pero fue Asher quien insistió en instalar un estudio de *ballet* privado en su nueva casa. Ese hombre estaba tan perdidamente enamorado de ella que resultaría alarmante si no fuera tan adorable.

—¿Sala de juegos? Qué lujos... —bromeé—. Deberías pedirle que construya un *spa* que incluya personal y esté abierto a amigos y familiares. Lo haría. Sabes que lo haría.

—No voy a pedirle a mi novio que monte un *spa* en casa. No sería muy práctico, ¿no crees?

—Ese es el problema que tenéis los británicos. Os centráis en lo práctico y muy poco en lo divertido. ¿Qué sentido tiene salir con un futbolista famoso si no puedes darte algún capricho extravagante?

Scarlett me dio un pequeño empujón con la cadera.

—Entonces sal tú con un futbolista y pídele el *spa*.

Entramos a la sala de estar, donde nos dejamos caer en nuestro sofá favorito y compartimos una de las tartaletas. Yo comía sano la mayor parte del tiempo, pero no me oponía a un capricho ocasional.

—Tentador, pero me temo que te has hecho con el único bueno del grupo. —Había estado rodeada de atletas toda mi vida. Incluso había salido con algunos. A menos que te gustaran el miedo al compromiso, las infidelidades y la manipulación psicológica, lo mejor era evitarlos.

—¿Quién es el único bueno del grupo? —Asher apareció en la entrada. Tenía el pelo húmedo, la piel sudada y era tan increíble y devastadoramente guapo que dolía un poco mirarlo.

Pero de forma puramente objetiva. Aunque no estuviera saliendo con una de mis mejores amigas, no me interesaría. No era mi tipo, como dije, no salía con atletas, pero sabía apreciar un buen ejemplar cuando lo veía.

Se acercó a nosotras.

—Tú —dijo Scarlett, inclinando la cabeza hacia atrás para que la besara en los labios—. Estamos hablando de salir con futbolistas.

—¿Ah, sí? —Asher me miró con diversión—. No sabía que estabas explorando ese mercado, Brooklyn.

—No lo estoy, por eso he dicho que Scarlett tiene al único bueno. No pretendo ofenderte, pero preferiría morirme antes que salir con alguno de tus compañeros de equipo.

Asher soltó una carcajada.

—Como alguien que tiene que compartir vestuario con ellos, no te culpo. —Se sentó al otro lado de Scarlett. Intercambiaron una sonrisa, una de esas tan íntimas y cómplices que solo puede existir entre dos personas que ya han imaginado un «para siempre» juntos.

Se me formó otro nudo en la garganta.

Estaba feliz por Scarlett. Era una de las personas más amables que conocía y había atravesado muchas dificultades, incluyendo un accidente de coche que terminó prematuramente con su carrera soñada. Se merecía el amor verdadero.

Pero verla con Asher solo resaltaba lo perdida que me sentía últimamente. El problema no era la falta de romance en mi vida; solo quería ser la prioridad de alguien. Tener un ancla. Saber que había una persona que sería mi primera llamada si todo se fuera a la mierda, y que yo sería la suya.

Amaba a mis amigas. Siempre me apoyaban y yo a ellas, pero también tenían otras prioridades. En cuanto a mi familia..., bueno, esa era una historia completamente diferente que prefería dejar apartada.

Me sentía como un globo flotando sin rumbo en medio de la multitud mientras todos a mi alrededor encontraban sus amarres.

Y lo detestaba.

El sonido del timbre interrumpió mi lento descenso hacia la autocompasión.

—Debe de ser la comida. —Asher se puso de pie—. Ya voy.

—No, vosotros quedaos aquí. Ya voy yo. —Me levanté de un salto, agradecida por la oportunidad de hacer algo que no fuera sentir

lástima por mí misma—. Además, necesito estirar las piernas. —Me fui antes de que pudieran responder.

Tal vez debería irme a casa después de entregarles la comida. No quería ser esa amiga que aparece sin avisar, se come su comida y luego se va.

Además, ¿qué era más triste? ¿Pasar el domingo por la noche sola en casa de tu padre o ser la sujetavelas de tu amiga y su novio?

Mejor ni pensarlo. No quería saberlo.

Después de equivocarme dos veces de camino —esa casa era como un laberinto—, llegué al vestíbulo. Abrí la puerta esperando encontrarme con un repartidor cualquiera.

En su lugar, me recibió un rostro inquietantemente familiar: una piel ligeramente oscura, unos ojos marrones y unos labios carnosos que se curvaron lentamente en una sonrisa que dejaría embelesadas a la mayoría de las mujeres.

Palabra clave: mayoría.

Mi sonrisa desapareció.

—Vaya. Eres tú.

3

Vincent



—No te alegres tanto de verme, mimosa. Me haré una idea equivocada. —Reprimí una carcajada al ver que Brooklyn ponía los ojos en blanco.

No esperaba que abriera la puerta de casa de mi hermana, pero tampoco iba a quejarme. Picarme con ella era una de mis mayores alegrías en la vida desde que nos conocimos tras un partido benéfico el verano anterior. Ya era amiga de Scarlett antes, pero entonces todavía no sabíamos que iba a hacer prácticas en el Blackcastle.

Su incorporación al equipo fue una grata sorpresa, aunque no tanto su relación con el entrenador, ya que lo único peor que intentar no pasarse con la hija del entrenador era intentar no pasarse con la hija buenorra del entrenador.

Su cabello largo, rubio y ondulado brillaba como el oro bajo la luz del sol. Tenía unos enormes ojos azules, labios carnosos y unas adorables pecas en la nariz. Era como si Dios la hubiera enviado

específicamente para ponerme a prueba..., ponernos. Al equipo en general.

—Al parecer, se te da tan mal leer expresiones como leer las jugadas del Holchester. —Arqueó una ceja—. ¿Qué pasó ayer con Lyle?

—Vaya, decides comentar la única vez que lo dejo marcar. No olvides que ganamos el partido de ayer.

—Gracias a Asher.

—¿Tu jefe sabe lo malos que son tus análisis del partido? Porque todo el personal del Blackcastle debería tener conocimientos básicos de fútbol, algo de lo que tú claramente careces.

—¿Es un mal análisis si te digo que calculaste mal el pase de Lyle y la cagaste con la intercepción?

—Vaya, no me había dado cuenta de que me observabas con tanta atención durante los partidos. —Me llevé una mano al pecho—. Me siento halagado. De verdad.

—Por favor, trabajo para el equipo. Mi trabajo consiste en vigilar de cerca a todos los jugadores.

—Ah, ¿sí? En ese caso, ¿qué estaba haciendo Stevens en el minuto quince del primer tiempo?

—Su trabajo, a diferencia de ti.

No creía que hubiera nada capaz de hacerme reír ese día, pero la carcajada que salió de mi boca fue tan sincera como inesperada.

Brooklyn podía tener un aspecto angelical, pero tenía la lengua de una víbora. Era una combinación extrañamente atractiva.

No debería disfrutar tanto peleando verbalmente con ella. Era la hija del entrenador, lo cual significaba que su padre me arrancaría las pelotas si la miraba de un modo inapropiado. Además de eso, era una de las mejores amigas de mi hermana, e implicaba que Scarlett

también me arrancaría las pelotas si la miraba de un modo inapropiado. Demasiado peligro potencial para una sola chica.

El problema era que nunca me había gustado jugar en terreno seguro.

Los labios de Brooklyn se curvaron y bajó la mirada a las bolsas de comida para llevar en mis manos.

—¿Le has robado al repartidor por el camino?

—No se considera robo si me ha entregado la comida por voluntad propia.

Por pura coincidencia, había llegado al mismo tiempo que la comida a domicilio que habían pedido Asher y Scarlett, así que me había ofrecido a llevársela yo mismo. El repartidor había accedido y, acto seguido, me había pedido un *selfie*. Yo había aceptado y todos contentos.

—¿Vas a dejarme pasar o estás esperando a que se enfríe la comida? —espeté.

Arrugó la nariz, pero se hizo a un lado.

—¿Scarlett sabía que venías?

—No, pasaba por aquí por casualidad.

Era mentira. Nadie iba por ese barrio por casualidad, pero me había pasado el día oscilando entre el miedo, la ira y la confusión. Si no le contaba pronto a alguien lo que había sucedido, iba a explotar.

Tras abrir la cajita anoche o, más bien, esta mañana, había hecho la maleta inmediatamente y me había buscado un hotel. No sabía cuáles eran las intenciones del responsable del «regalo», pero no iba a volver a casa hasta que cambiara la cerradura y mejorara el sistema de seguridad. Más valía prevenir que lamentar.

Brooklyn y yo entramos en el salón. Asher fue el primero en verme.

—Joder, DuBois, ¿ya me echabas de menos? Te vi ayer. —Negó con la cabeza—. Te estás volviendo muy pesado.

—Vete a la mierda. He venido a ver a mi hermana. Eres como la verruga de un sapo que, por lo demás, es adorable. Algo indeseado, pero que viene con el *pack*.

—Comportaos, chicos —advirtió Scarlett, aunque tenía una chispa de diversión en la mirada.

Dejé la comida sobre la mesa de café y les expliqué lo que había pasado con el repartidor.

Asher y Scarlett habían pedido comida suficiente para alimentar a un pueblo entero, aunque la mayoría eran cosas saludables como pollo a la parrilla y verduras. Teníamos que andarnos con cuidado con la dieta durante la temporada, así que la única comida «divertida» era cortesía de Scarlett.

—En realidad, creo que me marcho —dijo Brooklyn cuando intenté pasarle un plato.

—¿Qué? Pero si acabas de llegar —protestó Scarlett.

—Lo sé, pero ya he comido, así que no... —Brooklyn se interrumpió y miró su móvil con el ceño fruncido.

Dejé el plato y me recosté. Mi radar de mentiras sonó como la alarma de un parque de bomberos. Brooklyn vivía demasiado lejos para haberse pasado solo para un momento y no era de las que se marchaban de un plan social solo porque no pudiera participar en la actividad. Era la chica que de repente decidía dejar el alcohol durante un mes en verano y, aun así, aguantaba más que todos en la discoteca.

Algo iba mal. ¿Qué había visto en su móvil? ¿Era un tema laboral o personal?

Y, lo más importante, ¿a mí qué más me daba?

—Lo siento, tengo que irme, pero luego te escribo, ¿vale?

Le dio un abrazo de despedida a Scarlett. Su mirada se cruzó brevemente con la mía por encima del hombro de mi hermana. Un estremecimiento de... algo indefinible me recorrió la sangre.

Abrí mi botella de agua y tomé un sorbo para tragarme el impulso repentino de pedirle que se quedara.

A continuación, se marchó y no dejó más que un rastro de perfume en mis pulmones.

Asher y Scarlett llevaron la mayor parte de la conversación mientras comíamos. Ninguno preguntó por qué me había presentado sin avisar, pero sin Brooklyn presente para animarme, el peso de las últimas veinte horas volvió a caerme sobre los hombros.

Finalmente, cuando estábamos terminando de comer, hablé.

—Chicos, tengo que contaros algo, pero no podéis asustaros.

Scarlett dejó el tenedor y me miró con una mezcla de intriga y cautela.

—Vale...

Les hice un breve resumen de lo que había pasado desde que me separé del equipo la noche anterior.

—Y luego abrí la caja y vi esto.

Saqué el objeto de mi bolsillo y lo dejé sobre la mesa.

Asher y Scarlett lo observaron fijamente con expresiones de desconcierto similares a la mía cuando lo vi por primera vez.

Era un muñeco. Un muñeco grande de mí hecho de ganchillo muy bien detallado, con el pelo rapado, ojos negros de botón y el equipaje completo del Blackcastle. En lugar de mi nombre, en la camiseta aparecían las letras BFF.

—¿BFF? *¿Best Friends Forever?* ¿Mejores amigos para siempre? —Asher parecía confundido—. ¿Qué cojones?

—Podría significar eso. También podría significar *Big Fucking Failure*, un puto fracasado. ¿Quién sabe? No había nota ni nada, solo

el muñeco.

Considerándolo todo, podría haber sido peor. El intruso podría haber dejado la parte amputada de algún cuerpo o una foto mía sacada de extranjis como un acosador, pero la naturaleza inocente del muñeco lo volvía más aterrador en cierto sentido. No sabía lo que quería. ¿Por qué alguien iba a aventurarse a entrar a la fuerza en mi casa, arriesgándose a ser arrestado, solo para dejar un sencillo «regalo»?

—Dios, sí que es raro. Por favor, dime que has hablado con la policía. —Scarlett cogió el muñeco, se lo acercó y se estremeció—. Hasta te han puesto la cicatriz.

Tenía una pequeña cicatriz blanca en la rodilla por una herida que me hice de pequeño. La mayoría de la gente desconocía ese detalle. Era demasiado pequeña para poder verla desde lejos y, normalmente, las revistas la retocaban en las sesiones de fotos.

No me había dado cuenta hasta que lo señaló Scarlett, pero quien hubiera tejido el muñeco había clavado la forma y el tamaño exactos de la cicatriz.

Un escalofrío me recorrió la columna vertebral, pero le quité el muñeco y me obligué a adoptar un tono despreocupado.

—Si tengo un fan tan atento como para hacer esto, es normal que sea lo bastante considerado para saber que tengo una cicatriz. Tampoco es ningún secreto.

—Los fans normales no irrumpen en tu casa —repuso Asher—. Tienes un acosador. O, al menos, alguien lo bastante obsesivo para hacer esto. Scarlett tiene razón, deberías hablar con la policía.

—Un intruso no es lo mismo que un acosador y no pienso ir. No quiero que la prensa se entere y haga una montaña de un grano de arena. Se acercan los partidos de la Champions League. No puedo permitirme distraerme.

Dudaba que a la policía le importara siquiera. Sí, el allanamiento era un delito, pero no me habían robado nada ni me habían amenazado. ¿Qué se suponía que tendrían que hacer?

—Es que es para hacer una montaña —replicó Scarlett—. Esta vez no estabas en casa, pero ¿y si vuelve cuando tú estés dentro? Podría hacerte daño.

—Mañana van a venir a mejorar el sistema de seguridad. Quienquiera que lo haya hecho —dije levantando el muñeco— no va a volver a entrar.

—¿Has visto algo en las cámaras? —preguntó Asher.

—Eh... —Me froté la nuca—. Las cámaras dejaron de funcionar la semana pasada y aún no he tenido la oportunidad de arreglarlas.

—Por Dios —gruñó.

Asher era mucho más precavido con el tema de la seguridad que yo, pero también tenía fans más... entusiastas que yo. Normalmente, lo perseguían los *paparazzi* adondequiera que fuera.

Que no se me malinterprete, yo también tenía problemas con los *paparazzi* y toneladas de mensajes de fans cada semana, pero mis seguidores eran mucho más moderados que los suyos y nunca había tenido motivos para preocuparme de que se pasaran de la raya..., hasta ahora.

—¿Crees que es la misma persona que te dejó la nota en el coche?

Unas semanas antes, al salir del entrenamiento, había encontrado una nota enganchada al limpiaparabrisas del coche. Me daban la enhorabuena por renovar mi patrocinio con una marca de bebidas deportivas. Era algo bastante normal, excepto por un detalle: las palabras estaban formadas con recortes de revistas, lo cual hacía que pareciera una carta pidiendo un rescate salida de una película de los noventa.

En ese momento, me lo tomé como una broma, pero la pregunta de Scarlett me hizo replanteármelo desde otra perspectiva.

—No tengo ni idea. —Había tirado la nota justo después de encontrarla.

—No deberías volver a casa hasta que descubramos quién es esta persona y qué quiere —dijo Asher—. No importa que hayas aumentado la seguridad, podría ser peligroso. ¿Recuerdas lo que le pasó a Tyler Conley?

Hice una mueca. Tyler Conley era un famoso cantante de pop que fue hospitalizado hace unos meses después de que un fan obsesionado lo siguiera a casa y lo apuñalara tres veces hasta que un vecino oyó los gritos y llamó a la policía. Por suerte, había sobrevivido y su atacante estaba actualmente en la cárcel esperando el juicio, pero desde entonces se había convertido en el ejemplo perfecto de los peligros de la fama.

No tenía ningún deseo de convertirme en otro Tyler Conley.

—Ve a la policía —insistió Scarlett—. Aunque creas que no es gran cosa, debería quedar registrado.

Odiaba admitirlo, pero tenía razón.

—Iré esta noche.

—Y olvídate del hotel. Quédate con nosotros hasta que atrapen a ese rarito —dijo Scarlett—. Nuestra seguridad es inmejorable gracias a las paranoias de Asher. —Este se encogió de hombros, admitiéndolo—. Y nuestra dirección no se conoce públicamente. La tuya sí.

—No puedo hacer eso. Estoy bien en el hotel.

—Sí que puedes y no, no lo estás. Un hotel es un lugar demasiado abierto al público. Eres mi hermano. Por molesto que seas, no permitiré que mueras en mi presencia.

—Te estás pasando de dramática.

Sin embargo, sentí el cariño de sus palabras. Odiaba preocupar a mi hermana, pero era agradable saber que no estaba solo en esto.

A pesar de que no éramos hermanos biológicos, Scarlett y yo siempre habíamos estado muy unidos. Nuestros padres nos adoptaron cuando éramos bebés y no nos parecíamos en nada, por eso la gente solía sorprenderse cuando descubrían que éramos familia. Ella era pálida y menuda, tenía el cabello negro y los ojos grises. Yo era alto y musculoso, con los ojos marrones y la piel de un marrón claro que delataba mi origen birracial.

Vivimos juntos de pequeños, pero nos separamos cuando nuestros padres se divorciaron. Ella creció en Inglaterra con nuestra madre y yo me mudé a París con nuestro padre, donde estudié en una escuela internacional. Sin embargo, siempre pasábamos las vacaciones y los festivos juntos, con un padre o con el otro, y nos unimos todavía más cuando me vine a Londres hace unos años para jugar en el Blackcastle.

—Mientras no te molesten las obras, aquí tenemos mucho espacio —dijo Asher.

No tenía sentido discutir. Scarlett y Asher eran cabezotas de cojones.

—Está bien —accedí—. Me mudaré aquí. Pero no hagáis cosas raras de pareja cuando esté delante, ¿vale?

4

Vincent



Duré siete días en su casa.

Tras acceder a mudarme con ellos, Asher volvió conmigo a casa para coger mis cosas. También dejé la habitación del hotel (muy a mi pesar), presenté una denuncia y el lunes contraté un servicio de seguridad mejorado.

Como era de esperar, los policías se mostraron muy poco impresionados por mi problema. Pensaban que eran movidas raras a las que los famosos debíamos enfrentarnos, pero también eran aficionados del Blackcastle y le asignaron mi caso a un inspector. No tenía muchas esperanzas de que encontraran al intruso, pero al menos quedaría constancia de lo ocurrido.

Sin embargo, el mayor de mis problemas era que ahora vivía con mi hermana y su novio. Era una casa grande, pero entre las obras y las abundantes muestras de cariño, hasta el palacio de Buckingham se me habría quedado pequeño.

Podía lidiar con el ruido y los montones de serrín por todas partes. Hasta podía pasar por alto los besos y los abrazos de Asher y Scarlett en el sofá, pero puse el límite ante todo lo que me provocara ganas de vomitar.

Y ese límite fue cruzado en el día siete. Normalmente, Asher y yo volvíamos del entrenamiento juntos, pero ese día tenía que hacer unos recados antes.

Cuando llegué a casa, los albañiles se habían ido, pero unas suaves notas de música clásica llenaban el aire. Parecían venir del estudio de *ballet*.

—¿Hola? —llamé—. ¿Lettie? ¿Estás en casa?

Caminé hacia el estudio con los sentidos en máxima alerta. El corazón me retumbaba por todo el cuerpo mientras todos los peores escenarios posibles pasaban por mi mente. El incidente de la semana pasada había incrementado mi paranoia y, aunque no creía que un ladrón se hubiera tomado una pausa para escuchar a Beethoven antes de robar, tampoco podía imaginar por qué Asher o Scarlett estarían poniendo música en un estudio a medio terminar.

Me detuve frente a la puerta. Estaba cerrada, pero la música venía claramente de adentro.

La curiosidad mató al gato, ¿no? Pues entendí de primera mano cómo se sintió ese gato, porque en lugar de ocuparme de mis propios malditos asuntos, como debería haber hecho, abrí la puerta.

—¡Dios!

—¡Mierda!

—¡Vincent!

—¿No sabes que hay que llamar antes de entrar?

—¿Por qué iba a hacerlo si se supone que esto está en construcción? —La bilis me subió por la garganta cuando Scarlett y Asher se separaron con brusquedad con la cara completamente roja.

Ninguno de los dos estaba desnudo, gracias a Dios, pero aun así sabía a la perfección lo que estaban haciendo. Cabellos despeinados, ropa arrugada, expresiones de culpa..., la conclusión estaba clara.

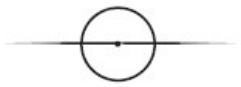
Scarlett estaba sentada en la barra con las piernas alrededor de la cintura de Asher, y yo necesitaba encontrar el bote de lejía más cercano para ahogarme en él.

—No. Nop. Absolutamente no. —Me di la vuelta de inmediato y caminé hacia mi habitación. No les di la oportunidad de decir nada más.

Era una persona de mente abierta. Había aceptado que mi hermana saliera con mi compañero de equipo y entendía, teóricamente, que realizaban las mismas actividades que cualquier pareja normal.

Pero era imposible que siguiera viviendo en esa casa después de estar a punto de pillarlos teniendo sexo. Me había librado esta vez, pero cuanto más me quedara, más posibilidades tenía de arrancarme los ojos.

Necesitaba encontrar un nuevo lugar donde vivir. Cuanto antes.



Tres días después

—¡Me encanta que ahora seamos compañeros de piso, joder! —Adil se dejó caer en el sofá junto a mí con el entusiasmo de un golden retriever hiperactivo—. El capitán y el mediocampista viviendo bajo el mismo techo. Va a ser genial. Por las noches podemos leer a Wilma Pebbles hasta tarde. Ver *Love Island* juntos. Salir a correr al

amanecer. —Su rostro se iluminó—. ¡Incluso podríamos tener nuestro propio *reality show*! Lo llamaremos *Blackcastle entre bastidores: la vida de los futbolistas dentro y fuera del campo*. —Movió la mano en el aire, como si presentara un cartel imaginario.

—No hay ninguna temporada nueva de *Love Island* de momento, y ese título es un poco largo para un programa —dije secamente con la vista fija en la pantalla del televisor frente a nosotros.

—La grandeza requiere más palabras. —Se hundió más en el sofá —. ¿Qué estás viendo?

—La nueva de Nate Reynolds. —Era muy fan de las películas de suspense y acción de Reynolds—. Creo que va a llegar una parte importante de la trama, así que si...

—Genial. ¿Es en la que trata de evitar que los ciberterroristas derriben la red eléctrica de Estados Unidos?

Contuve un suspiro. Adiós a una noche tranquila.

Me había mudado a casa de Adil hacía dos noches y ya estaba llegando a mi límite.

No quiero que se me malinterprete. Era un muy buen tipo y le estaba muy agradecido por dejarme su casa. Además, era el único del equipo que no vivía con su pareja o tenía unos hábitos de higiene repugnantes, lo cual era el motivo por el que había acudido a él tras salir huyendo de casa de Scarlett y Asher.

Lo ideal hubiera sido hacer un esfuerzo y volver a casa, pero cada vez que lo pensaba los músculos se me tensaban como si me estuviera preparando para un golpe que no había visto venir. El intruso me había dejado tocado y, aunque odiaba dejarme dominar por el miedo, necesitaba mantener la compostura por el bien del equipo. No podía arriesgarme a estar distraído antes o durante un partido, así que aquello no era una opción.

Por desgracia, aunque Adil era hospitalario, también era un poco demasiado simpático. No de forma rara, sino en el sentido de «tenemos que pasar todo el día juntos y voy a hablar sin parar cada minuto». Hasta ahora, el único momento de soledad que había tenido cuando no estaba durmiendo era en la ducha.

—Esa era la entrega anterior —dije en respuesta a su pregunta—. Escucha, estaré encantado de hablar después, pero prefiero ver...

—¿Sabes qué película suya está criminalmente infravalorada? —Adil ignoró por completo mi intento de terminar la conversación. No lo hacía con mala intención, simplemente no se daba cuenta—. *The Grey Dogs*. Es una película independiente, no una superproducción de acción, pero me pareció muy emotiva. Sinceramente, es capaz de interpretar personajes distintos...

—Adil. —Le puse una mano firme en el hombro—. Aprecio tu entusiasmo por la carrera de Reynolds, pero vamos a dejar esas reflexiones para después de la película, ¿vale?

Asintió con la cabeza.

—Vale.

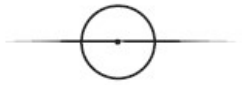
Disfruté de dos minutos de paz y silencio (si no contamos las explosiones en la pantalla) antes de que Adil hablara de nuevo.

—Tío, ¿cuánto crees que gastan en efectos especiales para estas películas? ¿Y crees que Reynolds hace sus propias escenas de acción? He oído que sí, lo cual es una locura porque ¿cómo puede ser que saltara de todos esos acantilados? Yo quería ser actor cuando era niño, pero ni de coña...

Me quejé mientras Adil seguía hablando de todas las escenas de acción de la filmografía de Nate Reynolds. Menos mal que los subtítulos estaban activados, porque no podía oír ni una palabra de lo que los actores decían.

Era extrovertido, pero no lo bastante extrovertido para vivir con Adil.

Tenía que encontrar otro lugar donde quedarme. De nuevo.



Otros tres días después

El único otro compañero de equipo con el que había considerado compartir casa era Noah Wilson, nuestro portero. Era limpio y tranquilo, pero también tenía una hija preadolescente. Vivir con ellos habría sido raro y, de todos modos, dudaba que él aceptara.

Así que la casa de Noah estaba descartada, lo cual no me dejaba otra opción que volver a un hotel. La policía no tenía pistas sobre el intruso, pero cuantos más días pasaban, más tentado estaba de volver a casa.

—Ni hablar —dijo Scarlett con firmeza cuando lo mencioné durante el *brunch* del fin de semana—. Así es como te cazan los acosadores y los bichos raros. Esperan a que creas que el peligro ya ha pasado y ¡pum! Te hacen un Tyler Conley. Y de repente estás desangrándote en el suelo de la cocina con heridas de cuchillo por todo el cuerpo.

Asher y yo hicimos una mueca al mismo tiempo. Estábamos sentados al fondo del restaurante con Brooklyn y la otra mejor amiga de Scarlett, Carina Vu, que ya estaba al tanto de mi situación con el intruso. Por suerte, nadie nos molestó más allá de algunas miradas largas.

—Alguien ha estado viendo demasiados documentales de crímenes —dije antes de darle un sorbo a mi café. A pesar de que la mitad de mi familia era británica, nunca me había subido al tren del té. Yo era más de expreso.

—Y existen por una razón —dijo Carina—. No subestimes lo pirada que puede estar una persona cualquiera.

—Me sorprende que alguien te esté acosando a ti —dijo Brooklyn mirándome con ojos de cervatillo inocente—. Hay celebridades mucho más interesantes solo en este restaurante.

Asher soltó una carcajada mientras yo arqueaba una ceja y apoyaba mi taza en la mesa. Me incliné hacia ella ligeramente, lo justo para que se revolviera en su asiento.

—Hablas mal de mí y sin embargo estás obsesionada con mi vida. ¿Proyectando un poco, tal vez?

—Por favor. Tu vida no me podría importar menos. —Su voz sonó ligera, casi despreocupada, pero su mirada se clavó en mi boca durante una fracción de segundo antes de desviarse rápidamente.

Demasiado tarde. Lo había visto. Siempre lo veía, joder.

Se me aceleró un poco el pulso.

—Te importa lo suficiente como para seguir cada uno de mis movimientos durante un partido.

—Ya te dije que era por trabajo. —Le subió un rubor por el cuello —. ¿Así que esto es lo que se siente al tener una personalidad narcisista? Debe de ser agotador hacer que todo gire en torno a ti todo el tiempo.

Le dediqué una media sonrisa, sabía exactamente cómo iba a reaccionar ante el tono desafiante en mi voz. Su mirada volvió a bajar a mi boca, justo donde yo quería, antes de que se diera cuenta y me fulminara con la mirada.

—Sigue disimulando, mimosa —dije arrastrando las palabras—. Algún día admitirás la verdad y yo estaré aquí para aceptar tus disculpas.

—Claro —respondió ella, dulce como el azúcar—. O tal vez el intruso nos haga un favor a todos y te quite de en medio antes de eso.

La sorpresa me recorrió el cuerpo y, por segunda vez desde el allanamiento, Brooklyn logró sacarme una carcajada inesperada.

Algunos habrían considerado su comentario macabro, pero yo agradecía su alegre burla. Nunca se me había dado bien lidiar con temas serios de forma seria. Era un defecto de mi personalidad en el que con toda probabilidad debería trabajar en terapia, pero el mundo ya era lo suficientemente jodido como para que yo agregara mis propias miserias.

La espiral mental en la que caía cada 3 de octubre era lo más cerca que me permitía estar de la autocompasión.

—Será mejor que reces para que no pase o te atormentaré para siempre —dije—. Si crees que soy desagradable ahora, espera a que sea un fantasma. Voy a ser insufrible.

Una sonrisa se asomó a su boca antes de que la borrara rápidamente. Pero el brillo de la risa permaneció en sus ojos, y eso fue suficiente para hacer que yo también sonriera.

Cuando devolví la atención al resto de la mesa, nuestros amigos habían dejado de hablar y nos miraban con distintos grados de diversión, exasperación y curiosidad, respectivamente.

—Si habéis terminado de discutir, volvamos al tema que nos ocupa —dijo Scarlett con sequedad. Estaba acostumbrada a mis peleas verbales con Brooklyn—. Sigo sin estar de acuerdo con que regreses a casa, incluso con más seguridad. ¿No tienes otros amigos o

compañeros de equipo con los que puedas quedarte? Sigo pensando que un hotel es demasiado público.

Tenía razón. A pesar de mis intentos por pasar desapercibido, ya me habían reconocido dos veces en el vestíbulo.

—Lamentablemente, no. Nadie más está en la situación de poder acogerme.

—Yo te dejaría dormir en mi sofá, pero puede que sea demasiado incómodo —reflexionó Carina—. Es un sofá barato.

Le di unas palmaditas en el hombro.

—La intención es lo que cuenta.

Conocía a Carina desde hacía años. Era como otra hermana para mí y no había ninguna posibilidad de que alguno de los dos se sintiera atraído por el otro. Quedarme con ella no sería raro, pero vivía en un piso de una sola habitación y no podía dormir en un sofá durante la temporada. Nuestro equipo de rendimiento físico me mataría.

—No conoces a nadie con una habitación libre, pero tal vez yo sí —dijo Scarlett pensativa—. Tiene que ser alguien de confianza, que viva solo y que no se altere por el hecho de que eres, bueno..., tú. Alguien como... —Se quedó en silencio.

Un segundo después, todas las miradas se giraron hacia Brooklyn.

Su tenedor se quedó a medio camino de su boca. Lo bajó lentamente, con los ojos dando vueltas alrededor de la mesa.

—No. Ni pensarlo.

—Dijiste que planeabas alquilar tu segunda habitación —señaló Carina.

—Nunca he dicho eso.

—Pues deberías haberlo hecho. —Asher echó más leña al fuego como el capullo que era—. Una habitación en Londres es demasiado

valiosa para dejarla vacía. Vincent es un pesado, pero al menos sabes que no es un psicópata.

—Gracias —dije.

—No hay de qué.

—Esto es ridículo. No se va a mudar conmigo. Además, seguro que no quiere vivir conmigo. —Brooklyn me lanzó una mirada llena de esperanza—. ¿Verdad?

Tardé un segundo de más en responder.

—Verdad.

Sobre el papel, era una idea pésima. Si el entrenador me mataría por mirarla de forma indebida, sin duda me torturaría antes de matarme si me iba a vivir con su única hija, su ridículamente guapa y sarcástica hija que sabía con exactitud cómo ponerme de los nervios y que, de alguna forma, lograba que la deseara más con cada insulto que me lanzaba.

Por otro lado, el piso de Brooklyn encajaba a la perfección con lo que Scarlett había descrito. Vivía sola en un piso grande que estaba cerca de nuestro campo de entrenamiento, no era una asesina en serie y olía mejor que cualquier otra persona que conociera. Ese último punto tenía un lugar curiosamente destacado en mi mente.

—No, en serio, creo que vamos por el buen camino —dijo Carina, negándose a cambiar de tema—. Vincent necesita un lugar donde quedarse; Brooklyn ganaría dinero extra. No veo cuál es el problema. Es una situación en la que todos ganan.

Las mejillas de Brooklyn se tiñeron de rosa.

—El problema es que no podemos vivir juntos. Nos volveríamos locos.

—¿Cómo lo sabes? Nunca habéis vivido juntos —dijo Carina—. Es mejor que encontrar a algún desconocido en internet.

—Lo sé y punto. —Brooklyn suspiró, claramente frustrada—. Vincent, apóyame en esto.

Abrí la boca para hacerlo, pero las palabras que salieron no fueron las que tenía pensado decir.

—Carina tiene razón.

—¿Qué? —Brooklyn me miró boquiabierta—. ¡Acabas de decir que no querías vivir conmigo!

—No quiero. —Sabía que nos traería muchos problemas, pero cuanto más se resistía, más quería demostrarle que estaba equivocada.

¿Qué puedo decir? Era el espíritu luchador que vivía en mí.

La cabeza me daba vueltas. La amenaza del entrenador era considerable, pero, por lo que tenía entendido, Brooklyn y él no pasaban mucho tiempo juntos. La probabilidad de que apareciera por su piso sin avisar era bastante baja.

Requeriría algo de sutileza, pero podríamos mantener nuestra situación de compañeros de piso en secreto. Ni que fuera a quedarme ahí para siempre.

Se lo expliqué todo (menos la parte del entrenador). Brooklyn no parecía convencida.

—Mira, es tu casa. Tú decides si me dejas entrar o no —dije—. Pero es curioso lo firme que estás siendo con esto. Casi parece que tienes miedo.

Brooklyn se enderezó de inmediato. Bingo. Sabía que le iba a tocar la fibra.

Provocarla era como ganar una especie de juego secreto al que jugábamos, y acababa de anotar un punto importante.

Scarlett gruñó y se cubrió la cara con las manos. Seguro que se estaba arrepintiendo de haber propuesto el piso de Brooklyn como opción, pero ya era tarde. El barco ya había zarpado.

—¿Miedo de qué? —exigió Brooklyn.

—De no poder controlarte conmigo cerca.

Soltó un sonido entre la risa y un gruñido.

—¿Te oyes a ti mismo? Ese es el sonido de tu ego chocando contra tu delirio. Créeme, podría controlarme perfectamente.

—Demuéstralo. —Me incliné hacia ella hasta quedar lo suficientemente cerca como para contar las pequeñas pecas que salpicaban su nariz y mejillas. Sus ojos eran de un profundo azul zafiro bajo la luz de media mañana y pude volver a oler su perfume..., algo fresco y cítrico, como un huerto de limones en un cálido día de verano—. Deja que me mude contigo.

Sus ojos echaron chispas. Las aletas de su nariz se ensancharon.

Y supe que había ganado incluso antes de que abriera la boca.

—Está bien —dijo—. Pero te voy a cobrar el doble de alquiler.

—Trato hecho. —Me recosté en el asiento con el pecho rebosante de satisfacción y un hormigueo de algo más.

Scarlett dejó caer la cabeza sobre la mesa. Asher le frotó la espalda con una sonrisa satisfecha en la cara. A su lado, Carina le dio un sorbo a su bebida con una expresión neutral salvo por la sonrisita que asomaba en las comisuras de su boca.

¿Y yo? Yo ya estaba haciendo planes para mi estancia en casa de Brooklyn.

Íbamos a pasarlo muy bien.

5

Brooklyn



Me había manipulado y yo era la única culpable.

Un segundo, estaba tranquilamente comiéndome mis huevos en el *brunch*. Al siguiente, Vincent estaba en mi puerta con una bolsa colgada del hombro y una sonrisa engreída en el rostro.

—Hola, compi.

—No me llames así. Solo eres un inquilino temporal, nada más.

—Vale, mimosa.

No sabía por qué me llamaba así y no iba a darle la satisfacción de preguntárselo, pero me irritaba muchísimo.

Se le ensanchó la sonrisa al oír mi gruñido. Más allá de la petulancia, era una sonrisa agradable. Letal incluso. Dientes blancos, una sombra de hoyuelo y un toque diabólico mezclado con la amabilidad suficiente para hacerte sentir que eres la única persona del mundo.

Me negaba a caer en esa trampa. Vincent Dubois podría encandilar a todos los demás, pero, desde que nos habíamos conocido, yo sabía que acarrearía problemas. Había algo en él que hacía que se me tensara todo el cuerpo cuando estaba cerca. Era como una luna para mis mareas, y su mera presencia alteraba mi campo gravitacional.

—Ya has estado aquí alguna vez con Scarlett, así que te ahorro la visita. —Cerré la puerta tras él. La manga de su camisa me rozó el brazo al pasar y noté un hormigueo en la columna.

Vaya, mi instinto de supervivencia ya me estaba gritando. Era portador de malas noticias, pero era demasiado tarde para echarme atrás. Si retiraba mi palabra, ganaría él, lo cual era inaceptable.

Brooklyn Armstrong no perdía, y menos contra jugadores arrogantes y exasperantemente atractivos como Vincent DuBois.

—Me parece bien —respondió con tranquilidad—. Solo dime dónde quieres que me ponga.

Lo miré de reojo y lo acompañé a su habitación. Se le arquearon las comisuras de la boca, pero me negué a responder a su comentario con doble sentido.

Además, no le iba a hacer tanta gracia cuando viera lo que tenía preparado para él.

Reprimí una sonrisa mientras abría la puerta de la habitación.

—Me he tomado la libertad de decorarla para ti, espero que no te importe.

—No tenías que... —Vincent se detuvo en seco en el umbral. Dejó caer la bolsa en el suelo con un golpe seco mientras asimilaba la que iba a ser su nueva casa durante el futuro próximo.

Hasta anoche, usaba la habitación de invitados como almacenamiento extra para mi ropa y el equipo de ejercicio. Todo eso lo había quitado. En su lugar, había peluches. Montones y

montones de peluches. Cerdos rosas, caballos morados, pandas gigantescos y delfines pequeños. Había peluches de todos los tamaños, formas y categorías metidos en ese espacio como si se tratara de una juguetería en rebajas y, al otro lado de la cama, había una muñeca con un ojo que podría o no estar encantada.

Había conseguido los peluches por cortesía de mi vecina. Por suerte, era coleccionista, pero su terapeuta la había convencido de que tenía que «deshacerse de sus vínculos con el pasado». Cuando vi su *pub*licación ofreciendo los peluches con descuento en el chat grupal del edificio, aproveché la oportunidad de inmediato.

Completé la decoración con un conjunto de llamativas sábanas fucsias y almohadas con puntillas.

—¿Te gusta? —pregunté, como la viva imagen de la inocencia—. Leí en alguna parte que los peluches hacen que un espacio sea más acogedor y quiero que te sientas cómodo.

Vincent me había manipulado para mudarse aquí, pero eso no implicaba que no pudiera divertirme un poco a su costa.

Cogió el peluche más cercano y lo examinó. Un minuto después, lo dejó con un cuidado exquisito y me miró directamente a los ojos.

Contuve el aliento con el pecho hinchado por la anticipación.

—Me encanta —respondió. Irradiaba tanta sinceridad que apreté los dientes—. No puedo creer que te hayas molestado tanto por mí. Me siento honrado.

Entorné la mirada. No había ni una nota de sarcasmo en su voz, ni un rastro de irritación en su rostro. «Cabronazo».

—Soy una buena anfitriona. —Había llegado el momento de cambiar de táctica—. Como vas a quedarte un tiempo aquí, deberíamos revisar las normas de la casa.

Vincent se apoyó en el marco de la puerta y se cruzó de brazos en una postura despreocupada.

—Te escucho —espetó.

A pesar de haber crecido en París, no tenía un fuerte acento francés. Probablemente fuera porque había estudiado en una escuela internacional y se había pasado la mitad de los veranos en el Reino Unido. Sin embargo, había ciertos momentos, como este, en los que se le colaba un destello con naturalidad, como si siempre hubiera estado ahí.

Noté otro hormigueo en la columna, ahora más fuerte.

Lo ignoré y fui enumerando las reglas con los dedos.

—Nada de fumar en el interior.

—Yo no fumo.

—Nada de acaparar el baño, la tele ni otros servicios comunes. El agua caliente se acaba rápido, así que no pases demasiado tiempo en la ducha. —Enfaticé esta última parte.

No era idiota, sabía lo que hacían los tíos cuando se pasaban más de diez minutos en la ducha.

Los ojos de Vincent reflejaron un brillo de diversión.

—Anotado.

Repasé un puñado de reglas más antes de llegar al gran final.

—Y... —Me tomé una pausa para añadir dramatismo—. Nada de traer a chicas. Nunca. No quiero ver a desconocidas entrando y saliendo de mi casa.

Ese tendría que haber sido el factor decisivo para él. Era guapo, soltero y famoso. Las mujeres se lanzaban sobre él cada día y, según la prensa rosa, no se resistía demasiado. Era imposible que aceptara no traer a nadie.

Vincent frunció el ceño.

Me sentí triunfal hasta que habló de nuevo.

—Brooklyn —dijo—. No tengo ningún interés en traer a otras chicas.

Ahí estaba de nuevo, ese sutil cambio en su tono seguido por un pequeño vuelco de mi estómago. Su respuesta parecía inocente, pero el débil énfasis sobre la palabra «otras» hizo que me diera vueltas la cabeza en mil direcciones, cada una más peligrosa que la anterior.

¿El énfasis era pura semántica o era porque yo ya vivía aquí y cualquier chica a la que trajera sería «otra»?

¿O acaso había dicho que no tenían ningún interés en traer a otras chicas porque...?

No. No iba a tirar de ese hilo. De todas formas, no importaba. Vincent y yo nunca seríamos nada más que casi amigos y compañeros de piso temporales. Probablemente, solo intentara meterse conmigo como de costumbre.

—Para —le dije.

—¿Que pare de qué?

—De intentar encandilarme.

Abrió los ojos como platos por la sorpresa y enseguida deseé poder retirar esas palabras. Mierda. La había cagado.

Una lenta sonrisa se expandió en su rostro y volvió esa sombra de hoyuelo como un arma letal.

—No lo estaba intentando, pero me alegra oír que estás encandilada.

—Cállate. Sabes a lo que me refiero.

—La verdad es que no.

Dejé escapar un suspiro. No era así como me había imaginado su llegada. En absoluto.

Pero mentiría si dijera que una pequeña parte de mí no se alegraba de que estuviera ahí para distraerme del último bombazo de mi madre. Me llamó cuando estaba en casa de Scarlett y ojalá no le hubiera contestado.

Se me revolvió el estómago. Aparté la mirada de Vincent y resistí las ganas de morderme las uñas. Había abandonado esa mala costumbre hacía años, pero la posibilidad de recaer acechaba cada vez que me estresaba.

—Pasemos página —le dije—. Hay toallas en el armario del otro lado del pasillo si las necesitas. Mañana saldré muy temprano a hacer unos recados, así que no me esperes.

Vincent arqueó las cejas.

—¿Qué recados tienes que hacer tan temprano un día entre semana?

Mis uñas llegaron a medio camino hasta mi boca antes de que pudiera frenarlas.

—Cosas varias.

No mencioné que todavía no había recibido una oferta de empleo por parte del Blackcastle, así que estaba explorando otras opciones para cuando terminara las prácticas a finales de diciembre. Si el equipo hubiera querido que me quedara, ya me habrían dicho algo a estas alturas.

Para ser sincera, ni siquiera estaba segura de querer trabajar a tiempo completo para el Blackcastle. Definitivamente, quería seguir en el campo de la nutrición deportiva, pero, por mucho que me gustara el club, no me atraía ser la única mujer del equipo. Además, estaba convencida de que algunos de mis compañeros creían que había conseguido las prácticas por mi padre. Los brillantes comentarios sobre mi desempeño no importaban tanto como la revelación de que era la hija de Frank Armstrong.

—¿Esto tiene algo que ver con el motivo por el que te perdiste el partido contra el Holchester? —Vincent me siguió fuera de la habitación hasta la cocina.

—No. —«Sí».

Había tenido una entrevista para una vacante de nutricionista en un gimnasio local. Era un gran paso atrás después de haber estado en la Premier League, pero un trabajo era un trabajo. Era el único día en el que podían recibirme, así que había dicho que estaba enferma y me había escabullido para hacer esa desastrosa entrevista.

En resumen: mi potencial jefe era un cerdo que no podía parar de mirarme las tetas ni hacer insinuaciones sexuales y había terminado la entrevista antes de tiempo llamándolo «pichacorta».

Evidentemente, no conseguí el trabajo.

Scarlett y Carina eran las únicas que conocían los detalles. No iba a contarle a nadie del Blackcastle que estaba buscando otro trabajo hasta que terminara de forma oficial mis prácticas sin una oferta de empleo, lo cual me parecía lo más apropiado.

—¿Y qué hay de ese mensaje de hace dos semanas? —Vincent se apoyó contra la encimera mientras yo buscaba los ingredientes para hacer una ensalada.

—¿Qué mensaje?

—El que recibiste en casa de Scarlett y Asher. Parecía que alguien te hubiera dicho que tu perro acababa de morir.

Me quedé helada. Vincent era la última persona que esperaba que hubiera captado mi cambio de humor. Siempre me mostraba alegre y optimista y cuidaba tanto esa imagen de mí misma que la mayoría de la gente nunca se daba cuenta cuando estaba de bajón.

Era mi superpoder. Sonreía para el mundo y me rompía en silencio. Era el escudo perfecto contra la compasión indeseada.

Tendría que haberme imaginado que Vincent quebraría el escudo como hacía con todo lo demás. Ese era su superpoder.

—Lo siento, no quería entrometerme —dijo cuando no respondí. Ya no sonreía—. Pero aquel día parecías muy enfadada y... —

Carraspeó—. Quería asegurarme de que estás bien. Porque somos compañeros de piso y eso. No quiero que andes por ahí deprimida cuando estamos en la misma casa.

Una oleada de emociones se alojó en mi pecho. Respiré para deshacerla y esbocé una brillante sonrisa.

—Ah, eso. Fue un mensaje estúpido de, eh, un antiguo compañero de trabajo. Nada importante. —Me entretuve con la ensalada para que no me viera la cara.

No había ningún antiguo compañero de trabajo. En realidad, mi madre había recibido mi mensaje de voz y me había escrito con la gran noticia:

> Me voy al *brunch*, así que no puedo hablar, ¡pero vuelvo a estar embarazada! ¡Por fin voy a tener una hija! Hablamos después. Besos.

Por fin iba a tener una hija. Como si no tuviera ya una.

Sé que la intención de mi madre no era hacerme sentir invisible, nunca lo era. Pero eso lo hacía aún peor. La crueldad descuidada siempre causaba heridas más profundas que la malicia intencional.

—Hablando de enfados, no podemos decirle a mi padre que estás viviendo aquí. —Lavé un puñado de tomates *cherry* y los añadí a la ensalada—. Sé que ya acordamos que no se lo diríamos, pero tengo que insistir. Se pondría hecho una furia.

—Hazme caso, no tengo ninguna intención de decirle nada. Aprecio demasiado mi vida —respondió Vincent con sequedad.

—¿Sabe lo de tu intruso?

—Todavía no. —Vincent apartó la mirada—. No sé si vale la pena mencionarlo.

—Te ha preocupado lo suficiente para irte de esa casa hasta que la policía le encuentre la pista a ese tipo. O tipa —corregí.

—Es más por el bien de Scarlett que por el mío. —Recuperó la sonrisa, pero no le llegó a los ojos—. Aunque agradezco tu preocupación. Entre la decoración de la habitación y esto... —Señaló entre ambos—. Empiezo a pensar que te gusto.

Resoplé.

—No hay «esto». Solo te lo pregunto para saber qué debo callarme delante de mi padre.

A pesar de mis palabras, no podía deshacerme de esa punzada de preocupación. Probablemente, lo del intruso había sido algo puntual, pero ¿y si no era así? Los fans cometían locuras a todas horas, pero bastaba con que uno se descontrolara para que ocurriera una tragedia.

Se me pasó por la cabeza una imagen de Vincent desangrándose en el suelo como Tyler Conley. La chispa se convirtió en llama.

Había evitado interrogar a Vincent sobre la situación porque ya tenía a bastante gente preocupándose como para que encima me metiera yo, pero mis comentarios despreocupados no significaban que fuera indiferente al peligro.

No éramos mejores amigos, pero, para bien o para mal, se había convertido en una parte indispensable de mi vida en Londres. Si le pasara algo, mi mundo ya no sería el mismo.

—No le digas nada. —Vincent apretó los labios en una fina línea—. Yo me encargo.

—Claro. —Titubeé debatiéndome antes de suavizar la voz—. Está bien estar asustado. Sé que no está «socialmente aceptado» que un hombre muestre debilidad o algo de eso, pero si alguien se cuela en tu casa, es normal sentir ansiedad.

Su mirada se cruzó con la mía.

Esta vez no hubo chispa, solo un instante sin aliento que se alargó como un suspiro. Cálido, pesado, revelador.

El noventa por ciento de nuestras conversaciones consistía en bromas e insultos. Esa era la dinámica con la que nos sentíamos más cómodos. Pero, de vez en cuando, bajábamos la guardia y esos momentos parecían mucho más profundos que con cualquier otra persona porque eran muy poco frecuentes.

Por eso sabía que eran reales.

Vincent tragó saliva. Me sostuvo la mirada durante un instante más antes de desviar la atención a la encimera.

—Es bueno saberlo. —Noté un rastro de ronquera en su voz que la volvía más profunda, pero cuando volvió a hablar había desaparecido—. Gracias por dejar que me quede aquí, aunque sea solo para demostrar que tienes razón. —Me dedicó una sonrisa—. Ningún botones de hotel puede igualar el trato personalizado que he recibido hasta ahora. Cinco estrellas. Ni una queja.

Nuestro momento de antes se había roto en fragmentos de alivio y... ¿decepción? No, no podía ser eso.

—Me encanta demostrar que tengo razón. —Continué preparándome la cena y eché un poco de vinagre balsámico sobre la ensalada—. Y, para que quede claro, no soy botones, madre ni criada. Eres responsable de tus propias tareas y de cocinar, y si haces el vago... —Lo señalé con el tenedor—. Te echaré a la calle. ¿Entendido?

Me dirigió un saludo escueto.

—Sí, señora —espetó con un brillo de diversión en la mirada—. No te preocupes, ni te darás cuenta de que estoy aquí.

6

Vincent / Brooklyn





Vincent

—Ayuda. Me muero. —Stevens se dejó caer sobre el banco del vestuario con un gemido—. El entrenador es un masoquista. ¿A quién se le ocurren ejercicios así? Son inhumanos.

—Deja de lloriquear —dijo Samson. El extremo nigeriano le dio a Stevens una suave palmada en el hombro—. Eres un profesional. Actúa como tal.

—Un profesional del sufrimiento. —Stevens me miró con ojos de cachorrito—. Capitán, haz algo.

Me reí y me quité la camiseta.

—Lo siento, tío. Samson tiene razón. Tienes que ser fuerte o no ganaremos al Milán este fin de semana.

—Maldito Milán. No te preocupes. Les vamos a dar una paliza. —Stevens levantó la voz—. ¿Verdad, chicos?

—¡Sí, joder!

—¡Se van a enterar!

—¡Blackcastle hasta la muerte!

Estridentes señales de apoyo llenaron el vestuario. Estaban entremezcladas con risas y los habituales insultos, aunque hoy eran más sutiles de lo normal. El entrenamiento había sido brutal y había mucha presión por ganar el partido del fin de semana.

Tras ganar la Premier League la temporada pasada, nos habíamos clasificado automáticamente para la Champions League o UCL, la competición entre clubs de fútbol más prestigiosa de Europa. Nuestro próximo obstáculo era pasar las eliminatorias para llegar a la semifinal en primavera. Sentía que íbamos muy bien encaminados, pero teníamos por delante algunos partidos difíciles.

—¿Qué tal con tu nueva compañera de piso? —preguntó Asher. Ya se había duchado y cambiado. ¿Cómo narices era posible cuando habíamos terminado de entrenar hacía diez minutos?—. ¿Brooklyn ya te ha echado un laxante en el batido de proteínas?

—No, y no le des ideas. Sabes que es capaz de hacerlo.

—No me tientes. Tengo muchas ideas, pero me las voy a guardar para mí por Scarlett. No me provoques, ¿vale?

—Vete a la mierda, Donovan. —Pero estaba sonriendo.

Ya llevaba una semana viviendo con Brooklyn y todo iba sorprendentemente bien. Teníamos el mismo horario, los mismos hábitos de limpieza y la misma dieta. Se pasaba una cantidad absurda de tiempo en el baño todas las mañanas, pero yo acaparaba la televisión de vez en cuando, así que era un intercambio justo.

Dicho esto, nunca más iba a quitarle el ojo a mi batido de proteínas.

Estaba a punto de meterme en la ducha cuando se hizo el silencio en el vestuario.

—¡DuBois! —La voz del entrenador retumbó a través del repentino silencio. Todas las cabezas se giraron hacia mí—. A mi despacho. Ahora.

Un grave coro de «uh» brotó de entre el resto del equipo. Era como ser el capitán de un equipo de adolescentes.

—Mierda. ¿Qué has hecho? —preguntó Asher.

—Ni puta idea.

Me dirigí hacia el despacho del entrenador con pasos temblorosos.

La última vez que me pidió que fuera a su despacho de manera inesperada fue cuando Asher se trasladó al Blackcastle. Nuestra rivalidad en aquel momento nos costó la liga y el entrenador estaba furioso.

Pero ahora Asher y yo éramos amigos, así que eso ya no era un problema. No había ocurrido ningún imprevisto durante el entrenamiento y el rendimiento del club esta temporada estaba siendo estelar.

Busqué en mi cerebro otros motivos por los que el entrenador podría querer verme en privado, pero no encontré nada.

—Cierra la puerta y siéntate —dijo cuando entré a su despacho. Estaba sentado detrás del escritorio con una expresión indescifrable.

Hice lo que me pidió con una inquietud que crecía por segundos.

—¿Qué pasa, entrenador?

Juntó las yemas de los dedos debajo de la barbilla y me observó durante un largo rato.

—Has estado guardándome un secreto.

Me dio un vuelco el estómago. Mierda. ¿Había descubierto que estaba viviendo con Brooklyn? Si era así, ¿pensaba que nos estábamos acostando?

Una docena de imágenes de mi futuro inmediato pasaron por mi mente, cada una más sangrienta que la anterior.

Yo siendo estrangulado por el entrenador.

Yo recibiendo una paliza mortal con uno de sus pisapapeles.

Yo encontrándome con la muerte a manos de su abrecartas.

Tragué saliva y desvié la mirada hacia su escritorio. Fue un error. Lo primero que vi fue una foto de Brooklyn sonriéndome junto a su ordenador. Llevaba un vestido amarillo y el pelo más corto, pero su sonrisa y el brillo en sus ojos eran los mismos.

—¡Vincent! —La voz del entrenador me obligó a volver a mirarlo. Arrugó tanto las cejas que temí que su cara se quedara así para siempre—. ¿Hay algo que quieras contarme?

—Nada en particular, no —dije, evasivo.

—Entonces, ¿alguien no irrumpió en tu casa después del partido contra el Holchester?

Mierda, iba a morir... «Espera, ¿qué?».

Estaba tan seguro de que iba a mencionar a Brooklyn que mi cerebro tardó un segundo en procesar sus palabras.

El intruso. Ese era el secreto que había descubierto, no el hecho de que vivía con su hija.

Mis pulmones volvieron a llenarse de aire.

—No es nada importante —dije, tratando de ocultar el alivio en mi voz—. Presenté una denuncia y lo están investigando. No están demasiado preocupados. Y yo tampoco. —Eso no era del todo cierto, pero no iba a lloriquear sobre el tema delante del entrenador.

Él arqueó las cejas ante mi respuesta.

—Entonces, ¿por qué no estás viviendo en tu casa?

¿Cómo sabía...? Adil. Era la única persona que podía habérselo contado. Esa maldita rata. Iba a matarlo.

—Estoy esperando a que los contratistas terminen de actualizar el sistema de seguridad —mentí—. Tienen mucho trabajo acumulado, así que están tardando más de lo esperado.

—¿Y dónde estás viviendo ahora?

—En un hotel.

—¿En cuál?

—El Hyde Regency.

El entrenador entornó la mirada. Pasó un minuto, seguido de otro. Perlas de sudor me cubrían la frente y, justo cuando pensé que iba a desenmascarar mi mentira, asintió con un gesto seco.

—La próxima vez que pase algo así, quiero enterarme directamente por ti —dijo—. En mi equipo no se guardan secretos. Mis jugadores son mi responsabilidad, y me importa su bienestar dentro y fuera del campo. Así que cada vez que tengas algún problema, acude a mí. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Bien. Ahora sal de mi despacho. Y, DuBois.

Me detuve con la mano en el pomo de la puerta.

—No seas demasiado duro con tus compañeros —añadió—. Solo están tratando de protegerte.

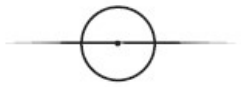
Traducción: no los mates o tendrás que vértelas conmigo.

Por muy enfadado que estuviera con Adil, el entrenador tenía razón. Adil no tenía ni un gramo de maldad en su cuerpo. Si le había hablado a alguien sobre mi situación había sido por pura preocupación.

Suspiré. Ni siquiera podía estar enfadado en paz.

—Lo sé —dije—. Gracias por preocuparte por mí, entrenador.

Otro asentimiento. Luego me fui.



Brooklyn

Maldito sea.

Pensaba que podía espantar a Vincent con su ridícula habitación rosa y la estricta lista de tareas, que incluía un día de limpieza profunda y colada todas las semanas, pero ese hombre era como teflón. Cada intento que hacía de ponerlo de los nervios acababa resultando contraproducente.

Estaba de pie en el umbral de la puerta entre la cocina y la sala de estar. El zumbido de la aspiradora llenaba el piso mientras Vincent recorría las estancias ajeno a mi presencia. No llevaba nada puesto salvo un pantalón de chándal, que colgaba lo suficientemente bajo como para estar en la delgada línea entre lo casual y lo criminal. Los músculos de sus brazos y espalda se marcaban cada vez que empujaba la aspiradora hacia delante, y odiaba haberme fijado.

Las tareas del hogar no debían ser sexis. Debían ser algo mundano, pero ver a Vincent DuBois sin camiseta, ligeramente sudado y limpiando un viernes por la noche era de todo menos mundano.

Mis ojos se detuvieron en sus hombros esculpidos y una extraña sensación me revolvió el estómago.

Solo llevaba cinco días viviendo aquí y ya estaba desesperada por que se mudara. Ocupaba demasiado espacio. Gastaba demasiado oxígeno. Si seguíamos así mucho más tiempo, iba a asfixiarme por la falta de aire.

—Si sigues mirándome así, voy a tener que empezar a cobrar entrada. —Las palabras arrastradas de Vincent flotaron por encima del ruido antes de que apagara la aspiradora. Se giró hacia donde yo estaba con una astuta sonrisa ladeada y levanté la vista rápidamente hacia su rostro.

El calor me subió del cuello a las mejillas. No tan ajeno después de todo.

—Estás viviendo en mi piso —le recordé—. Yo debería ser quien te cobrara entrada.

—Y lo haces. Te pago el alquiler. Un alquiler que es el doble del valor de mercado, por cierto.

—Bueno, debería cobrarte más por... por exhibicionismo.

Arqueó las cejas. Un destello de diversión le iluminó los ojos.

—¿Y eso?

—Es innecesario pasar la aspiradora sin camiseta. No he accedido a ver esto —dije, señalando su torso desnudo. La luz se reflejaba en las hendiduras de sus abdominales y no pude evitar contarlos. Uno, dos, tres..., seis, siete, ocho. Por supuesto que tenía una tableta bien marcada. Era un prodigio—. Si quisiera ver a un hombre medio desnudo, vería *Magic Mike*.

Su diversión se convirtió en un afilado destello diabólico. Caminó hacia mí y se detuvo lo bastante cerca como para que el calor de su cuerpo se filtrara bajo mi piel. Mis músculos se tensaron involuntariamente cuando apoyó un brazo en el marco de la puerta, justo al lado de mi cabeza.

—¿Mi semidesnudez te incomoda, mimosa? —Su voz era como la seda, tan suave que tuve que esforzarme para oírla por encima del repentino estruendo de mi pulso.

Mi reacción instintiva por su cercanía trajo consigo una oleada de enfado. ¿Cómo era posible que oliera a jabón y ropa recién lavada

cuando podía ver el leve brillo del sudor en su pecho?

—Sí. —Lo miré a los ojos y me obligué a no respirar demasiado hondo—. Es inapropiado.

—Si crees que esto es inapropiado, espera a que te diga que duermo desnudo.

Una imagen fugaz de su cuerpo desnudo enredado entre las sábanas se apareció en mi cabeza. Se borró en un instante, pero bastó para calentarme la sangre.

Apreté los dientes. A veces odiaba las hormonas.

—Lo que hagas cuando duermes no es asunto mío. Eso queda en la privacidad de tu habitación. Pero cuando estés en una zona común, por favor, abstente de quitarte la ropa, no es necesario —dije, plenamente consciente de que sonaba como una mojigata—. ¿Cómo te sentirías si yo fuera por ahí sin camiseta?

Sabía que me había metido en un lío antes de que las palabras terminaran de abandonar mi boca.

Un destello de excitación le oscureció los ojos y el calor de mi sangre se convirtió en puro fuego.

—No lo sé —dijo arrastrando las palabras—. ¿Por qué no lo intentas y te lo digo?

Una llama titiló en lo más profundo de mi estómago, pero levanté la barbilla y, con un tono frío y cortante, dije:

—No, gracias.

No se me ocurrió una respuesta más ingeniosa. Estaba demasiado furiosa conmigo misma por dejar que me afectara de esa forma.

«Casi parece que tienes miedo».

«¿Miedo de qué?».

«De no poder controlarte conmigo cerca».

Vincent había logrado que aceptara que se mudara porque quería demostrar que no me afectaba, pero ¿tenía razón? ¿Bastaba con que

se quitara la camiseta y hablara con esa voz sexi para que yo perdiera nuestro pequeño reto? Ni siquiera me gustaba de esa manera. Era objetivamente guapo, pero arrogante. Divertido, pero pesado. Encantador, pero del todo exasperante.

No. El polvo en el aire debía de estar nublando mi sentido común. Claro que podía controlarme alrededor de Vincent, y de ninguna manera iba a dejar que pensara lo contrario.

—Ya que estamos hablando de cosas inapropiadas, quizá deberías ponerte una camiseta más gruesa —dijo Vincent con una voz repentinamente tensa—. U... otra cosa.

Parpadeé.

—¿Perdón?

Su mirada se deslizó hacia mi pecho. Bajé la vista y el terror me invadió al descubrir a qué se refería.

Nunca usaba sujetador en casa y me había negado a cambiar ese hábito después de la mudanza de Vincent. Los aros eran demasiado incómodos, no me importaba que hubiera un hombre en mi casa.

No había sido un problema..., hasta ahora. A pesar del calor que hacía en el piso, mis pezones se habían endurecido lo suficiente como para notarse con claridad a través de mi delgada camiseta de algodón.

Crucé los brazos inmediatamente, con la piel ardiendo y congelada al mismo tiempo. La llama en mi estómago volvió a titilar, pero la ignoré y levanté la vista hacia Vincent.

Su mirada permaneció fija en la mía, sin rastro alguno de diversión. Tenía la mandíbula tensa, y el peso de sus ojos me provocó un escalofrío que me recorrió la espalda.

Durante un segundo, ninguno de los dos se movió. El silencio se estiró entre nosotros, denso y cargado, hasta que forcé una respuesta desde mi garganta.

—No sería inapropiado si no miraras. —El corazón me latía un poco demasiado rápido para mi pecho. Mis palabras no tenían sentido, pero cualquier cosa era mejor que esa tensión eléctrica y tirante—. No deberías estar mirándolas.

No pude obligarme a usar el término anatómico. Sonaba demasiado sexual para una situación ya de por sí delicada.

—Es difícil no hacerlo —dijo con ironía—. Están justo ahí.

Un nuevo rubor me inundó el rostro.

—¿Quién es el que no puede controlarse ahora?

—Nunca he dicho que pueda controlarme contigo cerca.

Se me aceleró el pulso.

—Sí que puedo —añadió con un matiz áspero en la voz—. Pero nunca lo he dicho.

—Semántica —respondí, sin aliento y un poco molesta mientras intentaba domar a mis hormonas desbocadas. Tal vez estaba ovulando y el jabón de Vincent tenía algún tipo de feromona rara. Esa era la única explicación posible. Nos conocíamos desde hacía más de un año y jamás había reaccionado así con él.

Aunque, claro, nunca habíamos estado tan cerca: su aliento rozando mi piel, su aroma llenándome los pulmones, el calor entre nosotros convertido en algo palpable, vivo.

La comisura de la boca de Vincent se curvó, pero la diversión en sus ojos seguía oculta bajo un destello de excitación.

—No soy un santo. Si vas así vestida, voy a percatarme. —Su mandíbula volvió a tensarse—. Así que solo sugiero que encuentres la forma de remediar el problema o voy a pensar que estás intentando tentarme.

¿Intentando tentarlo? Ya le gustaría. Solo intentaría tentarlo si lo deseara... y no era el caso.

Esto ya había llegado demasiado lejos. Necesitaba recuperar el control de la situación.

—Esto suena como un problema personal. Si tanto te molesta, siempre puedes volver a tu casa —dije. Se acabaron los coqueteos a medias y las insinuaciones sexuales. Teníamos que volver cuanto antes a nuestra programación habitual de insultos y peleas verbales —. Olvídate de tu nuevo sistema de seguridad. Apuesto a que tu personalidad es suficiente para ahuyentar a cualquier mujer que se atreva a poner un pie ahí. —Eso sí. Mucho mejor.

Esperaba que Vincent respondiera con su típica sonrisa engreída y un comentario burlón. En cambio, se quedó congelado y el color desapareció de su rostro. Se le aceleró la respiración, apartó el brazo de la pared y dio un paso atrás con el pecho agitado. La tensión le marcaba los tendones del cuello y la mandíbula, y todos los destellos se evaporaron.

Todo ocurrió en cuestión de segundos.

La confusión me invadió. Mi insulto había sido de lo más normal, al menos para el tipo de relación que teníamos. ¿Por qué reaccionaba como si le hubiera dado un puñetazo?

—¿Vincent? —pregunté con cautela—. ¿Estás...?

—Voy a darme una ducha —me interrumpió.

Se giró de golpe y se alejó mientras yo permanecía quieta preguntándome qué demonios acababa de pasar.

7

Vincent



Me incliné hacia delante y presioné la frente contra los azulejos de la ducha mientras el agua caliente me caía por la espalda. Mi pulso por fin estaba volviendo a la normalidad, pero los nudos en la espalda y los hombros persistían.

No sabía lo que había pasado. Había mencionado la posibilidad de que volviera a casa y mi cuerpo había reaccionado. Sudor frío. Náuseas. Escalofríos por todo el cuerpo.

Era consciente de que estaba bromeando, pero eso no había evitado la reacción física. Había sido tan repentina e inesperada que no se me había ocurrido nada más que largarme. De inmediato.

Cerré los ojos y cogí aire de manera lenta e intencionada.

Yo no sufría ataques de pánico, ni siquiera en el campo. Había sentido algo de ansiedad la noche que habían entrado en mi casa, pero creía que lo había superado. Que alguien dejara un muñeco estúpido no era tan grave, ¿verdad? No me habían herido físicamente.

Pero había olvidado lo jodido de la situación hasta ahora. Me había mudado antes de poder afrontar las consecuencias de aquella noche y las palabras de Brooklyn habían sacado un montón de problemas a la superficie.

No era por el daño causado. Era por la violación, por el hecho de saber que alguien había invadido mi espacio personal, había tocado mis cosas y solo Dios sabía qué más había hecho antes de que volviera a casa. ¿Quién podía asegurar que no hubiera rebuscado entre mis cajones o que no hubiera instalado cámaras secretas por todas partes?

Ese tipo de malestar se te metía por debajo de la piel y se quedaba ahí. No importaba cuántas cerraduras cambiara o cuántas medidas de seguridad implementara.

«Siempre puedes volver a tu casa».

Se me cerró la garganta, empezó a darme vueltas la cabeza con la perspectiva de cómo sería volver: miraría constantemente por encima del hombro y me sobresaltaría con cada crujido o sonido. Notaría una vaga sensación de peligro cada vez que atravesara la puerta. Sería incapaz de sentirme a salvo en mi puta casa.

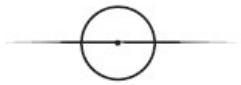
Sí, podría contratar a un equipo de seguridad en persona, pero odiaba la idea de tener a desconocidos merodeando a mi alrededor, observando cada uno de mis movimientos. Además, los guardaespaldas no cambiarían nada. Mis problemas eran psicológicos. Podría contratar a cien guardaespaldas y la idea de dormir en mi casa seguiría poniéndome de los nervios.

No podía hacerlo. Todavía no.

La intromisión era muy reciente. Lo superaría con el tiempo y, quizá, con terapia. Pero esas cosas llevaban tiempo y eso era algo que no me sobraba ahora mismo. No cuando estábamos a mitad de temporada y teníamos posibilidades de llegar a la semifinal de la

Champions. Necesitaba estar totalmente concentrado en el juego y eso significaba que no podría volver a casa hasta que la policía atrapara al culpable (lo cual era poco probable) o hasta que la idea de dormir en mi habitación no hiciera que me cubriera un horrible sudor frío.

Hasta entonces, tenía que quedarme en casa de Brooklyn por mucho que me tentara.



No volví a hablar con Brooklyn en todo el fin de semana. El sábado fui a entrenar y el domingo me lo pasé entero en casa de Adil jugando a videojuegos. Necesitaba dejar espacio entre nosotros después del extraño y tenso momento del viernes.

Me había burlado de ella por mirarme fijamente. Sentía sus ojos sobre mí todo el tiempo mientras pasaba la aspiradora, y no había podido resistir la tentación de meterme con ella. Pero, joder, estar tan cerca de Brooklyn y verla tan nerviosa... me destrozaba el autocontrol. Que no llevara sujetador ya había sido la guinda del pastel.

Incluso ahora, días después, el recuerdo de sus pezones bajo esa camiseta hacía que me entraran los calores ahí abajo.

Alejé la imagen al entrar al piso el lunes por la noche y dejé las llaves en el cuenco junto a la puerta. Lo último que quería era volver a casa con una erección descarada.

Oí el débil sonido de las teclas de ordenador proveniente de la cocina. Lo seguí y encontré a Brooklyn sentada ante la isla. Llevaba unas gafas de montura negra apoyadas en la nariz y tenía un batido

verde intacto a su lado. Fruncía el ceño mientras tecleaba, concentrada.

Estaba tan absorta en su trabajo que ni siquiera me oyó llegar. De vez en cuando, dejaba de teclear para garabatear algo en una libreta. Se le iluminaba la cara y volvía al portátil con el entusiasmo renovado.

Se me elevaron las comisuras de los labios. Tenía un aspecto inexplicablemente adorable e intimidante al mismo tiempo cuando estaba tan concentrada, como una gatita que no dudaría en clavarte las uñas si la interrumpías a mitad de la comida.

—Deberías tomarte un descanso —le dije—. Ese batido tiene demasiada buena pinta para echarlo a perder.

—¡Por Dios! —exclamó Brooklyn, sobresaltada. Cerró el portátil de golpe con el rostro sonrosado—. ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—El suficiente para ver que se te enfría la cena. —Me acerqué y me senté en el taburete junto a ella.

—No tengo tanta hambre.

—¿Estás muy ocupada escribiendo reseñas de una estrella en TripAdvisor?

—Estoy demasiado ocupada recopilando modos de matar a alguien sin que te pillen. —Me dedicó una sonrisa adorable—. Solo por curiosidad, claro.

—Por supuesto —contesté—. No esperaba menos.

Nos miramos a los ojos y se formó un denso silencio entre nosotros hasta que rocé con el dedo la patilla de sus gafas.

—No sabía que llevaras gafas.

—No las llevo. Es decir, sí, pero no las necesito. —Se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja en un gesto inusualmente cohibido—. Solo me las pongo cuando necesito ser productiva. Es

una manía rara. Cuando me las pongo, mi cerebro entra al instante en modo trabajo.

Menos mal que no las llevaba por costumbre, porque le conferían un aspecto extremadamente sexi, aunque me guardé el comentario para mí mismo.

—¿En qué estás trabajando?

—Planes de comidas actualizados para el equipo. Pronto será mi evaluación de rendimiento, así que quiero asegurarme de que sea... buena.

Por lo general, me habría fijado en su sospechoso titubeo si no me hubiera distraído otra parte de su respuesta.

—¿Así que evaluación final? —comenté con aire casual—. ¿Qué vas a hacer después de las prácticas?

—Todavía no lo he decidido.

Algo tiró de mis entrañas. Con fuerza.

Sabía que estaba de prácticas y que en algún momento acabaría, pero había asumido que después se quedaría trabajando a tiempo completo en el Blackcastle. Por el amor de Dios, era una gran nutricionista y encima su padre era el entrenador.

—Ya veo. —Carraspeé porque no quería seguir dándole vueltas a por qué me inquietaba tanto la posibilidad de que se marchara—. Y hablando del Blackcastle, se me había olvidado contártelo. La semana pasada hablé con tu padre. —Resumí la conversación que había tenido con el entrenador—. Le dije que me estoy quedando en un hotel, pero no estoy seguro de que se lo haya tragado. Tendremos que andarnos con mucho cuidado.

—¿La policía todavía no ha encontrado nada?

—No creo siquiera que estén buscando. —Mantuve una ensayada expresión neutra. Me había recuperado del ataque de ansiedad del

viernes, pero todavía me sentía incómodo ante cualquier mención al intruso.

Brooklyn gimió.

—Tienen que hacerlo. No quiero que te quedes a vivir aquí para siempre.

—¿Porque me encuentras tan irresistible que te da miedo lanzarte sobre mí tarde o temprano? —bromeé con un asentimiento—. Lo entiendo.

—No empieces con eso otra vez. —Se cruzó de brazos. Por suerte, ese día llevaba sujetador—. ¿No se te ocurre otro tema de conversación? Me estoy cansando ya de ese.

—Yo nunca me canso.

Le rocé la rodilla accidentalmente con la mía y noté una chispa eléctrica subiéndome por la pierna. Por el modo en el que se le cortó la respiración, ella también la notó.

Bromeábamos sobre el autocontrol del otro, pero había una pizca de verdad en nuestras palabras que ninguno de los dos quería reconocer, una chispa de atracción sepultada bajo las bromas y la indiferencia fingida. Puede que fuera algo puramente físico o quizá hubiera algo más. Fuera como fuese, era más fácil tratarlo entre bromas. En las bromas no había riesgo ni vulnerabilidad.

—Eres insufrible —dijo Brooklyn apartando la pierna. Aun así, se quedó ahí, con el cuerpo inclinado hacia el mío como si todavía no hubiera asimilado la distancia entre nosotros.

—Me han llamado cosas peores.

Reprimió una risa.

Se hizo de nuevo el silencio, más ligero que el anterior, pero vibrando con algo tácito.

Noté que el calor me recorría la piel y tardé un segundo en darme cuenta de que no era un calor metafórico, sino literal. El sudor me

perlaba la frente y me humedecía la camiseta, provocando que se me pegara a la piel. Estaba tan distraído con Brooklyn que no me había dado cuenta del calor denso y sofocante hasta que se produjo una pausa en nuestra conversación.

—¿Se ha roto el aire acondicionado? —pregunté rompiendo el silencio—. Me estoy asando.

La mayoría de los pisos de Londres no tenían aire acondicionado. El de Brooklyn era una rara excepción, pero en ese momento no oía el zumbido de fondo. Hacía demasiado calor para ser octubre y todavía nos tocaba encender el aire para poder dormir bien.

—Se ha muerto esta mañana. Ya he avisado al casero, pero dice que no podrá arreglarlo hasta... ¡¿Qué estás haciendo?! —gritó Brooklyn cuando me quité la camiseta y la tiré al suelo.

Ayudaba. Un poco.

—¿A ti qué te parece? Me estoy refrescando. —Ahora que me había dado cuenta del calor, no podía dejar de sentirlo. Parecía aumentar a cada segundo. Si me salpicaba agua, seguro que se evaporaría—. Me quitaría también la parte de abajo, pero he pensado que no te gustaría que me paseara por el piso sin pantalones.

—Tampoco me gusta que vayas sin camiseta —espetó—. ¡Póntela otra vez! Hablamos de esto la otra noche.

—Relájate, mimosa. —Bajé del taburete y me acerqué a la nevera. Abrí la puerta y una agradable ráfaga de aire frío me acarició la cara —. Trabajas para un equipo de fútbol masculino, no es nada que no hayas visto antes.

—Eso es en el trabajo, no en mi propia casa. Esto es diferente.

Cogí una botella de agua del estante inferior.

—¿En qué sentido?

—Lo es y punto. Es la cuarta vez que te quitas la camiseta delante de mí y solo llevas aquí una semana.

Las había contado. Interesante.

Cerré la nevera, me giré y la miré con una ceja arqueada.

—Estar completamente vestido en los espacios comunes no era una de tus reglas.

—Pues ahora sí.

—No puedes añadir nuevas reglas de manera retroactiva.

—Sí que puedo. Mi piso, mis reglas. —Brooklyn mantuvo la mirada fija en mi rostro mientras yo reducía de nuevo la distancia entre nosotros.

—Admítelo, estás asustada —le dije.

—No tengo ni idea de a qué te refieres.

—Me refiero a que me miras fijamente a la cara como si tuviera ahí grabado el mapa del Santo Grial..., o como si no quisieras mirar a ninguna otra parte porque te resulta demasiado tentador.

—¿Esto es el infierno? ¿Estoy en el infierno? Debo de estarlo si tú estás aquí y me veo obligada a seguir el mismo tira y afloja cada tres días. —A pesar de sus palabras, un ligero rubor rosado le teñía las mejillas.

—Responde a la pregunta, mimosa.

—No me has hecho ninguna pregunta. Has dicho que estoy asustada y no es así. —Brooklyn se apartó el pelo de los hombros. Por supuesto, no me fijé en cómo ese gesto exponía la delicada curva de su cuello ni cómo le latía el pulso bajo la piel—. En todo caso, eres tú el que está asustado.

Dejé escapar una risa incrédula.

—¿Por qué iba a estar asustado de ti?

—Por el mismo motivo por el que no puedes controlarte. Dime que ahora mismo no me estabas mirando el cuello y pensando en

besarlo.

—Odio tener que decírtelo, pero no me ponen los cuellos —mentí —. No soy un vampiro. Pero, si quieres hablar de quién mira qué, hablemos de cómo contemplaste mis abdominales la otra noche.

—No estaba contemplando nada. Estaba... contando. —El rubor de sus mejillas se oscureció—. Las tabletas están pasadas de moda, prefiero los cuerpos más naturales. Son mucho más tiernos.

—Mentirosa.

—Ególatra.

Nos miramos el uno al otro, con las palabras cargadas de calor y de un desafío tácito. El aire crepitaba como en los minutos previos a una tormenta.

Brooklyn no se equivocaba sobre mi atracción hacia ella, pero yo tampoco me equivocaba sobre su atracción hacia mí. Pondría la mano en el fuego. De hecho...

Se me ocurrió una idea, una idea tan atrevida y audaz que no pude evitar esbozar una lenta sonrisa.

—Hay un modo de acabar con este debate de una vez por todas —le dije—. Hagamos una apuesta.

—¿Disculpa?

—Una apuesta. Veamos quién cede y besa primero al otro. Viviremos juntos un tiempo, es mejor que lo pongamos interesante.

Brooklyn resopló.

—A mí solo me suena a una excusa para que me beses.

—No, porque yo no te besaré a ti, tú me besarás a mí. —Extendí las manos con naturalidad—. Ese es el motivo de la apuesta.

Era muy ingenioso. Me preocupaba la facilidad con la que me irritaba, pero llevaba la competición en el ADN. Aunque quisiera besarla, no lo haría porque deseaba aún más ganar.

Esa era la hermosa ironía de la apuesta, nos daba «permiso» para besar al otro, pero nos aseguraríamos de no hacerlo. Por lo tanto, la apuesta nos protegía de la vulnerabilidad emocional y de cualquier otra consecuencia que pudiera surgir si alguna vez cedíamos a la atracción.

—Es lo más estúpido que he oído en mi vida —contestó Brooklyn, pero no era una negativa. Era tan competitiva como yo—. Pongamos que accedo hipotéticamente. ¿Qué se llevaría el ganador?

—El derecho a regodearse y... —Pensé en otro premio—. Mil libras.

—¿Mil libras? —Se quedó boquiabierta—. No todos tenemos salario de estrella del deporte.

—Está bien. El derecho a regodearse y cien libras más la satisfacción de que tenías razón y la otra persona no ha podido resistirse.

¿Infantil? Sí. ¿Divertido? Por supuesto.

Una apuesta estúpida era infinitamente mejor que lo que podría haber pasado la otra noche si mi ataque de ansiedad inesperado pero oportuno no nos hubiera interrumpido.

—¿Cuáles son las condiciones de la apuesta? —preguntó Brooklyn.

«La tengo». Había picado.

—Nada ilegal ni coactivo —respondí—. Todo lo demás vale. El beso tiene que ser voluntario y deliberado. La RCP no cuenta. Tampoco quedar atrapado bajo el muérdago ni tropezar o caer sobre la otra persona.

—Los besos son algo mutuo. ¿Cómo vamos a determinar quién lo ha iniciado?

—Venga ya. Una persona tiene que acercarse y la otra tiene que recibirlo. Es como el porno. Lo sabes cuando lo ves.

—No queda del todo claro.

—Sí que lo está. No hay motivos para obsesionarse con los pormenores, a menos que ya estés pensando en ceder. —Me encogí de hombros—. Vamos, mimosa. Sí o no. ¿Te apuntas?

Se le hincharon las fosas nasales. Podía ver el debate que se estaba librando en su interior porque era el mismo que sentiría yo si estuviera en su lugar.

Por una parte, no podía resistirse a un desafío, sobre todo cuando venía de mí. Quería demostrarme (y quizá también a sí misma) que no se sentía atraída por mí y que, aunque así fuera, su autocontrol era más fuerte que el mío. Las cien libras tampoco le venían mal.

Por otra parte, un beso podría meternos en problemas con el Blackcastle, que tenía la estricta norma de no confraternizar. Nuestra situación de compañeros de piso platónicos no la ponía en peligro, pero cualquier contacto romántico o sexual (como un beso) sí que lo haría. La infracción podía provocar que nos despidieran, nos suspendieran o, al menos, nos aplicaran la sanción que creyeran oportuna los de Recursos Humanos.

Sin embargo, eso solo se produciría si el beso tenía lugar y si se enteraban. Sería un beso compartido por dos personas con algo que perder. Si no se lo decíamos a nadie, ¿cómo iban a enterarse en el Blackcastle?

—¿Cuál es el plazo propuesto? —preguntó Brooklyn esquivando la cuestión.

—Mientras vivamos bajo el mismo techo.

Se mordió el labio inferior. Prácticamente, podía oír los engranajes girando en su cabeza.

—Está bien, pero solo porque me muero de ganas de demostrar que te equivocas. —Me tendió la mano con una mirada decidida.

Sonreí y se la estreché. Era suave y pequeña, pero tenía un agarre de hierro.

Aunque había un noventa y cinco por ciento de probabilidades de que nuestra apuesta acabara en empate, eso no implicaba que no fuera a esforzarme al máximo por vencer.

—Que gane el mejor compañero de piso.

8

Vincent



Era flexible ante muchas cosas, pero había un ritual consagrado que me negaba a perderme: mi cita del martes por la noche con el Canal 4.

Ni bares ni fiestas. El único lugar en el que quería estar en ese momento era en el sofá, tirado delante de una pantalla de plasma con una bebida fría en la mano y un bol de palomitas sobre las piernas.

Me relajé en mi asiento y se me aflojaron los hombros ante la música familiar de la intro. Puse el móvil en silencio y...

—¿Qué estás viendo?

Me di la vuelta y casi me ahogo con la semilla de una palomita.

Brooklyn había estado toda la noche encerrada en su habitación. No esperaba volver a verla hasta la mañana siguiente, pero ahí estaba, danzando por el salón con la prenda de ropa más indecente que existe: una camiseta de fútbol ancha. Nada más. Ni zapatos ni maquillaje, solo una camiseta del Blackcastle que rozaba sus muslos

y dejaba al descubierto kilómetros de piel desnuda y bronceada. El pelo le caía sobre los hombros en brillantes olas doradas, y estaba tan guapa que tuve que esforzarme por que mi boca no se abriera.

La semilla se me fue por el lado equivocado. Me entró un ataque de tos y agarré mi bebida con los ojos llorosos. Me la bebí de un trago mientras Brooklyn se sentaba a mi lado en el sofá con una falsa sonrisa inocente.

—¿Estás bien? —Me dio palmaditas en la espalda—. ¿Necesitas RCP?

Menuda sinvergüenza. Muy astuta. Llevábamos un solo día con nuestra apuesta y ya había disparado el primer tiro.

Aquí va un secreto: para la mayoría de los chicos, especialmente los atletas, una camiseta ancha era lo más sexi que podía llevar una mujer. Ni lencería ni tacones. Ver a alguien del sexo opuesto con la camiseta de nuestro equipo era pura kriptonita.

Brooklyn pasaba suficiente tiempo con futbolistas como para saberlo. Estaba jugando con mi punto débil, pero ni en broma iba a perder contra una simple prenda deportiva.

—Estoy bien. —Logré controlar la tos—. Y para responder a tu pregunta, estoy viendo el *reality* de repostería *The Great British Bake Off*.

Evité mirarla a propósito.

«Puedo hacerlo». Veía a gente con camisetas todos los días. Ella no era diferente.

Pero, por si acaso, mantuve la mirada al frente e imaginé las piernas peludas de Adil asomando por debajo de su camiseta.

—¿Otra vez? ¿No ves nada más? —Brooklyn miró la pantalla con un interés dudoso—. Estás obsesionado con este programa.

—Porque es el mejor programa de la historia. —No podía creer que eso fuera siquiera una pregunta—. No me digas que nunca has

experimentado la genialidad que es *Bake Off*.

—He visto algunas escenas. No está mal.

Giré la cabeza bruscamente para mirarla boquiabierto.

—¿No está mal? ¿Crees que el programa «no está mal»? ¿Qué problema tienes?

Olvidé las visiones de Adil. Su blasfemia acabó de inmediato con el poder de su camiseta.

—No tengo ningún problema. Lo creas o no, la gente puede tener gustos diferentes en televisión.

—Claro, si hablamos de cualquier otra cosa. Pero *Bake Off* es una institución. Lo ama todo el universo.

—Claramente no.

Me incliné y le coloqué el dorso de la mano sobre la frente. Estaba inquietantemente fría.

—No tienes fiebre, lo que significa que no estás enferma ni delirando. Solo tienes mal gusto. —Retiré la mano—. Lo siento mucho. Esa condición no tiene cura.

Brooklyn soltó una risita.

—Estás exagerando. No he dicho que lo odie. He dicho que no está mal, lo cual equivale a darle un siete. Es un aprobado.

—Merece más de un siete. —Mi indignación aumentaba por minutos—. No puedes obtener la experiencia completa con unas cuantas escenas. Siéntate a ver este episodio conmigo. Si al final sigue sin gustarte, te dejaré en paz.

—¿Estás seguro? No quiero molestarte en tu tiempo libre.

—No... —Me detuve de golpe. «Espera un momento».

Brooklyn me devolvió una mirada llena de inocencia, pero el brillo en sus ojos la delató.

Era buena. Me había tendido una trampa para que me comprometiera a pasar una hora con ella justo cuando estaba en mi

momento más débil (es decir, relajado, en casa y viendo *Bake Off* mientras ella usaba esa maldita camiseta como si fuera un arma). No podía retirar mi invitación sin admitir mi debilidad, así que apreté los dientes y le aseguré que no sería una molestia en absoluto.

Nuestra visualización conjunta empezó con fuerza. Brooklyn se quedó en silencio y yo me dejé absorber por el drama de la Semana de las Pastas. Era mi semana favorita.

Entonces, diez minutos después, Brooklyn estiró «por casualidad» las piernas. La camiseta se subió y dejó al descubierto otro fragmento de la piel de sus muslos.

Los concursantes se volvieron borrosos en la pantalla. Apreté la mandíbula y clavé la vista en el televisor deseando que mi visión periférica muriera durante los próximos cincuenta minutos.

«Calcetines viejos. Botas malolientes. Llagas sangrantes».

Me concentré en imágenes mentales de las cosas menos sexis que pude imaginar.

Me estaba jugando mi orgullo. No podía ceder tan rápido, no importaba lo bien que oliera o lo suave que pareciera su piel. Un beso no compensaba toda una vida de alardes con los que me bombardearía si perdía.

Brooklyn bostezó y estiró los brazos por encima de la cabeza. Su manga me rozó el brazo y una chispa me recorrió la piel.

Me tensé.

Estaba harto. Era hora de contraatacar.

La imité y fingí un bostezo. Me recosté, estiré los brazos con pereza y dejé uno sobre el respaldo del sofá. El movimiento era un clásico por una razón: funcionaba.

La punta de mis dedos rozó la curva de su hombro. Estaba lo bastante cerca para sentir el calor de su cuerpo, pero eso también significaba que ella podía sentir el mío.

Me moví en el sofá. Mi muslo tocó el suyo y tuve que reprimir una sonrisa cuando se puso rígida.

«Eso es. Los dos podemos jugar este juego».

A partir de ahí, comenzó una coreografía de ataques deliberados disfrazados de casualidades.

Brooklyn se inclinó sobre mi brazo; yo le envolví los hombros.

Luego se estiró por encima de mí para alcanzar las palomitas y nuestros rostros quedaron peligrosamente cerca. Desde esa distancia, podía contar cada una de las pecas que tenía en la nariz y las mejillas y sentir el calor suave de su aliento contra mi piel.

Giré la cabeza para desafiarla a acortar la distancia entre nosotros.

Ninguno de los dos lo hizo, pero la posibilidad estaba ahí, resonando de fondo.

Ninguno dijo nada. Nos comunicábamos a través de nuestras acciones y, por primera vez desde que me enganché a *Bake Off*, no estaba centrando toda mi atención en el reto semanal.

Los comentarios de los jueces ahogaban los fuertes latidos de mi corazón. Toda esta apuesta era una trampa de la que no podía escapar: me estaba torturando tanto a mí como a ella con cada toque y mirada «accidental». Pero eso era lo que la hacía divertida y, dejando a un lado los intentos de seducción, estaba muy a gusto sentado en el sofá viendo mi programa favorito con ella. No sentía la necesidad de demostrar quién era llenando el silencio con historias divertidas o datos curiosos. Simplemente podía... ser.

Para cuando juzgaron a los mejores concursantes y el episodio terminó, Brooklyn y yo estábamos acurrucados como una pareja de verdad, pero me negaba a admitir la derrota y apartarme primero. Al parecer, ella se sentía igual, así que nos quedamos atrapados en un enredo de extremidades en el sofá.

—¿Y bien? ¿Qué opinas? —Hice un esfuerzo consciente por no inhalar demasiado hondo. Su cabeza estaba metida debajo de mi barbilla y estaba convencido de que le había añadido algún afrodisíaco secreto a su champú. Ningún producto para el pelo debería oler tan bien—. ¿Has cambiado de opinión sobre que el programa «no está mal»?

Hablar era bueno. La conversación me distraía de lo cerca que estaba su mano de cierta parte privada: no lo suficiente para cruzar un límite, pero sí para saber que lo estaba haciendo a propósito. Bueno, no iba a caer. No hoy.

—Es mejor de lo que esperaba —admitió—. Pero sigo sin estar convencida de que sea tan genial como dices.

Mis labios se separaron.

—Increíble. —¿Cómo podía decir eso después de la Semana de las Pastas? ¡Era famosa por ser una de las mejores!—. Tenía razón, tu mal gusto no tiene cura.

—Lo dice el tío que bebe batidos de proteínas que saben a calcetines de deporte viejos.

—¿Cómo... has estado robándome los batidos?

—Le di un sorbo diminuto a uno porque tenía curiosidad. —Brooklyn juntó el pulgar y el índice para indicar lo pequeña que había sido su infracción—. Soy nutricionista, no pude evitarlo. Pero no te preocupes, he aprendido la lección porque fue la bebida más asquerosa que he probado en mi vida.

—Tu trabajo no es una excusa para cometer un delito.

Soltó una carcajada y resopló.

—Cómo te gusta el drama. Con razón te encanta la telerrealidad.

—Probablemente tengas razón —admití. Me encantaba el caos de la telerrealidad. Sabía que la mayor parte estaba guionizada, pero

había algunas que no. Saber que no era el único que tenía que soportar a gente rara y situaciones jodidas me hacía sentir bien.

—¿Alguna vez has intentado hacer una receta del programa? —preguntó Brooklyn.

—Una vez. Y casi quemo toda mi cocina.

Levantó la cabeza para mirarme.

—¿Estás de broma?

—Te lo juro. Vinieron los bomberos y todo. Fue humillante. Mi antojo de tortitas de arándanos me convirtió en el hazmerreír de mis vecinos durante semanas. —Hice una mueca—. Bueno, nunca más he vuelto a la repostería.

Estalló en una carcajada.

—Habría pagado mucho dinero por ver eso. Por favor, dime que hay fotos.

—Me alegro de que mi sufrimiento te divierta. —Pero mi boca se curvó con reticencia. Era imposible escucharla reír sin querer sonreír también.

Seguíamos enredados el uno con el otro, pero nuestra obstinada resistencia se había suavizado hasta convertirse en algo que casi parecía normal.

Tendríamos que salir de la sala de estar tarde o temprano, pero el momento era demasiado agradable para dejarlo escapar.

—¿En qué estabas trabajando realmente ayer? —pregunté.

Brooklyn arqueó una ceja, intrigada.

—En la cocina, antes de que entrara —aclaré—. Nadie se emociona tanto por crear planes de comidas.

—Ah. Eso. —Su sonrisa se desvaneció. Un segundo después, se deshizo de mi agarre y se apartó en el sofá. El aire frío se apresuró a llenar su ausencia. Técnicamente, era una victoria para mí en

nuestra batalla silenciosa, pero extrañaba demasiado su calor para celebrarlo.

Bajé los brazos, resistiendo el impulso de volver a atraerla hacia mí.

—Si te lo digo, no puedes reírte —dijo.

Asentí con curiosidad. Además, reír era lo último que pasaba por mi mente cuando la veía tan insegura. La imagen se me clavó en el pecho con más fuerza de la que debería.

—Cada año, la ISNA, la Asociación Internacional de Nutrición Deportiva, otorga premios a los mejores del sector. Los ganadores son normalmente personas que llevan décadas dedicándose a esto. Pero este año han creado el Premio Pionero para reconocer a nutricionistas que acaban de empezar su carrera, pero ya han introducido innovaciones en el sector. El ganador obtiene un premio de veinte mil dólares en efectivo y un curso de formación con un profesional veterano. Lo descubrí la semana pasada y estaba trabajando en la solicitud cuando llegaste a casa. —Un rosa claro le iluminó las mejillas—. La probabilidad de que gane es baja, pero el premio me cambiaría la vida. Es la primera vez que tengo la posibilidad de presentarme a un premio ISNA, así que estaba muy emocionada.

—Eso es increíble. —Fruncí el ceño—. ¿Por qué has pensado que me iba a reír?

—No lo sé. —Se acarició el muslo con la mano con una expresión incómoda—. Cuando lo digo en voz alta, parece tan inalcanzable... Es como decirle a alguien que quiero ganar una medalla olímpica.

—No es lo mismo. Quedaste por encima de miles de candidatos para conseguir las prácticas en el Blackcastle, y estás haciendo un muy buen trabajo. Ganar un premio por algo en lo que eres excelente no es un sueño inalcanzable; te lo mereces.

Algunas personas consideraban que a Brooklyn la habían contratado por nepotismo, pero un pajarito de Recursos Humanos me contó que no tenían idea de quién era su padre hasta que llegó a la fase final. Solo lo descubrieron porque tuvieron que hacer la investigación de antecedentes obligatoria.

La sorpresa le iluminó los ojos. Rara vez nos dábamos cumplidos, pero lo que había dicho iba en serio. Merecía ese premio tanto como cualquiera.

—Ya entiendo por qué te hicieron capitán. —Su sonrisa volvió poco a poco—. Eres bueno dando discursos motivacionales.

—Solo si me creo lo que estoy diciendo —respondí—. Entonces, ¿cómo funciona? ¿Qué tienes que hacer para ganar?

—Es como acceder a la universidad. Necesito tres cartas de recomendación, una carta de presentación y un currículum con logros y experiencias relevantes, además de elementos opcionales como artículos de prensa o *pub*licaciones en revistas. Si llego a la final, tendré varias rondas de entrevistas. —Se mordió el labio inferior—. La fecha límite es dentro de dos meses, así que tengo que estar concentrada. La carta de presentación va a ser la parte más difícil.

—Por lo menos lo demás es relativamente fácil. El equipo solo puede decir cosas buenas sobre ti. Si quieres, yo te puedo escribir una carta de recomendación. De verdad.

Otra chispa de sorpresa, esta vez acompañada de una suavidad que hizo que se me retorciera el corazón.

—Te lo agradezco, pero necesitan opiniones diversas, así que solo puedo presentar una del Blackcastle. —Su expresión se volvió triste —. Además, sería raro que todas mis cartas de recomendación vinieran de un lugar en el que ya no trabajo.

Me puse tenso. Sus palabras me golpearon como un puñetazo en el estómago.

—Espera. ¿Te vas?

Sus prácticas terminaban a principios del año siguiente, pero yo había asumido que se quedaría como nutricionista de rendimiento júnior. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza que pudiera irse.

—No depende de mí —dijo—. No me han hecho una oferta.

—Eso no tiene sentido. Eres la mejor becaria que tenemos.

—Puede que sí, pero no soy la única. No pueden contratar a todo el mundo.

—Excusas. El único otro becario es Henry, y él es mediocre, en el mejor de los casos. —De hecho, que le dieran a Henry. Era un buen tipo, pero si él era la razón por la que Brooklyn tenía que irse, lo odiaba (con el debido respeto).

—Supongo que eso es subjetivo. —Se encogió de hombros—. Basta de hablar de mí. ¿Qué hay de ti? ¿Qué probabilidades tiene el equipo de ganar la Champions League?

No fue nada sutil con su cambio de tema, y podía respetarlo. Pero también podía estar enfadado por la forma en que el Blackcastle la estaba tratando.

—Bastantes. —Me tragué las ganas de llamar al director de Recursos Humanos y ponerlo en su sitio. Eso sería pasarme de la raya. Conociendo a Brooklyn, odiaría que lo hiciera—. Nos está yendo muy bien hasta ahora, pero todavía no hemos jugado contra nuestros rivales más duros.

Estábamos en la fase de grupos de la Champions. En esta fase, los equipos jugaban entre sí solo una vez y, aunque ya habíamos sumado varias victorias, en las próximas semanas nos esperaban

partidos contra el Madrid, Barça y otros clubs importantes. No podíamos permitirnos relajarnos.

—Hay mucha presión por llegar a la final, tanto por parte del club como de mi agente. Cree que tendré la oportunidad de convertirme en embajador de Zenith si lo logramos —añadí. No estaba seguro de por qué había dicho esa última parte. ¿Para alargar la conversación? ¿Para impresionar a Brooklyn?

Si había un acuerdo comercial capaz de lograr lo segundo era con Zenith, una importante marca global que vendía zapatillas, ropa, equipamiento deportivo y prácticamente cualquier artículo deportivo imaginable. A diferencia de sus competidores, que añadían caras nuevas cada año, Zenith era conocida por mantener a uno o dos embajadores durante una década entera. Ben Evers, su embajador actual en deportes masculinos, llevaba doce años con ellos. Recientemente, había anunciado que se retiraba de la natación, y corrían rumores sobre la supuesta búsqueda de su sustituto.

Alguien de su equipo directivo contactó con Lloyd, mi agente, para organizar una reunión. No dijo de qué se trataba y no quería hacerme ilusiones, pero tenía que ser sobre un posible patrocinio. No se me ocurría otra razón por la que quisieran verme.

—Zenith. Guau. —Brooklyn arqueó las cejas con una admiración reticente y un brillo se encendió en mi pecho—. Siento que ya eres la cara de todo. Colonia, desodorante, ropa..., no puedo pasar por una sola estación de metro sin ver tu cara pegada por todas las paredes.

—Entonces mi plan para la dominación mundial está funcionando.

No estaba bromeando del todo. Tenía más patrocinios que cualquiera en el Blackcastle, incluido Asher. Lloyd temía que eso llevara a un «debilitamiento de marca», pero yo no iba a estar en la cima para siempre. Tenía que aprovecharlo mientras pudiera.

El dinero que recibía de los patrocinadores era mi red de seguridad. Si mañana me lesionara y tuviera que abandonar el fútbol, podría retirarme sin ningún problema. Ganaba más con mis acuerdos comerciales que con mi salario en el Blackcastle, y había invertido ese dinero extra de forma inteligente.

Pero, y esto nunca se lo diría a nadie, la otra razón por la que me encantaba trabajar con marcas era por la validación. Cada contrato era una prueba de que creían en mí y de que merecía estar donde estaba.

No era lo suficiente bueno para todos, pero sí lo era para alguien.

—Espero que te quedes en el Blackcastle —le dije a Brooklyn—. No sería lo mismo sin ti.

Era obvio que no quería hablar del tema, pero no podía dejar que se fuera sin decirle lo que sentía. Yo había estado en su lugar. Había esperado ofertas que nunca llegaron y me habían cerrado la puerta ante oportunidades por las que había trabajado mucho.

No podía cambiar las circunstancias laborales de Brooklyn, pero sí podía asegurarme de que supiera que la valoraba. Su presencia marcaba la diferencia, independientemente de lo que hicieran los de Recursos Humanos.

Su expresión se suavizó.

—Gracias. —Una sonrisa jugueteó con sus labios—. Creo que conseguirás el contrato con Zenith, llegues a la final o no. No hay nadie como tú.

—¿Eso es un cumplido?

—Normalmente no, pero en este caso sí. No te lo tomes demasiado en serio —me advirtió—. Estoy delirando por falta de sueño.

—Ni siquiera son las diez todavía, abuela.

—He madrugado, holgazán.

Mi sonrisa reprodujo la suya cuando volvimos a nuestra cómoda rutina de bromas. Nuestro breve momento de vulnerabilidad había pasado, pero sus ecos permanecían en el aire, suavizando los bordes afilados de nuestros insultos.

—Me voy a la cama. —Brooklyn soltó un bostezo genuino y se puso de pie—. Mañana tengo un día largo. —Vaciló y luego dijo—: Gracias por invitarme a ver el programa contigo. Ha sido... divertido.

—Cuando quieras. Buenas noches, mimosa.

—Buenas noches.

Esperé hasta que desapareció por el pasillo para limpiar la sala de estar e irme a dormir.

Cuando apagué la luz, me di cuenta de que nuestra apuesta ni se me había pasado por la cabeza mientras hablábamos. Había bajado la guardia por completo. Si hubiera llevado a cabo su jugada, habría caído.

Me cubrí los ojos con el antebrazo. «Mierda».

9

Brooklyn



No era una gran fan de la astrología, pero los planetas debían de estar desalineados. No se me ocurría otra explicación para la cantidad de sucesos extraños que estaban ocurriendo últimamente.

Por una parte, estaba la apuesta con Vincent, que me había encendido todas las alarmas en cuanto la había sugerido. Me gustaban los desafíos, pero competir con él para ver quién podía seducir primero al otro era una mala idea en todos los sentidos. Uno: nos obligaría a interactuar más, como si no fuera suficiente vivir juntos. Dos: ganar la apuesta supondría violar la política de no confraternizar del Blackcastle, aunque sospechaba que nadie se enteraría si no lo contábamos. Y tres: por mucho que odiara admitirlo, lo encontraba endiabladamente atractivo.

Creía que vivir con él acabaría con su encanto porque la mayoría de los tíos eran desordenados, sucios y asquerosos. Él era todo lo contrario. Limpiaba, cocinaba (más o menos) y doblaba la ropa

limpia de manera impecable. No dejaba de toparme con él cuando salía del baño y usaba la loción de afeitado que mejor olía del mundo. Me daba mucha rabia.

Nada de eso bastaba para hacer que lo besara. Ni por asomo. Pero sí que conseguía hacerme sentir incómoda.

Esa incomodidad se agravó con nuestra extrañamente agradable noche de *Bake Off*. Yo había salido al salón con la esperanza de ganar pronto la apuesta. Era un tío y los tíos no pueden resistirse a una chica con una camiseta de fútbol. Era una verdad universal. Pero en lugar de conseguir que me besara, había empezado a... divertirme. A hablar con él, a acurrucarme (a regañadientes) contra él y mantener una conversación seria sin los insultos y el sarcasmo habituales. Había sido la mejor noche de la semana y eso me preocupaba.

Y ahora, mi padre y yo estábamos en la cena que tanto tiempo llevábamos posponiendo y no tenía buen aspecto.

Corrección: tenía un aspecto fantástico, lo cual no era bueno. En definitiva, los planetas estaban desincronizados.

A Frank Armstrong se le conocía por vivir perpetuamente en ropa de deporte. Una vez llegó a salir en las noticias por presentarse en un evento benéfico de etiqueta con pantuflas, pero ahora llevaba traje y corbata.

—¿Quién inventó esta cosa? —gruñó. Tiró de la corbata con expresión dolorida—. ¿Cómo se puede comer cómodo cuando tienes esto ahogándote?

Me aguanté la risa.

—No tienes que ponerte corbata, papá. Con la chaqueta ya está bien.

—Creía que formaba parte del código de vestimenta.

—Pues no.

—Todos los demás la llevan.

—Puedes ponértela si quieres, pero es opcional. —Busqué la página del restaurante en mi móvil y le mostré el texto—. ¿Lo ves?

—Uf, gracias a Dios. —La corbata desapareció en un instante—. No entiendo lo de los códigos de vestimenta. Sé que pretenden ser elegantes, pero he estado en varios restaurantes como este y el pollo no es mejor que el de las cadenas de comida rápida.

—Al menos, se está más tranquilo. Podemos oírnos hablar —comenté con alegría.

Con los manteles de lino, las lámparas de araña de cristal y los menús encuadernados en cuero, el restaurante era mucho más elegante de lo que estábamos acostumbrados.

A pesar de su salario como uno de los principales entrenadores de la Premier League, mi padre era extremadamente discreto. Quizá tendría que haber elegido un establecimiento más informal para cenar, pero quería hacer algo especial.

Cuando hice el equipaje y me marché de California después de terminar el posgrado y fui aceptada en el programa de prácticas del Blackcastle, no tenía ni idea de cómo iba a salir. Solo sabía que no podía quedarme en San Diego viendo a mi madre ocupada con su nueva familia.

También pensé que había llegado el momento de conocer mejor a mi padre. Llevábamos sin vivir en la misma ciudad desde que yo tenía dos años, cuando mis padres se divorciaron y mi madre se marchó del Reino Unido jurando no regresar. Había pasado una gran cantidad de veranos con mi padre de adolescente, pero ocupaba la mayor parte del tiempo trabajando y yo me dedicaba a recorrer Londres, flirtear con chicos y comerme mi peso en dulces ingleses. Nunca habíamos llegado a conectar por completo, aunque eso no le había impedido mostrarse sobreprotector cada vez que se alejaba

del campo el tiempo suficiente para darse cuenta de que ya tenía edad para salir con alguien.

Nuestra dinámica no había cambiado demasiado en este tiempo, pero estaba decidida a hacer el esfuerzo. Mi madre era una causa perdida, pero si podía salvar mi relación con mi padre, habría valido la pena.

Mi padre carraspeó.

—Perdona, Brooke —dijo al recordar que lo del restaurante había sido idea mía. Era la única persona del mundo que me llamaba Brooke—. No pretendía quejarme. Seguro que la comida está deliciosa.

—No pasa nada. Las reseñas eran buenas, así que espero que no mintieran.

Tomé un sorbo de agua y él se colocó la servilleta sobre el regazo.

Me calenté la cabeza pensando un tema de conversación divertido, pero no se me ocurría nada que no fuera fútbol o *The Great British Bake Off*, que mi padre desde luego no veía.

El silencio se prolongó de manera insoportable hasta que vino un camarero a tomarnos nota. Cuando se marchó, se hizo el silencio de nuevo, más pesado que nunca.

—Pues...

—¿Cómo...?

Hablamos al mismo tiempo.

—Tú primero —dije.

—Primero tú —insistió.

Otro instante de silencio.

—¿Cómo fue la reunión con Vuk? —pregunté finalmente.

No sabía gran cosa sobre el misterioso propietario del equipo, pero me aterraba. Parecía que pudiera partirte en dos con sus propias manos si respirabas de manera inadecuada.

—Bien —dijo mi padre—. Está contento con el rendimiento del equipo.

—Eso está bien.

—Sí, muy bien.

Eso era casi peor que el silencio. Si seguíamos así y me daban cinco centavos por cada vez que dijéramos «bien», tendría dinero suficiente para cubrir el premio ISNA yo sola.

La dolorosa charla trivial siguió después de los aperitivos hasta los platos principales. El tiempo, el tráfico, nuestros planes para el finde..., todos los temas parecían artificiales y forzados. Era totalmente lo contrario a mis conversaciones relajadas con Vincent.

«Ojalá estuviera él aquí». El pensamiento me llegó con una fuerza repentina.

Nunca había anhelado la compañía de Vincent. Trabajábamos juntos y teníamos muchos amigos en común, así que siempre estaba... ahí. Pero por mucho que me provocara y por mucho que discutiéramos, nunca habíamos tenido problemas para conversar. Podía decirle cualquier cosa o no decirle nada y sentirnos cómodos.

Si él estuviera aquí, encontraría un modo de abrir un debate en la mesa sobre volcanes o cualquier cosa y yo no querría morirme de incomodidad.

Corté el salmón con más fuerza de la necesaria. A la mierda los planetas desalineados, si echaba de menos a Vincent DuBois debía de haber entrado en otra dimensión.

—¿Has hablado con tu madre últimamente?

Se me resbaló el cuchillo y golpeó el plato de porcelana. Una pareja cercana dejó de comer para mirarme de reojo, pero estaba demasiado ocupada observando boquiabierta a mi padre para darme cuenta.

Regla número uno en las relaciones disfuncionales que tenía con mis padres: no hablar del otro delante de ellos. Jamás.

La última vez que había violado esa regla, me había sometido a una diatriba de una hora sobre «narcisismo disfrazado de iluminación» en palabras de mi padre. Tenía dieciséis años. Así que el hecho de que sacara el tema voluntariamente en mitad de la cena presagiaba algo parecido al apocalipsis.

Miré a nuestro alrededor para ver si caía el cielo antes de responder.

—Nos hemos escrito unas cuantas veces. —Una en el último mes —. ¿Por?

Mi padre tomó un bocado de su filete, masticó y tragó antes de reconocer con cautela:

—He oído que está embarazada otra vez.

Me rendí con el salmón y dejé el cuchillo a un lado.

—Así es.

No estaba segura de adónde quería ir a parar mi padre. Él no sabía que la nueva familia de mi madre era uno de los motivos por los que me había mudado a Londres. Creía que solo había venido porque quería trabajar para la Premier League, lo cual también era cierto, pero no era toda la verdad.

—¿Y cómo lo llevas? —preguntó.

Quizá fuera más observador de lo que yo pensaba.

—Me alegro por ella —mentí—. Ya tengo un medio hermano, ¿qué más da otro más?

Que no se me malinterprete, me gustaba mi hermano. Charlie tenía dos años y era el bebé más adorable y feliz del mundo. Si pudiera pasar tiempo con él sin tener que ver a mi madre, lo haría sin dudarlo.

Pero ahí estaba el meollo de la cuestión. Era imposible separarlos. Evidentemente, no deberían separarse teniendo en cuenta lo pequeño que era, pero mi madre nunca había tenido problemas para dejarme con algún vecino o cuidadora cualquiera cuando tenía su edad. Nunca se había mostrado tan feliz de ser madre como ahora y no podía evitar sentir que yo había sido su periodo de prueba. Una prueba de treinta días gratis a la que se había inscrito por accidente y de la que se había olvidado los últimos veintisiete años.

Nada de eso era culpa de Charlie, pero yo tampoco podía evitar sentirme así.

—¿Cómo lo llevas tú? —le pregunté a mi padre.

Arqueó las cejas como si fuera la pregunta más estúpida del mundo, pero no quería que me sintiera mal al respecto.

—Tu madre y yo llevamos más de dos décadas divorciados. Podría dar a luz a una llama de dos cabezas y no me importaría.

Parte de mi tensión se relajó y solté una carcajada.

—¿Cómo sabes que está embarazada?

—Todavía tenemos algunos amigos en común. No pregunté, solo lo mencionaron.

—Ah.

No tenía esperanzas de que mis padres fueran a «recuperar el sentido común» y volver juntos. Y tampoco lo apoyaría, eran lo peor el uno para el otro. Solo se casaron porque tuvieron un lío cuando mi madre vivía en el Reino Unido. Se quedó embarazada de mí y pasaron por el altar porque era lo que se suponía que tenían que hacer. Y, tras lo que mi madre repite constantemente que fueron «los peores y más estresantes años de su vida», se divorciaron en una batalla legal que hacía que la Segunda Guerra Mundial pareciera un partido amistoso.

Sin embargo, cuando mi madre se mudó, salió con todo un desfile de hombres que entraban y salían de mi infancia y adolescencia hasta que por fin sentó la cabeza. Mi padre nunca volvió a casarse, estaba demasiado obsesionado con el trabajo.

—¿Has pensado en volver a tener citas? —pregunté.

Solo tenía cuarenta y muchos. Había bastantes mujeres de su edad que estarían encantadas de salir con él y, sinceramente, pensaba que le vendría bien tener otra cosa con la que entretenerse que no fuera solo el trabajo.

—En absoluto —contestó con decisión—. Llevar al equipo ya es mucho. No necesito el estrés de una relación además de todo eso.

—Una buena relación compensa el estrés ocasional.

—Cuando tienes veinte años, sí, pero ¿con mi edad? No vale la pena. —Carraspeó—. ¿Y qué hay de ti? ¿Has conocido a algún tío majo por aquí?

—¿«Tío majo»? Eso es muy de padre —bromeé.

—Eso espero, teniendo en cuenta que lo soy.

—Cierto. Y no, no he conocido a nadie en serio. He tenido algunas citas, pero no han llegado a nada.

Creía que Londres sería una mina de tíos buenos con acento británico y trajes hechos a medida. A pesar de que sí que existían en ciertos rincones de la ciudad, cuando fantaseaba con mi gran romance en el extranjero, había olvidado tener en cuenta la personalidad, los horarios de trabajo y la disponibilidad emocional.

Mi padre frunció el ceño.

—¿Has tenido citas? ¿Con quién? ¿Por qué no los conozco?

—Porque no fueron importantes. —Fingí exasperación, pero en realidad noté cierta calidez en el estómago. No quería que controlara mi vida, pero esto era lo más cercano que habíamos tenido a una

conversación normal entre padre e hija—. Prometo que, si tengo más de... cinco citas con un chico, te lo diré.

—¿Cinco? —espetó—. Son demasiadas. Con dos citas ya va bien para una presentación.

—Ni hablar. Las primeras citas son para tantear el terreno, las segundas son para confirmar que lo de la primera cita no fue solo suerte.

—¿Y qué hay de la tercera, la cuarta y la quinta?

—La tercera es la auténtica primera prueba para una relación potencial, la cuarta es cuando empieza a ponerse serio y la quinta ya es lo bastante seria como para que me plantee contárselo a amigos y familia.

—Eso no tiene ningún sentido.

—Es como la gente hace las cosas actualmente, papá.

Frunció el ceño aún más.

—Está bien —gruñó—. Pero más vale que no te coja un arrebato repentino y te cases en la tercera cita.

Arrugué la nariz.

—No te preocupes, no tengo planes de casarme con nadie en el futuro próximo.

En teoría, me gustaba la idea del matrimonio. En la práctica, no estaba preparada ni por asomo para ese tipo de compromiso.

—Bien. Eres joven. Deberías centrarte en tu carrera y divertirte. Pero no te pases tampoco con la diversión —añadió con rapidez—. Confío en tu buen juicio, pero no te líes con ningún futbolista. —Me apuntó con el tenedor—. Son problemáticos. Tienen una gran ética para el trabajo, pero son terribles monógamos. Confía en mí. Los oigo hablar en los vestuarios. Yo también formaba parte de esas conversaciones antes.

—Papá, por favor. No saldría con un futbolista ni aunque me ofreciera un millón de libras y un Lamborghini.

Asintió, aparentemente satisfecho.

Volvimos a la comida, pero la mención del Lamborghini me hizo pensar en Vincent otra vez. Él conducía uno azul marino, completamente personalizado, valorado en trescientos de los grandes sin la personalización.

No estaba tan obsesionado con los vehículos deportivos como Asher, pero lo daría todo por el suyo.

No iba a mentir. Era un coche muy sexi.

Le eché un vistazo al móvil. No tenía ningún mensaje nuevo. Tampoco esperaba tenerlo. Por supuesto, no esperaba ninguno de parte de Vincent.

¿Qué estaría haciendo? Estaba duchándose cuando me había ido, pero era viernes por la noche. Los futbolistas famosos no se quedaban en casa viendo la tele los viernes por la noche. Estaría con sus amigos o... en una cita.

Nuestra apuesta no nos impedía salir con otra gente. Sería raro mantenerla si alguno de los dos se metía en una relación exclusiva, pero ¿si no había exclusividad? Las reglas no lo prohibían.

Se me quedó un trozo de pescado atascado en la garganta. Tosí y me bebí rápidamente el agua que me quedaba, pero lo tragué tan apresurada que empecé a toser aún más.

—¿Estás bien?

—Ajá.

Jadeé. Tenía los ojos vidriosos, pero al final se me pasó la tos y el camarero dejó de mantenerse cerca como si le diera miedo que fuera a ahogarme hasta morir en su turno.

Todo iba bien. Estaba bien.

No me importaba dónde estuviera Vincent. Podía hacer lo que quisiera y yo también.

10

Vincent



—No me puedo creer que estés viviendo con la hija del entrenador. —Adil sacudió la cabeza—. Si se entera te matará.

—Por eso no se va a enterar. ¿Verdad? —Le lancé una mirada asesina al centrocampista.

Tragó saliva.

—Claro.

Era viernes por la noche y Asher, Adil, Noah y yo estábamos sentados en una mesa arrinconada del Angry Boar. El resto del equipo estaba esparcido por el *pub*.

Había estado pensando si hablarles a mis amigos sobre la apuesta, pero no me apetecía. Por muy tonta que fuera, era solo entre Brooklyn y yo. No quería que otras personas se entrometieran y tampoco necesitaba que me dijeran que era una muy mala idea.

Ya sabía que era una mala idea. Al principio pensaba que era una genialidad, pero no tardé en darme cuenta de que cualquier cosa

que me acercara más a Brooklyn sería jugar con fuego. El peligroso truco de la camiseta que utilizó la otra noche fue diabólico.

Pero seguía siendo más fácil gestionar mi leve atracción hacia ella dentro de los límites de una apuesta que dejar que volara libre y se escabullera por caminos que podían acabar en humillación, desamor o algo aún peor.

No es que pensara llegar tan lejos. Solo era una precaución.

—Tienes que preguntarte por qué te arriesgas a provocar la ira del jefe viviendo con ella —dijo Asher con aire pensativo. Yo solía llamarlo «entrenador», pero Asher siempre se refería a él como «el jefe»—. Tal vez sea porque estás colado por ella.

Mi mirada furiosa pasó del rostro de Adil al suyo.

Sonrió satisfecho y me pregunté por millonésima vez por qué mi hermana no podía salir con alguien que no fuera un imbécil.

—Scarlett fue la que sugirió que me mudara con ella. Tú estabas ahí.

—Sí, yo estaba ahí cuando básicamente la retaste a que te dejara mudarte con ella. ¿Por qué ibas a hacer eso si no estás pillado?

—Tiene razón —dijo Adil.

—Tú cállate. Ni siquiera estabas ahí. —Me giré hacia Noah—. Wilson, apóyame.

—No, gracias —respondió él—. Creo que tienen razón.

Me quedé boquiabierto.

—¿Tú también? Así debió de sentirse César cuando Bruto lo apuñaló.

Se encogió de hombros y una pequeña sonrisa asomó por su boca cuando Asher le chocó la mano.

—Debería haber dejado que te amargaras solo en casa —murmuré.

Noah no habría tenido ningún problema con ello, pero nadie le había amenazado para obligarlo a venir con nosotros. Bueno, tal vez había insinuado que era una noche de equipo casi obligatoria, pero no le había puesto una pistola en la cabeza.

Dicho eso, si su hija no se hubiera quedado a dormir en casa de una amiga, él no estaría aquí, y no lo culparía. Criar a una niña de diez años solo no era fácil, por lo que nunca me ofendía cuando rechazaba nuestras invitaciones.

Lo que sí me molestaba era que se hubiera puesto del lado de Asher y Adil. Era la última persona de la que esperaba una traición.

—No pasa nada por estar pillado por Brooklyn. Yo también lo estoy. Solo un poquito —dijo Adil—. Pero me sabe mal que tenga que vivir contigo.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunté indignado.

—Quiero decir que ella está buenísima y tú no. —Se encogió de hombros apenado—. Lo siento.

—Cuidado con lo que dices —gruñí por encima de las carcajadas de Asher. Incluso Noah se reía de mí. Lo que decía. Traidores, todos ellos—. Sigues en la cuerda floja por haberme delatado al entrenador.

—¡Ya me he disculpado por eso! —se quejó Adil—. Además, solo digo la verdad. He visto las piernas de los dos. Las de ella son mucho mejores, lo cual es una locura, porque tú eres atleta profesional y ella no.

La risa de Asher se transformó en una carcajada. Noah giró la cabeza, pero vi sus hombros sacudiéndose.

Mantuve mi indignación durante un minuto más antes de ceder. Las comisuras de mis labios se curvaron y le lancé una servilleta arrugada a Adil en señal de derrota.

—Eres un imbécil.

—Uno sincero. Es decir, tienes que ser un santo para vivir con ella y no querer, ya sabes... —Levantó las cejas y mis ganas de matarlo volvieron de golpe.

—¿Querer qué?

Si notó el tono amenazante de mi voz, no lo mostró.

—Comprobar si está tan buena desnuda como lo está con ropa —respondió con la barbilla apoyada en las manos y una expresión soñadora—. Esas piernas. Esa sonrisa. Ese culo... ¡Au! —aulló y se agarró la espinilla bajo la mesa mientras su expresión embelesada se convertía en una mueca de dolor—. ¿Qué narices ha sido eso?

—Perdón —dije—. No sabía que tu pierna estaba ahí.

—¿Así que has levantado el pie al azar sin ningún motivo?

Me encogí de hombros.

—Necesitaba estirar las piernas.

Le di un sorbo a mi bebida para ignorar los quejidos dramáticos de Adil y las sonrisas cómplices de Asher y Noah.

No sabía qué estaban pensando, pero se equivocaban. No le había pegado una patada a Adil a propósito porque la forma en que hablaba de Brooklyn me diera ganas de arrancarle la cabeza de los hombros. Claro que no me importaba que él o cualquier otra persona se hubiera fijado en lo largas que eran sus piernas o en lo bonita que era su sonrisa o en cómo su culo estaba lo bastante esculpido para merecer una exhibición propia en un museo.

Como había explicado, su espinilla simplemente se había interpuesto en mi camino. Ni que le hubiera dado una patada lo bastante fuerte para lesionarlo.

Mientras Noah y Asher consolaban a Adil, quien pidió con una expresión dolorida otra cerveza para sentirse mejor, mi mente volvió a divagar hacia cierta compañera de piso.

Antes de salir, la había visto de reojo mientras me metía en la ducha. No habíamos tenido la oportunidad de hablar, pero se había arreglado mucho para... ¿quién?

No estaba con sus amigas, al menos no con las que yo conocía. Scarlett se había ido a visitar a nuestra madre para un «fin de semana de chicas» y Carina tenía un nuevo trabajo que la obligaba a trabajar esta noche.

¿Brooklyn habría salido con otros amigos? ¿O estaba en una cita?

Una sensación desagradable me recorrió las venas. Me removí en mi asiento mientras resistía el impulso de enviarle un mensaje.

Era imposible que estuviera en una cita. Vivía conmigo; si hubiera conocido a alguien, me habría enterado. ¿No?

—Atento. —La voz de Asher interrumpió mis pensamientos—. Creo que esta viene a por ti, DuBois.

Alcé la vista y vi a una morena de piernas largas acercarse lentamente a nosotros, vestida para matar con un vestido corto y tacones. En mi opinión, el atuendo era poco práctico para un *pub*, pero estaba lo bastante guapa como para atraer todas las miradas del lugar, así que supongo que cumplía su propósito.

Su atención estaba clavada en mí. Se parecía a Megan Fox de joven y, en cualquier otro momento, eso me habría resultado muy atractivo, pero apenas pude sentir un destello de interés fugaz cuando se detuvo en nuestra mesa. Una ráfaga que se desvaneció con rapidez.

—Hola —dijo casi sin aliento—. Perdona que te moleste, pero mi familia y yo somos muy aficionados del Blackcastle. Sé que el *pub* prohíbe las fotos y los autógrafos, pero tenía que venir a decírtelo.

—Gracias. —Sonreí intentando parecer educado pero no interesado.

No funcionó.

Se apoyó en la mesa y empezó a hablar sin parar sobre nuestro último partido y nuestras posibilidades en la Champions. Me impresionó. Sabía de lo que hablaba. Pero cuando cambió de rumbo y me invitó a una discoteca para una fiesta, tuve que rechazar la invitación.

—Lo siento, tengo que acostarme pronto esta noche —dije—. Pero me ha encantado hablar contigo. Espero que te diviertas en la fiesta.

Su rostro se ensombreció. Se alejó, claramente decepcionada.

Cuando volví a mirar a mis amigos, me estaban observando con una mezcla de diversión e incredulidad.

—Vaya. Eso ha sido cruel —comentó Asher.

—¿Qué? He sido amable —me defendí.

—Sí, pero ¿Vincent DuBois rechazando a una morena sexi? —Adil silbó. Ya se había recuperado de mi patada y volvía a ser el de siempre—. ¿Seguro que no estás pillado por alguien?

Suspiré.

—Deja de comportarte como un niño de doce años. Ya no estamos en el colegio. Además, no tengo una preferencia especial por las morenas.

—Claro. —Asintió con cuidado—. Te gustan las rubias.

No me digné a responder.

—Voy a pedir otra ronda. —Noah se puso de pie—. ¿Alguien quiere algo?

—Voy contigo. —Adil se levantó de un salto—. Después, deberíamos dar una vuelta para ver qué hacen los demás.

—Sí, lo que tú digas. —Noah me lanzó una mirada de dolor mientras se alejaba con Adil, taladrándole el oído sin parar.

Asher también se excusó un minuto después para ir al baño. Me quedé solo por primera vez desde que había llegado y, en lugar de unirme a una de las otras mesas del Blackcastle, cogí mi móvil.

Vacilé un instante antes de escribir un mensaje rápido y darle a enviar.

¿Qué haces?

Pasó un minuto. Sin respuesta.

Me pasé una mano por la boca. Tal vez debería haberme ido con Noah y Adil a la barra.

Justo cuando pensaba que era una causa perdida, un mensaje apareció en la pantalla.

Estoy cenando con mi padre.
¿Y tú?

Con su padre. No en una cita. El nudo que tenía en el pecho se aflojó.

En el Angry Boar con el equipo.
Está sonando nuestra canción.

El Angry Boar era uno de los pocos *pubs* de la ciudad con una gramola. La mujer de Mac era una gran amante de la música y la había instalado para ella. Prueba de que hasta los vejestorios gruñones podían ser románticos.

???
¿Cuánto has bebido? No tenemos una canción.

No estoy de acuerdo.
I Hate Loving You. Riley K.

Tres puntos aparecieron y desaparecieron. Luego volvieron a aparecer.

Uno: no me creo ni por un segundo que esté sonando pop para adolescentes en un *pub* de

Londres.
Dos: nunca hemos escuchado a Riley K. juntos.
Tres: sabes que esa canción habla de amor y odio, ¿no?

Uno: créetelo.
Dos: no, pero me ha recordado a ti.
Tres: obviamente.

No nos queremos.

Tampoco nos odiamos.

Los tres puntos volvieron a aparecer. Me quedé mirando la pantalla mientras contenía la respiración. El tiempo se volvió insoportablemente lento, pero cuando los puntos al fin desaparecieron, no dieron paso a un nuevo mensaje.

El mío seguía siendo el último en la conversación.

—¿Quién se ha muerto?

Levanté la cabeza de golpe mientras Asher volvía a sentarse.

—¿Qué?

—Estás fulminando tu móvil con la mirada como si te hubiera atacado. —Señaló mi móvil con la cabeza—. ¿Qué ha pasado?

—Nada. —Me apresuré a mover el móvil hacia el otro lado, lejos de él—. Solo estaba revisando unos correos.

Asher abrió la boca, pero, por suerte, Adil y Noah regresaron a tiempo para distraerlo y evitar un interrogatorio.

Mientras Adil nos contaba cómo había retado a Samson a bailar delante de una cámara con la canción de Riley K. (que sí estaba sonando, muchas gracias), revisé de nuevo mi móvil. Por si acaso.

Un globo rojo brillaba sobre la aplicación de Mensajes.

Me dio un vuelco el estómago. Presioné la notificación y leí el nuevo mensaje. Eran solo tres palabras, pero bastaron para hacerme

sonreír.

Eso es cierto.

11

Brooklyn



El clima inusualmente cálido de Londres duró hasta el fin de semana de Halloween. Después de eso, todo cambió y noviembre amaneció lo bastante fresco para que me castañearan los dientes al salir.

Por suerte, el programa del día empezaba con una presentación interna a todo el equipo sobre nutrición. Jones, el jefe de nutrición del club y mi jefe, dirigía la reunión junto con Rory. El otro becario, Henry, y yo estábamos ahí para echar una mano.

A pesar de que había preparado yo la presentación, escuché atentamente mientras Jones hablaba de la importancia de los carbohidratos como combustible, las diferentes opciones que había para consumirlos y las raciones ideales. Los jugadores ya deberían saber esas cosas, pero venía bien refrescarles la memoria de vez en cuando.

—¿Es cosa mía o aquí hay demasiada luz? —farfulló Henry—. Tengo una resaca horrible.

Le dirigí una sonrisa forzada, pero no respondí.

—¿Qué has hecho este finde? Yo estuve en Neon y...

—Calla —dije con la voz más baja posible—. Ahora no.

Toleraba a Henry cuando tenía un buen día, pero en estos momentos hacía que me entraran ganas de pegarme cabezazos contra la pared.

La gente flipaba cuando se enteraba de que yo era la hija de Frank Armstrong, pero a nadie le importaba que Henry fuera el ahijado de Jones. Armstrong era un apellido relativamente común, así que pude ocultar mi parentesco hasta que conseguí las prácticas. Mi padre se desentendía por completo de mis prácticas. Henry no podía decir lo mismo. Además, tenía la ética de trabajo de un universitario colocado, pero era yo la que tenía que demostrar mi valía constantemente mientras él se conformaba con lo mínimo.

Bienvenidos al Blackcastle, el hogar de las Olimpiadas de la Doble Vara de medir el Nepotismo.

—Nos quedan unas cuantas diapositivas más. Luego os prometo que dejaré que el entrenador os torture en el campo —dijo Jones entre risas—. Brooklyn, ¿por qué no te encargas tú de la última parte?

Me enderecé y noté mariposas en el estómago al sentir todos los ojos puestos sobre mí. Jones no me había avisado de que iba a hablar hoy.

Por suerte, me conocía la presentación como la palma de la mano y mi sorpresa inicial se disipó rápidamente cuando empecé a explicar cómo preparar versiones saludables de diferentes comidas y cómo sustituir las calorías vacías por comida integral.

Esa era mi parte favorita del trabajo. No creía en dietas restrictivas y, a pesar de que los deportistas profesionales eran mucho más disciplinados que la persona promedio, preferían disfrutar de lo que

comían. La sostenibilidad era una parte importante de la optimización del rendimiento.

—Hemos creado unas guías y juegos para ayudaros a recordar esta información —dije—. Puedo...

—Gracias, Brooklyn —me interrumpió Jones—. Se nos acaba el tiempo, pero esta es solo la primera semana del ciclo mensual. La semana que viene, nos centraremos en aplicaciones prácticas de los conceptos que hemos aprendido hoy...

Cerré la boca en seco. Me rechinaron los dientes hasta que me obligué a relajarme.

Pensé que los juegos serían un modo divertido de involucrar al equipo, pero a Jones le parecía que era «infantilizarlos». Es decir, sí, el bingo de nutrición deportiva no era un artículo revisado para una revista especializada, pero estábamos tratando con futbolistas. Si a alguien le gustaban los juegos, era a ellos.

Jones siguió hablando. Menos mal que se nos estaba acabando el tiempo.

Contuve un suspiro. Ignoré a Henry cuando intentó entablar conversación conmigo otra vez sobre su noche en Neon y me centré en observar la estancia.

Los jugadores estaban sentados delante de sus respectivas taquillas. La mayoría prestaba atención, pero algunos estaban evidentemente desconectados. Stevens miraba el móvil cada minuto y Adil le susurró algo a un exasperado Noah.

Pasé la mirada por encima de Asher y aterricé en Vincent. Al igual que los demás, llevaba la equipación de entrenamiento negra y morada. La camiseta de manga larga le abrazaba los músculos y el morado contrastaba a la perfección con su tez oscura. Estaba apoyado en su taquilla con expresión concentrada cuando Jones finalmente le cedió la palabra a Greely, el segundo entrenador. Mi

padre no estaba presente. Rara vez asistía a las presentaciones, así que Greely solía sustituirlo hasta que empezaba el entrenamiento de verdad.

Vincent debió de sentir mi mirada sobre él, porque giró la cabeza ligeramente hacia mí.

Nuestras miradas se encontraron y se me ralentizó el pulso hasta dejarme casi sin aliento.

No habíamos hablado mucho desde los mensajes del viernes por la noche. Me había pasado todo el finde en mi habitación, trabajando en la solicitud para la ISNA, pero, de vez en cuando, se me pasaban imágenes de los mensajes por la cabeza.

«No nos queremos».

«Tampoco nos odiamos».

Dos frases que resumían la dinámica que compartíamos desde hacía tiempo. Durante más de un año, nos habíamos mantenido firmes en un punto intermedio entre el amor y el odio. Algo neutral, conveniente, seguro.

Pero la situación de convivencia había cambiado la dinámica drásticamente. Ya no podía huir de él. Siempre estaba ahí, ocupando espacio y llenando mis pensamientos y, cuanto más tiempo pasábamos juntos, más me alejaba del punto medio.

Lamentablemente, no iba en la dirección que quería, pero no conseguía encontrar el modo de cambiar el rumbo.

La mirada de Vincent se estrechó por los bordes con una expresión inescrutable. Estábamos en lados opuestos de la sala, pero, aun así, podía oler el sutil aroma de su loción de afeitado y sentir la calidez de su piel contra la mía.

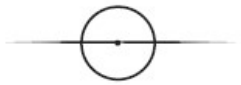
Los latidos me retumbaban en los oídos. Se inclinó hacia delante y...

Se desató una ruidosa charla. La tensión se partió y la sangre me subió velozmente al rostro cuando me di cuenta de que les habían dicho que podían marcharse.

Los jugadores se dirigieron a la salida. Vincent se quedó en su asiento sosteniéndome la mirada un instante más antes de levantarse y seguirlos al campo.

Hasta que no lo perdí de vista, no pude soltar un suspiro tembloroso.

El momento había durado menos de un minuto, pero, al igual que nuestros mensajes, permaneció en mi mente mucho más tiempo del que debería.



Mientras el equipo entrenaba fuera, Henry y yo volvimos al despacho que compartíamos. Por suerte, dejó de agasajarme con relatos de su fiesta de cumpleaños a base de tequila (para ser nutricionista, bebía mucho) y pude centrarme en mi trabajo. Pasaron las horas y estaba a punto de marcharme cuando Jones me llamó a su despacho.

—Buena suerte —dijo Henry sin apartar la mirada de la pantalla. Estaba leyendo un artículo sobre *fitness* con una conveniente foto de una modelo de Victoria's Secret semidesnuda.

¿Buena suerte? ¿Qué se suponía que significaba eso?

Tenía el estómago encogido por los nervios cuando entré en el despacho de Jones y ocupé el asiento frente a él.

«No pasa nada, no va a despedirte». Me quedaba alrededor de un mes de prácticas y había sido una empleada modelo. Bueno, menos la vez que Henry pidió que le preparara un té y le eché sal en lugar de azúcar. Nunca volvió a pedirme que le preparara ninguna bebida.

—Hoy has hecho un gran trabajo en la presentación —dijo Jones —. Excepto por la parte de los juegos al final.

—Gracias —respondí educadamente, reprimiendo el impulso de suspirar.

Jones llevaba quince años trabajando en el Blackcastle. Lo respetaba, pero en el fondo pensaba que era demasiado rígido. Las cosas se hacían a su manera o no se hacían. No dejaba lugar a debate.

—Quería hablar contigo porque he recibido tu solicitud de recomendación para el Premio Pionero de la ISNA —dijo—. Es un premio extremadamente prestigioso.

—Lo es. —No sabía qué más decir y me preocupaba que mi respuesta sonara algo condescendiente porque era demasiado obvio —. Agradecería mucho tu recomendación si es posible. Eres un nutricionista muy respetado en nuestro campo y una carta tuya me ayudaría mucho con la solicitud.

Me sequé la palma discretamente con el muslo. Si Jones se negaba a recomendarme, estaba condenada. Era mi superior directo, no podría llegar a la ronda final sin su apoyo.

Tenía que llegar a la ronda final. Podía ganar o no, pero llegar a ser finalista valía más que el dinero. Serviría para demostrarme a mí misma que tenía lo necesario para triunfar y que no había malgastado los últimos diez años de mi vida en algo que se me daba regular.

—Estaré encantado de escribirte una recomendación —dijo y suspiré de alivio en silencio. «Gracias a Dios»—. Eres una gran becaria. Algunas de tus sugerencias son poco ortodoxas, pero te esfuerzas mucho y sabes de lo que hablas. Ya te lo he dicho antes en tus repasos de rendimiento, así que no me repetiré. Sin embargo...

Me tensé de nuevo y mi alivio se desvaneció tan rápido como había venido.

—Siento curiosidad por saber por qué no me escribiste sobre esto hasta la semana pasada. Henry me pidió la carta hace meses.

Se me cayó el alma a los pies. Por supuesto, Henry también iba a presentarse, a pesar de que no le hiciera falta el dinero.

—No había oído nada sobre el Premio Pionero hasta la semana pasada —admití—. Es culpa mía por no estar al tanto. Te escribí en cuanto me enteré, pero te pido disculpas si ha sido demasiado tarde.

Había dejado de prestar atención a las becas y los premios cuando conseguí el título, puesto que ya no podía presentarme a la mayoría. Había sido un descuido.

—Ya veo —contestó lentamente Jones—. Es importante mantenerse al día de las novedades del sector, como consejo para el futuro. Sin embargo, como ya he dicho, por supuesto que te escribiré la recomendación. Eres una Armstrong. Está hecho. —Rio, pero no me uní a él.

Se me erizó la piel. Capté su insinuación alto y claro: mi relación con el entrenador estaba por encima de mi rendimiento profesional. Quizá su comentario sobre mi apellido había sido solo una broma, pero, de ser así, no tenía ni pizca de gracia.

«Entre tu ahijado y yo, hay muchos legados del Blackcastle en juego». Me callé el comentario sarcástico y guardé silencio. No sería inteligente antagonizar a mi superior justo después de que accediera a escribirme una carta de recomendación, por muy hipócrita que estuviera siendo.

—Hay otro motivo por el que quería hablar contigo —añadió—. Como sabes, tus prácticas terminan después de las vacaciones. Hay muy pocas vacantes en el equipo permanente, pero nos encantaría

que te incorporaras como nutricionista júnior. Recursos Humanos te enviará por correo la oferta oficial, pero quería decírtelo en persona.

Se me cortó la respiración. Parpadeé intentando conciliar sus palabras con mi convicción de que me quedaría en el paro a principios de año.

Nutricionista júnior. Estaba solo un paso por encima del puesto de becaria, pero era un trabajo. Un trabajo a tiempo completo, con sueldo y con los beneficios que supone trabajar para un equipo de la Premier League. No me vería obligada a pedirle dinero a mi padre ni a trabajar para un obseso del gimnasio llamado Chad.

Es lo que quería, así que... ¿por qué sentía un nudo en el estómago?

—¡Eso es genial! —Oculté mis sentimientos contradictorios con un entusiasmo fingido—. Es todo un honor, muchas gracias.

Repasamos algunos detalles logísticos antes de que Jones me dijera que podía marcharme. Volví a mi despacho cada vez más agitada. No conseguía identificar de dónde provenían esos nervios y eso me enfurecía.

¿Qué me pasaba? ¿Por qué no podía alegrarme por una vez? La oferta de empleo era algo bueno. Demostraba que merecía estar aquí, a menos que mi padre hubiera roto su norma de no intervenir en las decisiones de contratación. Era poco probable, pero posible. O quizá Jones y los de Recursos Humanos hubieran tenido en cuenta nuestra relación y hubieran decidido que era de mala educación despedir a la hija de su jefe.

«Eres una Armstrong. Está hecho».

Me dolía la cabeza y me moría de ganas por saber si Henry también había recibido una oferta, pero ya se había ido.

Por una vez, habría agradecido una de sus interminables charlas. Al menos, me habría salvado de mis propios pensamientos.

Apagué el ordenador, cogí el bolso y escribí al grupo que tenía con Scarlett y Carina al salir del edificio. Había planeado trabajar en mi ensayo para la ISNA esa noche, pero no quería estar sola. Además, independientemente de cómo me sintiera respecto a la oferta del Blackcastle, debería celebrarlo. ¿Verdad?

Les escribí a mis amigas para contárselo.

Ellas me hablarían claro. Siempre podía contar con su perspectiva y...

—¿Te llevo?

Mis pasos vacilaron al oír esa voz familiar. Me giré con el estómago encogido por un motivo totalmente diferente mientras Vincent se acercaba a mí. Se había quitado la equipación de entrenamiento y vestía una camiseta de manga larga y unos vaqueros. Llevaba la bolsa de deporte colgada del hombro y tenía un aspecto exasperantemente maravilloso para haberse pasado la tarde entrenando bajo el gélido viento.

Negué con la cabeza.

—Estoy bien. He venido en coche. —A veces veníamos juntos, pero no lo hacíamos a menudo porque no queríamos que mi padre se diera cuenta de que estábamos viviendo juntos.

—Tu coche seguirá aquí mañana. Puedo llevarte a casa mucho más rápido. —Vincent se colocó a mi lado. Olía a jabón y a colonia, una combinación inesperadamente devastadora que me hizo contener el aliento para que no me impulsara a hacer una estupidez como aceptar su oferta—. Un Lamborghini supera a un Volkswagen con creces.

—Siguen existiendo los límites de velocidad.

—No para mí. Es broma —añadió cuando lo miré de reojo—. Aunque apuesto a que puedo librarme de cualquier multa de velocidad.

—Si estás intentando convencerme para que suba a tu coche, estás fracasando estrepitosamente. —Abrió las puertas. Una gélida ráfaga repentina se me metió en los pulmones y aceleré el paso. Era lo que menos me gustaba de vivir en el Reino Unido. Cuando llegaban el otoño y el invierno, me sentía tentada a volar de vuelta a San Diego—. Además, no voy directa a casa. Me voy de celebración con las chicas. —Scarlett y Carina todavía no me habían contestado, pero era la respuesta más fácil.

—¿Qué vais a celebrar?

—El Blackcastle me ha ofrecido el puesto de nutricionista júnior. Me acabo de enterar.

A Vincent se le iluminó la cara.

—Eso es fantástico. Enhorabuena.

—Gracias.

Mi mente volvió a aquella noche en el sofá, cuando había admitido que podría marcharme pronto del equipo.

«Espero que te quedes en el Blackcastle. No sería lo mismo sin ti».

Nunca lo admitiría, pero sus palabras me habían tocado la fibra sensible en el momento adecuado. Me hacía falta el consuelo más de lo que pensaba y no me esperaba recibirlo por parte de Vincent.

Se me formó un nudo en la garganta. En enero estaría de vuelta en su casa y, si rechazaba la oferta, ya no lo vería todos los días.

«Tampoco sería lo mismo sin ti». No le había dicho esas palabras en voz alta en aquel momento, pero las había sentido en lo más profundo de mi ser y ese sentimiento acababa de volver con todas sus fuerzas.

Vincent frunció el ceño.

—No pareces demasiado emocionada. Creía que querías que te lo ofrecieran.

—Así es. Es decir... —Me interrumpí. El deseo de contarle todas mis penas me oprimía la garganta, pero me contuve en el último momento. El aparcamiento del Blackcastle no era el lugar adecuado para tenderle una emboscada a alguien en una sesión improvisada de terapia—. Tengo que pensarlo primero. No quiero tomar una decisión precipitada.

—Puedo ayudarte. —Sonrió mostrando su hoyuelo—. Ventajas e inconvenientes. Ventajas: quédate y me verás todos los días, incluso después de que me haya mudado de nuevo a mi casa. Inconvenientes: márchate y no volverás a verme.

Me reí y me sentí ligera por primera vez desde que había salido del despacho de Jones.

—Las listas de ventajas e inconvenientes no funcionan así, pero gracias. Sí que me ha ayudado. Supongo que, teniendo eso en cuenta, tendré que rechazar la oferta.

—Eso dices ahora, pero... —Vincent se interrumpió con brusquedad.

Habíamos llegado a nuestros coches, convenientemente aparcados juntos. Seguí su mirada hasta el capó de su Lamborghini, donde había un sencillo sobre marrón bajo el limpiaparabrisas.

Podría no ser nada, pero teniendo en cuenta lo que había sucedido la última vez que alguien le había dejado un regalo inesperado, entendía por qué se asustaba.

Otra ráfaga de aire barrió el aparcamiento. Me estremecí echando de menos el calor de mi despacho, pequeño pero climatizado.

Se le tensaron los músculos del cuello. Su alegría anterior desapareció mientras se acercaba y cogía el sobre. Lo abrió con una expresión indescifrable.

El silencio se prolongó hasta que ya no pude soportarlo.

—¿Qué pone?

Apretó la mandíbula. Tras un momento de tensión, me pasó la nota sin decir nada.

La cogí. Al instante, se me heló la sangre porque la «nota» no era una nota, sino una foto del muñeco que le había dejado el intruso el mes pasado. Estaba apoyado contra un fondo blanco sin ninguna marca distintiva. Al lado, había una frase formada con pequeñas canicas rojas y redondas.

«¿Te gustó el regalo?».

12

Vincent



Tenía que reconocerle el mérito a quienquiera que estuviera detrás del muñeco y la foto. Había dominado el arte de ponerme los pelos de punta con objetos aparentemente inocentes.

O bien tenía una réplica del muñeco que me había «regalado» o hizo esa foto antes de irrumpir en mi casa y esperó a que bajara la guardia para entregármela.

—Esto es una locura. —Brooklyn estaba un poco pálida—. ¿Quién hace algo así? Es como si estuviera sacado de una película de terror sin presupuesto.

—Lo sé. —Examiné el aparcamiento en busca de cualquier persona sospechosa o movimiento repentino.

Nada. Estaba inquietantemente vacío.

El frío me recorrió la espalda.

Había pasado un mes desde que el intruso se metió en mi casa, el tiempo suficiente para darme una falsa sensación de seguridad. Me

había convencido de que había sido un incidente aislado, pero la foto me hundió de lleno en la paranoia otra vez.

Un sabor metálico me inundó la boca. Sentía la piel demasiado tirante para mi cuerpo, y deseé poder quitármela como hacía con mi equipación de entrenamiento. Ser otra persona por un día y dejar atrás a Vincent DuBois.

Me había esforzado mucho para alcanzar el éxito. La mayor parte del tiempo lo disfrutaba, pero luego mierdas como esta me obligaban a replanteármelo todo.

—¿Estás bien? —Brooklyn hizo una mueca—. Perdón, es una pregunta estúpida.

—No, tranquila. Estoy bien. —Me pasé una mano por la cara e intenté pensar.

Quien hubiera dejado la foto ya se había largado. Podía hablar con los de seguridad del edificio, pero eran bastante inútiles para cualquier cosa que no fuera una ronda básica.

Aunque el aparcamiento estaba cerrado al público, no era impenetrable. Justo hace un año, alguien se coló y rayó con llave el valioso Jaguar clásico de Asher. Todos sabíamos que habían sido uno o varios jugadores del Holchester, pero las cámaras no los captaron y no pudimos probarlo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Brooklyn. Aún sostenía la foto, aunque parecía que quería tirarla a la basura y prenderle fuego.

—Llevarla a la policía y esperar que por fin levanten el culo durante el tiempo suficiente para hacer algo. —Habían sido casi tan inútiles como los de seguridad del Blackcastle. Estaba convencido de que el inspector asignado a mi caso ya se había olvidado por completo.

—Voy contigo.

—No tienes por qué hacerlo. —Le quité la foto de las manos—. Ve a pasártelo bien con tus amigas. Puedo encargarme de esto solo.

—Lo puedo dejar para otro día. De todas maneras, no sería capaz de disfrutar. —Una sonrisa a medias curvó sus labios, aunque sus ojos seguían preocupados—. Estamos juntos en esto, compi.

Se me revolvió el estómago.

—Mierda. ¿Crees que sabe dónde vivimos?

Ahora que el intruso me había encontrado en casa y en el trabajo, mi nuevo (aunque temporal) hogar parecía el siguiente paso lógico para él.

—No lo creo. Estaba bromeando con lo de compi —dijo Brooklyn rápidamente—. No creo que aparezca en el piso y... No sé, podríamos organizar una sesión de fotos desnudos con los peluches o algo así.

Solté una risa entre dientes, pero mi mente seguía dando vueltas con preocupación.

¿Debería contratar a un guardaespaldas? Algunos jugadores tenían equipos de seguridad personal, pero yo nunca había recibido suficientes amenazas como para justificar semejante invasión a mi privacidad. La idea de que alguien me siguiera las veinticuatro horas me ponía la piel de gallina.

Además, si contrataba seguridad de repente, los medios se volverían locos con las especulaciones. ¿Y si esa atención incentivaba al intruso para hacer cosas peores? No podía arriesgarme. Todavía no.

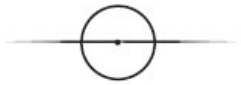
—Deberíamos ir a la comisaría en mi coche. Es menos llamativo. Después... —Brooklyn echó una mirada cautelosa alrededor del aparcamiento— deberíamos ir a algún sitio que no sea nuestra casa, por si acaso.

El nudo en mi estómago se aflojó. La situación seguía siendo una locura, como ella había dicho, pero su determinación por afrontarla conmigo la hacía un poco menos agobiante. Por muy mal que se pusieran las cosas, me tranquilizaba saber que no estaba solo.

—¿Tienes algún lugar en mente? —pregunté.

Su frente se arrugó durante un instante antes de relajarse. Sonrió y sus ojos recuperaron su brillo habitual.

—De hecho, conozco el lugar perfecto.



Nuestra visita a la comisaría fue breve. Le entregué la foto al inspector Smith, que me prometió que investigaría y me contactaría si encontraba alguna pista.

Era el mismo discurso que la primera vez, y no me inspiraba demasiada confianza. Había pensado en contratar a un investigador privado, pero después de preguntar por ahí, me dijeron que ni el mejor podría hacer gran cosa por mí. Era preferible que me limitara a trabajar con la policía.

Por suerte, estaba tan distraído por lo que me rodeaba que no tuve tiempo de pensar demasiado en las ganas que tenía de agarrar a Smith y sacudirlo hasta que un gramo de preocupación cayera de su descuidado bigote.

—No puedo creer que me hayas traído aquí. —Miré a mi alrededor con una risa incrédula—. La última vez que vine tenía doce años.

—Pensé que te gustaría —dijo Brooklyn con una sonrisa—. Todo el mundo está tan absorto en lo suyo que no te van a prestar atención, a menos que intentes batir su récord. Y aunque lo hicieras, probablemente no te reconocerían.

Me llevé una mano al pecho fingiendo estar herido.

—Au. Qué manera de pegar a un hombre cuando ya está en el suelo.

—Me gusta aprovechar cualquier situación que pueda. —Me dio una palmadita en el hombro—. Pero tienes que admitir que las probabilidades de encontrar a un aficionado del fútbol aquí son mínimas.

Tuve que darle la razón. Estábamos en SQ3, un salón recreativo a las afueras de Londres. Las luces de neón iluminaban el espacio oscuro mientras los sonidos de pitidos y explosiones de distintos juegos llenaban la atmósfera. La mayoría de los clientes parecían adolescentes y Brooklyn tenía razón: estaban tan absortos en sus partidas que el mismísimo Godzilla podría cruzar la puerta y no se darían cuenta.

¿Un lugar que ofrecía anonimato y una distracción? Era perfecto.

—Elige tu veneno —dijo después de sacar una buena cantidad de monedas para jugar—. *¿Kick It Pro?* ¿Comecocos? ¿Simulación de carreras?

Mmm.

Analicé las opciones y me detuve en una mesa vacía en la esquina.

—¿Qué tal se te da el *hockey* de mesa?

Siguió mi mirada y se encogió de hombros.

—No soy mala.

Spoiler: mintió. Era jodidamente buena.

—*Merde!* —maldije cuando me metió el tercer gol seguido—. No soy mala, mis cojones. ¿Qué pasa, has participado en las Olimpiadas de *hockey* de mesa o qué?

—Glups. ¿He olvidado mencionar que pasaba mucho tiempo en los recreativos cuando era pequeña? —dijo Brooklyn con cara de

corderito inocente—. La peluquería favorita de mi madre estaba justo al lado de un salón y yo era demasiado pequeña para acompañarla, así que me daba algo de dinero y me dejaba allí mientras se hacía su mani-pedi semanal.

Fruncí el ceño al imaginarme a una Brooklyn pequeña jugando sola mientras su madre se relajaba en una peluquería.

—¿Qué edad tenías?

—Siete u ocho años.

—¿Y te dejaba sola en unos recreativos durante horas? —La miré, atónito—. ¿Eso es legal?

—Se hizo amiga del dueño del salón y le pedía que me vigilara. Estaba bien. No me secuestraron ni nada.

—Podría haberte llevado con ella. Las peluquerías no son lugares prohibidos para niños.

—Sí, bueno, le gustaba pasar tiempo a solas. —Brooklyn utilizó un tono casual, pero evitó con cuidado mi mirada mientras alineaba el mazo para su siguiente golpe—. Cuando me hice más mayor empezamos a ir a la peluquería juntas. No es para tanto.

Ni de coña. Era una locura que su madre dejara a su hija menor de edad con desconocidos solo porque «le gustaba pasar tiempo a solas». No me importaba que supuestamente fuera amiga del dueño del salón recreativo. Por esos lugares pasaba todo tipo de gente y seguro que el dueño estaba demasiado ocupado para vigilar a Brooklyn de cerca.

A pesar de que no tenía hijos, incluso yo sabía que eso rozaba la negligencia infantil.

Me tragué la discusión. No me correspondía cuestionar la relación de Brooklyn con su madre, pero ni siquiera la conocía y ya la odiaba un poco.

Con razón Brooklyn rara vez hablaba de ella. Llevábamos dos semanas viviendo juntos y aún no la había visto llamarla o mencionarla ni una sola vez.

—¿Cómo reaccionó cuando le dijiste que te mudabas a Londres? —pregunté.

Brooklyn tiró. El disco se detuvo a un centímetro de entrar en la portería.

—Le pareció bien.

—¿Hablas mucho con ella? —Tenía la sensación de que ya sabía la respuesta, pero quería escucharla de su boca. Era la primera vez que se abría conmigo sobre su familia y estaba desesperado por saber más. No debería estarlo; esto se acercaba demasiado a una conexión emocional y era lo último que quería o necesitaba. Pero no podría parar ni aunque lo intentara.

—Hablamos cuando es necesario. —Brooklyn bloqueó mi contraataque—. Tiene un hijo de dos años y está embarazada del segundo, así que está bastante ocupada. Además, está lo de la diferencia horaria...

—Tercero.

—¿Qué?

—Te tiene a ti, más el de dos años. Y ahora está embarazada de su tercer hijo.

Brooklyn titubeó. Un rubor rosado le subió a las mejillas y desvió la mirada por un segundo antes de volver a mirarme a los ojos.

—Cierto. Quería decir mi segundo hermano. Me he expresado mal.

¿He dicho que odiaba un poco a su madre? Me he equivocado. La odiaba, punto. Brooklyn no se habría equivocado con algo así a menos que alguien le hubiera metido en la cabeza la idea de que no era un miembro «real» de la familia.

Quizá estaba sacando conclusiones sin conocer toda la historia, pero sospechaba que al menos iba bien encaminado.

—¿Y tú? —preguntó ella—. ¿Cómo es tu relación con tu madre?

Acepté la distracción. Ella me había hecho un favor al no mencionar al intruso después de salir de la comisaría y ahora me tocaba devolvérselo.

Aun así, tuve que obligarme a destensar la mandíbula y respirar hondo para contener la irritación creciente que me provocaba su madre antes de contestar.

—Es bastante buena. No vivimos juntos desde que tenía seis años, pero Scarlett y yo pasábamos los veranos y las vacaciones con nuestros padres, así que la veía a menudo.

La mayoría de la gente recordaba su infancia como un cuento de hadas, y yo no era la excepción. Cuando pensaba en esos días, no recordaba las peleas ni la agresividad pasiva de mis padres; recordaba los paseos por el muelle de Brighton, las tardes lentas junto al mar y las manos pegajosas de algodón de azúcar. Nuestra madre solía comprarnos conos de helado a Scarlett y a mí si respondíamos correctamente a sus preguntas de cultura general.

No era perfecta, pero hacía lo mejor que podía con lo que tenía. Nunca lo olvidé.

—No hablamos todos los días, pero sé que está ahí si la necesito, y viceversa. Honestamente, es mejor que no hablemos todos los días —añadí—. Siempre me insiste con lo de encontrar la estabilidad y darle nietos. Hay un límite de preguntas que me puede hacer sobre mi vida amorosa antes de que la conversación se vuelva incómoda.

—Si necesitas refuerzos, puedo hablar con ella y explicarle por qué dejarte procrear es una mala idea para el mundo en general.

—Tienes razón. La sociedad no sabría qué hacer con tanto encanto. No quiero romper más corazones de los que ya rompo.

Los labios de Brooklyn formaron una línea recta. Logró mantener la expresión seria tal vez unos diez segundos antes de quebrarse y estallar en una carcajada.

—Estás delirando —dijo con más indulgencia de lo habitual.

Sonreí a pesar de que un atisbo de culpa se coló en mi pecho.

Le había contado la verdad sobre mi madre, mi madre real, la única a la que llamaba así, pero mi relación con mi madre biológica era más complicada. Para empezar, existía únicamente en mi imaginación y odiaba que formara parte de mi vida.

Mi madre biológica nunca se había puesto en contacto conmigo. Nunca me había llamado, nunca había mostrado interés en mi vida, ni siquiera cuando firmé con la Premier League y me nombraron capitán del Blackcastle más tarde.

Mis padres habían sido transparentes sobre mi adopción desde que tenía la edad suficiente para entender lo que significaba. Al parecer, mi padre biológico no había formado parte del proceso en absoluto. Tal vez ni siquiera sabía que existía, pero había crecido fantaseando con conocer a mi madre biológica, aunque fuera solo para ver cómo era. Sin embargo, su silencio durante todos estos años era una confirmación clara y fría de que no quería saber nada de mí por muy rico y famoso que fuera.

No sabía por qué me había dado en adopción, pero era la incertidumbre lo que me mataba: la posibilidad de que, desde el momento en que nací, alguien ya hubiera considerado que no era suficiente.

No le conté nada de eso a Brooklyn. Ya era bastante difícil admitirlo para mí mismo sin exponer mis neurosis a testigos inocentes.

Terminamos nuestro partido de *hockey* de mesa sin volver a hablar de nuestras familias. Ella ganó la primera ronda, pero yo le gané por un punto en la segunda. Después de eso, pasamos a las máquinas de *pinball* hasta que el hambre nos venció y paramos para cenar rápidamente en el bar del salón. No tenía mesas, solo taburetes altos, así que comimos de pie.

—No me puedo creer que llevemos aquí tres horas. —Brooklyn revisó su reloj—. Juraría que acabamos de llegar.

—Ya sabes lo que dicen: el tiempo vuela cuando te estás divirtiendo.

Estábamos rodeados de adolescentes gritones y música pop pésima, pero no me importaba. Esto era exactamente lo que necesitaba después del desastre con las fotos.

—Gracias por esto. —Señalé a nuestro alrededor—. Sé que no habías imaginado pasar la noche así, pero agradezco que estés aquí conmigo. Aunque siento haber arruinado tu celebración por la oferta de trabajo.

—No la has arruinado —dijo Brooklyn—. Yo también me lo he pasado bien.

Su habitual exasperación juguetona había desaparecido y sonaba sincera, casi tímida, mientras me miraba.

La canción pop de fondo cambió a otra que sonaba exactamente igual. O tal vez sonaba diferente. Era difícil escuchar más allá del repentino martilleo de mi pulso.

Los comensales pasaban junto a nosotros, ya fuera rumbo al bar o de regreso al salón, pero apenas me percataba. Todos se fundían en una gran masa sin rostro detrás de ella.

No importaba dónde estuviéramos ni cuánta gente hubiera alrededor, Brooklyn podía hacer que el resto del mundo

desapareciera con solo una mirada. No podía explicar cómo ni por qué. Simplemente..., lo hacía.

Su mirada se deslizó hacia mi boca y luego volvió a mis ojos. Tragué saliva; tenía la garganta seca. Nunca la había visto, pero tenía una pequeña pequita justo encima del labio superior.

El impulso de inclinarme y besarla me invadió.

Agaché la barbilla. Brooklyn entreabrió los labios, pero no se apartó cuando me acerqué. De hecho, se inclinó una fracción de centímetro, suavizando su expresión como si quisiera que la besara y...

«Y ganará la apuesta».

El recordatorio de nuestra apuesta nos golpeó como un chorro de agua helada. Retrocedí de golpe y la calidez en mi pecho se convirtió en lodo.

El deseo de besarla seguía ahí, pero no podía ceder. Quería que ella me deseara, necesitaba que diera el primer paso. Esa era la única manera de estar seguro.

Brooklyn se enderezó y sus mejillas se tiñeron de un rosa pálido.

—¿Sabes jugar al billar? —pregunté, algo bruscamente—. Sé honesta. —Era cínico, pero con ella también era débil. No estaba listo para volver a nuestra rutina y aún nos quedaban un par de horas antes de que el salón cerrara.

Negó con la cabeza.

—Bien. —Recogí los restos de comida de nuestros platos y llevé la bandeja a la basura más cercana. Cualquier cosa para alejarme de la nube de decepción que flotaba en el aire—. Vamos. La noche aún no ha terminado.

13

Brooklyn



No sabía que en el salón recreativo hubiera sala de billar hasta que lo señaló Vincent. No era un juego clásico de los salones recreativos, pero nos venía bien porque éramos los únicos que estábamos ahí.

—Relaja la sujeción y coge el taco así. —Vincent se inclinó sobre mí para ajustar mi postura—. Deja que tu muñeca cuelgue con naturalidad. No deberías curvarla hacia dentro ni hacia fuera de tu cuerpo, sino que debe estar en línea recta con tu antebrazo.

—¿Estás seguro? Esto no me parece natural.

—Segurísimo. —No podía verlo, pero percibí la diversión de su voz alta y clara—. A ti se te da bien el *hockey* de mesa, a mí el billar. Hazme caso.

—Vale —gruñí—. Pero más te vale no sabotearme.

Rio y percibí el sonido grave en mi oído.

La incomodidad que habíamos sentido en el momento de la cena había desaparecido, pero eso significaba que volvía a ser demasiado

consciente de su presencia, del calor de su cuerpo, del aroma de su colonia, del roce de su camiseta contra mi espalda...

Apreté la mandíbula e intenté concentrarme en dominar la sujeción. Era complicado. Entre la oferta de trabajo, la foto, nuestra conversación sorprendentemente sincera jugando al *hockey* de mesa, el casi beso durante la cena... El día había sido una montaña rusa de emociones.

O, al menos, a mí me había parecido un casi beso. La intención estaba ahí y se había acercado mucho...

Pero luego se había apartado como si se hubiera quemado y no había dicho ni una palabra al respecto desde entonces, así que quizá lo había malinterpretado. Tal vez me había dejado llevar por la ilusión de intimidad que se había creado tras pasar tantas horas a solas.

«Qué tontería».

La peor parte no había sido equivocarme al pensar que quería besarme, lo peor era que se lo habría permitido..., con apuesta o sin ella.

Vincent siempre había sido muy guapo, pero los recientes atisbos de vulnerabilidad que había dejado entrever me habían tocado la fibra sensible. El mundo adoraba al futbolista, pero a mí me gustaba aún más el ser humano imperfecto de debajo.

«Qué tontería más grande».

—Bien. —Su aliento cálido me acarició la piel—. Eso es.

Joder. Se me tensó todo el cuerpo y un escalofrío me recorrió desde la nuca hasta los dedos de los pies. No era de las que se excitaban con los elogios, pero su voz pronunciando esas palabras me provocaba cosas que la razón no podía explicar.

Ni siquiera sabía lo que estaba...

—Tu postura ahora es perfecta. —Me soltó la mano y se enderezó.

Ah. Cierto. Estábamos trabajando en eso mientras mi mente divagaba.

Cuando Vincent se puso al otro lado de la mesa para mirarme de frente, ya había logrado controlar mis hormonas rebeldes.

Me levanté con el rostro relajado en lo que esperaba que pareciera una expresión neutra.

—¿Y si lo hacemos más divertido? —Cogió su propio taco de la pared. Si nuestra proximidad lo había afectado tanto como a mí, no lo demostró—. Cada vez que uno meta una bola, el otro tiene que contarle un secreto.

—No me parece justo. Soy novata. Me tocará revelar todos mis secretos mientras tú te sientas y los anotas en tu libro de chantajes.

Le brillaron los ojos de diversión.

—No tengo un libro de chantajes, pero gracias por la idea. Además, ¿no has oído hablar de la suerte del principiante? —Como me mantuve escéptica, se encogió de hombros y añadió con un aire demasiado casual—: ¿Tan poca fe tienes en ti misma?

Maldita sea. Siempre sabía cómo engatusarme.

No me sentí orgullosa, pero mordí el anzuelo y, como esperaba, lo vi meter la primera bola de la noche.

—Suéltalo, mimosa —dijo Vincent por encima de mi gemido—. ¿Cuál es tu primer secreto?

Pensé algo pequeño pero lo bastante significativo para satisfacerlo.

—No di mi primer beso hasta el último año de instituto. Fui la última en mi grupo de amigas en besar a un chico y me apodaban Papa Inocencio porque..., bueno, ya sabes.

Me miró fijamente. Pasó un instante y... se rio. Una risa profunda y sincera que empezó débilmente y acabó convirtiéndose en carcajadas.

—No me hace gracia —protesté, a pesar de que me subía una risita por la garganta—. ¡Mi yo de diecisiete años estaba traumatizada! Y tampoco fue un buen beso, fue como liarse con un sapo baboso.

Puso las manos sobre la mesa y bajó la barbilla con los hombros temblorosos.

—Papa Inocencio. —Rio—. Esa es buena.

Intenté mantenerme seria, pero se me escapó una risita antes de que pudiera evitarlo. Luego otra y otra hasta que me doblé y empezó a dolerme el estómago de tanto reír.

—Lamento que tu primer beso fuera una experiencia tan horrible —dijo Vincent cuando por fin nos calmamos—. Espero que desde entonces hayas tenido algunos mejores.

—No te preocupes por eso. —Me duraba el subidón de diversión y me salió la voz algo entrecortada—. Los he tenido.

Nos miramos a las ojos. Noté un hormigueo en la piel, pero la tensión se desvaneció cuando señaló mi taco.

—Te toca.

Me calmé y me incliné adoptando la postura que me había enseñado. «Concéntrate».

Pero no acerté el primer tiro ni el segundo ni el tercero. Vincent falló uno, pero metió los otros dos.

La frustración se me empezaba a acumular debajo de la piel. No esperaba ganar, pero tenía que meter al menos una bola. De lo contrario, mi orgullo nunca se recuperaría.

Examiné la mesa en busca de la mejor oportunidad y elegí una bola cerca del centro. No estaba tan cerca del agujero como las otras, pero el ángulo parecía prometedor.

Le di justo encima del centro y supe de inmediato que no había usado la fuerza suficiente, pero al menos se estaba moviendo en la

dirección adecuada.

«Vamos». Apreté el taco con tanta fuerza que se me pusieron los nudillos blancos.

La bola rodó lentamente hacia una tronera de la esquina. ¿Tenía el impulso suficiente para llegar o perdería fuerza a mitad de camino? «Entra, entra, entra...».

Se metió en la tronera con un golpe sordo.

—Dios mío. —Me llevé una mano a la boca, esperando en parte que la bola volviera a salir y dijera que era broma, pero no lo hizo—. ¡Joder, lo he conseguido! ¡Lo he conseguido! ¡He metido una bola!

Salté dando chillidos. No me importaba parecer idiota. Estaba demasiado contenta por haber conseguido un punto.

¡Chupaos esa, dioses del billar!

Cuando por fin me calmé lo suficiente para reclamar el premio, miré al otro lado de la mesa y vi a Vincent observándome con una media sonrisa. Desapareció en cuanto nuestras miradas se cruzaron.

—Te toca revelar un secreto. —Me recorrió un escalofrío de anticipación—. ¿Qué será?

No lo dudó.

—Solo tengo una prenda de ropa interior.

—¿Qué?

—Un estilo de ropa interior —aclaró—. La mayoría de la gente no la ve nunca y tener un solo estilo libera espacio mental para concentrarme en otras cosas. Compro los calzoncillos por docenas.

—Vaya —resoplé—. Yo te cuento secretos jugosos y tú me respondes con tus hábitos de compra de ropa interior. No me parece un intercambio justo.

—Tu último secreto ha sido que le diste una patada en los huevos a alguien en primaria.

—Uno: se estaba metiendo con mi amiga, y dos: fue divertido.

—No para las bolas del pobre chaval.

—Pues me alegro de que no formen parte de este juego.

Se le marcó el hoyuelo de la mejilla.

—Es justo. —Cogió su taco y se encogió de hombros—. Pero si quieres mejores secretos, vas a tener que ganártelos.

Como la mayoría de la gente, necesitaba motivación. Ganar era un incentivo potente, pero nada me impulsaba tanto como el resentimiento. Si alguien insinuaba que no podía hacer algo, me dejaba la piel antes de demostrar que esa persona tenía razón. Era así en la escuela, en el trabajo y, ahora, también en el billar.

Por suerte, aprendía rápido. Vincent seguía sacándome cinco puntos, pero me mantuve firme y acabamos compartiendo secretos al mismo ritmo.

Me contó que copió en un examen de mates porque su padre le había dicho que no lo llevaría a ver un partido si no sacaba un sobresaliente y yo le conté que le había pedido dinero a mi madre para una supuesta recaudación de fondos del instituto y me lo había gastado en un carné de identidad falso.

Me contó que una vez lo atacó un mapache en un viaje a Estados Unidos y que tuvieron que vacunarlo de la rabia, y yo le conté que el primer día de universidad me equivoqué de aula, pero me daba demasiada vergüenza marcharme, así que asistí a una clase completa de Física Cuántica.

—Cuando tenía cinco años, cuidé del hijo de unos vecinos y lo vi dar sus primeros pasos —relató Vincent cuando le tocó compartir otro secreto—. Cuando sus padres volvieron a casa, les dije que le faltaba poco para caminar y que no deberían quitarle el ojo de encima. Unos minutos después, se levantó, caminó hasta ellos y alucinaron. Nunca les conté la verdad.

Dejé de observar la mesa y lo miré a él. Noté una punzada en el pecho al formarme una imagen mental de lo que había descrito.

—Eso fue muy amable por tu parte.

—No es para tanto. —Parecía algo avergonzado—. No quería quitarles esa experiencia.

La punzada se agudizó.

—Para ellos sí que fue para tanto, aunque no sean conscientes de ello. —Carraspeé y señalé su taco—. Bueno, te toca.

Como era de esperar, volvió a meterla. Tenía a huevo el tiro perfecto.

Pensé qué secreto compartir con él. Había usado la mayoría de los insignificantes. Me estaba manteniendo alejada del tema de la familia, así que opté por una confesión tangencial.

—En un primer momento, me especialicé en Nutrición Deportiva porque mi padre es quien es..., una leyenda en el mundo del deporte. Así que supuse que era un modo de sentirme más cerca de él, puesto que no pasábamos mucho tiempo juntos cuando era pequeña.

Las palabras me salieron con una facilidad sorprendente. Ya habíamos compartido seis o siete secretos. Había empezado como un reto tonto, pero había algo en este momento que tocó una fibra más profunda de mi ser.

Esa sala era una zona libre de juicios y, a pesar de nuestro historial de insultos, no me preocupó ni un segundo que Vincent pudiera usar como arma todo lo que le había contado allí.

—¿Y ahora? —Me observó con atención—. ¿Cómo te sientes al respecto?

—Ahora leo blogs de nutrición por diversión y me paso el día trabajando por voluntad propia con futbolistas, así que dímelo tú —respondí.

Su risita me hizo sonreír.

Vincent y yo reanudamos el juego. Se alzó con la victoria dos jugadas después, pero no me enfadé.

En algún momento, el juego había pasado a un segundo plano para dejar brillar la conversación.

—Enhorabuena. Sabes más sobre mí que cualquier otra persona de mi vida, Scarlett incluida. —Su voz delataba diversión.

—Vaya. —Me llevé una mano al pecho—. Me siento honrada.

—Deberías. Pero no le hables a nadie de mis hábitos de compra de ropa interior.

—¿Estás diciendo que soy especial?

—Es exactamente lo que estoy diciendo. —Vincent se sentó al borde de la mesa con la postura relajada, pero había cierto trasfondo en sus palabras. Una leve intensidad que me encendió los nervios uno a uno como hogueras en mitad de la noche.

Mi respuesta borde murió en mi garganta.

Sin el juego para distraerme, volvía a ser agonizantemente consciente de su presencia, de la electricidad del aire y de la forma velada y casi sensual en la que me sostenía la mirada.

«No caigas en su trampa. Está todo calculado».

Vincent siempre había sido encantador, incluso cuando estaba siendo molesto, pero la apuesta despertaba sospechas sobre todas nuestras interacciones. ¿Ese atisbo de atracción era auténtico o solo pretendía demostrar algo? Quería que admitiera que lo deseaba, pero no podía darle esa satisfacción, sobre todo porque nunca llegaría a nada.

Giré la cabeza para romper el hechizo. Las hogueras se apagaron y el aire frío volvió a entrar en mis pulmones.

Pasó un instante silencioso antes de que Vincent bajara de la mesa.

—Voy a por un poco de agua. —¿Era cosa mía o su voz sonaba algo tensa?—. Vuelvo enseguida.

—Me parece bien.

Desapareció hacia la sala principal del salón recreativo y por fin me permití respirar hondo.

Revisé mi móvil en busca de mensajes nuevos. Me habían escrito Scarlett y Carina para darme la enhorabuena por la oferta de empleo y les respondí con un rápido agradecimiento. A continuación, sin poder evitarlo, abrí Instagram y me metí en el perfil personal de Vincent. Nos seguíamos mutuamente, pero nunca habíamos interactuado en la aplicación. Quizá ahí hubiera algo que me ayudara a ganar la apuesta.

Lamentablemente, no era demasiado activo. Lo último que había subido era una foto tomada en París hacía meses. No había nada que me proporcionara información nueva sobre quién era, qué le gustaba o cómo podía seducirlo para que me besara.

—¿Necesitas compañero para el billar?

Cerré rápidamente la aplicación y levanté la mirada. No era Vincent. Tendría que haberme dado cuenta solo por la voz, pero la pregunta inesperada me había sobresaltado tanto que mi mente necesitó un instante para procesarla.

El recién llegado tendría más o menos mi edad. Cabello castaño, ojos de color avellana y una sonrisa ladeada. Era mono.

—Ya estoy jugando con alguien —respondí disculpándome—. Ha ido a por bebida, pero... —De repente, caí en su acento. Me enderecé con una chispa de reconocimiento—. Un momento, ¿eres de Estados Unidos?

—Sí. Nací y crecí en La Jolla.

—¡No puede ser! Yo soy de La Mesa. —Tanto La Jolla como La Mesa formaban parte del condado de San Diego.

—¡No jodas! Somos prácticamente vecinos. —Se le iluminó la cara —. Soy Mason.

—Brooklyn. —Sonreí y mis reservas iniciales se esfumaron.

Había muchos estadounidenses en Londres, pero no había conocido a nadie de mi tierra natal hasta ahora. Encontrar a alguien de San Diego en el extranjero creaba un vínculo instantáneo.

Mason y yo entablamos una conversación agradable. Tenía un año más que yo, trabajaba en marketing corporativo y se había mudado a Londres hacía un mes. Vivía cerca y estaba explorando el vecindario cuando se había topado con el salón recreativo.

—Un adolescente me ha dado una paliza al *NBA Jam*, así que he pensado que podría probar suerte con el billar —dijo con aire cohibido—. Pero si ya tienes pareja, no quiero entrometerme.

—No te estás entrometiendo. Si encontramos a un cuarto jugador, podemos jugar dos contra dos.

No estaba segura de lo que opinaría Vincent al respecto, pero... Un momento, ¿dónde estaba Vincent? No debería tardar tanto en traer agua.

Mason me sonrió. Era realmente guapo. Tendría que estar coqueteando con él, pero no podía evitar que mis pensamientos divagaran hacia cierto futbolista.

—Me encantaría —dijo—. He...

—¿Qué te encantaría?

Voz grave. Suave. Aterciopelada con un levísimo toque de irritación.

Se me aceleró el pulso por un instante.

Me giré y estuve a punto de chocarme contra el pecho de Vincent. Estaba tan cerca que podía ver el leve tic de su mandíbula mientras miraba a Mason sin disimular sus sospechas.

—Estábamos diciendo que podríamos jugar dos contra dos. —Cogí una de las dos botellas de agua que tenía en las manos—. Este es Mason, por cierto. Mason, este es Vincent.

—¿Os conocéis? —preguntó Vincent con tono desenfadado, pero que delató cierto filo casi imperceptible.

—Acabamos de conocernos —contesté—, pero resulta que los dos crecimos en la ciudad de San Diego. ¿No es de locos?

—De locos, sí.

Entorné la mirada ante su respuesta. Vincent solía mostrarse amablemente reservado cuando conocía a gente nueva. ¿De dónde venía esa hostilidad?

—Oye, tío. —Mason le tendió la mano. Tras una larga pausa, Vincent se la estrechó—. ¿Te conozco de algo? Me suena tu cara.

—Vincent es futbolista, juega en el Blackcastle —dije cuando vi que él tardaba en responder. En serio, ¿qué le pasaba? Nunca se mostraba antipático a menos que el otro fuera un capullo y Mason había sido muy cordial hasta el momento—. Supongo que lo habrás visto en la tele. O en los anuncios que hay por el metro.

—Ah, debe de ser eso. —Mason se encogió de hombros—. Lo siento, no soy muy fan del fútbol europeo.

Vincent tensó la mandíbula de nuevo. No sabía si era porque Mason no sabía quién era o porque había tenido que añadir la coletilla de «europeo».

—No te preocupes por eso. —Su sonrisa carecía de toda calidez—. Bueno, ha sido un placer conocerte, Mason, pero tenemos que volver a nuestra partida.

Me molestó su seca despedida, pero Mason se lo tomó bien.

—Sí, claro. Y, oye... —Se frotó la nuca adoptando una expresión tímida—. Espero no estar entrometiéndome, pero ¿estáis... saliendo?

—No —respondí enseguida y me reí—. Somos amigos. Compañeros de trabajo, en realidad. Y de piso. Compañeros de piso temporales. —Las palabras me salieron atropelladas—. Somos muchas cosas, pero definitivamente no somos pareja.

La sonrisa de Mason se ensanchó.

—Entiendo. En ese caso, ¿te gustaría que intercambiáramos los números de teléfono? No conozco a nadie en Londres más allá de mis compañeros de trabajo y todos me sacan treinta años. Estaría bien quedar con alguien de mi edad.

Miré de reojo a Vincent, quien se había movido hacia la mesa de billar. Tenía los músculos del cuello tensos mientras colocaba las bolas con expresión indiferente.

—Claro, siempre va bien tener amigos en la ciudad. —Volví a centrarme en Vincent, molesta conmigo misma por preocuparme por lo que pensaría él—. Dame tu teléfono.

Anoté mi número y me envié un mensaje para tener yo también su información de contacto. Nos despedimos y se marchó.

Vincent no esperó ni un minuto antes de espetar:

—Me marcho cinco minutos y te buscas un nuevo amiguito. —Su molestia seguía ahí, más leve, pero presente.

—Te has ido más de cinco minutos y has sido muy desagradable con él. —Me crucé de brazos—. ¿Qué diablos ha sido eso?

—¿He sido desagradable? Le he estrechado la mano y le he dicho que era un placer conocerlo.

—No es lo que has dicho, es cómo lo has dicho.

—¿Ahora juzgas mi tono?

—¿Te estás haciendo el tonto a propósito?

Vincent se enderezó y me miró. Su irritación era evidente y se acentuaba con su ceño fruncido y la tensión de su boca.

—Vale, no me ha caído bien. ¿Contenta? Hay algo en él que me perturba.

—Lo has conocido durante dos minutos. Y, literalmente, ha sido muy amable.

—Ted Bundy también era amable y mira cómo acabó.

—Estás siendo ridículo. —Se me había acabado la paciencia, pero no me apetecía discutir, así que decidí cambiar de tema—. ¿Por qué has tardado tanto? Podrías haber sacado el agua de la máquina expendedora.

—Es lo que he hecho, pero me han reconocido y me han liado. —Vincent miró a la puerta que llevaba a la estancia principal del salón recreativo. En ese momento, me di cuenta de que había un grupo de adolescentes mirándonos y cuchicheando—. Deberíamos marcharnos antes de que llamen a más amigos.

No discutí.

Por suerte, nadie lo interceptó de camino a la salida y condujimos de vuelta a casa en completo silencio.

Habíamos pasado un buen rato, pero tendría que haber sabido que no duraría. Con apuesta o sin ella, Vincent y yo estábamos destinados a llevarnos mal.

14

Brooklyn / Vincent





Brooklyn

A primera vista, parecía que Vincent y yo habíamos vuelto a la dinámica de siempre tras la tarde en los recreativos: insultos juguetones y miradas de exasperación salpicadas de intentos descarados de ganar la apuesta. Él iba por casa sin camiseta tan a menudo que parecía alérgico a la ropa; yo hacía yoga en medio del salón con las mallas que más favorecían a mi culo y un sujetador deportivo. Le doraba la píldora viendo *Bake Off* con él los martes mientras que él, casualmente, necesitaba usar la cocina a la vez que yo todas las noches.

Ambos sabíamos lo que el otro estaba haciendo, así que estábamos siempre alerta. Pero eso no cambiaba el hecho de que algo apenas perceptible había cambiado desde nuestra tarde juntos.

No sabía decir qué era con exactitud, pero estaba ahí, como una pequeña ola alterando la superficie plana de nuestra relación.

No era la nueva amenaza de su intruso, aunque no cabía duda de que eso nos había llevado al límite. La policía no pensaba que la foto en su coche fuera «procesable», aunque no sabía qué significaba eso, así que Vincent había duplicado la seguridad en mi piso. Más cámaras, más cerraduras y un sistema de sensor de movimiento que me dio un susto de muerte cuando llegué a casa un sábado por la tarde y me encontré con un láser apuntándome a la frente.

Seguía teniendo su Lamborghini, pero también se compró un discreto Range Rover negro para el día a día porque el Lambo era demasiado reconocible y no quería que la gente lo siguiera a casa.

Tal vez era demasiado teniendo en cuenta que, por ahora, nunca habíamos tenido problemas con aficionados presentándose en mi piso, pero mejor prevenir que curar.

Estábamos de acuerdo en todo lo respectivo a su intruso, así que no, ese no era el problema.

La cabeza me daba vueltas mientras me intentaba relajar con una ducha caliente.

¿Había sido su reacción ante Mason? Si no lo conociera mejor, habría pensado que Vincent estaba celoso, pero le había mencionado que Mason y yo intercambiábamos mensajes y él había seguido cenando como si no me hubiera oído.

¿Qué más podía ser? ¿Los secretos estúpidos que habíamos compartido? ¿El mero efecto de estar expuesta a verlo a todas horas, todos los días? ¿Los atisbos del hombre que había debajo del jugador y la molesta revelación de que no podía considerarlo otro mero deportista sobrevalorado con un ego desorbitado y la profundidad de una piscina para niños?

Una parte de mí ya sabía que era mucho más de lo que mostraba al mundo. Habíamos tenido demasiadas conversaciones para que de verdad me creyera que era un musculitos sin cerebro. Pero verlo bajar la guardia en los recreativos, aunque fuera solo un poco, me afectó más de lo que me habría gustado.

«Qué más da». Por mucho que me hubiera ablandado con él, una apuesta era una apuesta. No podía olvidar todo lo que me jugaba: la potencial humillación de perder contra Vincent DuBois junto con la certeza de que tenía razón y, al fin y al cabo, no podía resistirme a él.

Los momentos de debilidad debían seguir siendo solo eso. Momentos.

Apagué el grifo con un chirrido metálico y me sequé. Me envolví con una toalla, salí al pasillo y... «Joder».

Vincent dobló la esquina precisamente en el mismo momento que yo salía del baño. Nos quedamos petrificados al unísono.

No era la primera vez que nos cruzábamos recién salidos de la ducha. Sin embargo, era la primera vez que me veía prácticamente desnuda. Había olvidado hacer la colada, así que la única toalla que tenía a mano era una minúscula que apenas me cubría las partes íntimas.

La mirada de Vincent se deslizó a lo largo de mi cuerpo antes de volver a posarse en mi cara. Le tembló la mandíbula, pero no dijo ni una palabra.

El calor me inundó las mejillas. Me sentí tentada de correr hacia mi habitación y cerrar la puerta con pestillo, pero, si me daba la vuelta, probablemente me vería el culo asomando por debajo de la toalla.

Quería ganar la apuesta, pero no a expensas de mi dignidad.

—Vas muy elegante —dije intentando entablar conversación. «Tranquila. Casual. Para nada estresada por el hecho de que mis pezones están a un ligero movimiento de quedar al descubierto»—. ¿Vuelves de una cita?

En lugar de sus habituales zapatillas de deporte y camiseta, Vincent llevaba una americana hecha a medida y vaqueros oscuros. La chaqueta acentuaba la gran anchura de sus hombros, y detecté el sutil y picante aroma de su colonia.

Estaba guapo. Muy guapo.

Su expresión inescrutable se desvaneció y fue sustituida por la aparición de su hoyuelo. Hice una mueca mientras me machacaba mentalmente por insinuar que me importaba si tenía una cita o no.

—En realidad, acabo de volver de una reunión con mi agente —contestó—. Los de Zenith quieren que cenemos juntos la semana que viene, así que estábamos ideando una estrategia.

La sorpresa reemplazó a la vergüenza.

—¿Así que los rumores son ciertos? ¿Están buscando a un nuevo embajador?

—Eso parece. Mi agente dice que solo están tanteando el terreno. El director ejecutivo y el resto del equipo de dirección estarán en la cena y Lloyd cree que eso significa que tengo muchas posibilidades. Ha estado investigando. Está bastante seguro de que están entre yo, Alarik Filipović y Rene Martin.

Alarik Filipović era un tenista ganador de doce Grand Slam y Rene Martin era el rey de la Fórmula 1. Eran rivales duros, pero Vincent era una leyenda hecha a sí misma. Además, era cien veces más carismático que cualquiera de esos hombres, aunque eso nunca se lo diría. Su ego ya era bastante grande.

Abrí la boca para soltar alguna broma sobre que siempre quedaba en tercer lugar, ya que Sports UK lo había nombrado recientemente

el tercer mejor jugador de la Premier League, pero las palabras murieron en mi garganta.

Primero, eso habría sido algo cruel, y segundo, no se estaba mostrando engreído. Parecía nervioso. Tenía el ceño fruncido y la tensión rompía la postura normalmente confiada de sus hombros.

—¿Estás nervioso por la cena con los ejecutivos? —pregunté en su lugar.

—Un poco. —Se pasó una mano por la nuca—. Quiero con todas mis fuerzas este patrocinio, Brooklyn.

Se me formó un nudo en el pecho. Estaba tan acostumbrada al Vincent arrogante y seguro de sí mismo, que este momento de sinceridad cruda me golpeó más fuerte de lo esperado.

—Escucha. No tengo ni idea de a quién elegirán al final, pero de todos los deportistas del mundo, estás en la lista de los tres mejores. Eso ya es increíble —dije—. Claramente ven algo en ti, si no, no te habrían invitado a la cena. Mientras no les derrames una copa de vino encima o, no sé, te atragantes hasta morir en la mesa, todo irá bien. No hay nada de qué preocuparse.

El rostro de Vincent se suavizó. Su hoyuelo reapareció por un breve instante.

—¿Me estás dando un discurso motivacional, mimosa?

—Si quieres llamarlo así. —Alcé una ceja—. Nunca te había visto tan nervioso por un potencial patrocinador. ¿Qué tiene de especial Zenith? Además del dinero.

Gracias a sus contratos actuales con distintas marcas, ya se estaba embolsando millones además de su jugoso salario en el Blackcastle. No estaba precisamente necesitado de dinero.

—La validación, supongo —dijo Vincent tras una larga pausa—. No es la mejor motivación, pero me gusta lo estables que son sus contratos a largo plazo. No persiguen tendencias como hacen

muchas otras marcas. Si Zenith elige a alguien como embajador significa que creen en él y en la longevidad de su carrera. Y... supongo que me gustaría trabajar con un equipo que cree que vale la pena invertir tanto tiempo y lealtad en mí.

«Inversión, fe, lealtad». Sus palabras me marcaron.

¿Por eso había estado retrasando mi decisión sobre la oferta del Blackcastle? Quería la validación, y la había obtenido. Pero ¿Jones estaba realmente interesado en ser mi mentor y ayudarme a crecer o estaba destinada a pasar mi tiempo en el club trabajando el doble por la mitad del reconocimiento?

Tragué para intentar deshacer el nudo repentino que se me había formado en la garganta.

—Lo entiendo —dije—. Pero... lo diré una vez y solo una: eres el maldito Vincent DuBois. Eres el capitán del Blackcastle. Has ganado una Copa del Mundo. No necesitas validación de marcas externas.

Era un discurso motivacional tanto para mí como para él, y mis palabras sonaron más violentas de lo que pretendía.

Hubo un instante de sorpresa antes de que la comisura de sus labios se elevara.

—Resulta que se te dan bastante bien los discursos motivacionales. —Otra pausa. Luego añadió—: Deberías venir conmigo.

—¿A...?

—A la cena. Puedo llevar a un acompañante y Lloyd no cuenta. Tenía pensado ir solo, pero me sentiría mucho mejor si estuvieras a mi lado.

Ignoré el modo en que mis pulsaciones se aceleraron.

—¿Qué soy, tu nutricionista de apoyo emocional?

—No —dijo con una expresión seria—. Eres mi compañera de piso de apoyo emocional.

Una risa burbujeó en mi garganta. Lo odiaba a él y a su capacidad de hacerme sonreír incluso cuando no quería.

—¿Entonces? —insistió—. ¿Vendrás?

Vacilé. Ir como su acompañante sonaba peligrosamente parecido a una cita, aunque fuera para un evento de negocios.

—No es una cita. —Era como si Vincent me hubiera leído la mente —. Ni siquiera voy a pagar. Zenith se encarga de la cuenta.

—Tacaño.

—Aprovechado —me corrigió—. Si vas a insultarme, usa el término correcto.

Mis labios se contrajeron.

—¿Y si mi padre se entera? Querrá saber por qué fuimos juntos a una cena con una marca.

—Brooklyn. —Vincent me fulminó con una mirada incrédula—. ¿De verdad crees que a tu padre le importa Zenith o el marketing?

Tenía razón.

Mi padre estaba obsesionado únicamente con el juego. Consideraba todo lo demás una distracción, incluidas las ruedas de prensa previas y posteriores a los partidos, a las que había tachado de una «ridícula pérdida de tiempo».

Por suerte, esa visión tan estricta hacía fácil ocultarle mi situación en el piso. Desafortunadamente, también significaba que no tenía una buena excusa para decir que no.

—Está bien. Iré —accedí—. Pero si la comida es una mierda o alguien en la mesa usa la palabra *sinergia*, me debes una cena y veinte libras.

Vincent soltó una risita.

—Trato hecho.

Su respuesta quedó suspendida en el aire. Un escalofrío me erizó la piel y me di cuenta con horror de que llevaba todo este tiempo

envuelta en la toalla.

Mi toalla diminuta e inapropiada que de algún modo había olvidado por completo.

La misma revelación pareció golpear a Vincent al mismo tiempo. Su sonrisa desapareció, y ambos nos alejamos con rapidez.

—Bueno. —Forcé una sonrisa. «Finge que vas vestida»—. Buenas noches.

Vincent mantuvo los ojos fijos en mi rostro.

—Buenas noches.

Esperé a que me diera la espalda antes de salir corriendo a mi habitación, cerrar la puerta y echar el pestillo por si acaso. Miré mi reflejo.

Sí, definitivamente había sido buena idea no marcharme mientras él seguía mirando. Mi trasero estaba completamente al aire.

Me puse el pijama y me dejé caer en la cama. No podía dejar de repetir en mi cabeza nuestra interacción en el pasillo.

Mirando atrás, debería haber aprovechado lo de la toalla a mi favor. Si no había logrado que me besara, al menos podría haberlo torturado un poco. Pero no sentía que fuera el momento adecuado y no quería ganar con algo tan obvio y basto como la desnudez. Tenía mis límites.

Mi móvil vibró con un nuevo mensaje. Lo cogí, agradecida por la distracción. Era Mason.

¿Qué haces?

Habíamos estado hablando desde los recreativos, pero no me había invitado a salir y yo tampoco le había animado a hacerlo. El tonteo casual sin ataduras era mucho más divertido.

Trabajar en la solicitud para la ISNA.

Nada especial. ¿Y tú?

Estoy en un bar con unos compañeros de trabajo.
Uno de ellos acaba de empezar a cantar Celine Dion a capela, por si te preguntabas qué tal va la noche.

Por eso SIEMPRE hay que rechazar las quedadas con compañeros fuera de la oficina. Siempre acaban con Celine Dion, resentimiento y/o vómito. Nunca salen bien.

Ja, ja, lo tendré en cuenta.
El lado positivo es que uno de ellos me ha hablado de un restaurante italiano en Notting Hill.
¿Te apetece que vayamos el viernes que viene?
Yo invito.

El estómago se me revolvió. Me había gafado a mí misma porque eso era, sin duda, una invitación a una cita. Adiós al tonteo sin ataduras.

Me mordí el labio inferior. Mason era atractivo, estaba soltero y era fácil hablar con él. Y lo mejor de todo: no tenía ninguna relación ni interés por el fútbol. Honestamente, era la mejor opción que había tenido en todo el año... Entonces, ¿por qué estaba dudando?

Mis pulgares flotaban sobre la pantalla del móvil. Solo tenía que escribir dos palabras. Eso era todo.

«Me encantaría». ¿Lo ves? Simple.

Entonces, ¿por qué no podía hacerlo?

«¿Me estás dando un discurso motivacional, mimosa?».

«Deberías venir conmigo».

«¿Estás diciendo que soy especial?».

«Es exactamente lo que estoy diciendo».

Gruñí y me tumbé de lado. Miré con odio la pared que separaba mi habitación de la de Vincent deseando poder eliminar su voz de mi cerebro.

Puede que tenga algo de trabajo esa noche.
¿Puedo confirmártelo cuando esté segura?

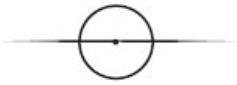
Sin problema. Solo tienes que decirme cuándo
estás libre y encontraremos
un hueco.
Si te apetece, claro :)

Que lo comprendiera tan fácilmente solo me hizo sentir peor.

¿Por qué me autosaboteaba? ¿Y por qué no podía Mason hacerme sentir mariposas en el estómago igual que cierta persona prohibida?

Solté otro gruñido. Me tumbé boca abajo y enterré la cara en el edredón con el recuerdo de Vincent flotando en mi cabeza.

A veces me odiaba a mí misma.



Vincent

Podía oír la respiración de Brooklyn.

Era físicamente imposible teniendo en cuenta lo gruesa que era la pared que separaba nuestras habitaciones, pero podría jurar que percibía sus suaves inhalaciones mientras miraba el techo tumbado en la cama.

Cada vez que cerraba los ojos, la imagen de ella envuelta en esa toalla ardía en la parte trasera de mis párpados: piernas largas, pelo

enredado y más piel desnuda de lo que podía considerarse decente. No podía eliminarla igual que no podía eliminar las docenas de recuerdos que se habían quedado grabados en mi mente. Había una galería entera dedicada a Brooklyn Armstrong ahí arriba, pero prefería no visitarla esta noche. Era demasiado peligroso, así que decidí mantener los ojos abiertos. Por desgracia, mi técnica solo ayudó un poco.

Todavía podía sentir su presencia a través de la pared, cálida, suave y con la dosis justa de aspereza. Me había sorprendido con su discurso motivador, y yo me había sorprendido a mí mismo al invitarla a la cena de Zenith.

No debería haberlo hecho. Ya me costaba bastante resistirme a ella en casa como para llevarla a reuniones de negocios. Pero, joder, es que era simplemente... reconfortante. Cuando hablaba con ella, sentía que todo iba a salir bien. No intentaba camelarme, así que si ella decía que era bueno significaba que era bueno.

No había muchas personas en mi vida en las que pudiera confiar de esa forma. En esa cena iba a estar rodeado de tiburones. Necesitaba a alguien que estuviera de mi lado, a pesar de que su lengua fuera más afilada que una cuchilla.

Giré la cabeza. Un haz de luz de la luna se coló en la oscuridad e iluminó la pared que nos separaba. Las sombras de docenas de peluches se alzaban al fondo.

Mis labios se curvaron. Brooklyn era un verdadero peligro por hacerme esa jugarreta, estornudaba cada vez que entraba en mi habitación porque había demasiados malditos peluches, pero tenía que admirar su creatividad.

Sinceramente, me sorprendía que no hubiera intentado seducirme en el pasillo. Era competitiva hasta la médula y, después de una ráfaga inicial de intentos de ganar nuestra apuesta (como si no

supiera qué pretendía con los pantalones de yoga), sus esfuerzos se habían apagado.

¿Estaba distraída con algo o con alguien más?

«Quizá esté ocupada con Mason». El pensamiento indeseado se coló a la fuerza en mi cabeza y mi sonrisa se desvaneció.

Había tenido que obligarme a no reaccionar cuando Brooklyn me dijo que habían estado intercambiando mensajes. Ese tío no me gustaba nada, pero no lo culpaba por ir detrás de ella. Si no fuera la hija del entrenador y no trabajara en el Blackcastle, yo habría hecho lo mismo.

Tal como estaban las cosas, nuestra apuesta era lo más parecido a una relación que tendríamos jamás.

Resistí el impulso de dar golpes en la pared para ver si seguía despierta. Eso habría sido demasiado cursi. Además, si estaba despierta, prefería no torturarme imaginando todas las cosas que podría estar haciendo..., como enviarle mensajes a cierto americano con tan poco tacto que había intentado ligar con ella delante de otro hombre.

No, Brooklyn y yo no éramos pareja, pero él no lo sabía cuando empezó a ligar con ella, ¿verdad?

Algo verde y viscoso recorrió mi sangre. Apreté la mandíbula y aparté la mirada de la pared. Volví a quedarme mirando al techo, donde intenté contar cerditos en vez de pensar en mi compañera de piso.

Un Trufa.

Pelo rubio.

Dos Trufas.

Sonrisa traviesa.

Tres Trufas.

Toalla blanca y piel morena.

Voz baja.

Unas palabras que habían estado a punto de matarme con su valiente sinceridad.

«Eres el maldito Vincent DuBois. No necesitas validación de marcas externas».

Se me formó un nudo en el pecho. Me froté la cara con la mano y miré el reloj con tristeza. No eran ni las once.

Iba a ser una noche muy larga.

15

Brooklyn



—Lamento tener que decírtelo, cariño, pero me parece que la caligrafía no es lo tuyo. —Dejé a un lado la última tarjeta de agradecimiento escrita a mano—. Lo siento mucho.

Carina miró con tristeza la pila de papeles en blanco que tenía delante.

—Lo sé. Me había hecho ilusiones, pero tengo una letra horrible.

Scarlett, Carina y yo estábamos reunidas alrededor de la mesa de café en mi piso. A Carina se le había ocurrido abrir una tienda de tarjetas de agradecimiento en Etsy y estaba practicando su caligrafía. *Spoiler*: no iba demasiado bien.

Adoraba a mi amiga, pero intentar descifrar su letra era como descodificar un texto cifrado de la Guerra Fría.

—Creía que te gustaba trabajar en la galería de arte —comentó Scarlett—. ¿Qué ha pasado?

—Ha quebrado. Resulta que el propietario estaba malversando fondos y ha huido al Caribe con su amante. Cuando fui anoche no quedaba nada más que una alfombra manchada y una pila de notas adhesivas.

—Uf. —Scarlett hizo una mueca.

—Sí. Ni siquiera me han pagado las dos últimas semanas de trabajo.

—Mira el lado bueno. —Intenté mostrarme optimista—. Es una historia tan absurda que podrías convertir tu experiencia en un guion para una película. Envíalo a Hollywood y listo. Fama y fortuna al instante.

—No creo que sea tan fácil como dices —repuso Carina con sequedad.

—No, pero es posible. —Observé fijamente la tarjeta de agradecimiento. ¿Eso era una ene o una erre?—. Me temo que es más fácil que crear un imperio de tarjetas de agradecimiento.

Ser buena amiga implicaba saber cuándo apoyar las fantasías de tu amiga y cuándo decirle la verdad, por mucho que doliera.

Carina se apartó el pelo de la cara mostrando su acuerdo con su silencio.

—Joder, debo de haber cabreado a los dioses de los empleos o algo porque tengo muy mala suerte con los trabajos extra.

No podía llevarle la contraria.

El sueño de su vida era ir a ver pingüinos a la Antártida. Llevaba años ahorrando, pero los viajes a la Antártida eran ridículamente caros y su salario de asistenta ejecutiva apenas le bastaba para vivir en Londres. Por eso estaba decidida a encontrar el segundo empleo perfecto.

Hasta ahora, había trabajado de profesora particular, de camarera, de participante profesional en encuestas, de recepcionista en una

galería y, recientemente, de vendedora fracasada en Etsy. Todo había acabado en desastre.

—Podrías volver a probar a ser camarera —sugerí—. Buscan gente en mi cafetería favorita y tu café ha... mejorado.

Scarlett abrió los ojos como platos.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó en un susurro cuando Carina se distrajo organizando el material de oficina—. No puede preparar café, acabará en la cárcel por asesinato.

—Solo intento ayudar —respondí—. Piensa tú alguna opción.

Scarlett estaba exagerando, pero el café de Carina probablemente pudiera despertar a un muerto y no en el buen sentido. Todavía me ardía en la lengua el recuerdo de su intento de *latte* de vainilla.

—No. Lo único que puedo hacer relacionado con el café es bebérmelo. —Carina exhaló mientras Scarlett y yo dejábamos escapar suspiros de alivio al mismo tiempo—. Ya encontraré algo, pero gracias por la ayuda. Lamento ser una aguafiestas esta noche.

—No estás siendo una aguafiestas. Prefiero estar aquí con vosotras que en cualquier bar de mierda con bebidas carísimas —contesté.

—Exacto. —Scarlett estiró los brazos por encima de la cabeza—. Además, si hubiéramos salido, no habríamos podido ver a Carina destrozando su caligrafía en... ¡ah! —gritó de sorpresa cuando Carina arrugó un papel y se lo lanzó. Le dio justo en la nariz.

—No tiene gracia —espetó Carina con una leve risita—. Mi cursiva no es la mejor, pero es legible.

Scarlett le tiró de nuevo el papel. Esta vez le dio a Carina en el pelo.

—Tus enes son igual que tus erres.

—¡Esas letras se parecen por naturaleza!

—¿Y cómo explicas lo de las tes y las jotas? —Señalé la tarjeta de agradecimiento con el dedo.

Carina entornó la mirada.

—*Et tu, brute?*

—Solo digo la verdad, no la tomes con la mensajera.

Las tres nos miramos. Hubo un momento de contemplación antes de abalanzarnos sobre la mesa al mismo tiempo y convertir la velada en una batalla de bolas de papel.

—¡Mis tes no parecen jotas! —Carina enfatizó sus palabras con golpes sorprendentemente precisos.

A la mierda Etsy. Tendría que inscribirse en las Grandes Ligas de Béisbol.

—¡Sí que lo parecen!

—¡Eso son calumnias!

—¡Lo serían si no fuera verdad!

—¡Brooklyn, detrás de ti!

Chillé y corrí detrás del sofá con el estómago dolorido por las carcajadas. Notaba el pelo aplastado por un montón de bolas de papel y me agaché cuando una particularmente grande pasó volando por encima de mi cabeza. Nuestros gritos y risas llenaron el piso.

Menos mal que Vincent no estaba ahí para vernos comportarnos como crías un lunes por la noche.

La verdad, tampoco me importaría que estuviera. Necesitaba esto. Había estado a tope de trabajo y estaba atascada con la solicitud para la ISNA, que tenía que entregar en un mes. Una noche divertida con mis amigas era justo lo que me habría recetado el médico.

La batalla duró hasta que se nos acabó el papel. Las risas se fueron apagando poco a poco y nos dejamos caer en el sofá, felices y cansadas.

—¿Dónde está Vincent? —preguntó Scarlett después de recuperar el aliento—. No me digas que ya lo has matado.

Resoplé.

—No, ha ido a ayudar a Adil con las compras navideñas o algo así. —Solo estábamos a mediados de noviembre, pero Adil era muy entusiasta a la hora de comprar regalos—. Vivir con él no está tan mal. Al menos es aseado y hace las tareas.

Esa era la parte buena. La parte mala eran todas las veces que nos veíamos medio desnudos por la casa. Se me pasaron por la cabeza los abdominales esculpidos de Vincent. Sentí un calor intenso en el cuello y descarté la imagen con determinación.

—¿Lo ves? Sabía que funcionaría. —Carina sonrió de oreja a oreja.

—Bueno... —Evité sus miradas y saqué una bola de papel de entre los cojines.

Todavía nos les había hablado de mi apuesta con Vincent. Me sabía mal mentirles, pero me ponía nerviosa pensar en cómo se lo tomaría Scarlett. Sí, ella había sugerido que nos fuéramos a vivir juntos, pero no creía que esperara que lo nuestro fuera algo más que platónico.

Tampoco parecía de las que se escandalizarían si nos besáramos, pero no podía arriesgarme. Valoraba demasiado su amistad.

«Tendría que haber pensado en eso antes de aceptar la apuesta». A eso me llevaba mi impulsividad, acababa atrapada constantemente en situaciones peliagudas.

En cuanto a Carina, no quería contárselo para que ella no tuviera que ocultarle el secreto a Scarlett. Lo mejor era que me enfrentara sola a la situación.

—Ya te lo he dicho un montón de veces, pero gracias por dejar que viva contigo —dijo Scarlett—. Le gusta fingir que está bien y que lo del fan obsesionado no le importa, pero le afecta mucho.

—Lo sé —respondí en voz baja.

Me daba cuenta cuando Vincent intentaba hacerse el valiente ante los demás porque yo hacía exactamente lo mismo. Las pistas estaban ahí si sabías qué buscar: una sonrisa demasiado amplia, el tono excesivamente informal, o el aire forzado de indiferencia porque ponerse una máscara era más llevadero que preocupar a tus seres queridos.

Reprimí la culpa y adopté un tono desenfadado.

—En fin, no tienes que darme las gracias. Me paga el alquiler, así que no lo hago por la bondad de mi corazón. Ojalá la policía no fuera tan inútil. No han hecho ningún progreso desde que encontramos la foto en su coche.

—Entonces, ¿están esperando a que ataquen a Vincent para hacer algo? No digo que vayan a atacarlo —añadió rápidamente Carina al ver el rostro pálido de Scarlett—. Es un caso hipotético.

—No lo sé. Es probable. —Genial. Ahora era yo la aguafiestas por hablar de un asesinato potencial. Cambié a un tema más alegre—. Ah, se me olvidó contároslo, pero el miércoles iré a cenar con él y los de Zenith. Vincent necesitaba... una acompañante.

Carina arqueó las cejas.

—¿Tenéis una cita?

—No. Solo son negocios. Necesitaba una acompañante para guardar las apariencias y a mí me apetecía comer en un buen restaurante. Solo eso.

Miré de reojo a Scarlett. El comentario sobre la cena era una manera de calibrar cómo podría reaccionar ante la apuesta, pero su expresión era indescifrable.

—Qué bien —dijo—. Yo he ido a algunas cenas de negocios con Asher. La comida suele estar bien, pero las conversaciones son muy aburridas. Abusan demasiado de la palabra *sinergia*.

—Le dije que, si se menciona esa palabra en algún momento de la cena, me debe veinte libras.

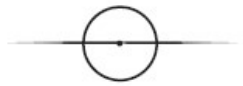
Scarlett sonrió.

—Bien pensado. —Si le molestaba que saliera a cenar con su hermano, no lo demostró.

La conversación finalmente derivó hacia nuestros planes para el finde, pero yo no podía dejar de pensar en la noche del miércoles.

«No es una cita», me repetía a mí misma. Precisamente había aceptado porque no lo era.

Pero eso no evitó que se me multiplicaran las mariposas en el estómago.



—Gracias de nuevo por hacer esto —dijo Vincent—. Te debo una.

—De nada. Y no te preocupes —dije mientras seguíamos a la recepcionista a un comedor privado—. Ya estoy pensando en cómo vas a recompensármelo.

Sus labios se curvaron en una sonrisa y examinó mi atuendo con la mirada.

—Se me ha olvidado decírtelo antes, pero estás fantástica.

Puede que fuera cosa mía, pero me dio la sensación de que su voz sonaba un poco más ronca de lo habitual. El elogio me provocó un escalofrío indeseado por la espalda.

—Tú también.

Era la noche de la gran cena con Zenith y tenía muy buen aspecto. La americana y los vaqueros de la otra noche estaban bien, pero nada se comparaban con ver a Vincent DuBois con un traje hecho a medida. La suave lana italiana le sentaba de maravilla a su silueta de

uno noventa, mientras que el intenso azul marino contrastaba a la perfección con su tez marrón claro. Se había cortado el pelo recientemente y las zapatillas Zenith eran un guiño elegante pero sutil hacia su potencial patrocinador.

No era de extrañar que todas las cabezas se giraran hacia nosotros al pasar.

Yo había optado por un sencillo vestido azul que, accidentalmente, combinaba con su traje. Era algo discreto para mi estilo habitual, pero esta noche no era para mí. Solo había ido para proporcionar apoyo moral.

Mis tacones se hundían en la alfombra mientras la recepcionista nos guiaba hasta el comedor privado de un elegante restaurante especializado en carnes. En cuanto entramos, nos recibieron con una ola de cálidas bienvenidas.

—¡Vincent! ¡Es un placer conocerte al fin!

—Lo mismo digo.

—Brooklyn, encantado de conocerte a ti también.

—Gracias por invitarme.

Sonreí y les estreché la mano a todos intentando recordar los nombres. Había tres ejecutivos de Zenith en la cena, incluyendo al director ejecutivo, Rex; el director de marketing, Dale, y la vicepresidenta ejecutiva de relaciones internacionales, Sandra. Lloyd completaba el grupo de seis.

Eran todos más amables de lo que me esperaba, pero Scarlett tenía razón: la conversación era mortalmente aburrida. Muchos números y términos de negocios que no llegaba a comprender del todo.

Las contribuciones de Vincent eran lo único que me mantenían despierta. Tenía un modo de hablar que hacía que incluso los temas más aburridos resultaran interesantes. ¿Su voz aterciopelada

pronunciando la palabra *holístico*? Diabólica. Aunque me decepcionó que nadie hubiera hablado de sinergia todavía.

—Seguro que encajarías a la perfección con nuestro equipo —comentó Rex tras reírse de uno de los chistes de Vincent—. Aunque me estoy adelantando, teniendo en cuenta que todavía no hemos llegado a la verdadera razón por la que estamos aquí.

La mesa se quedó en silencio. Los ejecutivos de Zenith llevaban toda la noche evitando hablar sobre convertirlo en embajador, pero parecía que por fin había llegado el momento.

Cuando Lloyd se animó como un tiburón al oler la sangre, dejé el tenedor con el corazón acelerado. Yo no tenía nada que ver con esto, pero estaba extrañamente nerviosa por Vincent.

Su expresión no flaqueó, pero, debajo de la mesa, tenía los nudillos blancos sobre la rodilla.

No lo pensé, simplemente alargué el brazo y cerré la mano sobre la suya antes de reflexionarlo un poco.

Tenía la piel cálida al tacto y mi pulso se aceleró con ligereza al notarlo.

Apoyo moral. Solo era eso.

Vincent no reconoció abiertamente mi gesto, pero capté el movimiento de su nuez antes de que aflojara la mano.

—No nos andaremos con rodeos —continuó Rex—. Probablemente, esto no te sorprenda, pero estás en nuestra lista de posibles embajadores. Esta cena es para que ambas partes nos conozcamos mejor. No hay nada garantizado todavía, pero yo creo que serías un buen rostro para nuestra marca. ¿Qué opinas?

La tensión abandonó el cuerpo de Vincent. Se le relajaron los hombros y esbozó una sonrisa deslumbrante.

—Creo que sería todo un honor.

Lloyd sonrió ampliamente. Casi podía ver el símbolo del dólar en sus ojos.

Los camareros trajeron el postre y el ambiente era alegre y festivo hasta que Dale dijo:

—Disculpad si esto está fuera de lugar, pero es refrescante ver a un deportista de tu calibre en una relación seria. No es que el estado civil de nadie sea un impedimento —se apresuró a agregar tras la mirada fulminante de Rex—. Pero las marcas siempre corremos el riesgo de meternos en un escándalo al contratar a alguien soltero. Los amoríos, las fiestas...

—Y vosotros dos hacéis una pareja fantástica —intervino Sandra señalándonos—. Sois muy fotogénicos. Me encanta.

Me dio un vuelco el estómago. Abrí la boca para hablar, pero Vincent se me adelantó.

—Brooklyn y yo no somos pareja —explicó con tono de disculpa pero firme. Me pareció oír un destello de algo más debajo de la superficie, pero desapareció antes de que pudiera identificarlo—. Solo somos amigos.

—Exacto —confirmé enseguida—. Amigos. Eso es todo.

Le solté la mano y tomé un trago de agua intentando lidiar con la repentina incomodidad. Vincent tenía razón, por supuesto. No éramos pareja. Lo más cercano que teníamos a una relación romántica era nuestra estúpida apuesta. Tal vez él me deseara y, por mucho que odiara admitirlo, yo también lo deseaba. Pero oírlo negar tan rápida y decididamente que éramos pareja era el recordatorio que necesitaba.

La apuesta era solo una apuesta. Nada más, nada menos.

Las sonrisas de los ejecutivos de Zenith se esfumaron, reemplazadas por una expresión de confusión. Una vena latió en la

sien de Lloyd. Los símbolos del dólar habían sido sustituidos por una mirada de pánico.

—¡Ah! —Sandra parecía avergonzada—. Me disculpo, había asumido que...

—No pasa nada —dijo Vincent manteniendo el tono relajado y casual—. Escuchad, lo entiendo. Los deportistas solteros pueden ser una amenaza y lo digo como uno de ellos. —Otra ronda de risas disipó parte de la incomodidad—. Seré sincero. No estoy casado y no sé cuándo me casaré. Pero cuando me comprometo con algo, lo cumplo, ya sea en el terreno personal o en el profesional. La lealtad es muy importante para mí y no acepto un patrocinio solo por el hecho de tenerlo. Espero que lo entendáis.

El puto Vincent DuBois.

Era el cambio de estrategia más magistral que había visto en mi vida y, a juzgar por las expresiones de los ejecutivos, había funcionado.

Estuve a punto de hacer una broma sobre que las celebridades casadas eran más propensas al escándalo, pero no quería joder la situación accidentalmente, así que mantuve la boca cerrada como había hecho toda la noche.

El resto de la cena transcurrió sin incidentes. Salimos juntos del restaurante y Lloyd esperó a que se fueran los ejecutivos antes de retenernos para hablar ante los aparcacoches.

—Ha ido bastante bien, a pesar del fiasco de la relación —dijo—. Casi me da un puto aneurisma.

—No voy a fingir que estoy saliendo con alguien por un contrato con una marca —repuso Vincent. Parecía molesto—. Esto no es una comedia romántica.

—No, solo es un acuerdo de nueve cifras que te arreglará el resto de la vida.

Estuve a punto de atragantarme con mi propia saliva. «¿Nueve cifras?». Eso era al menos cien millones de dólares. No lograba comprender una cifra tan grande. Por mí, podían estar hablando de dinero del Monopoly.

Mantuvieron una breve charla sobre plazos. Se acercaba la Navidad, así que Lloyd no esperaba tener noticias concretas hasta después de Fin de Año.

En ese momento, llegó el aparcacoches con el coche de Vincent y puso fin a la conversación. Me senté en el asiento del copiloto mientras Vincent encendía la radio.

—¡No olvides revisar el correo electrónico! —gritó Lloyd detrás de nosotros—. ¡Te espera un montón de papeleo de Fin de Año!

—Vaya —dije mientras nos alejábamos—. Necesita relajarse o sufrirá un infarto antes de los cuarenta.

Vincent esbozó una sonrisa ladeada.

—Se lo digo a todas horas, pero es incapaz de relajarse. Si no está trabajando, está pensando en el trabajo. Es algo obsesivo. —Me miró—. Perdón por lo que ha pasado en la cena. No esperaba que sacaran la conclusión de que éramos pareja.

—Bueno, me has llevado como acompañante y, accidentalmente, íbamos vestidos a juego —dije forzando un tono informal—. No era tan descabellado, aunque la idea de ser pareja es absurda.

—Totalmente absurda.

—No tiene ningún sentido.

—No.

Me removí en mi asiento. Vincent carraspeó y subió el volumen de la radio. Una suave melodía de jazz llenó los vacíos de nuestra conversación.

«Haz algo». La parte de negocios de la noche había terminado. Estábamos solos, íbamos con ropa elegante y estábamos tan cerca

que me impregnaba de su aroma con cada inhalación. Era la oportunidad perfecta para intentar ganar la apuesta..., para demostrar que sí que me deseaba y que sería el primero en romperse.

Cambié de posición de nuevo para que los pliegues de mi vestido se deslizaran y dejaran expuesto mi muslo desnudo. Los ojos de Vincent se desviaron un instante antes de volver a la carretera. Aparte de eso, no hubo más reacción.

Noté una punzada de decepción. Mis piernas eran una de mis mejores características, pero quizá no fueran la mejor estrategia cuando estaba conduciendo. No quería que tuviéramos un accidente, pero quería que... No sé, que hiciera algo. Que mostrara que lo afectaba, aunque solo fuera un poco.

Cambié de táctica y me incliné para ajustar el volumen. Le rocé el antebrazo con los dedos al apartarme en un roce ligero pero deliberado.

Una vez más, no hubo reacción alguna. Sus ojos permanecieron fijos en la carretera.

La punzada se convirtió en una quemazón de frustración y en algo más que no quería nombrar. Mis intentos eran sutiles, pero si estuviera interesado, habrían provocado algo. Un tic, un suspiro..., algo que no fuera una indiferencia fría y silenciosa.

—¿Has tomado ya alguna decisión sobre el Blackcastle? —preguntó Vincent. Su voz sonaba algo tensa.

—Todavía no. —Intenté que mi molestia no se me reflejara en la voz—. Sigo sopesando las ventajas y los inconvenientes.

Normalmente, los candidatos tenían un día o dos para decidirse, pero cuando había pedido más tiempo al equipo de Recursos Humanos, para mi sorpresa, me lo habían concedido.

No sabía si eso era algo bueno o no. ¿Me querían lo suficiente para adaptarse a mis plazos o no les importaba lo suficiente para necesitar una respuesta rápida?

—¿Quieres que hablemos de ello? —preguntó Vincent—. Has sido mi apoyo moral ahí dentro y me encantaría devolverte el favor.

«Claro. Ojalá pudiera decirte cuáles son las ventajas y los inconvenientes». Mis necesidades prácticas contra mis complicados sentimientos hacia Jones, mi padre y la cultura del equipo de nutrición se entrelazaban en una red que no tenía energías para desentrañar en ese momento.

—Gracias, pero lo averiguaré sola. Solo necesito algo más de tiempo para pensar.

Miré por la ventana y mi angustia anterior por la apuesta se vio reemplazada por una punzada de agotamiento. Llevaba todo el día amenazando lluvia y el cielo se había decidido por fin. Caían gotas de agua sobre los vidrios, nublando las vistas de la ciudad. Era la cuarta tormenta en cuatro días.

—Dios, estoy harta de la lluvia. En semanas así echo mucho de menos San Diego.

—No he estado nunca. ¿Cómo fue crecer allí?

La curiosidad de Vincent parecía auténtica.

—En general, me encantaba. El clima es maravilloso, tienes la playa al lado y la gente es bastante tranquila. Sin embargo, durante mucho tiempo estuvimos solo mamá y yo. Ella tiene una personalidad más... de Los Ángeles, así que no encajábamos con nuestros vecinos. Era un constante tira y afloja.

Crecer en San Diego era una cosa, crecer con mi madre, otra.

—¿Y no quería mudarse a Los Ángeles?

—Claro que quería, pero es una ciudad complicada para una madre soltera. También creo que le gustaba que San Diego fuera

más pequeña. Se sentía como un pez gordo en un estanque pequeño y esas cosas.

Vincent emitió un ruidito con la garganta. Tenía una expresión cuidadosamente neutra, pero cada vez que hablábamos de mi madre, el ambiente cambiaba como si se estuviera esforzando por controlar sus pensamientos.

—¿Y qué hay de ti? —pregunté—. ¿Cómo fue crecer en París?

—Tuvo sus altibajos. Es una ciudad preciosa. Buena cultura, buena comida y buen transporte público. Pero no hablaba francés fluido cuando me mudé y me costó hacer amigos al principio. Mejoró con el tiempo, aunque... —Se interrumpió unos instantes—. No lo sé, supongo que nunca llegué a sentirme lo bastante francés.

Me dio un vuelco el corazón. Era extraño imaginarse a Vincent sintiéndose como un extraño en ningún lugar. Tenía una presencia magnética, tan brillante y llena de vida que podía atraer incluso a las sombras más solitarias. Era imposible entrar en una habitación en la que estuviera él y no ser absorbida por su órbita.

Sin embargo, tal y como habían demostrado las últimas semanas, también era humano. No había nacido siendo famoso y tenía las mismas dudas y temores que los demás.

—Si te hace sentir mejor, llevo un año viviendo en Londres, pero sigo usando los términos americanos para muchas palabras —comenté—. Y solo es un dialecto diferente, no un idioma completo.

A Vincent se le escapó una carcajada.

Sonreí, pero un mensaje atrajo mi mirada al móvil. Mason.

> ¿Sabes ya qué horario tienes el viernes?
> ¡Sin presión! Solo quería saber si tenía que
> cambiar la reserva de la cena :)

Mierda. Se me había olvidado por completo seguir la conversación después de dejarlo en visto la semana anterior.

Me invadió la culpa.

Lo siento, pero no he podido escaquearme del trabajo. Al final no podré ir el viernes.

No pasa nada. ¿Tienes libre alguna otra noche?

Me mordí el labio. Era insistente.

Nos detuvimos en un semáforo en rojo y se me clavó la mirada de Vincent en la mejilla mientras pensaba mi respuesta.

¿Debería darle una oportunidad a Mason o pararlo ahora en lugar de darle largas?

«A la mierda».

Escribí la respuesta y me guardé el móvil, decidida a no volver a mirarlo hasta que llegara a casa.

—¿Quién era? ¿Scarlett? —preguntó Vincent con aire casual.

—No, era Mason, el chico que conocí en los recreativos —añadí por si no se acordaba—. Me... me ha pedido salir.

No estaba segura de por qué había compartido esa información, pero era demasiado tarde para retirarlo.

El semáforo se puso verde. Vincent volvió su atención a la carretera y se le tensaron las manos de manera casi imperceptible en el volante.

—¿Qué le has dicho? —Parecía aburrido.

—Que no.

Por perfecto que pudiera parecer en teoría, Mason no me interesaba de ese modo y a mí me hubiera gustado que me dijeran la verdad si hubiera estado en su posición.

Vincent no respondió, pero juraría que vi la sombra de una sonrisa en sus labios durante el resto del camino a casa.

16

Vincent



Una semana después de la cena con los de Zenith, me fui a Mánchester para nuestro próximo partido. Era un viaje de cuatro horas en coche desde Londres, pero la energía del estadio era bastante diferente. Inquieta, casi explosiva.

El mar de rojo y blanco que llenaba las gradas era un recordatorio visual de que ya no estábamos en nuestro territorio. Siempre era difícil renunciar a la ventaja de jugar en casa, pero este partido estaba siendo especialmente desastroso. Gallagher y Dormund estaban en el banquillo por culpa de lesiones durante la primera parte, y teníamos un jugador menos a un minuto de terminar el partido.

Me ardían los pulmones. Tenía la camiseta empapada de sudor y me dolían los músculos, pero estábamos muy cerca de lograr un empate.

«Vamos, Donovan».

La multitud rugió cuando Asher se hizo con la posesión del balón. Se empezó a dirigir hacia la portería, consiguió...

Un aullido estridente atravesó el aire.

Gritos confusos salían de las gradas y el partido se detuvo de golpe. El árbitro corrió hacia el delantero del Manchester que estaba tumbado en el césped aferrado a su rodilla.

El corazón me latía con fuerza mientras me acercaba al revuelo. Estaba claro que se había tirado al suelo. Era imposible que el árbitro le regalara al Manchester una falta solo por eso.

—¡Venga ya, árbitro! —Cuando estuve lo bastante cerca, escuché los gritos de Asher—. Apenas lo he tocado.

El otro delantero gemía dramáticamente como si le hubieran disparado. Capullo.

—Lo he visto todo. ¡Se ha caído solo! —grité para apoyar a Asher —. ¡Míralo! Ni de coña se ha hecho daño.

El árbitro se mostró impasible. Le concedió al otro equipo una falta y observé con el pulso acelerado cómo el jugador del Manchester chutaba.

La bola viajó hacia la red. Noah la bloqueó entre un coro de abucheos, pero su parada no fue suficiente.

La falta interrumpió nuestro arranque y, cuando el pitido final sonó menos de un minuto después, el pecho ya se me había llenado de decepción. Los gritos de celebración del estadio se convirtieron en un rugido apagado mientras observaba el marcador final.

Tres-dos.

Habíamos perdido.

Para animarnos, Adil insistió en que organizáramos una «celebración de consolación» esa noche, y así fue como todo el equipo acabó embutido en su habitación de hotel después de cenar.

No volvíamos a Londres hasta la mañana siguiente y, por costumbre, salíamos de fiesta después de jugar fuera de casa, pero los ánimos habían estado por los suelos toda la noche. A pesar de que el de hoy había sido un partido más de la Premier League que no contaba para la Champions, nunca era agradable perder.

¿La solución de Adil? Una novela erótica de dinosaurios. Y lo más surrealista era que parecía estar funcionando.

—Doy por comenzada esta reunión del Club de Lectura del Blackcastle. Silencio, por favor. —Adil golpeó la mesa con su minimartillo—. Espero que todos hayáis tenido la oportunidad de echar un vistazo a las preguntas que os envié...

—¡Oye, Chakir, termina de una vez! —gritó Gallagher. Su lesión era menor, pero seguía de mal humor por haber sido sustituido—. Ya hemos sufrido bastante hoy, ¿no? No necesitamos todo el numerito cuando ya sabemos cómo va esto.

Adil le lanzó una mirada fulminante.

—Es obvio que no lo sabes, porque las reglas del club de lectura establecen claramente que quien tenga el mazo tiene la palabra. Y por eso, uso el poder que me ha sido otorgado como presidente de este club para quitarte el privilegio de escoger el libro el próximo mes.

—¿Qué? ¡Eso no es justo! —farfulló Gallagher—. ¡Era mi turno para elegir!

—Deberías haberlo pensado antes de romper las reglas. Ahora, como iba diciendo...

Dejé de prestar atención al resto de la introducción de Adil. No me sorprendía que considerara una reunión del club de lectura como un

premio de consolación o que hubiera salido a buscar ejemplares de nuestra lectura mensual en una librería local. La reunión estaba originalmente programada para el viernes, así que habíamos dejado los libros en casa.

Lo que sí me sorprendió fue lo reconfortante que resultó ser. Habíamos iniciado el Club de Lectura de Blackcastle en primavera por insistencia de Adil, pero gracias a esta experiencia estábamos más unidos que nunca. Cada mes, nos reuníamos en casa de alguno para hablar de nuestra elección más reciente. En general, solo pasábamos diez o quince minutos comentando el libro. El resto de la hora se iba en charlar o, si alguno estaba teniendo problemas con su chica, en proporcionar terapia no oficial.

Este mes, nuestra elección había sido *Follando con mi terapeuta terópodo* de Wilma Pebbles. Si has pensado que el libro trata de una mujer humana que se enamora, o más bien, se encapricha, de su terapeuta dinosaurio, has acertado.

No quería saber qué había hecho Adil para conseguir tantas copias con tan poca antelación.

—Comencemos por la pregunta número uno. —Empezó a leer la pantalla de su móvil—. ¿Creéis que es ético que un terapeuta se acueste con su paciente, aunque sea en la ficción?

—Es sexo entre especies, lo cual técnicamente es bestialismo. Hemos cruzado los límites de la ética —dijo Samson.

—Eso no cuenta —replicó Stevens—. El sexo entre especies es la premisa de este género. Tenemos que pasarlo por alto del mismo modo que pasamos por alto que todos tienen como diez orgasmos seguidos en estos libros, aunque sea físicamente imposible.

—Será imposible para ti —dijo Samson—. No proyectes tus carencias en el resto de nosotros.

—Personalmente, me interesa más la demografía de este mundo. —Gallagher frunció el ceño—. ¿No había terapeutas humanos? ¿Por qué fue a ver a un dinosaurio? Creo que un terapeuta humano habría estado mucho mejor preparado para ayudarla con sus problemas.

—Sí, pero ¿habría podido un humano darle tan duro como Big T? No. ¡Eso es lo que hace que este libro sea una absoluta locura! —Stevens golpeó su copia de bolsillo contra su muslo—. ¡Esto es novela erótica con dinosaurios, gente! ¡No puede existir sin el dinosaurio!

La conversación sobre el libro se convirtió en un caos de gritos, discusiones y los vanos intentos de Adil de restablecer el orden.

Yo me mantuve al margen. Ya tenía suficiente en la cabeza como para intentar controlar a un grupo de futbolistas discutiendo sobre sexo con dinosaurios.

Zenith había guardado silencio total desde la cena. Lloyd me advirtió que eso podía pasar, pero no podía evitar preguntarme si tenía razón y la había cagado al decirles que Brooklyn no era mi novia.

El estómago se me revolvió. No me arrepentía de lo que había hecho. No quería comenzar una relación con una mentira, pero su suposición provocó, solo por un milisegundo, una pequeña arritmia en mi corazón. Un instante en el que me permití imaginar un mundo en el que Brooklyn sí que era mi novia, no solo mi acompañante.

En ese mundo, podría besarla cuando quisiera. Nos despertaríamos en la misma cama y nos dormiríamos en los brazos del otro. La llevaría a mis restaurantes favoritos y luego pasearíamos de la mano por la orilla del río. Se pondría una camiseta con mi número para los partidos, pero eso no sería todo.

En ese mundo, habría parado el coche a un lado de la carretera la otra noche y le habría mostrado exactamente a quién pertenecía. No al maldito Mason, que tuvo los cojones de invitarla a salir como si la mereciera. Ni a ninguno de los chicos del equipo que estaban colados por ella en secreto. A mí. Porque yo era el que la deseaba tanto que me faltaba el aire cuando estaba cerca. Un solo vistazo a su piel, un roce de sus dedos, y casi estrello el puto coche. Me había costado toda la fuerza de voluntad no reaccionar mientras me moría por dentro en silencio.

Excepto que no vivía en ese mundo hipotético. Vivía en este, donde estaba rodeado de un montón de futbolistas discutiendo sobre sexo con dinosaurios y Brooklyn estaba a trescientos kilómetros de distancia, en Londres.

«Ojalá estuviera aquí». El pensamiento me golpeó con una rapidez repentina. Jones viajaba con el equipo a todos los partidos fuera de casa, pero sus becarios se turnaban. Henry había acompañado al equipo en el partido de hoy mientras que Brooklyn se había quedado en casa.

«Lo que daría por verla ahora mismo».

Tragué saliva mientras un dolor se deslizaba por detrás de mi caja torácica.

—Celebración de consolación, mis cojones —dijo Asher devolviéndome al presente con una claridad estremecedora—. Esto es como ver pelear a un grupo de críos de diez años.

Parpadeé para alejar la imagen de la sonrisa de Brooklyn y me obligué a concentrarme.

—Nah. —Intenté sonar como si hubiese estado prestando atención y no suspirando por la hija del entrenador todo este tiempo—. La hija de Wilson tiene diez años y se porta mejor que nosotros. ¿Verdad? —Le di un codazo a Noah, que estaba a mi lado.

—Sin duda. —Hizo una mueca cuando Stevens agarró un almohadón de la cama y le dio un golpe en el estómago a Samson —. No me puedo creer que haya dejado Míchigan por esto.

Noah era el único estadounidense en la Premier League en ese momento, lo que lo convertía en una rareza para los aficionados. Era casi tan famoso como Asher y yo, pero era increíblemente discreto y nunca salía en las revistas. Era difícil encontrar trapos sucios de alguien que no tenía citas, no salía de fiesta y rara vez abandonaba su casa excepto para trabajar.

—Oye, te necesitamos aquí. Tu última parada ha sido poética —dije.

—No ha sido suficiente.

—No me vengas con esas. —Asher no estaba contento—. Tú has hecho tu trabajo. El árbitro ha sido quien nos ha jodido.

Noah se encogió de hombros, pero pude notar que se estaba castigando por los goles que no había salvado. Puede que no pasara mucho tiempo con el equipo fuera del campo, pero se tomaba el juego tan en serio como cualquiera.

Asher miró su móvil.

—Es Scarlett. Vuelvo enseguida.

—¿Tú crees que de verdad va a volver? —preguntó Noah cuando Asher desapareció por el pasillo.

—No. No lo volveremos a ver hasta la mañana.

Viví con Asher y Scarlett durante una semana traumática. Esos dos podían hablar durante horas de los temas más mundanos. Aunque era cierto que Brooklyn y yo habíamos pasado una tarde entera en unos recreativos hablando de nuestros años de primaria y de hábitos de compra de ropa interior, así que ¿quién era yo para juzgar?

—¿Todo bien? —pregunté cuando Noah frunció el ceño al mirar su móvil.

—Sí. Evie está con su nueva niñera y estoy asegurándome de que todo vaya bien.

—¿Y qué tal? —pregunté—. Esta es ¿qué? ¿Su tercera niñera en el último año?

Noah suspiró.

—La cuarta. Despedí a la tercera la semana pasada.

—¿Qué pasó?

—Llegué a casa y me la encontré en mi cama. En lencería.

—Joder. Lo siento, tío.

La mayoría de los hombres estarían encantados de encontrarse a una mujer semidesnuda esperándolos, pero Noah era lo opuesto a la mayoría. Lo único que le importaba era el fútbol y su hija Evie. No estaba interesado en salir con nadie, pero, por culpa de su trabajo y su agenda de viajes, no podía cuidarla solo.

Por desgracia, había tenido la peor de las suertes intentando encontrar a la niñera adecuada. O se enamoraban de él o no se llevaban bien con Evie o ambas cosas.

—Gracias. La nueva niñera tiene más de setenta años y está felizmente casada, así que lo de la lencería no debería ser un problema —dijo Noah con sequedad—. Solo espero que Evie no le esté dando demasiados problemas.

Me mantuve callado. Personalmente, preferiría prenderme fuego antes que cuidar de alguien entre los diez y los doce años. Los preadolescentes me aterrorizaban.

Mientras Noah escribía a su niñera, aproveché para revisar mi móvil. El corazón me dio un vuelco cuando vi un mensaje de Brooklyn. Era como si hubiera escuchado mis pensamientos.

Siento lo del partido de hoy :(
La última decisión del árbitro ha sido injusta.

Al menos no has calculado mal la intercepción
como hiciste en el partido contra el Holchester.
Poco a poco. Vas aprendiendo.

Se me curvaron los labios. Solo Brooklyn podría acordarse de un pequeño error del mes pasado.

Muchas gracias. Ahora me siento
mucho mejor.

No estaba siendo sarcástico. Hablar con ella era como una extraña forma de terapia. Podía insultarme todo lo que quisiera, me sentía mejor después de una de nuestras conversaciones que después de una sesión con el psicólogo del equipo.

De nada :)
Ahora en serio, el árbitro ha sido un imbécil. Por
lo menos deberíais haber conseguido empatar.

Es lo que hay. Lo bordaremos
la próxima vez.

La derrota no me era tan indiferente como intentaba aparentar, pero era el capitán. Tenía que mostrarme fuerte por todos los demás.

¿Qué estás haciendo?

Disfrutar de tiempo a solas en el piso sin ti. Por
fin.

Define «tiempo a solas».

...
Deja de imaginar guarradas, pervertido.

Has empezado tú. Bueno, no mientas.
Me echas de menos y lo sabes.

Te echo tanto de menos como al dolor de que te arranquen una muela. Sin anestesia.

Guau, mimosa.
Ha sido un chiste muy malo y has herido mis sentimientos. Deberías disculparte haciéndome tortitas cuando vuelva a casa.

Hazlas tú. No soy tu chef privada.

Bueno, técnicamente...

Termina esa frase y haré que los de Recursos Humanos vayan a por ti.

Los de Recursos Humanos no, por favor. Venga, ya sabes que Lizzie me odia desde que me comí su yogur por error.

Deberías habértelo pensado mejor antes de robar la comida de los demás.

Tres puntos aparecieron, desaparecieron y volvieron a aparecer. Contuve el aliento.

Pero estaba pensando en ti porque va a empezar *Bake Off*.

Una sonrisa pícara se dibujó en mi cara.

¿Ah, sí? Interesante.

No te emociones demasiado.
Me has comido la cabeza para que ponga el Canal 4 todos los martes por la noche y te haré

pagar por ello.

Estás mintiendo otra vez. Te encanta ver *Bake Off* conmigo.

En realidad, me recordó que no podía tardar en irme. El programa empezaba en diez minutos y nuestro club de lectura se había convertido en una pelea de almohadas mezclada con un debate filosófico sobre la extinción de los dinosaurios.

¿Quieres que lo veamos juntos? Puedo entretenerte con comentarios desternillantes por teléfono.

Esperé. Nada. Ni siquiera los tres puntos.

—¿Con quién hablas?

La voz estaba tan cerca de mi oído que salté instintivamente y casi me doy un cabezazo contra la nariz de Adil.

—¡Dios! No te me acerques a escondidas así. Casi te doy un puñetazo.

—Perdón. —Se dejó caer en el lugar que Asher había dejado vacío. Había renunciado a mediar en la discusión del club de lectura y me observaba con una curiosidad descarada—. Bueno, ¿con quién estabas hablando? ¿Nueva novia? Tienes una sonrisita tonta en la cara.

Mi boca se aplanó en una línea recta.

—Mi sonrisa no es tonta.

—Mmm. Discrepo.

—No me hagas reconsiderar lo de pegarte.

—Está bien, está bien. Sé captar una indirecta. —Adil levantó las manos en señal de rendición—. En realidad, quería hablar contigo porque... quería disculparme otra vez.

—¿Por qué?

—Por contarle al entrenador lo de tu intruso. —Se movió, con el ceño tan fruncido que formaba una V afilada—. No estaba intentando causarte problemas. Es el entrenador. Ya sabes, siempre tiene las respuestas, así que pensé..., no sé. Pensé que quizá podría ayudarte.

—Ya te disculpaste. No te preocupes.

Me había molestado en su momento, pero ya lo había superado. No esperaba que Adil siguiera sintiéndose culpable por ello.

—Está bien. Mientras no estés enfadado conmigo —dijo ansioso.

—No lo estoy. —Le di una palmada en el hombro antes de ponerme de pie—. Pero hoy voy a acostarme pronto. Te veo por la mañana.

Noah ya se había ido. Me despedí del resto de los chicos y salí antes de que pudieran hacerme sentir culpable por no quedarme más tiempo. Me iba a perder el inicio de *Bake Off*, y Brooklyn todavía no me había contestado.

Intenté no pensar en ello mientras caminaba hacia mi habitación. Probablemente, estaría ocupada con otra cosa. Me había dicho que rechazó tener una cita con Mason, así que...

Una puerta a mi izquierda se abrió.

—DuBois.

Mis pasos vacilaron cuando el entrenador salió al pasillo.

—Hola, jefe.

Alzó las cejas y miró por encima de mi hombro. Gritos y risas ahogadas se filtraban desde la habitación de Adil.

—¿Quiero saber qué está pasando ahí dentro?

Empujé discretamente mi copia de *Follando con mi terapeuta terópodo* más al fondo de mi bolsillo.

—La verdad es que no. —Tragué saliva y añadí—: Siento la decepción de hoy.

Odiaba decepcionarme a mí mismo, pero odiaba aún más decepcionarlo a él.

—No me habéis decepcionado —dijo con brusquedad—. El equipo lo ha dado todo en el campo. A veces eso es suficiente. A veces no lo es. Esa es la naturaleza del juego. Lo importante es levantarse después de ser derribado. ¿Entendido?

—Sí, señor. —Ya nos había dado un discurso parecido en el vestuario después del partido, pero necesitaba escucharlo otra vez. Este trabajo podía destrozarte la cabeza si se lo permitías.

—Me alegra haberte encontrado porque hay otra cosa de la que quería hablar. Es sobre Brooklyn.

Todo mi cuerpo se tensó con un presentimiento sombrío. El sudor me resbalaba por la espalda y tuve que esforzarme por mantener la voz firme.

—¿Ah, sí? —logré decir—. ¿Qué pasa con ella?

No podía saber lo de nuestra situación de convivencia. Si lo supiera, no estaría tan tranquilo..., a menos que estuviera intentando adormecerme con una falsa sensación de seguridad.

Una bola de golf se me atascó en la garganta.

El entrenador se frotó la cara con la mano.

—Normalmente no haría esto. Odio mezclar trabajo y familia, pero Jones me ha dicho que todavía no ha aceptado su oferta de trabajo. La fecha límite es en un mes, y tú eres amigo suyo. ¿Te ha... dicho algo sobre el tema?

—No. —Técnicamente era cierto. No me había dicho por qué todavía no había aceptado la oferta—. Estoy seguro de que solo necesita un tiempo para pensárselo bien. Un puesto permanente no es lo mismo que unas prácticas.

El entrenador suspiró.

—Quizá tengas razón. Tiene la cabeza muy bien amueblada. Sabe lo que hace. Pero no..., no le digas que te lo he preguntado, ¿de acuerdo? No quiero que piense que estoy husmeando a sus espaldas.

—No lo haré. —Dudé un segundo y luego añadí—: Tu relación con Brooklyn no es asunto mío, pero, y esto es solo una sugerencia, quizá deberías hablar con ella directamente en lugar de preguntar a sus amigos. Tengo la sensación de que le gustaría.

Me clavó la mirada.

Mierda. ¿Me había pasado de la raya?

Me quedé inmóvil, preocupado de que el más mínimo movimiento provocara su enfado.

—Descansa —dijo por fin—. Mañana toca madrugar.

No solté el aire hasta que lo vi desaparecer por la esquina, en dirección a las máquinas expendedoras.

Para cuando llegué a mi habitación, *Bake Off* ya había empezado.

Volví a revisar el móvil. Todavía nada de Brooklyn.

Lo dejé a un lado y traté de concentrarme en la televisión, pero, por más que lo intentaba, no conseguía disfrutar del episodio tanto como quería.

17

Brooklyn



Había sido una cobarde. Lo admitía.

En lugar de responder al mensaje de Vincent de la noche anterior o ver *Bake Off*, lo cual me habría hecho pensar en él inevitablemente todo el tiempo, me escondí en mi habitación para trabajar en la redacción para la ISNA. De ese modo, si me preguntaba, podía decirle que había estado ocupada y que no había visto su mensaje hasta la mañana siguiente.

No era la respuesta más noble para una invitación inocente. Sin embargo, su sugerencia me había parecido demasiado íntima... Una hora juntos al teléfono viendo un programa que se había convertido en una broma interna entre nosotros mientras él hacía observaciones con esa voz aterciopelada tan característica...

No, gracias. No pasó. No iba a pasar.

Por suerte, su ausencia me dio tiempo para descansar. Últimamente, no me había estado tomando en serio nuestra apuesta

y el mejor modo de restablecer el *statu quo* en nuestra relación era ganarla de una vez por todas. Una vez que nos besáramos, se esfumaría esta extraña tensión y podríamos seguir adelante.

Me terminé el café y dejé la taza vacía en el fregadero. Me había quedado despierta hasta pasada la medianoche trabajando en la solicitud, pero aún distaba mucho de estar terminada. Era como si la presión de la fecha límite cada vez más próxima me hubiera embotado el cerebro y no consiguiera trabajar bien.

Jones estaba de viaje con el equipo, lo cual significaba que ese día podía trabajar desde casa. Estaba a punto de coger el portátil de mi habitación cuando oí un portazo en la puerta de entrada. Me dio un vuelco el corazón.

Fue algo enfermizo. Casi pavloviano. Sin embargo, eso no impidió que sintiera una punzada de emoción al verlo entrar en la cocina con la bolsa colgada al hombro.

—Buenos días, mimosa. —Dejó la bolsa en el suelo y fue directo a la nevera.

—Buenos días. —Esperé un instante. No dijo nada más—. Has vuelto temprano. Creía que tardarías una o dos horas más.

—Nos han hecho levantarnos al amanecer para evitar el tráfico. —Vincent cerró la nevera sin sacar nada y abrió un armario cercano.

Llevaba el típico uniforme de viaje: una chaqueta con cremallera del Blackcastle, pantalones de chándal a juego y zapatillas Zenith. Parecía algo cansado y su voz sonaba algo más fría de lo habitual, pero, aun así, era exasperantemente guapo.

—¿Qué estás buscando?

—Algo que comer. —Rebuscó por varios armarios hasta que llegó a pocos centímetros de mí—. El desayuno del hotel era una mierda y me muero de hambre.

—Todavía no he hecho la compra —le dije—, pero tenemos ingredientes para cocinar. Puedes prepararte tortitas.

Vincent se detuvo para mirarme.

—¿Has olvidado la historia sobre mi primer y último intento de preparación de tortitas? Aquí tienes un recordatorio: fuego. Desastre. Humillación.

—No seas tan dramático. —Lo rodeé y busqué en uno de los armarios que él había descartado—. No me tenías a mí para supervisarte la última vez. Las tortitas son facilísimas. Podemos preparar una tanda en diez minutos.

Saqué un paquete de harina sin gluten como si fuera un trofeo. Cocinar juntos sería la actividad perfecta para empezar mi renovada campaña para ganar la apuesta. Para los hombres, el camino al corazón siempre es a través de su estómago y el suyo estaba claramente vacío.

El estómago, quiero decir.

Se apoyó contra la encimera y se cruzó de brazos.

—También puedes quemar una cocina en cinco minutos.

—No dejes que el miedo te retenga. ¿Quieres comer o prefieres morirte de hambre por no haber sanado el trauma del incendio provocado por las tortitas?

Vincent arqueó una ceja.

—¿Has estado leyendo libros de autoayuda otra vez?

—Por Dios, no. Son aburridísimos. Vi lo del miedo pintado en una pared en alguna parte. —Saqué un gran cuenco para mezclar de debajo del fregadero, asegurándome de ralentizar mis movimientos para conseguir el máximo impacto visual.

No podía ser demasiado evidente o se daría cuenta, pero agradecí en silencio haberme quitado el pijama andrajoso para ponerme unas mallas elásticas antes de que Vincent llegara a casa.

«Es por la apuesta». Me incorporé y lo miré de nuevo. Seguía apoyado contra la encimera con expresión indescifrable.

Había algo extraño en nuestra interacción ese día. Lo notaba más brusco, menos juguetón. Probablemente solo estuviera cansado y enfadado por la derrota del día anterior, pero tal vez le hubiera molestado que no le contestara al mensaje.

Esa opción me erizó la piel.

—Perdón por no haberte contestado anoche —le dije—. Estaba trabajando en la solicitud para la ISNA y me quedé dormida.

—No pasa nada.

—¿Qué tal el programa?

—Bien.

Vale. Ignoré el abismo repentino que se me había abierto en el estómago y esbocé una brillante sonrisa.

—Perfecto. Pues siguiendo el espíritu de *Bake Off*, preparemos tortitas. Versión sana —aclaré—. No puedes ir por la vida con miedo al desayuno.

Vincent me miró de reojo.

—No me dan miedo las tortitas. Me las comeré. Lo que no quiero es prepararlas.

Sin embargo, no objetó nada cuando le mandé buscar el resto de los ingredientes. Iba a usar la receta de mis tortitas de proteínas favoritas, que eran más saludables que las normales.

—Perfecto. Vamos a mezclarlo todo —dije cuando estuvo todo preparado en la encimera.

—¿Sabes que podríamos bajar al sitio que hay en la esquina y ahorrarnos las molestias?

—Eso nos llevaría al menos una hora. Esto en diez minutos lo tenemos.

Vincent negó con la cabeza. A pesar de sus protestas, se había quitado la chaqueta y estaba mezclando los ingredientes con una destreza sorprendente. Se le flexionaban los músculos de los brazos con cada movimiento y tuve que apartar la mirada antes de que me pillara observándolo.

Yo me ocupé de la sartén. La limpié y la puse a calentar a fuego medio. Una nube de calor me invadió la cara.

—Hecho —dijo.

—Bien. —Carraspeé—. Ahora, echa aceite de coco en la sartén. Cuando esté caliente, hay que distribuirlo para que llegue a toda la base.

Trabajó en silencio con movimientos hábiles y elegantes, a pesar de su insistencia en que no se le daba bien la cocina. Las tortitas eran una cosa sencilla, pero había algo fascinante en su forma de moverse.

—A continuación, vierte la masa en la sartén con una cuchara. Así. —Me acerqué para mostrárselo—. No uses más de un cuarto de taza por tortita.

—Entendido —dijo la voz de Vincent junto a mi oído.

Noté un hormigueo por la espalda y me centré en la sartén en lugar de en la cálida y sólida presencia a mi espalda. A pesar de su tranquilidad, preparé yo las dos tortitas siguientes bajo su atenta mirada.

Los únicos sonidos que se oían en toda la cocina eran nuestras suaves exhalaciones y el chisporroteo de la masa en la sartén. Estaba tan cerca que, si girara la cabeza un par de centímetros, su piel rozaría la mía.

—Brooklyn. —Alargó los brazos y me sujetó por la cintura en un agarre suave, pero firme—. Déjame a mí.

El hormigueo me subió por los brazos.

Le tendí enseguida la espátula de madera y me hice a un lado.

—Genial. Cocínalas... dos o tres minutos por cada lado hasta que salgan burbujitas.

Vincent emitió un sonido de reconocimiento. A pesar de que a mí me ardía el rostro de calor, él parecía inmune por completo a nuestra cercanía.

Se suponía que ese iba a ser mi intento por ganar la apuesta, pero no recordaba por qué había elegido precisamente una estrategia tan estúpida. Tendría que haberme limitado a lo básico y haberme puesto de nuevo la camiseta de fútbol.

Terminó la primera tanda y las puso en un plato.

Di un mordisquito.

—Deliciosa. ¿Ves? Puedes hacerlo sin que tengan que venir los bomberos.

Una sonrisita engreída se extendió en sus labios, pero no contestó y se puso con la siguiente tanda.

Se me borró la sonrisa. Algo iba definitivamente mal. No había intentado ligar conmigo y apenas contestaba a mis intentos de conversación. Y, aunque se había quedado a preparar las tortitas, noté una distancia en él que hizo que se me profundizara el vacío del estómago.

Me había acostumbrado tanto a su calidez que no me había dado cuenta de lo mucho que la extrañaría cuando desapareciera.

—Anoche estuve trabajando mucho en mi solicitud —insistí intentando evaluar su reacción—. Dejé el móvil para poder concentrarme.

—Ya me lo has dicho.

—Claro. —Me coloqué un mechón detrás de la oreja—. Pero parece que estés enfadado conmigo, así que quiero asegurarme de que no sea porque no te contesté.

Vincent se quedó parado. Levantó la mirada de la sartén con una expresión de auténtica sorpresa.

—¿Qué te hace pensar que estoy enfadado contigo?

—Tu... actitud. —Parecía una estupidez al decirlo en voz alta, pero mi radar de actitudes nunca me había fallado.

Dejó la espátula.

—No estoy enfadado contigo, pero me ofende que pienses que puedo molestarme por un mensaje sin responder.

Lamenté profundamente haber mencionado otra vez lo del mensaje, pero era demasiado tarde para retirarlo. Seguí adelante.

—Vale. No estás enfadado, pero tienes que admitir que esto es un poco raro. —Gesticulé entre ambos—. Normalmente nuestra conversación fluye con mayor facilidad.

Se le tensó la mandíbula.

—Eso es porque no quiero estar cerca de ti ahora mismo.

Yo lo había provocado, pero, aun así, sus palabras me dejaron aturdida. Se me escapó el aire de los pulmones y tuve que inspirar hondo a través del repentino nudo que se me había instalado en la garganta.

«Uno. Dos. Tres».

Apreté los labios y forcé una sonrisa tensa.

—Pero has dicho que no estás enfadado conmigo.

No tenía sentido. Dejando la apuesta de lado, no debería importarme tanto lo que Vincent pensara de mí. Si no quería que siguiéramos llevándonos bien, vale. Siempre habíamos existido en la periferia de la vida del otro y nos habíamos unido más por las circunstancias que por elección propia.

Pero ¿eso seguía siendo cierto? Yo había decidido dejarlo vivir aquí y él había decidido mudarse. Nuestros mensajes, nuestras charlas, la cena con los de Zenith, el salón recreativo... Todo eran decisiones

que habíamos tomado para pasar más tiempo juntos del estrictamente necesario. En parte había sido para maximizar nuestras posibilidades de ganar la apuesta, pero no era solo eso. Y me daba un miedo de cojones.

Vincent dejó escapar una carcajada desprovista de humor.

—Ese no es el motivo de que no quiera estar cerca de ti.

—Entonces, ¿cuál es? Dímelo o déjame —espeté.

Estaba cansada, estresada y confundida. Me ardían los ojos sin razón aparente. Ya no tenía energías para jugar a «Adivina de qué habla Vincent».

—Está bien, ¿quieres saber cuál es el motivo? —Se acercó a mí con movimientos precisos y controlados, como un depredador acechando a su presa—. Es porque no podía dejar de pensar en ti cuando estaba fuera. Y luego vengo a casa y te veo ahí sentada, sin hacer nada más que existir, y no puedo respirar, joder. —Hablaba en voz baja y tensa—. Puede que tuvieras razón. Sí que estoy enfadado contigo porque tú puedes ir revoloteando por la cocina, preparar tortitas y soltar bromas mientras yo tengo que usar toda mi puta fuerza de voluntad para no tocarte. Por eso no quiero estar cerca de ti. Me estás matando y ni siquiera eres consciente.

Fue avanzando con cada palabra y yo retrocedí. Enseguida me quedé atrapada contra la encimera, entre las baldosas frías y el calor abrasador de su cuerpo.

Tenía la boca tan seca que solo pude susurrar:

—¿Y por qué te has quedado?

—Joder, pues porque no podría decirte que no por mucho que lo intentara. —Las palabras se abrieron paso entre sus dientes, despojadas de su habitual picardía.

El corazón me martilleaba las costillas. La cocina se inclinó y tuve la curiosa sensación de estar cayendo en picado, a pesar de estar

anclada al suelo.

Vincent y yo llevábamos semanas dando vueltas uno alrededor del otro bromeando, coqueteando y, a veces, conectando de verdad. Habíamos acabado ahí, al borde de algo nuevo... y eso me aterraba.

Parecía sincero. Sus ojos me anclaron en el sitio y estaba tan cerca que no podía respirar sin inhalarlo en mis pulmones.

Pero no me besó. A pesar de la intensidad de su discurso, mantuvo una distancia minúscula entre ambos, la justa para que mis dudas afloraran a la superficie.

¿De verdad pensaba lo que acababa de decirme? ¿O era solo otra estrategia para ganar?

—¿De verdad es por eso? ¿O es por la apuesta?

Vincent se quedó paralizado.

—¿La apuesta? —repitió con voz plana.

Supe al instante que había dicho las palabras equivocadas. Intenté salvar la situación, pero, de algún modo, solo la empeoré.

—Es una pregunta justa.

Adoptó una expresión fría como el hielo.

—No todo es por la apuesta, Brooklyn.

Se enderezó y dio un paso atrás. La tensión se desvaneció como helio escapando de un globo pinchado.

—No digo que seas un mentiroso. So-solo... quería decir que... —tartamudeé, deseando ser más elocuente. Más segura. Más a secas.

Esto había pasado siempre. Me sucedía algo bueno y encontraba la forma de arruinarlo. Si fuera a terapia, probablemente me diagnosticarían autosabotaje.

No podía evitarlo. A la gente le gustaba mi versión animada y alegre, pero si vieran el desastre que era por dentro, se marcharían. Era más fácil mantenerse a cierta distancia y alejarlos primero antes de tener que sufrir la devastación que me provocaría su abandono.

También era más fácil pensar que la gente tenía segundas intenciones para hacerme bajar la guardia. Sobre todo Vincent. Sobre todo teniendo en cuenta las circunstancias. La alternativa era demasiado arriesgada.

Entonces, ¿por qué me afectaba tanto nuestra repentina distancia?

—Solo quería asegurarme de que no estabas intentando manipularme emocionalmente para que te besara. —Adopté un tono ligero con la esperanza de suavizar mis anteriores palabras—. No digo que lo hayas hecho, pero los dos somos muy competitivos. Los dos queremos ganar. Solo..., solo quería tener una idea clara de lo que está pasando.

Un músculo se tensó en la mandíbula de Vincent.

—Yo no lo haría.

No parecía enfadado. Parecía... dolido.

La burbuja de desconfianza estalló en mi interior, reemplazada por la vergüenza. Abrí la boca, pero antes de poder disculparme, noté un olor acre y penetrante en la nariz.

Tanto Vincent como yo giramos la cabeza hacia la sartén, donde se estaba quemando la segunda tanda de tortitas.

—¡Ay, *putain*! —Fue a por el mango.

Abrí los ojos de par en par.

—¡Espera! Apaga el...

Las llamas estallaron en la sartén antes de que pudiera tocarla. Unas nubes de humo gris se elevaron hacia el techo y saltó la alarma.

—¡Mierda!

—¡Joder! —A esta palabra, la siguió una retahíla de maldiciones en francés que no pude descifrar.

Los pensamientos sobre la apuesta se desvanecieron en cuanto corrimos a apagar el fuego antes de que se extendiera. Vincent apagó el fogón mientras yo cogía una tapa de una olla cercana para lanzársela.

—¡Tápala!

La cogió al vuelo y la colocó sobre la sartén. Las llamas sisearon contra el metal, pero se extinguieron gradualmente por la falta de oxígeno.

Mientras tanto, la alarma seguía sonando, implacable. Me dolía la cabeza por el ruido y me estaba empezando a marear por el humo.

Vincent corrió hacia las ventanas y las abrió mientras yo agitaba un mantel inútilmente contra el sensor.

—¡Tienes que acercarte más! —exclamó—. Voy a por una silla.

Los taburetes de la cocina eran demasiado inestables, pero volvió menos de un minuto después con la silla del escritorio de su habitación. Se subió y le tendí el mantel, pero era demasiado endeble para que funcionara. La alarma seguía sonando como si fuera el fin del mundo.

—¡Prueba con esto! —Cogí la libreta de la isla y se la pasé, desesperada por hacer que detuviera ese horrible sonido. Era tan estridente que me temblaban los huesos.

Mi vecino golpeó la pared y gritó algo que no logré distinguir. El murmullo distante del tráfico entraba por las ventanas abiertas. El humo se había disipado ligeramente, pero el piso entero apestaba.

Entre todo el caos, sonó el timbre. Una, dos veces, seguidas por una serie de golpes insistentes que apenas se oían por encima del alboroto.

—¡Ya voy! —grité.

Dejé que Vincent se encargara de la alarma y fui a abrir la puerta. O bien sería el casero, que vivía arriba, o la brigada antiincendios.

Fuera como fuese, no auguraba nada bueno para mi fianza. Estornudé con los ojos llorosos. Estaba tan distraída por la peste a humo que olvidé mirar por la mirilla. El sistema de seguridad pitó como hacía cada vez que alguien abría la puerta y recordé demasiado tarde que el intruso de Vincent todavía andaba suelto.

Las probabilidades de que apareciera eran escasas, pero...

Cogí el pomo de latón, lista para cerrar la puerta a la primera señal de peligro, pero la persona que había al otro lado no era un acosador decidido a secuestrar a Vincent al más puro estilo *Misery*.

No, era peor.

Era mi padre.

Parpadeé, convencida de que estaba alucinando. Su imagen no vaciló. El cabello canoso, las cejas pobladas, el chándal del Blackcastle... No había duda de que era él.

—¿Papá? —pregunté boquiabierta—. ¿Qué haces aquí?

La última vez que había venido a mi apartamento había sido hacía más de un año. Acababa de mudarme y apareció con una caja de herramientas nueva y papel higiénico como regalos de inauguración.

Los pitidos de la alarma cesaron de repente para mi gran alivio.

Mi padre abrió la boca, pero algo detrás de mí captó su atención. Se quedó helado, su expresión de preocupación se convirtió en una fulminante. Parecía que acabara de morder un limón.

Me giré y vi a Vincent saliendo de la cocina sin camiseta.

—Por fin he podido apagar la... Mierda.

Se me cayó el alma a los pies. Mi consternación igualaba al terror absoluto que se dibujó en el rostro de Vincent.

Oh, no. No, no, no, no. Eso era malo. Muy malo.

Me giré hacia mi padre de nuevo. Se me acumularon un montón de excusas en la lengua, pero se marchitaron bajo el peso de su mirada asesina.

Tenía el rostro completamente rojo mientras pasaba la mirada de Vincent a mí y de mí a Vincent. Cuando por fin habló, su voz retumbó con tanta fuerza que me estremecí.

—¿Qué coño pasa aquí?

18

Vincent



En resumen: no acabé muerto.

Sin embargo, quería morirme cuando el entrenador terminó de echarnos la bronca.

—No puedo creer que me hayáis estado ocultando esto durante un mes. —Caminaba de un lado a otro de la habitación con el cuerpo temblando por culpa de la ira contenida—. ¿Sabéis la mala pinta que tiene esto? ¿Que mi capitán esté viviendo con mi hija? ¡Dios mío!

Se frotó la cara con la mano. Una vena le palpitaba en la frente y su piel había pasado de rojo cereza a un morado preocupante. Me pregunté, de forma algo inapropiada, si había logrado librarme por poco de provocar un incendio en casa solo para matar a mi entrenador de un infarto minutos después.

Brooklyn y yo le habíamos explicado a toda prisa la situación y le habíamos asegurado que no teníamos una relación romántica y que yo estaba pagando el alquiler como un inquilino normal, pero no lo

aceptaba. Cuanto más hablábamos, más profunda era la arruga que tenía entre las cejas.

Brooklyn estaba sentada en el sofá mientras yo permanecía junto a la puerta con la camiseta puesta y los músculos rígidos por la tensión. Me la había quitado porque apestaba a humo, pero estaba claro que el universo estaba en mi contra. El entrenador no podía haber escogido un momento peor para llamar a la puerta.

—Por esto no te lo dijimos. —Brooklyn sonaba frustrada—. Sabíamos que ibas a perder la cabeza.

—¡Y con razón, joder! —rugió el entrenador—. ¡Esto es una violación completa de nuestra política de confraternización, sin mencionar que es... es simplemente imposible!

Técnicamente, no habíamos violado la política de confraternización del Blackcastle porque no éramos pareja romántica ni sexual. La apuesta quedaba en un área más gris, pero el entrenador no sabía nada de eso y ninguno de los dos era tan estúpido como para contárselo.

«¿Es por la apuesta?».

«No todo es por la apuesta, Brooklyn».

Presioné los labios. Si la situación en la cocina antes del incendio hubiera sido un poco distinta, las preocupaciones del entrenador podrían haber tenido sentido.

Había estado a punto de ceder. Entrar y verla ahí sentada fue como recibir un puñetazo en el estómago: completamente inesperado y casi brutal por la forma en que me robó el aliento.

No esperaba que la apuesta llegara tan lejos. Me la había imaginado como algo divertido y tranquilo, una manera entretenida de presumir de mis habilidades de seducción mientras competía con Brooklyn. Y si terminaba saciando mi curiosidad descubriendo cómo sabía, pues aún mejor.

Una apuesta de bajo riesgo. Eso era todo.

No debía terminar deseándola tanto.

Y mucho menos sufriendo.

«Solo quería asegurarme de que no estuvieras intentando manipularme emocionalmente para que te besara».

Sentí una presión en el pecho.

—La política no nos prohíbe ser compañeros de piso. —El argumento de Brooklyn me devolvió a la sala de estar—. Pero, claro, lo único que te preocupa es el club.

Al igual que yo, había empezado intentando apaciguar a su padre, pero su negativa a razonar la había desgastado y ahora su tono había adquirido un matiz desafiante, casi combativo.

El entrenador dejó de pasearse durante el tiempo suficiente para fulminarla con la mirada.

—¿Y qué se supone que significa eso?

—Significa que lo único que te importa es el fútbol. Descubres que tu hija vive con uno de tus jugadores y tu primer pensamiento es la política oficial. —Los nudillos de Brooklyn se pusieron blancos alrededor del borde del sofá—. No estamos rompiendo ninguna regla del club y un padre normal estaría preocupado por otras cosas.

Me estremecí en nombre del entrenador.

No sabía mucho sobre su relación. Él se había alegrado cuando ella se unió al Blackcastle, y ella nunca había hablado mal sobre él. Sin embargo, no se me había pasado por alto que no interactuaban mucho fuera del club. De hecho, esta era sin duda la primera vez que lo veía en el piso desde que me mudé.

El aire salió de los pulmones del entrenador en un resoplido de sorpresa. Sus hombros se hundieron mientras parte de la indignación se escapaba de su cuerpo y abrió y cerró la boca como si no pudiera decidir qué respuesta dar.

La voz de Brooklyn se suavizó.

—Siento que te hayamos mentido, pero esta situación es temporal. No vamos a vivir juntos para siempre.

La mirada de su padre se había vuelto algo menos afilada, pero su voz seguía tensa.

—¿Cómo de temporal?

—Me iré antes de que empiece el año nuevo —dije.

Los ojos de Brooklyn se posaron en mí con una sorpresa evidente.

Me había sacado ese plazo de la manga, pero quería intervenir antes de que su discusión volviera a descontrolarse.

Encontraría la manera de arreglármelas en un hotel. No podía permitir que su relación se deteriorara más por mi culpa.

El entrenador me examinó. Era la primera vez que se centraba en mí desde que llegó y me sentí como un insecto bajo un microscopio.

—¿La policía ha dado con tu intruso? —Su voz mostró una calma inquietante.

—No.

—¿Tienen alguna pista?

Me estremecí.

—No.

—Entonces, ¿cómo sabes que te largarás de aquí antes de enero si tu supuesto motivo para mudarte sigue siendo una amenaza?

Había caído de lleno en su trampa.

—Supongo que no lo sé. Pero dadas las circunstancias actuales, señor, estoy dispuesto a mudarme a un hotel hasta que la amenaza haya sido neutralizada.

Aparentemente, cuando estaba nervioso, hablaba como un personaje secundario cutre de una película de Nate Reynolds.

La idea de volver a casa todavía me provocaba un cortocircuito en el sistema nervioso. Había considerado alquilar otro piso en la

ciudad, pero había demasiadas variables impredecibles. No quería alquilar una casa al azar, en un vecindario al azar, a una persona al azar.

Al menos los hoteles tenían seguridad y podía perderme un poco más entre la multitud.

—No vas a mudarte a un hotel —intervino Brooklyn—. No funcionó la primera vez por una razón. Es mucho más público y la gente puede descubrir dónde te hospedas tan fácilmente como puede buscar tu dirección en internet. Ya estás instalado aquí y pagas el alquiler, lo cual, por cierto, es de gran ayuda. No hay ninguna razón para que te vayas.

Expuso su razonamiento con una precisión impecable. No podía distinguir si de verdad quería que me quedara o si solo intentaba llevarle la contraria a su padre. En cualquier caso, el pulso se me aceleró más de lo que debía.

El entrenador volvió a fruncir el ceño.

—Se me ocurre al menos una buena razón.

—¿Cuál es?

—Lo inapropiado que es todo esto. —Hizo un gesto señalando el piso. El humo se había ido, pero su olor acre aún persistía—. Maldita sea, Brooklyn, estoy intentando protegerte. No importa si esto es algo platónico. Si la gente en el trabajo se entera de que vives con DuBois, nunca más te tomarán en serio. Ya es bastante difícil... —Se interrumpió de golpe.

—¿Difícil por qué? —Las mejillas de Brooklyn se tiñeron de rojo—. ¿Porque soy la única mujer en el equipo de nutrición y la gente ya me mira raro porque soy tu hija?

—Yo no he dicho eso.

—Pero es lo que querías decir. —Apretó la mandíbula—. Si la gente quiere hablar, que hablen. Y a pesar de que entiendo que esta

situación te pueda resultar incómoda, Vincent y yo somos adultos. No puedes decirnos lo que podemos o no podemos hacer fuera del trabajo.

—Eres mi hija. Claro que puedo meterme en tu vida dentro y fuera del trabajo.

Los ojos de Brooklyn se iluminaron y me preparé instintivamente para el impacto.

—¿En serio? Eso sí que es gracioso, teniendo en cuenta que no has estado presente en la mayor parte de mi vida. Llevo más de un año viviendo aquí y nunca nos vemos a menos que yo tome la iniciativa de planear algo. Cuando hablamos, casi siempre es de fútbol. No tienes ni idea de lo que pasa en mi vida, y ahora intentas decidir por mí sin ni siquiera intentar ver las cosas desde mi perspectiva. Con todo el respeto, papá, entiendo que tienes una imagen y una reputación que mantener. Pero no finjas ser un padre preocupado que se interesa por el bienestar personal de su hija cuando tu comportamiento en el pasado siempre ha indicado lo contrario.

Sus palabras aterrizaron con la fuerza de una bomba atómica. El silencio se expandió con un peso y una densidad que provocaron que se me erizara la piel.

Brooklyn alzó la barbilla con la boca apretada, pero los ojos sospechosamente vidriosos. La imagen me partió en dos.

Estaba desesperado por cruzar la habitación y envolverla entre mis brazos, pero esto era un problema familiar. Yo había sido quien, sin querer, había detonado la explosión, y consolar a Brooklyn ahora mismo solo empeoraría las cosas.

Así que me quedé quieto, con los dedos clavados en las palmas y el pecho dolorido mientras Brooklyn y su padre se enfrentaban con la mirada.

Las fosas nasales del entrenador se ensancharon.

—Ya hablaremos de esto en otro momento, cuando no tengamos compañía. —Su voz estaba bajo un férreo control. No me miró, pero sentí su condena abrasadora a tres metros de distancia—. Sea cual sea tu opinión sobre mis habilidades como padre, debes admitir que tengo razón. Esto acabará saliendo a la luz. Si quieres un futuro serio en el Blackcastle, Vincent tiene que mudarse. Inmediatamente.

—No tienes que preocuparte por eso porque no voy a aceptar la oferta de trabajo.

Mi mirada salió disparada hacia su cara. «¿Qué narices?». Tenía algunas dudas, pero nunca había dicho que fuera a abandonar el Blackcastle.

Una segunda vena palpitó en la frente del entrenador cuando su calma cuidadosamente calibrada se partió en dos.

—Vas a aceptar la oferta.

—No, no la voy a aceptar.

—¿Por qué demonios no la ibas a aceptar? —Su voz fue subiendo poco a poco hasta casi convertirse en un grito.

—Porque no quiero trabajar en una oficina donde viva constantemente a tu sombra. No importa si Vincent se queda o se va. La gente siempre encontrará una razón para dudar de mí. Si quiero que me tomen en serio, tengo que dejar el club. —Brooklyn se irguió orgullosa con una expresión firme.

Se me formó un nudo en el estómago. Me había acostumbrado tanto a verla en el trabajo que no podía concebir la idea de su ausencia.

El Blackcastle sin Brooklyn.

Sentí náuseas.

El entrenador apretó los dientes.

—¿Y dónde piensas trabajar exactamente si no es en el club? —preguntó.

—Ya me apañaré.

—En otras palabras, no tienes otra oferta en firme, pero rechazas una apuesta segura.

—Sí.

—Maldita sea, Brooke. Si haces esto para fastidiarme...

—No lo hago para fastidiarte. —Las ganas de pelear abandonaron su cuerpo y de pronto parecía agotada—. No todo gira en torno a ti y te has desentendido de mí durante todas mis prácticas. No puedes aparecer de golpe a última hora para decirme que estoy tomando la decisión equivocada. Voy a rechazar la oferta, te guste o no. Lo haré oficial mañana.

—Tú... no-no... —balbuceó el entrenador. Respiraba tan fuerte que casi llamo a emergencias a la espera de un infarto.

Me aclaré la garganta.

—Con todo el respeto, señor, creo que todos deberíamos...

—Cállate —gruñó—. Ya me encargaré de ti después.

Joder. Eso no sonaba nada bien.

Pero qué demonios, ya estaba hasta el cuello de problemas. ¿Por qué no decir lo que pensaba?

—Estás enfadado, Brooklyn está enfadada. Las emociones están a flor de piel por razones comprensibles, pero creo que todos deberíamos dar un paso atrás antes de decir algo de lo que nos arrepintamos. —Me fulminaron con expresiones frías a juego. Tomé la sabia decisión de abstenerme de mencionar lo mucho que se parecían en ese momento—. Me mudaré a un hotel y me las arreglaré. Mantendremos esto en secreto y nadie se enterará. —«Aparte de todas las personas que ya lo saben»—. Después de eso, podremos seguir adelante. Esto no es motivo para pelearse.

Los minutos pasaron en un silencio exasperante. Ninguno de los dos reaccionó a mis sugerencias, pero, por fin, su hostilidad hirviente se redujo a un mero burbujeo.

—¿Para qué habías venido? —preguntó Brooklyn a su padre. Parecía estar haciendo un esfuerzo consciente por mantener un tono de voz neutro.

—Quería hablar de por qué no has aceptado aún la oferta del Blackcastle. —El entrenador me lanzó una mirada con la boca torcida. Yo reprimí una mueca. Mi consejo se había vuelto en mi contra de la peor manera posible—. Supongo que ya tengo mi respuesta.

Brooklyn no respondió.

—Tengo que irme a la sede del club. Continuaremos con esta conversación en otro momento —dijo abruptamente el entrenador—. DuBois, tienes diez minutos para hacer una maleta con lo imprescindible y salir. Podrás recoger el resto de tus cosas más adelante.

Brooklyn se levantó de golpe. Una expresión de pánico se extendió por su rostro.

Lo miré con un presentimiento que me revolvió el estómago.

—Eh..., ¿adónde vamos, señor?

—A mi casa. —Su sonrisa no mostraba ni una pizca de diversión—. Vas a vivir conmigo.

19

Vincent



¿Lo de irte a vivir con tu entrenador después de que: uno, te pille viviendo con su hija; dos: tenga una bronca muy fuerte con dicha hija, y tres: prometa hacer de tu vida un infierno por el primer punto?

Una experiencia nada recomendable. No es divertido.

Para ser justos, el entrenador no dijo de forma explícita que fuera a torturarme de todas las maneras legales posibles. Sin embargo, sus acciones expresaban aquello que no podía afirmar verbalmente.

Compartíamos coche para ir al trabajo todos los días. Salía a correr con él a las cinco de la mañana a diario, fines de semana incluidos. Me mandaba ejercicios agotadores en los entrenamientos y me interrogaba sobre datos poco conocidos del fútbol durante nuestras cenas incómodas mientras comía pollo que seguro que preparaba insípido a propósito.

No podía demostrarlo, pero estaba convencido de que había instalado algún programa de espionaje en el wifi porque aparecía

mágicamente cada vez que le escribía a Brooklyn.

Era como un campamento militar sin amigos. Al cabo de una semana, estaba dispuesto a regresar a casa y dejar que me apuñalara el intruso.

Para empeorar las cosas, el equipo se había enterado de mi nueva situación por una filtración (también conocida como entrenador) y no dejaban de darme la lata al respecto. Excepto Asher, Adil y Noah, todos pensaban que me había mudado del hotel a la casa del entrenador porque necesitaba «un hogar más acogedor».

Si usaran el sentido común, se habrían dado cuenta de que eso era una tontería porque el entrenador era tan acogedor como un erizo radiactivo.

Stevens
Oye, capi, saluda al entrenador de nuestra parte.
Ahora que os trenzáis
el pelo mutuamente cada noche...

Samson
No seas tan desconsiderado. El capi
no tiene pelo suficiente para trenzárselo. Seguro
que se acurrucan para ver
Bake Off juntos.

No te atrevas a meter *Bake Off*
en esto.

Gallagher
Es una lástima que Brooklyn no viva con él.
Imaginaos despertarse y verla cada día. No
saldría de casa nunca. Seríamos compañeros de
piso con derecho a roce, ¿me captáis?

Di otra puta palabra sobre Brooklyn
y haré que te salten los dientes
de un puñetazo.

Stevens
Uuuh.
Samson
Uuuuuh.
Adil
Uuuuuuuuuh.
Stevens
El capi se ha enfadado. Te has metido en problemas, G.
Gallagher
Joder, como si no pensarais todos que está buena.
Gallagher
¿Y desde cuándo se ha vuelto el capi tan posesivo con ella?
Gallagher
¿Te gusta? 👀

Es la hija del entrenador, se trata de respeto. Si dejaras de mirarte el ombligo, encontrarías a alguien.

Gallagher
Me da la sensación de que se me está difamando injustamente por decir lo que los demás no tienen cojones de decir.

Veamos si te sientes injustamente difamado cuando te meta un puñetazo en la cara.

Asher
Vale, vale, tranquis.
Asher
Gallagher, no seas gilipollas. Vincent es nuestro compañero de equipo y deberíamos mostrarle apoyo. Ya tiene problemas suficientes ahora mismo.

Gracias.

Asher
Como decidir si se pone un pijama a juego con el del entrenador y elegir a qué juego de mesa jugar durante la cena. Es importante formar vínculos.

Gallagher
🤣

Samson
Me descojono. Ahí te ha pillado.

Que os den a todos. Estáis muertos para mí. Todos.
Os voy a retirar la invitación a mi viaje de cumpleaños.

Gallagher
De todas formas no podía ir, así que me la sopla.

Stevens
Ja. A ti te invitó por pena.

Gallagher
Dices muchas gilipolleces teniendo en cuenta que tú tampoco puedes ir.

Stevens
¡Eso no es culpa mía! ¡Ya dije que Trufa participa en el concurso al Mejor Cerdo Mini ese día! ¡Llevamos meses entrenando!

Adil
¿Y por qué cancelas mi invitación? Yo no me he burlado de ti.

Adil
Pero solo digo que, si te hubieras quedado en mi casa, no te habría pasado esto.

Gallagher
Ahora que lo mencionas, me siento ofendido

porque no me pidieras venir
a vivir conmigo, capi.

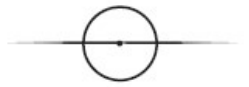
Te lo habría pedido si supieras lavarte bien
los huevos. Apestas.

Samson
¡Zasca!
Gallagher
Eso ha sido un golpe bajo.
Mis huevos están impecables.
Puedo demostrarlo.
Gallagher
[IMAGEN CENSURADA]
Stevens
¡Gallagher!

¿Qué coño?

Asher
Estoy en público. ¿A ti qué mierdas
te pasa?
Samson
Ni de coña, no pienso abrirla.
Noah
...
Noah
Por favor, por el amor de Dios, dejad
que me salga del grupo.
Noah
Y no me volváis a meter.
Noah Wilson salió del grupo
Adil Chakir añadió a Noah Wilson

Noah
Os odio.



Negué con la cabeza. El chat de grupo siempre era un caos, pero eso no justificaba mis ganas de plantarme en casa de Gallagher y darle un puñetazo. Era un puto bocazas y no era la primera vez que hacía comentarios subidos de tono sobre Brooklyn.

Se me tensó la mandíbula.

Podía aceptar que se metiera conmigo, pero Brooklyn quedaba fuera de los límites. No iba a seguir tolerando sus chistes obscenos.

Intenté respirar hondo para calmar la irritación. No era culpa de Gallagher que de repente me afectara tanto lo de Brooklyn. Él no tenía ni idea de lo que habíamos vivido el último mes.

Aun así, no me importaría darle un puñetazo. Uno pequeñito.

—DuBois. —La voz del entrenador me hizo cambiar la atención de la pantalla del móvil a la puerta. Estaba delante de mi habitación con expresión mesurada. Quizá hubiera mejorado su programa de espionaje si ahora bastaba con que pensara en ella para que apareciera.

Me incorporé.

—Hola, jefe, ¿qué pasa?

Mi filosofía de supervivencia me decía que si actuaba como si todo fuera normal, lo acabaría siendo de verdad.

Sin embargo, se encendió mi alarma interior cuando entró y recorrió mi nueva habitación con la mirada. Una cama de matrimonio con un edredón azul marino, suelo de parqué, un escritorio y una silla. Era la definición exacta de austeridad. Habría entrado un poco de sol por la pequeña ventana si no hiciera un día tan gris y deprimente. Me recordaba a una celda, lo cual era adecuado, puesto

que básicamente estaba atrapado en esta casa, excepto para los entrenamientos o partidos.

Nunca pensé que diría algo así, pero echaba de menos los peluches y las sábanas rosas y llamativas del piso de Brooklyn.

También echaba de menos a Brooklyn. Muchísimo.

Nos veíamos en el Blackcastle, pero habíamos llegado al acuerdo tácito de no interactuar en el trabajo a menos que fuera estrictamente necesario. Ninguno de los dos quería volver a desatar la ira del entrenador.

Nuestros mensajes eran mi único salvavidas, pero también carecían de nuestra chispa habitual. Nuestra conversación en la cocina y el casi beso la habían apagado. Eran una verdad incómoda, temas que habíamos evitado desde que me marché de su piso; sería imposible mantener una conversación auténtica sobre cualquier cosa sin tratarlos primero.

—Tengo noticias. —El entrenador se detuvo a dos pasos de mí—. Vamos a ampliar la subasta de solteros en la gala de este año. Se espera que participen todos los jugadores, tú incluido.

—¿Qué? —Me levanté de un salto con el corazón acelerado—. No puedes estar hablando en serio.

La Gala de Navidad del Blackcastle era el mayor evento social del club en todo el año. Acudía todo el mundo: jugadores, personal, patrocinadores y aficionados dispuestos a gastarse cientos de libras en la entrada. Era una excusa para que la afición y el personal del Blackcastle se juntaran en un mismo espacio, comieran gratis y bebieran grandes cantidades de champán mientras se recaudaba una buena suma de dinero.

El punto álgido de la gala era la subasta de solteros. Los asistentes pujaban para ganar una cita nocturna con cada jugador y todos los beneficios iban a un hospital infantil local.

—Lo digo muy en serio. —El entrenador torció la boca. Estaba disfrutando demasiado de mi incomodidad—. La orden viene de arriba. Todos los jugadores deben participar para que no parezca que tenemos favoritismos.

—¿Y si me niego y dono el dinero suficiente para cubrir las ganancias perdidas?

—Esa no es la cuestión.

—¿Me estás diciendo que todos van a hacerlo? ¿Hasta Noah?

—Sí.

Mierda. Si habían conseguido que Noah aceptara, no me quedaba ninguna esperanza.

Como capitán, había aprovechado mi rango y me había librado con éxito de participar hacía años. Todos pensaban que me encantaba ser el centro de atención, pero aunque me gustara estar bajo los focos, no quería pasar una noche con alguien que solo quería usarme para presumir. Mi cita de la primera subasta seguía *pub*licando fotos nuestras de la cena con emoticonos de besos, a pesar de mis reiteradas peticiones de que parara. Luego acudió a la prensa rosa y mintió diciendo que nos habíamos acostado.

Aparte de mí, Noah era el único otro jugador exento. No sabía qué les había dicho a los de arriba, pero había funcionado..., hasta ahora.

Hice un último intento desesperado por salvarme.

—Mi intruso sigue suelto. ¿Y si aparece y gana la subasta?

—Si tiene el dinero suficiente para ganar, os deseo a ambos una feliz cita.

Una respuesta terriblemente fría.

Gruñí con resignación. Al menos, podía consolarme con el hecho de que Noah estaría a mi lado odiando su vida.

El entrenador titubeó. Miró mi móvil y me invadió un miedo repentino al pensar que iba a revisar mis mensajes. La conversación entre Brooklyn y yo había sido bastante superficial la última semana, pero si se deslizaba hacia arriba por la pantalla, seguro que encontraría algún mensaje de ligoteo.

—¿Has sabido algo de...? —Se interrumpió y negó con la cabeza. Frunció el ceño—. Da igual. No olvides que mañana salimos a correr. A las cinco en punto.

Esperé a que se marchara para soltar un fuerte gemido.

Miré el móvil. Al igual que el entrenador, también quería hablar con Brooklyn.

A diferencia de él, sabía que nuestra inevitable conversación no arreglaría las cosas..., sino que las cambiaría por completo.

20

Brooklyn



—¿Es cierto que has rechazado la oferta del Blackcastle? —Henry vino rodando con su silla hasta mi escritorio—. Si es así, es una jugada arriesgada, especialmente porque, bueno, no tienes ninguna otra oferta.

Me quedé mirando fijamente el ordenador con la esperanza de que captara la indirecta y se fuera. No lo hizo. Su colonia apestaba a almizcle, muy lejos del aroma sutil y delicioso de Vincent.

—¿No tienes nada que hacer? —pregunté con intención.

—Sí, pero lo terminaré a tiempo. Tengo que tomarme descansos de vez en cuando para maximizar mi productividad. —Se acercó más a mí. Estornudé. Dios, ¿qué demonios se había puesto?—. Entonces, ¿es cierto?

—No es asunto tuyo en absoluto, pero sí, es cierto. —No tenía sentido mentir. Para sorpresa de Jones y de Recursos Humanos, la semana pasada había rechazado oficialmente la oferta del

Blackcastle. Jones expresó su decepción, pero no hizo más preguntas. Eso sirvió para confirmar que había tomado la decisión adecuada. Si de verdad me hubiera querido aquí, habría hecho algún esfuerzo por convencerme de quedarme.

Henry silbó.

—Vaya. ¿Y qué vas a hacer entonces?

—Estoy explorando diferentes opciones. —Con eso me refería a que estaba buscando en páginas web de empleo cualquier cosa que pareciera remotamente interesante. Hasta ahora, sin suerte.

—Claro, claro. Oye, ¿cómo está...?

—Tengo que hablar con Lizzie de una cosa. —Empujé mi silla hacia atrás y salí de la habitación—. Vuelvo enseguida.

En realidad, no necesitaba hablar con la jefa de Recursos Humanos, pero si no me alejaba de Henry iba a acabar arrestada por asesinato.

Respiré una agradable bocanada de aire libre de colonia mientras daba una vuelta por el edificio. El entrenamiento había terminado y las risas de los jugadores se filtraban desde el vestuario.

Vincent estaba ahí dentro, en algún lugar.

Ralenticé mis pasos. Habíamos intercambiado algunos mensajes desde que se mudó, pero no habíamos hablado de nada importante. Todavía estaba intentando asimilar el hecho de que ya no estaba.

Un instante estaba ahí, pavoneándose sin camiseta y a punto de besarme en la cocina, y al siguiente... no. Se mudó y dejó un vacío inmenso en el piso.

Odiaba esta situación.

Doblé la esquina y me choqué de frente con la última persona a la que quería ver. Supe quién era en cuanto vi las zapatillas desgastadas.

Mis hombros se tensaron cuando lo miré a los ojos.

—Papá.

—Brooklyn.

Nos miramos con cautela. Si esto fuera una película, sonaría de fondo la música de un duelo del Oeste.

Mi padre y yo no habíamos cruzado una sola palabra desde nuestra pelea. Nunca se nos había dado muy bien comunicarnos, pero la tensión era algo nuevo. El aire entre nosotros se volvió fino y tenso, como una goma a punto de romperse.

—Jones me ha dicho que has rechazado la oferta. De verdad te vas —dijo. Su voz sonaba impasible.

Sentí una punzada de decepción. La semana pasada le había confesado la verdad sobre cómo me sentía. Nuestros problemas iban mucho más allá de mi carrera, pero él seguía eligiendo centrarse en eso en lugar de en nuestra incapacidad de conectar fuera del trabajo.

—Te dije que lo haría. —Un peso insoportable se instaló en mis huesos. Me arrepentía de haber salido del despacho. Aguantar a Henry habría sido mejor que esto.

—Pensaba que era un farol. Espero de todo corazón que no estés haciendo esto para fastidiarme, Brooke. —Un rastro de frustración se coló en sus palabras.

—Ya te dije que esa no es la razón —respondí. Éramos como un disco rayado, dando vueltas una y otra vez al mismo tema—. Me voy porque el Blackcastle no es el lugar adecuado para mí.

—¿No es el lugar adecuado para ti? —repitió—. Has estado haciendo prácticas aquí durante más de un año y no te has quejado ni una vez.

—No se trata de quejarse. Se trata de... —Busqué el término correcto, pero era difícil pensar a través de la niebla que me invadía la cabeza. Honestamente, estaba agotada. Me había estado

quedando despierta hasta tarde todas las noches para trabajar en mi ensayo para la ISNA, que seguía siendo un desastre. Mi búsqueda de trabajo estaba resultando aún más infructuosa la segunda vez. Se acercaban las fiestas, lo cual significaba comprar regalos, eventos y ansiedad. Súmale el desgaste emocional de discutir con mi padre y la incertidumbre sobre mi relación con Vincent, y estaba lista para un colapso.

Aunque no iba a contarle nada de eso a mi padre. Ya pensaba que era un desastre. Me negaba a darle más munición.

—Se trata de encontrar mi propio camino —dije al fin—. Te lo dije el otro día. Si me quedo aquí, siempre estaré a tu sombra. La gente nunca dejará de tener dudas sobre si recibo un trato de favor porque mi apellido es Armstrong.

—No recibes un trato de favor y la gente no piensa eso —argumentó—. Ni siquiera sabía que habías solicitado las prácticas hasta que las conseguiste.

—Eso no importa. Ya sabes cómo la verdad se distorsiona hasta convertirse en rumores. La gente cree lo que quiere creer. —Respiré hondo e intenté dirigir la conversación hacia donde debía ir. Si yo no capitaneaba el barco, nadie lo haría—. Recibí ofertas de prácticas de otros clubs de la Premier League, pero elegí el Blackcastle porque tú estabas aquí. Pensé que sería una buena oportunidad para estar más unidos. En cambio, ha sido todo lo contrario. Crees que como nos vemos todos los días en el trabajo no hace falta que hablemos de nada más. Pero no quiero un jefe, quiero un padre. Así que tal vez la solución sea vernos menos en el trabajo, no más.

—Hemos logrado... estar más unidos. —Pronunció las palabras despacio, como si no estuviera seguro de lo que significaban—. Tuvimos aquella cena. Hablamos de tu vida sentimental.

—Una vez en dieciocho meses.

No tenía respuesta para eso.

—Quiero a este equipo y siempre seré la mayor seguidora del Blackcastle, pero tengo que pasar página. Nada de lo que digas lo cambiará.

—¿Y el dinero? ¡Esto es Londres! No puedes sobrevivir en Londres solo con tus ahorros. —Su frustración volvió a crecer visiblemente.

—Tengo lo suficiente para aguantar unos meses hasta que encuentre otro trabajo.

El dinero del alquiler de Vincent era mi salvación. Era suficiente para mantenerme a flote hasta que llegara el verano.

—Sé que no aceptarás mi dinero, pero no puedo dejar que... te quedes tirada. —El ceño fruncido característico de mi padre regresó —. Te vas a mudar conmigo hasta que encuentres otro trabajo.

Me quedé helada.

—Ni de broma. —Ese no era el tipo de «unión» que tenía en mente. Vivir con tu padre como adulta era una manera infalible de destrozar la relación, no de sanarla—. Además, Vincent está viviendo contigo. ¿Tu objetivo no era precisamente evitar que siguiéramos viviendo bajo el mismo techo?

Su boca se tensó en una fina línea. No podía rebatir mi argumento, y tampoco era lo bastante despiadado como para echar a Vincent de su casa (aunque él quisiera que lo hiciera). Puede que estuviera castigándolo por haberle mentido, pero también se preocupaba por la seguridad de sus jugadores.

—Ya has tomado una decisión, así que no voy a seguir intentando hacerte cambiar de opinión. Pero de verdad espero que sepas lo que haces, Brooke —dijo con un tono sombrío—. Porque yo, desde luego, no lo sé.

Se alejó caminando.

Mis manos se convirtieron en puños cerrados. Quería gritar.

Esta había sido la segunda ronda de la misma pelea y seguía sin entenderme. Tal vez nunca lo haría. Había cruzado un océano entero para perseguir un sueño, una relación real con él y la oportunidad de forjarme un nombre por mí misma, y empezaba a darme cuenta de que quizá ese sueño no era más que una ilusión.

—Vaya. Eso ha sido una locura. —Henry apareció a mi lado con una barrita de chocolate en la mano. Estaba demasiado cansada para preocuparme por cuánto tiempo llevaba ahí o cuánto había escuchado—. No me puedo creer que le hayas hablado así. Sé que es tu padre, pero da miedo.

—Deja de espiarme.

—No te estaba espiando. Estabais haciendo tanto ruido que era imposible no escucharos. —Le dio un mordisco a su barrita de chocolate—. Entiendo perfectamente lo que decías sobre buscar tu propio camino y todo eso, pero, si fuera tú, habría aceptado el trabajo. Mucha gente mataría por trabajar aquí.

—¿Tú te quedarás cuando acabes las prácticas? —No pude resistirme a preguntárselo. Era mi oportunidad para averiguar si a él también le habían ofrecido un puesto en el Blackcastle.

Henry se rio.

—Eh, no. Voy a trabajar en la empresa de mi padre. Es el fundador de Hydralade, ¿la bebida isotónica? Bueno, el plan siempre ha sido que yo dirigiera el equipo de desarrollo de producto, pero quería que tuviera algo de «experiencia externa» antes de empezar. —Chasqueó los dedos—. ¡Oye, tengo una idea! Podrías trabajar con nosotros. Tenemos algunas vacantes. Me aseguraré de que consigas una entrevista.

Un sabor metálico me llenó la boca.

—No, gracias.

—Bueno, si cambias de opinión, llámame. —Se terminó la barrita de chocolate y se metió el envoltorio vacío en el bolsillo—. Oye, he oído que también te vas a presentar al premio ISNA. ¿Sobre qué has escrito en tu carta de motivación?

Apenas lo escuchaba por encima del repentino rugido de la sangre en mis oídos.

Bum. Bum. Bum.

El corazón me latía con tanta fuerza que parecía sacudirme la caja torácica.

Cada vez que parpadeaba, las paredes parecían acercarse, amenazando con exprimir el aire de mis pulmones.

—No te preocupes. No voy a robarte el tema. —La voz de Henry sonaba lejana—. Yo envié mi solicitud hace semanas. Puedo enseñártela, si quieres. Ya... ¡Oye! ¿Adónde vas?

Soltó un graznido indignado cuando lo aparté de un empujón y eché a andar rápido hacia el baño. La presión me arañaba la garganta.

No podía respirar. Tenía que..., necesitaba...

Irrumpí en el baño y me metí de golpe en el cubículo de la esquina antes de cerrar el pestillo con un clic ensordecedor.

Entonces, y solo entonces, me permití llorar.

Me dejé caer sobre la tapa cerrada del inodoro mientras mis emociones se desbordaban. Duelo, rabia, inseguridad, resentimiento y mil más que no sabía ni nombrar. Todas se desbordaron de la presa que había construido cuidadosamente durante años con tanta fuerza que no tenía ninguna esperanza de escapar de la corriente.

Así que ni siquiera lo intenté.

Mis sollozos rebotaban en las paredes de azulejos. Las lágrimas se deslizaban por mis mejillas y se mezclaban con los mocos. Probablemente tuviera un aspecto asqueroso, pero no me

importaba. Nadie podía verme, ya que aquí trabajaban tan pocas mujeres que el baño casi siempre estaba vacío.

Hundí la cara entre las manos para tratar de aferrarme a algo, lo que fuera, pero me estaba desarmando poco a poco. Las puntadas que mantenían mi vida unida se empezaron a deshacer una por una hasta que no fui más que bordes deshilachados y heridas abiertas.

No había nadie cerca que pudiera recomponerme, y eso hacía que todo doliera un poco más.

Mi padre no tenía idea de lo que realmente necesitaba.

Mi madre estaba demasiado ocupada con su nueva familia para preocuparse por mí.

Mis compañeros de trabajo tenían dudas que alimentaban las mías propias.

Vincent estaba prohibido de todas las formas.

Y, sobre todo, yo misma no había logrado convertirme en la persona que pensé que sería.

La versión más joven de mí misma pensaba que, a estas alturas, ya lo tendría todo: una carrera próspera, una pareja estable y algo de paz en lo que respectaba a mi familia. Sin embargo, aquí estaba, era una adulta hecha y derecha y estaba tan perdida como siempre. Aparte de mis amigas, todos los aspectos de mi vida eran un desastre. No sabía cómo encontrar una solución porque ni siquiera entendía cómo había llegado hasta aquí.

Era la primera vez que lo admitía ante mí misma. Había reprimido mis miedos y emociones durante tanto tiempo que liberarlos resultó catártico. Para cuando mis sollozos se calmaron y se convirtieron en hipidos, me sentía un poco mejor, a pesar de lo miserable que era mi situación.

Me quedé allí sentada con la cabeza dando vueltas durante un minuto más antes de secarme la cara con el dorso de la mano y salir

del cubículo.

Le mandé un agradecimiento rápido al universo por no haber permitido que entrara nadie durante mi crisis. No era así como quería que me recordaran al final de mis prácticas.

Hice una mueca al ver mi reflejo. Pelo despeinado, ojos hinchados, nariz roja. Uf.

No llevaba mi neceser de maquillaje, pero me arreglé lo mejor que pude. Una vez que mi aspecto volvió a ser al menos un poco presentable, empujé la puerta y regresé al despacho de becarios.

Ya había terminado mi jornada laboral, pero tenía que terminar los paquetes de viaje para las vacaciones de Navidad del equipo. Los planes de comidas eran fáciles. Sin embargo, había convencido a Jones para que me dejara añadir información extra como consejos para comer sano durante los viajes o cómo equilibrar indulgencia y nutrición durante las vacaciones. Para completar los paquetes, había añadido algunas de mis recetas saludables favoritas para las fiestas. A él le parecía que eran una pérdida de tiempo, pero supongo que no quería discutir conmigo cuando me quedaba poco tiempo en el equipo.

—Adiós, Brooklyn. —Seth, el nuevo utillero del equipo, se despidió con un gesto de la mano al pasar. Me dedicó una sonrisa tímida que le devolví.

No interactuábamos mucho, pero me caía bien. Era un chico dulce y los utilleros eran los héroes anónimos de los clubs de fútbol. Encargarse de todo el material y los equipajes de los jugadores no era tan fácil como parecía.

Por suerte, Seth no hizo ningún comentario acerca de mi apariencia desaliñada. Tenía la esperanza de poder terminar mi trabajo y volver a casa sin que nadie se enterara de mi crisis hasta que pasé junto al vestuario.

Alguien salió justo en el mismo momento en que yo pasé por delante de la puerta.

Pelo oscuro. Complexión delgada. Mandíbula esculpida.

Vincent.

Nos quedamos quietos y mi pulso adoptó un ritmo glacial mientras nos mirábamos.

—Hola —dije, dolorosamente consciente de mi maquillaje arruinado y de mi camisa manchada de rímel. Esbocé lo que esperaba fuera una sonrisa convincente, pero verlo provocó que mi corazón se retorciera de nuevo.

Lo echaba de menos. Lo veía todos los días en el trabajo, pero no era lo mismo. Veía a Vincent el futbolista. Yo echaba de menos a Vincent el hombre. El que estaba obsesionado con *The Great British Bake Off* y jugaba al billar como si hubiera nacido con un taco en la mano. Sobre todo, echaba de menos lo fácil que había sido nuestra relación antes de que un enorme signo de interrogación se cerniera sobre ella.

Frunció el ceño. Su mirada recorrió mi rostro y mi camisa y volvió a subir.

—¿Qué pasa? ¿Quién te ha hecho llorar? —preguntó. Su inesperado y violento instinto protector devolvió la emoción a mi garganta.

—Nadie. Es la alergia —mentí antes de sorber por la nariz y limpiarme con el dorso de la mano de nuevo—. El polen está, eh..., fatal esta semana.

—Brooklyn.

Una sola palabra. No necesité nada más.

Lágrimas frescas me escaldaron las mejillas cuando Vincent me estrechó entre sus brazos. No me juzgó, solo me envolvió con una

fuerza sólida y reconfortante mientras yo enterraba el rostro en su pecho y lo dejaba sostener todas las piezas rotas.

—He visto a mi padre. Hemos hablado, pero no... Sigue enfadado por lo del Blackcastle, y Henry ha mencionado la ISNA, y no encuentro ni un trabajo decente, y estoy tan jodidamente abrumada que a veces siento que no puedo respirar —divagué de manera incoherente.

Estaba segura de que mis palabras no tenían ningún sentido. Pero si llorar había sido catártico, pronunciar esas palabras en voz alta fue una purga. Les quitó su poder y, sorprendentemente, Vincent no tuvo problemas para descifrarlas.

—Un par de cosas —dijo cuando terminé—. Uno: tu padre acabará entendiéndote. Dos: que le den a Henry. Tres: encontrarás el trabajo perfecto cuando llegue el momento. Es mejor esperar que aceptar un curro de mierda mal pagado. Y sobre sentirte abrumada, no estás sola. Todos nos sentimos así. Yo propondría crear un grupo de apoyo, pero todavía estoy traumatizado por el club de lectura del equipo.

Una risita se escapó entre mis lágrimas.

—¿Quién es ahora el de la charla motivacional?

—Aprendí de la mejor —respondió, aludiendo a la charla motivacional que yo le había dado sobre la colaboración con Zenith —. Haz caso a alguien que ha tocado fondo. *Tout finira par s'arranger.*

Me tembló la barbilla.

—No tengo ni idea de qué significa eso. Dejé el francés en el instituto porque... —Hipé—. Estaba colada por un estudiante de intercambio alemán, así que me pasé al alemán, pero resultó que él tenía novia en su país y jamás volví a usar el alemán después de

graduarme. —Al parecer, mi tendencia a tomar malas decisiones se remontaba a mis años de adolescencia.

Estaba actuando de una forma un poco histérica, pero mis emociones no tenían límites. Cuando una se volvía loca, las demás la seguían.

Una risa grave recorrió el pecho de Vincent.

—Significa que todo saldrá bien..., a menos que hablemos de tu relación con el estudiante de intercambio alemán. Eso claramente no salió bien.

Torcí la boca.

—No me hagas reír. Estoy intentando estar triste.

—Puedes estar triste —dijo mientras me acariciaba la espalda con suavidad—. Puedes hacer lo que quieras.

Me derretí contra él. No estaba acostumbrada a tener a alguien firme en quien apoyarme, pero marcaba una gran diferencia. Mis lágrimas se convirtieron en un lento goteo mucho más rápido que en el baño, y, cuando levanté la cabeza, me sorprendió ver que solo habían pasado unos minutos desde que me había roto en sus brazos.

—Perdón por llenarte la camisa de mocos. —Hipé de nuevo con las mejillas ardiendo por culpa de la vergüenza—. Te prometo que te compraré una nueva.

—No te preocupes. Solo es una camisa. —Vincent me estudió con esos ojos oscuros todavía cargados de preocupación—. ¿Te sientes mejor?

Asentí. Ahora que ya no estaba llorando a mares, de repente tomé conciencia de que seguía entre sus brazos. Su calor corporal me envolvía y me calentaba desde dentro. Una de sus manos descansaba en la parte baja de mi espalda, mientras el pulgar de la otra dibujaba un círculo perezoso bajo mi omóplato.

Un chisporroteo me recorrió la columna.

Era la primera vez que estábamos tan cerca físicamente desde nuestro casi beso. Vincent pareció darse cuenta también, porque sus músculos se tensaron de forma sutil.

El silencio entre nosotros cambió. La melancolía dio paso a algo espeso, eléctrico. Crepitaba justo bajo la superficie, y pude sentir cómo su corazón se aceleraba en respuesta. Latía al mismo ritmo frenético que el mío.

«Pregúntale por la apuesta». Según nuestros términos, la apuesta era válida durante el tiempo que viviéramos juntos. Él se había mudado, pero nunca la habíamos cancelado oficialmente.

Tampoco habíamos hablado de lo que pasó en la cocina. Este era el momento perfecto para hacerlo, pero hoy no tenía energía emocional para otra conversación difícil.

—¿Vuelves a casa por las vacaciones? —Decidí escoger un tema más seguro.

El equipo tenía dos semanas libres antes de Navidad. Normalmente, el descanso de mitad de temporada era en enero, y el año pasado ni siquiera habíamos tenido descanso, pero la directiva de la Premier League había decidido cambiar las cosas este año.

Vincent negó con la cabeza.

—Mi padre va a pasar la mayor parte de las vacaciones en Burdeos y no me apetece quedarme solo en casa. —Dudó un instante, luego dijo—: La semana que viene es mi cumpleaños y he organizado un viaje de última hora a Budapest para celebrarlo. Algunos de los chicos y yo hemos alquilado una villa, pero sobra espacio. Deberías venir. Carina también. Scarlett también viene con Asher, así que podría ser como un viaje de chicas para las tres.

«No te emociones demasiado». Era un viaje en grupo, no una escapada romántica para dos. Aun así, el estómago me dio un

vuelco.

—Suena increíble, pero considerando que en enero me voy a quedar sin trabajo, no debería irme de viaje de última hora —dije a regañadientes.

—Ya está todo pagado, menos los billetes de avión. —Su hoyuelo apareció ante mi expresión de sorpresa—. Nosotros nos encargamos de la villa, la comida y las bebidas. Lo único que tienes que hacer es venir.

—Es tu cumpleaños. ¿No deberíamos ser nosotros los que paguemos por ti?

Se encogió de hombros.

—Así es. Los chicos lo han hecho. Yo solo me he encargado del depósito de la villa.

Me mordí el labio inferior. La invitación era tentadora. Nunca había estado en Hungría, y salir de Londres un rato podría ser bueno para mi salud mental. No había salido de la ciudad desde que Scarlett, Carina y yo habíamos ido a los Cotswolds en verano.

—Te ayudará a despejarte —dijo Vincent—. Además, ¿cuántas veces tienes la oportunidad de irte de viaje patrocinado por futbolistas profesionales?

—Cierto. —Tomé la decisión antes de que mi lado más sensato pudiera disuadirme—. En ese caso, me apunto.

21

Brooklyn



No le dije nada a mi padre sobre el viaje a Budapest. Ya se enteraría. Aunque, al igual que con el tema de compartir piso, no estaba haciendo nada malo. Solo se lo ocultaba porque no quería que se desquitara con Vincent.

Además, no habíamos hablado desde el encontronazo en el pasillo. Había heredado de él la terquedad y me negaba a ser la que rompiera el hielo con un comunicado sobre mi escapada a Hungría.

Sin embargo, mi padre era lo último que se me pasó por la cabeza cuando Carina y yo aterrizamos en Budapest el viernes siguiente. Fuimos las últimas en llegar porque ella tenía que terminar algo del trabajo, pero Vincent había insistido en enviarnos un coche. El conductor ya nos estaba esperando cuando salimos de recoger el equipaje y no tuvimos que hacer nada más, excepto sentarnos y relajarnos mientras él nos llevaba hasta la villa.

—Me pregunto quién más habrá allí, aparte de Scar y Asher —comentó Carina—. Tendríamos que haberlo preguntado antes de decir que sí.

—¿Habrías dicho que no por algún nombre en la lista de invitados?

—En absoluto. ¿Un viaje con gastos pagados a Budapest? Por mí podrían haber invitado al mismísimo Freddy Krueger y seguiría apuntándome. Solo tengo curiosidad por ver quién hay, eso es todo.

—Habrá un montón de futbolistas. Adil, puede que Samson. Algunos más.

—Mmm...

Entorné la mirada.

—¿Qué ha sido eso?

—¿Qué ha sido qué? —preguntó con aire inocente.

—Ese «mmm».

—Nada. —Carina se miró las uñas—. Es solo que me parece interesante que Vincent te haya invitado a su viaje de chicos.

—No es un viaje de chicos. Scarlett estará allí y te ha invitado a ti también.

—Como tu acompañante. Dime la verdad. —Me dio un empujoncito con la rodilla—. ¿Pasó algo mientras estabais viviendo juntos?

El calor me subió por el pecho y la cara.

—No. Te lo habría contado de ser así.

No había pasado nada. Si Vincent y yo nos hubiéramos besado de verdad, lo habría confesado. Habría sido un secreto demasiado grande para guardármelo. Hasta entonces, mantendría la boca cerrada.

Tampoco es que me esperara besar a Vincent en un futuro próximo. Era una situación hipotética.

La villa que había alquilado Vincent estaba ubicada en lo que el conductor nos aseguró que era uno de los mejores barrios de la ciudad. Era una propiedad preciosa de cuatro plantas con multitud de balcones, pero era tan tarde que Carina y yo no nos molestamos en explorarla. Saludamos a Scarlett y Asher, que nos dijeron dónde estaba nuestra habitación, y nos dormimos enseguida. Ni siquiera pudimos ver a Vincent, quien, al parecer, había salido con los demás chicos.

Nos despertamos al día siguiente con las risas y la charla que llegaba desde la planta baja. Nos vestimos y bajamos al salón, donde estaban todos desayunando y jugando a... ¿Jenga?

—¡B! ¡C! ¡Habéis llegado! —exclamó Adil alegremente—. ¡Solo os falta la A! —Hizo una pausa—. Espera, ¡yo puedo ser vuestra A! Seremos el trío del alfabeto.

Carina lo miró de reojo.

—¿Estás borracho?

—Qué va. Solo se siente excluido porque no bebe alcohol, así que se comporta como si estuviera borracho para compensarlo. —Samson estaba despatarrado en el sofá, con el brazo alrededor de una hermosa morena—. La otra posibilidad es que a sus padres se les cayera de cabeza cuando era pequeño.

Estallaron carcajadas por todo el grupo. Adil le lanzó una pieza del Jenga a Samson, quien pareció imperturbable cuando rebotó en su frente.

Hice un inventario rápido de los presentes. Además de Carina, Adil, Samson y su cita, estaban Scarlett, Asher, Seth y Noah. Me sorprendió la presencia de los dos últimos, pero tenía sentido. Vincent era el único jugador que podía incluir al miembro más nuevo del personal en un viaje de grupo y, al mismo tiempo, convencer a Noah de que se apuntara.

El propio Vincent no estaba presente, pero me abstuve de preguntar por su paradero. Me preocupaba que Scarlett me descubriera si hablaba de él delante de ella.

—¿Habéis explorado ya la villa? —preguntó cuando me senté junto a ella—. Es una locura.

—Todavía no. Primero necesito desayunar. —Carina bostezó—. Me muero de hambre.

—Os traeré algo de la cocina —dijo Seth, alegre y emocionado como un cachorrito—. Tendréis mucho tiempo para explorar después, no tenemos nada planeado hasta la cena.

Nos quedamos en el comedor durante el desayuno e hice todo lo posible por conversar con todos. Sin embargo, no dejaba de darle vueltas a la ausencia de Vincent.

Era su cumpleaños y nunca dormía hasta tan tarde. ¿Dónde se había metido?

Finalmente, no pude soportarlo más, tuve que preguntarlo.

—¿Dónde está el cumpleañero?

Me metí una fresa en la boca fingiendo indiferencia.

—Supongo que en su habitación —dijo Asher por encima del gemido de Adil. Habían pasado del Jenga al póker y acababa de perder—. No sé qué está haciendo ahí dentro ni quiero saberlo.

—¿En serio? ¿Dónde está su habitación? —pregunté con aire casual. Ignoré la sonrisita de Carina—. La nuestra es enorme, así que la suya debe de ser... más enorme aún.

«Bien hecho, Brooklyn, no ha sido nada sospechoso».

Miré a Scarlett, que estaba ocupada escribiendo una tarjeta de felicitación.

—Cuarta planta, última puerta a la izquierda —informó Seth. Llevaba toda la mañana corriendo de un lado a otro, sirviendo

bebidas y limpiando como si fuera un sirviente en lugar de un invitado—. Puedo acompañarte si quieres.

—No, no hace falta —respondí rápidamente—. Pero Carina y yo deberíamos ir a echar un vistazo, ¿verdad?

—Claro. —Se levantó y se estiró con una sonrisa de oreja a oreja —. Vamos a echar un vistazo.

Cuando estuvimos fuera del alcance del oído de los demás, agregó:

—¿Quieres empezar por la cuarta planta?

—Cállate. —Aceleré el paso con el rostro ardiendo.

—¿Qué? —Corrió detrás de mí, riéndose—. Tiene sentido. Empezar desde arriba e ir bajando poco a poco. A menos que prefieras estar abajo.

—Eres muy inmadura.

Sin embargo, no pude evitar reírme con ella. Era imposible enfadarse con Carina, era demasiado bondadosa, aunque también demasiado observadora para mi gusto.

Aunque había usado lo de visitar la casa como excusa para separarme del grupo, la villa me dejó realmente maravillada. Era lo bastante grande para la realeza. Aparte de dos piscinas climatizadas, una interior y una exterior, había una sala de cine para veinte personas, una bolera y una bodega llena de botellas que probablemente costarían más que mi alquiler mensual.

Los dormitorios estaban repartidos entre la tercera y la cuarta planta. Carina se detuvo al llegar al rellano superior.

—Tengo que ir al baño —dijo—. Ve tú delante. De todos modos, no necesito ver otro dormitorio. ¡Adiós! ¡Diviértete!

—¡Espera! Carina, vuelve...

Desapareció por la escalera y su risa subió desde las entrañas de la casa.

Miré hacia el pasillo y contuve un gemido. No podía llamar a la puerta de Vincent sin motivo. Parecería que estaba obsesionada con él.

Se me ocurrió una idea. Corrí a mi habitación en la tercera planta, cogí lo que necesitaba y volví a subir.

La última puerta a la izquierda.

Titubeé un segundo antes de llamar. Quizá no estuviera ahí. Quizá...

—Adelante.

Me dio un vuelco el estómago. No tenía motivos para estar nerviosa, hablaba con Vincent a todas horas. Verlo en Budapest sería igual que verlo en Londres.

Respiré profundamente y entré en la habitación.

—Ho... —El saludo se apagó en mi garganta.

Dios mío.

Había entrado en el peor momento. O en el mejor, según cómo se mirara.

Vincent estaba de espaldas a la puerta, medio desnudo, pasándose una camiseta por la cabeza. Unos pantalones de chándal grises le caían por debajo de la cintura y capté un atisbo de la deliciosa flexión de los músculos de su espalda antes de que los cubriera su camiseta.

No era la primera vez que lo veía sin camiseta, pero había algo en este momento en particular que me impactó como un rayo en un campo tranquilo.

Se me encendieron todas las terminaciones nerviosas. El calor me invadió y me hormiguearon las palmas de las manos con la necesidad de pasarlas por su espalda y sentir la dureza de sus músculos bajo las yemas de los dedos.

Vincent se giró. Me miró a los ojos y supe que él también lo sentía.

El cambio.

El aire cargado.

Sentí que el mundo se había reducido solo a nosotros en esa habitación y ambos estábamos tan atrapados en una atracción magnética que podía sentir cada pizca de su presencia desde el otro lado de la habitación.

En ese momento habló y la tensión se hizo añicos.

—Ya estás aquí. ¿Cómo ha ido el vuelo? —Parecía demasiado tranquilo en comparación con mi pulso acelerado—. Supuse que anoche caerías rendida de sueño, así que no me acerqué a saludar. Iba a buscarte después, pero te me has adelantado.

—El vuelo bien. —Imité su tono tranquilo, irracionalmente molesta por su calma. Si yo me sentía a punto de perder el equilibrio, él también debería sentirse así—. ¿Qué tal anoche?

—Bien. —Se le marcó el hoyuelo de la mejilla y un brillo diabólico se reflejó en su mirada—. ¿Te ha gustado el espectáculo?

Se me encendieron las mejillas cuando comprendí a qué se refería. «Capullo arrogante».

—Los he visto mejores.

—Ah, ahí está tu mal gusto de nuevo.

—Y ahí está tu ego gigantesco. Todos tenemos nuestros defectos.

—Así que lo admites: tienes mal gusto.

—Supongo que sí. Siendo así, me imagino que no querrás tu regalo de cumpleaños... —Levanté la bolsa del regalo y fingí marcharme, pero solo pude dar dos pasos antes de que Vincent me alcanzara.

—Espera, espera. —Cerró la mano alrededor de mi muñeca, parecía que estuviera conteniendo la risa—. Lo siento. No quería

insultar tu gusto impecable.

Me hormigueó la piel bajo su roce, pero lo ignoré y le ofrecí una sonrisa descarada.

—Justo como pensaba. Eres fácil de convencer.

—No te lo creas demasiado. Primero veamos qué me has traído. —Me soltó para coger la caja del regalo—. ¿Qué es? ¿Un cojín de pedorretas? ¿Una camiseta que pone «Vincent DuBois apesta»?

Me encogí de hombros.

—Ábrelo y lo verás.

A pesar de mi fingida indiferencia, noté mariposas en el estómago por los nervios mientras rasgaba el papel y abría la caja.

Separó los labios. Observó el contenido durante un largo y agonizante momento antes de estallar en carcajadas.

El alivio me invadió los pulmones y sonreí.

—¿Te gustan?

—¿Estás de coña? Me encantan, joder. ¿De dónde los has sacado?

—De varios sitios. Algunos son de centros comerciales, otros de páginas sospechosas. Este es personalizado. —Señalé unos bóxers con su cara.

Me había pasado una semana entera dándole vueltas al regalo. ¿Qué se le compra a alguien que ya lo tiene todo? No podía competir en dinero gastado, así que había optado por algo gracioso pero auténtico.

La noche del salón recreativo, Vincent comentó que solo tenía un tipo de calzoncillos. Lo comprobé y vi que eran bóxers negros Delamonte, así que le había comprado una docena más de mi gusto para que tuviera variedad.

Su colección de ropa interior ahora incluía un par azul marino con tortitas de arándanos, un par blanco que alternaba con botas y balones de fútbol y un par verde con cabezas de *Tyrannosaurus rex*

en honor al club de lectura del Blackcastle. Sin embargo, mis favoritos eran los negros personalizados con fotos suyas de cintura para arriba con gafas de sol y una banda de Feliz Cumpleaños.

Me daba miedo que pudiera parecerle raro que le regalara ropa interior, puesto que era algo que harían las novias, pero pensé que le gustaría mi descarado sentido del humor.

—Me los pondré esta noche. —Señaló los que tenían su cara—. Si pierdo la oportunidad, no me lo perdonaré nunca. En realidad, a la mierda. Voy a ponérmelos ahora mismo.

—¡Esto implica que no puedes volver a decirme nunca que tengo mal gusto! —exclamé tras él.

Cerró la puerta del baño, pero sus risas atravesaron la puerta de madera.

No podía borrarme la sonrisa de la cara. Definitivamente, venir a Budapest había sido buena idea. Mis preocupaciones parecían menos abrumadoras. Gozaba de salud, tenía un grupo de amigos maravilloso y un fondo de ahorros decente. «Estaré bien». Aunque no prosperara, sobreviviría.

Mientras Vincent se cambiaba, me paseé por su habitación. Corrección: por su *suite*. Era demasiado grande para considerarse una habitación. Tenía incluso balcón, aunque hacía demasiado frío fuera para disfrutarlo.

Tenía el móvil en la mesita de noche. La pantalla se encendía cada dos segundos y no pude evitar mirarlo. El aluvión de mensajes llenó la pantalla de bloqueo. La mayoría eran felicitaciones de cumpleaños, pero la notificación de arriba era del calendario.

«Cumpleaños. No contactar».

Fruncí el ceño. ¿Por qué pondría un recordatorio de «No contactar» en su cumpleaños?

—¿Qué haces?

Me sobresalté y me di la vuelta. Vincent estaba en el umbral de la puerta del baño. Lo preguntó con voz neutra, pero su mirada pasó de mí a su móvil con un destello de sospecha.

—Nada. —No había hecho nada malo, pero me latía el corazón como si hubiera sido así—. Es decir, estaba contemplando tu habitación y esto me ha llamado la atención.

Señalé la lámpara que había al lado de su móvil. Era un cisne de cristal con ojos de zafiro. Daba un poco de miedo y sí que me había llamado la atención antes de que me distrajera su móvil.

—Sí, me parece que al propietario le gustan mucho los cristales. Tendrías que ver el salón de fiesta. Hay lámparas de araña de cristal por todas partes. —Vincent se acercó a mí y se guardó el móvil en el bolsillo—. Voy al gimnasio un rato, pero ¿te veo en la cena? Y gracias de nuevo por el regalo. —Suavizó la expresión—. Me encanta. De verdad.

Me estaba echando, estaba claro.

—De nada. Nos vemos después.

Me marché con el cerebro plagado de preguntas. ¿Sobre quién era ese recordatorio? ¿Y por qué lo tenía programado precisamente para hoy? No salía con nadie que no fueran los chicos del Blackcastle y las amigas de su hermana.

¿Sería un antiguo compañero de equipo? ¿Un socio comercial? ¿Una ex?

Se me encogió el pecho ante ese pensamiento.

Siempre había pensado que Vincent era como un libro abierto, pero nunca lo había visto cerrarse en banda tan rápido.

La incertidumbre me envolvió cuando regresé abajo con mis amigas.

Justo cuando pensaba que lo había descifrado, Vincent volvía a sorprenderme.

22

Vincent



Si Brooklyn había visto el recordatorio en mi móvil, no dio señales de ello. Me sentía mal por haber sido tan borde con ella, pero había entrado en pánico.

Poner esa alarma había sido una estupidez por mi parte. El 3 de octubre ya era una fecha bastante mala, pero después del caos del año pasado, también había programado una para mi cumpleaños. Ver la orden en blanco y negro me ayudaba a controlarme. Lo último que necesitaba era arruinarlo todo en lo que se suponía que debía ser un día feliz.

Por suerte, el resto de la tarde transcurrió sin incidentes. Después de entrenar, quedé con mis amigos para comer y ver una película en la sala de cine. Solo estábamos los chicos porque las chicas habían salido a hacer turismo.

Me decepcionó un poco no ver a Brooklyn, pero quizá era lo más prudente. Cuanto menos interactuáramos delante de los demás, mejor. Scarlett tenía unos poderes de percepción escalofriantes, y

estaba convencido de que notaría la nueva tensión entre nosotros si nos veía juntos durante más de dos minutos.

Con suerte, Asher lograría distraerla lo suficiente durante la cena y la fiesta para que no se diera cuenta.

Me estaba preparando para mi fiesta oficial de cumpleaños cuando el móvil sonó. Mis labios se curvaron. Había estado esperando su llamada.

—¡Feliz cumpleaños! —canturreó mi madre en cuanto contesté—. ¿Cómo está mi chico? ¿Te lo estás pasando bien en Budapest?

—Gracias, mamá. Sí, estamos genial. Llevamos todo el día en la villa, pero no tardaremos en salir a cenar.

—Bien, bien. Trabajas mucho. Mereces divertirte con tus amigos y me encanta Budapest. ¿Te he hablado del romance que tuve allí cuando estaba de vacaciones en la uni? Era guapísimo. Podría haber sido la esposa de un príncipe exiliado, pero, en fin, acabé casándome con tu padre. —Soltó un profundo suspiro cargado de arrepentimiento—. Los sinsentidos de la juventud.

—Mamá, por favor. —Hice una mueca—. Te quiero, pero no quiero que me vuelvas a hablar sobre tu vida amorosa. Nunca.

—Está bien, pero aprende de mis errores. Ten mucho cuidado con quién te relacionas, especialmente teniendo en cuenta quién eres. Hay mucha gente al acecho esperando para aprovecharse.

—Lo sé. —Por eso mi círculo de amigos era tan reducido. Confiar en la gente era difícil. Todos querían un pedazo de ti y, a veces, esos pedazos terminaban convertidos en titulares sensacionalistas en las revistas.

La fama y el dinero corrompían, pero también lo hacía su cercanía.

—Hablando de vidas amorosas... —Sabía lo que iba a decir antes de que lo dijera—. ¿La tuya cómo va? ¿Ya has conocido a alguien especial?

No. Ya tenía mi respuesta automática en la punta de la lengua, pero no me sentía del todo bien.

Eché un vistazo al dormitorio, donde el resto del regalo de cumpleaños de Brooklyn yacía perfectamente doblado sobre la cama.

—¿Vincent? —me apremió mi madre.

Desvié la atención hacia el espejo.

—Todavía no.

La media mentira me dejó un sabor metálico en la boca.

—Oh. —Su decepción era palpable—. Bueno, aún tienes tiempo. Pensaba que Scarlett nunca volvería a salir con nadie después de Rafael, pero mírala ahora. Ella y Asher son adorables juntos.

—Ajá.

Charlamos unos minutos más sobre mis planes de cumpleaños y su trabajo. Era enfermera y siempre tenía historias increíbles sobre sus pacientes.

—No te voy a retener más —dijo tras un relato algo nauseabundo que involucraba el recto de un paciente y una fruta con espinas—. Solo quería llamarte para desearte un feliz cumpleaños. Te quiero.

Se me formó un nudo en la garganta.

—Yo también te quiero.

«No contactar». Parpadeé para sacarme la imagen de la cabeza al colgar, pero la culpa me desgarró por dentro de todas formas.

—Hoy no, DuBois —murmuré. Era mi maldito cumpleaños. No iba a derrumbarme de nuevo.

Terminé de prepararme y bajé decidido a disfrutar en lugar de alimentar mis neurosis. Era más fácil cuando había gente alrededor. Tenía menos tiempo para quedarme a solas con mis pensamientos.

—¡Ahí está! —Adil me vio primero—. ¡El cumpleañero! Bastante elegante, por cierto.

Adopté una sonrisa relajada mientras recorría la habitación para saludarlos a todos. Ya los había visto antes, pero la cena marcaba la celebración oficial. Sus regalos ya estaban apilados sobre la mesa de centro junto a copas de champán.

Se me curvó la boca al recordar el regalo de Brooklyn. Había cumplido mi promesa y me había puesto los bóxers con mi cara para nuestra noche de fiesta. Eran sin duda uno de los mejores regalos que había recibido, no por ser el más caro o el más bonito, sino por el tiempo y el cuidado que le había dedicado.

No lo dijo explícitamente, pero sabía que había elegido la ropa interior porque en los recreativos le había confesado que solo compraba un modelo concreto. Era la única explicación, y el hecho de que recordara un detalle tan pequeño me provocó una sensación de dolor en el pecho.

—Feliz cumpleaños, amigo. —Samson me dio una palmada en la espalda que interrumpió mis pensamientos—. Un año más cerca de ser de la tercera edad.

Le hice un gesto obsceno con la mano con una sonrisa amable.

—Esto es para ti. —Seth me entregó una copa de Veuve Clicquot —. Gracias por invitarme. Este es el viaje más increíble en el que he estado.

—No hay por qué darlas, amigo. Formas parte del equipo. Ya lo sabes.

Bajó la cabeza y se sonrojó. Tenía veinte años, lo cual lo convertía en el utillero más joven de la historia del Blackcastle. Pero hacía muy bien su trabajo, aunque era un poco demasiado serio y tan tímido que me esforzaba por incluirlo en la mayor cantidad posible de actividades grupales.

Noah me dio un abrazo algo brusco, pero no me lo tomé como algo personal. Todo lo que hacía era brusco. Me sentía honrado de

que se hubiera presentado.

Entonces se hizo a un lado, y allí estaba ella.

Se me cortó la respiración. Brooklyn se reía con Carina sobre algo. No se había dado cuenta de que estaba cerca y aproveché para observarla con detenimiento.

La había visto con todo tipo de atuendos posibles: pijamas, ropa de deporte, vestidos elegantes y sexis, y un disfraz de pirata para el Halloween del año pasado. Todo le quedaba increíble. Pero esa noche había algo en ella que robaba el aliento.

El vestido rojo se le ceñía a la cintura y se abría alrededor de los muslos, dejando al descubierto kilómetros de piel suave y desnuda. Sus tacones añadían más de cinco centímetros a su estatura, y el pelo le caía en sedosas ondas doradas por la espalda. No era solo su ropa o su apariencia: era la forma en que se movía. La forma en que sonreía. ¿Cómo podía pasar de juguetona y encantadora a cariñosa y empática en un minuto?

Era..., joder, era ella. Cada parte y faceta de ella. Brillaban tanto que no podía apartar la vista.

La verdad siempre había estado allí, esperando su momento para deslumbrar. Me había impulsado a invitarla a Budapest aunque supiera que era una mala idea, y me había hecho querer matar a cualquiera que la hiciera llorar.

Pero nunca había podido verla con claridad hasta ahora.

«Joder». No estaba simplemente encaprichado con ella. Estaba...

—¡Feliz cumpleaños, DuBois! —Su saludo tranquilo dejó entrever un toque de diversión.

Mientras estaba atrapado en mi revelación, se había acercado a mí con una expresión inquisitiva a la vez que la miraba como si de repente hubiera olvidado cómo hablar.

—*Merci*. Quiero decir, gracias. —Me bebí de un trago el champán que Seth me había dado, lo cual fue un error. Ese champán no estaba hecho para tragos grandes—. Estás... guapa.

—*Merci.* —Se le arrugaron los rabillos de los ojos al mirarme. Era adorable.

—¡Carina! —Me giré abruptamente hacia la morena—. Tú también estás muy guapa.

—Gracias, pero no tanto como Brooklyn —respondió Carina con picardía—. ¿Verdad?

Parpadeé. ¿Qué demonios quería decir con eso? ¿Me había pillado? ¿Podía leer mentes? ¿Todo el grupo de amigas de Scarlett tenía alguna habilidad extraña para volverme loco?

Brooklyn la fulminó con la mirada, pero la sonrisa traviesa de Carina no desapareció.

Por suerte, Scarlett se acercó en ese momento para abrazarme y decir que era hora de abrir los regalos. Para cuando terminamos y llegamos al restaurante en la limusina todoterreno que había contratado, había recuperado algo de control.

Me aseguré, sin embargo, de sentarme lo más lejos posible de Brooklyn. No podía permitirme un desliz en una cena grupal con mi hermana y mis amigos más cercanos.

Como resultado, estuve más callado de lo habitual, pero Adil compensó mi silencio con su parloteo.

—¡Rápido! Revisa tus mensajes antes de que vuelva —dijo cuando Samson se fue al baño—. Tengo otro regalo para ti, pero no quiero hacer sentir mal a Samson porque no está incluido.

Levanté una ceja.

—¿Tu regalo es un mensaje?

—No. Pero abre el mensaje que te he enviado —dijo impaciente—. Te va a encantar.

Por algún motivo, lo dudaba. Aun así, hice lo que me pidió y me encontré un nuevo mensaje suyo que decía: «¡Ábreme!».

Hice clic, confundido, hasta que vi el nombre en la parte superior. Era un chat grupal llamado «Las malotas del Blackcastle». Además de Adil, los únicos otros miembros eran Asher y Noah.

—¡Has sido agregado al chat de élite del equipo! —Adil sonreía radiante—. Hicimos una votación en grupo y decidimos iniciarte como malota del Blackcastle. ¡Enhorabuena!

—Intenté vetarte, pero rechazaron mi propuesta —dijo Asher. Scarlett le dio un golpe con el codo mientras reía con exasperación.

—Espera. —Levanté la mano—. ¿Habéis tenido un chat aparte durante todo este tiempo? ¡Soy el capitán! —No me importaba mucho el chat, pero era una cuestión de principios—. ¿Qué demonios hizo Noah para entrar antes que yo? Sin ánimo de ofender —añadí.

—Tranquilo —respondió Noah con un tono seco—. Créeme, yo no quería estar ahí.

—Qué sorpresa —murmuró Carina.

Su boca se tensó, pero no respondió al comentario.

—Bueno, creé el chat cuando Donovan y tú os odiabais —explicó Adil—. Se estaba quedando solo y me dio pena, así que lo incluí en nuestra relación amorosa.

—No tenemos ninguna relación amorosa —dijo Noah.

—Eso, ¿de qué estás hablando? —Asher se cruzó de brazos—. No finjas que fue una invitación por pena. Me suplicaste que me uniera.

—Mmm, negativo. No tengo que suplicar a nadie que se una a un chat grupal. Puedo simplemente agregarlo, y eso hice. De nada.

—¿Cuál es la diferencia entre este chat y el del club de lectura? —pregunté—. Además del número de personas.

—Ninguna —dijo Noah—. Solo recibes el doble de notificaciones.

—Es un símbolo de prestigio... Mierda, Samson ha vuelto. —El pánico se apoderó del rostro de Adil—. Tina, no le hables del chat. Si exacerbamos sus sentimientos de insuficiencia, intentará compensarlo en el campo, y eso nunca termina bien.

—Me llamo Tamara.

—Lo que tú digas.

Puso los ojos en blanco.

—Está bien. No le diré nada. —Siguió haciéndose *selfies* con el móvil.

Antes intentábamos estar al día con las citas de Samson, pero con el tiempo nos rendimos. El tío cambiaba de novia más rápido de lo que Adil leía novelas eróticas.

La cena terminó sin que Samson escuchara hablar de «las malotas del Blackcastle». Logré evitar mirar a Brooklyn durante toda la cena, pero podía escucharla desde el otro extremo de la mesa.

Su risa cuando Seth contó un chiste malo, su entusiasmo cuando Scarlett comenzó a planear su viaje de cumpleaños para el año siguiente, su incredulidad cuando Noah dijo que tenía que participar en la subasta de solteros.

Era frustrante.

—Tengo muchas ganas de salir de fiesta con vosotros —dijo Seth cuando salimos del restaurante. La limusina nos esperaba al final de la calle—. Nunca he ido a una discoteca en condiciones.

—¿Nunca? —Era joven, pero en Londres había muchas discotecas para mayores de dieciocho años.

—No. —Se sonrojó—. A mis amigos no les gusta salir de fiesta.

—Eso es una tragedia. —Samson lo escuchó—. Seth, amigo, tenemos que asegurarnos de que te lo pases bien esta noche y consigas ligarte a alguien. Dime, ¿cuál es tu tipo? —Pasó un brazo sobre los hombros del utillero—. Podemos compincharnos en la

discoteca. No puedes trabajar para el Blackcastle si no ligas, arruinas nuestra imagen.

Seth aún estaba tartamudeando y buscando las palabras adecuadas cuando desaparecieron en la limusina.

Miré hacia la entrada del restaurante. Brooklyn y Carina todavía estaban en el baño. Debería...

Me sonó el móvil. Lo revisé esperando encontrar otro mensaje de felicitación de un amigo. Solo acerté a medias.

Número desconocido
Feliz cumpleaños.
Número desconocido
Espero que hayas disfrutado de la cena en Budapest :)

Me detuve en seco. Hacía un frío polar en la calle, pero no se podía comparar con el hielo que me recorría las venas.

Este era mi número privado. Solo unas pocas personas lo tenían, y era imposible encontrarlo en internet.

Mi viaje de cumpleaños tampoco se sabía públicamente. Era posible que alguien me hubiera reconocido en el aeropuerto o en el restaurante y lo hubiera *pub*licado, pero una búsqueda rápida en Google no mostró nada sobre mi presencia en Budapest.

Incluso si un fan cualquiera supiera que estaba aquí, ¿cómo demonios había conseguido mi número?

¿Quién eres?

Esperé mientras mi respiración formaba pequeñas nubes blancas en el aire.

Pero la respuesta nunca llegó.

23

Brooklyn



—Recordadme otra vez por qué me he puesto vestido y tacones. —Carina se estremeció cuando salimos del restaurante y prácticamente corrió hasta la limusina.

—Porque vamos a una discoteca y estás buena. —Yo llevaba un abrigo grueso que me llegaba hasta más abajo de las rodillas, pero cada centímetro expuesto de piel parecía hielo.

—Cierto. Allí se estará calentito —respondió.

Por suerte, la limusina no estaba aparcada demasiado lejos de la salida. Vincent estaba junto a la puerta del copiloto con la mirada fija en su móvil. Ralenticé el paso cuando vi sus nudillos blancos y la rigidez de sus hombros.

Algo no iba bien.

Carina se metió en el coche como si la estuvieran persiguiendo los sabuesos del infierno. Las risas de mis amigas y la calefacción me

llamaban desde dentro, pero mis pies permanecieron anclados al suelo.

Vincent todavía no me había visto. Probablemente, estuviera respondiendo a felicitaciones y yo le estuviera dando demasiadas vueltas, pero...

—No me digas que te estás buscando en Google otra vez —bromeé. Era una forma sutil de ver qué estaba haciendo.

Levantó la cara con expresión seria.

Se me borró la sonrisa. «Definitivamente, algo no va bien».

—Pues la verdad es que sí, pero no por los motivos que crees. —Titubeó y luego añadió—: He recibido un mensaje extraño y estoy un poco asustado.

Me tendió el móvil y leí el mensaje en cuestión con la piel de gallina por el aire frío.

—¿Puede que alguno de tus amigos tenga un número nuevo? —sugerí con optimismo. Aun así, no pude evitar mirar a nuestro alrededor por si había alguien acechando en las sombras, espiándonos.

—Puede. —Vincent no parecía convencido y con razón. El número desconocido y la falta de respuesta a su mensaje posterior eran señales de alerta.

—¿Crees que es la misma persona que te dejó el muñeco y la foto? —No quería alimentar sus preocupaciones precisamente el día de su cumpleaños, pero tenía que preguntar. Tampoco me pasó desapercibido que yo era la única a la que le había contado lo del mensaje. Si los demás lo supieran, no se estarían riendo en la limusina.

La calidez que sentí ante esa muestra de confianza se vio atenuada por una ira ardiente. Odiaba a la persona que le estuviera haciendo eso. Se necesitaba un tipo de perversión especial para

jugar con la cabeza de alguien, desaparecer y regresar unas semanas después para seguir metiéndote con esa persona. A estas alturas, era una tortura psicológica.

—Eso espero. No podría tratar con dos personas diferentes intentando meterse en mi cabeza. —Hizo una mueca—. No hay mucha gente que sepa que estoy en Budapest y me ha escrito justo al salir del restaurante. No puede ser una coincidencia.

—Es sospechoso —admití—. Pero también es la hora de la cena, así que podría haber acertado por casualidad. En cuanto a tu ubicación, algún fan podría haberte visto y haberlo *pub*licado.

A pesar de mis reservas personales, no iba a dejar que se derrumbara el día de su cumpleaños. Era su día y estábamos en la puta Hungría. Esta noche no había nada que pudiéramos hacer respecto al mensaje.

—Deberías enviárselo al inspector Smith por si acaso —agregué—. Tal vez la policía pueda rastrear el número. —Ojalá el mensaje contuviera la información necesaria para que el inspector moviera el culo por fin e hiciera su trabajo.

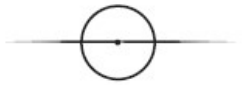
—Lo haré. —Vincent miró al conductor de reojo. Estaba esperando fuera de la limusina con el humo saliendo de su cigarrillo mientras veía lo que parecía ser un partido de algo en el móvil—. No les digas nada a los demás, ¿vale? Sobre todo a Scarlett. No quiero que se preocupe.

—No lo haré, lo prometo.

—Gracias. —Relajó los hombros y suavizó la expresión al añadir—: Antes no he podido decírtelo, pero estás preciosa.

Me sonrojé y su cumplido me inundó con una oleada de calidez.

—Gracias. —A continuación, como no se me ocurría nada más ingenioso que decir, lo cogí de la mano y tiré de él hacia el coche—. Venga, tenemos un cumpleaños que celebrar.



Vincent y yo no volvimos a hablar del mensaje durante toda la noche. Era más fácil olvidarlo cuando estábamos con nuestros amigos, quienes estaban demasiado entusiasmados por la próxima parada para preguntar por qué habíamos tardado tanto en subir al coche.

Íbamos a terminar la noche en una macrodiscoteca de varias plantas en el centro de la ciudad. Cuando llegamos, un miembro del personal nos acompañó al interior por una entrada privada hasta la planta vip.

A pesar de la discreción, algunos de los presentes se quedaron atónitos al ver a nuestro grupo.

—¡Madre mía! ¿Es quien creo que es?

—¡Asher! ¡Vincent! ¡Os quiero!

—Están muy buenos.

—¡El Blackcastle es una mierda!

—¿Me firmáis las tetas?

—No, Adil. —Asher agarró al centrocampista por el brazo cuando se disponía a acercarse a la fan efusiva—. Nada de firmar tetas.

—Jo, tío. —Adil hizo pucheros—. ¡Nunca me dejáis divertirme!

Sin embargo, se animó de nuevo cuando por fin llegamos a la zona vip. Al igual que el resto de la discoteca, parecía una especie de Disneyland hedonista para adultos lo bastante opulento para rivalizar con los mejores establecimientos de Londres.

El aire estaba cargado con una embriagadora mezcla de perfume, sudor y alcohol. Las luces de neón y estroboscópicas recorrían el inmenso lugar y se reflejaban en los espejos, las superficies

metálicas y la cabina de cristal del DJ que había sobre la pista de baile. Una masa de cuerpos se retorcía al ritmo de la música y los bajos eran tan graves y viscerales que los sentía en los huesos.

—¡Yo invito a la primera ronda! —exclamó Samson. Llamó a una de las chicas que servían y le susurró algo al oído.

Ella volvió menos de un minuto después con una bandeja de chupitos azul eléctrico. Había una opción sin alcohol para Adil, que se lo tomó con tanto entusiasmo como los demás.

Mi mirada se cruzó con la de Vincent por encima de los chupitos. Nos los terminamos y dejamos los vasitos de nuevo en la bandeja, con los ojos puestos el uno en el otro.

No estaba acostumbrada a tomar alcohol duro, así que el efecto fue inmediato. Se me sonrojaron las mejillas y sentí un cosquilleo en la sangre. Me dio la sensación de que la habitación daba vueltas mientras mis amigos se difuminaban con el ruido de fondo.

Vincent era el único enfocado. Sus hombros anchos y su silueta escultural se imponían sobre el caos. Llevaba la camisa remangada, lo que dejaba al descubierto sus musculosos antebrazos, y su mirada entornada me recorrió la cara hasta llegar a mi boca. Permaneció ahí medio segundo más de lo que sería apropiado antes de mirarme de nuevo a los ojos.

Se me aceleró el pulso. Me notaba mareada y me ardía todo el cuerpo de anticipación, como si ya supiera cómo iba a ser su roce.

—¡Vamos a bailar! —Carina me cogió de la mano. Parecía mareada y más que un poco borracha.

El hechizo que mantenía a raya al resto del grupo se desvaneció. El ruido volvió con una claridad que me desorientó mientras Carina me arrastraba a la pista de baile y, cuando volví a mirar atrás, Vincent había desaparecido.

A medida que avanzó la noche, se volvió imposible seguir al grupo. Entraban y salían. Un minuto estaban ahí y, al siguiente, se habían ido.

Samson y Tamara liándose sin pudor.

Seth bailando con los puños como si estuviera en una *rave* en 1999.

Asher y Scarlett bailando al ritmo lento de una canción que solo ellos podían oír.

Las copas fluían, la música aumentaba de volumen y las luces parpadeaban iluminando rincones de la sala como si fueran instantáneas congeladas en el tiempo. Había perdido la cuenta de las horas, pero llevábamos tanto tiempo ahí que mis preocupaciones parecían una pesadilla. La ISNA, mi trabajo, mi familia..., nada de eso importaba en ese momento. El mundo exterior no existía y eso era exactamente lo que deseaba.

Carina rio cuando le di la vuelta. Ella me hizo lo mismo, pero mis risas se vieron ahogadas por el remix del último éxito de Riley K. Seguía respirando con dificultad por el esfuerzo cuando un chico guapísimo se acercó a nosotras y le dijo algo a Carina. Ella me señaló y negó con la cabeza, pero noté que estaba intrigada.

«¿Quieres bailar con él?», articulé.

—¡Me quedo contigo! —gritó por encima de la música. Eso no era un no.

—No te preocupes por mí. ¡Ve! ¡Está bueno!

—¿Estás segura?

—Sí. —La empujé suavemente hacia el chico—. ¡Divertíos! ¡Escríbeme si me necesitas!

Carina vaciló, pero cuando la volví a empujar, me guiñó el ojo y vocalizó «Luego te busco».

Sonreí. No me importaba bailar sola y me alegré de verla interesada en alguien. Carina era muy guapa, pero también era extremadamente selectiva. Había rechazado prácticamente todas las citas e invitaciones para bailar que había recibido desde que nos conocimos.

La música cambió a una canción más animada de hiphop. Estaba demasiado mareada para ponerme a pensar en el paradero del resto de mis amigos, pero vi a Noah solo junto a la barra con el ceño fruncido.

¿A qué venía esa cara? ¡Se suponía que teníamos que estar divirtiéndonos!

Me acerqué a él y me observó con una expresión de perplejidad.

—¡Venga, Wilson, a la pista de baile! ¡Te veo alicaído! —Le tiré de la mano, pero era como intentar arrancar un árbol de sus raíces.

—Yo no bailo.

—¿Nunca?

—No esta música.

—No seas esnob. No es un... vals o lo que sea que te guste, pero es divertido. Nadie te juzgará.

—Estoy bien aquí.

—Noah Wilson. —Me apoyé las manos en las caderas—. Estás en la mejor discoteca de Budapest. Te has pasado toda la noche viendo a la gente divertirse, quedándote al margen. Hasta Carina está bailando con alguien y ella nunca baila con chicos cuando salimos. Mañana podrás ser todo lo estirado que quieras, pero al menos intenta soltarte un poco esta noche.

Frunció el ceño aún más. Se le tensó un músculo de la mandíbula y, cuando estaba a punto de decidir que era una causa perdida, dejó la bebida y dijo a regañadientes:

—Una canción. Eso es todo.

Sonreí de oreja a oreja.

—Hecho.

Me siguió hasta la pista de baile como un preso siguiendo al alcaide a su ejecución. La música volvió a cambiar, esta vez, a un ritmo más seductor.

Estaba un poco tieso al principio, así que intenté que se relajara.

—Así. Ponme las manos en la cintura. —Me acerqué para ponérselo más fácil—. Yo te pasaré los brazos por el cuello y podemos limitarnos a mover los pies y las caderas así. Un, dos, un, dos, ¿ves? Es fácil.

Emitió un quejido, pero al menos se quedó. Su rostro era aún más perfecto de cerca y si lo hubiera conocido de casualidad en algún bar en Estados Unidos cuando era más pequeña, me habría quedado embelesada.

¿Ahora? No sentí ni una chispa de atracción. Lo admiraba como podía admirar la escultura de un dios griego, apreciando los detalles pero sin rastro de atracción romántica o sexual.

Solo había una persona en esta discoteca, en este mundo, que podía hacer que se me aceleraran los latidos y no lo veía por aquí cerca.

«¿Dónde se ha metido?». Había desaparecido tras la primera ronda de chupitos. ¿Estaba con los demás en alguna parte o estaba con una chica?

Perdí el ritmo y le pisé el pie a Noah. Me disculpé efusivamente con el rostro encendido.

—No pasa nada. —Me puso una mano en la cadera para estabilizarme—. Es...

—¿Qué pasa aquí?

Ambos giramos la cabeza al mismo tiempo. Vincent estaba a nuestro lado pasando la mirada de nuestras caras a la mano de

Noah. Tenía la mandíbula tensa.

Fue como si lo hubiera convocado con el pensamiento, aunque la versión imaginaria de él estaba menos... enfadada.

—Estamos bailando —respondimos Noah y yo al unísono.

Nos miramos el uno al otro, avergonzados, antes de apartar la mirada.

—Ya veo. —Vincent sonrió, pero la expresión no le llegó a los ojos —. ¿Os importa que interrumpa?

Se deslizó entre ambos antes de que pudiéramos responder. Le dio la espalda a Noah dejando fuera al otro hombre.

El ceño fruncido de Noah desapareció reemplazado por una leve sonrisa engreída.

—Claro. —Una risa poco característica de él se adivinaba por debajo de su voz—. Ha estado bien bailar contigo, Brooklyn.

—Lo mismo digo. —Esperé a que estuviera fuera de nuestro alcance para fulminar a Vincent con la mirada—. ¿Sabes lo mucho que me ha costado convencerlo para bailar? Me había prometido una canción y nos has interrumpido.

Ignoré las mariposas que me revoloteaban por el estómago. Me alegraba de verlo, pero eso no implicaba que me gustara que me robaran la victoria.

—De todas formas, ¿cómo has conseguido convencerlo para bailar? —Vincent ignoró mi último comentario. Buscó mis caderas con las manos y me guio para seguir el ritmo con una cómoda facilidad, a pesar de la tensión de su voz—. Hace años que lo conozco y nunca lo había visto en una pista de baile.

—Igual que consigo todo lo demás. Con encanto y persistencia.

—Sí que parecía encantado. Tenía las manos encima de ti.

—Había perdido el equilibrio, me estaba ayudando.

—¿Así es como se le llama hoy en día?

Dejé de moverme para mirarlo fijamente. Vincent me devolvió la mirada con una irritación apenas contenida ardiendo en sus ojos.

—¿Estás... celoso? —Esa opción me envió un escalofrío por la columna. No debería, pero nuestra relación estaba hecha de «no deberías».

—Por favor —resopló con las mejillas teñidas de rojo—. ¿Por qué iba a estar celoso de Noah?

—Dímelo tú. —No pude evitar que se me dibujara una sonrisa.

El rojo de sus mofletes se oscureció. No respondió enseguida, pero el latido de su corazón rápido e intenso contra el mío fue contestación suficiente. De algún modo, habíamos acabado apretados el uno contra el otro, moviendo los cuerpos en sincronización. No me hacía falta pensar como con Noah, nuestro ritmo cuadraba a la perfección.

—¿Y si fuera así? —Su voz sonó grave junto a mi oído—. Si te hablara de los putos celos que me han entrado cuando te he visto con Wilson, ¿qué harías?

Se me borró la sonrisa. Notaba el calor de su mano a través del vestido y me tocó a mí ruborizarme. El calor me subía por el pecho, el cuello y la cara y me nublaba el pensamiento.

¿Qué haría? La pregunta del año.

«Di algo. Lo que sea». Un montón de respuestas se me acumularon en la punta de la lengua, pero no conseguí centrarme en ninguna lo suficiente para soltarla.

—Es broma, no le des demasiadas vueltas. —Vincent retrocedió y el frío reemplazó el calor de su tacto—. En realidad, me muero de hambre. Hay una pizzería muy buena aquí al lado, ¿te apetece venir conmigo?

Parpadeé, tan sorprendida por el cambio de tono y de humor que a mi cerebro le costó procesarlo.

—¿Qué?

—*Pizza*. ¿Te apetece?

—Si nos marchamos no podremos volver a entrar. —Fue lo primero que se me pasó por la cabeza.

¿Qué estaba pasando? ¿Cómo habíamos pasado de los celos y lo que juraría que era tensión sexual a hablar de una puta pizza?

Vincent arqueó una ceja ante mi preocupación.

Cierto. Era Vincent DuBois. Claro que podría volver a entrar.

Miré a mi alrededor. Seguía sin haber rastro del resto del grupo. Hasta Noah había desaparecido. Y, para ser sincera, aunque hubieran estado ahí, habría elegido una pizza con Vincent antes que bailar en la discoteca.

—Claro. —Sonreí intentando disipar la confusión—. Vamos.

Comer pizza a estas horas de la noche no era la opción más saludable, pero daba lo mismo. No estaba en horario laboral y estábamos de vacaciones. Si había un momento adecuado para darse un capricho, era ese.

Vincent y yo recogimos los abrigos del guardarropa y salimos. La pizzería estaba literalmente en la puerta de al lado. Estaba abarrotada de turistas borrachos, pero conseguimos pedir sin que la presencia de Vincent causara un alboroto. Supuse que estaban todos demasiado bebidos para reconocerlo.

Como no había mesas vacías, pedimos la pizza para llevar. Paseamos por la calle intentando comernos nuestras porciones antes de que se enfriaran.

Vincent no volvió a mencionar a Noah y yo no le pregunté por su repentino cambio de actitud. Era una noche demasiado bonita para hacer preguntas cuyas respuestas podría no desear.

—¿Cuál es la puntuación de este cumpleaños en comparación con los demás? —pregunté. Quizá fuera por la presencia del alcohol en

mi sistema, pero no me parecía que hiciera tanto frío como antes.

Nos terminamos la pizza y la ayudamos a bajar con un poco de agua. Tiramos las botellas vacías en una papelera cercana antes de reanudar el paseo.

—Sinceramente, no recuerdo la mayoría de ellos —admitió—. ¿Las Vegas? Nada. ¿Ibiza? Está borroso. Pero, si tuviera que puntuarlo, diría que este es de los mejores.

—Es por la villa, ¿verdad? —bromeé—. Parece un palacio.

Giramos hacia una calle lateral. La discoteca estaba en una de las calles principales de Budapest. Estaba abarrotada de bares y restaurantes y tan concurrida que la multitud del sábado noche invadía las calles circundantes. Sin embargo, la calle en la que nos encontrábamos ahora estaba llena de negocios pequeños que ya habían cerrado. El escándalo de la calle principal se fue desvaneciendo a medida que nos alejamos.

—No, es por los calzoncillos con mi cara —dijo—. El mejor regalo que he recibido nunca.

Me reí.

—Se me da fatal el Photoshop y tardé una eternidad en crear la imagen. Me alegro de que te hayan gustado.

—Y yo. Pero hay otro motivo por el que este viaje es de los mejores.

—¿Cuál?

—Tú.

Mi risa se apagó. Vincent lo había dicho con toda la tranquilidad del mundo, como si no fuera gran cosa, pero la palabra aterrizó como una cerilla encendida sobre un charco de gasolina. Me resultó imposible respirar a través de la niebla repentina que me nubló la mente.

Me paré en seco. Él hizo lo mismo, con el cuerpo encarado hacia el mío. Las nubecillas blancas de nuestras exhalaciones se mezclaban en el aire entre nosotros.

—Disfrutas mucho de mi compañía, ¿no? —A lo lejos, se oyó un trueno, pero apenas lo percibí sobre el retumbar de mis latidos.

—Solo en comparación con otra gente.

—A diferencia de...

—Trufa, el cerdo. Unos auriculares con cancelación de ruido. Mis zapatillas Zenith personalizadas. —Hablaba en tono frívolo, pero algo más suave e intenso asomaba bajo la superficie.

—Sé que no me estás poniendo por debajo de un cerdo y unas zapatillas.

—¿No dices nada de los auriculares? Interesante.

—También me gustan más que tú, así que lo entiendo.

—Lo dudo mucho.

—Lo siento —respondí encogiéndome de hombros—. Bose siempre gana a DuBois.

Una sonrisa tiró de sus labios.

—Me alegro de que estés aquí —dijo en voz baja.

La neblina de mi mente se espesó.

—Yo también.

Caí en la cuenta de que ese era el primer momento privado que teníamos desde que se había mudado. El pasillo del Blackcastle no contaba, eso era trabajo. Y aunque por la mañana habíamos estado solos mientras le daba el regalo, seguíamos estando en una villa en la que podían aparecer nuestros amigos en cualquier momento.

Aquí, en una calle secundaria a medianoche en Budapest, estábamos solos, acompañados únicamente por los susurros de viejos recuerdos.

«Espero que te quedes. No sería lo mismo sin ti».

«¿Quién te ha hecho llorar?».

«Me alegro de que estés aquí».

Una gotita de agua aterrizó en mi nariz. Se oyeron truenos de nuevo, seguidos por el resplandor de un relámpago. El cielo amenazaba lluvia, pero tenía los pies anclados al suelo.

Me había pasado toda la vida sintiéndome como un personaje secundario en la película de mi propia vida. Presente, pero insignificante. Podría desaparecer y las vidas de quienes me rodeaban no sufrirían un gran cambio.

No era tan arrogante como para pensar que debía ser la protagonista allá donde fuera, no me hacía falta ser el centro del mundo para todos. Pero, por una vez, me gustaría estar con alguien que me considerara tan importante como lo era esa persona para mí.

Scarlett y Carina eran lo más cerca que había estado de sentir esa reciprocidad, pero mi relación con Vincent era la única en la que sentía que éramos completamente iguales.

Cuando mostraba preocupación, era auténtica.

Cuando decía que me quería ahí, lo creía.

Y cuando me miraba como me estaba mirando ahora, con ese calor sombrío y una ternura dolorosa, no quería apartar la mirada nunca.

El corazón me latía con fuerza suficiente para eclipsar los truenos. Las tormentas eran un fenómeno extraño a estas alturas del año, pero no podía negar lo que oía.

Empezó a cubrirnos una ligera llovizna que convirtió las farolas en un difuso resplandor anaranjado.

Quería adentrarme en su calidez y entregarme por fin a nuestra atracción. Pero, antes de hacerlo, tenía que saberlo. Seguíamos teniendo una conversación pendiente.

—Aquel día en mi piso. Si no se hubiera incendiado la sartén y no hubiera llegado mi padre... —La voz me sonaba demasiado entrecortada para ser mía—. ¿Me habrías besado?

24

Vincent / Brooklyn





Vincent

«¿Me habrías besado?».

La pregunta me palpitaba en la sangre.

Era una conversación que deberíamos haber tenido hace semanas. Me había esforzado por evitarla, preocupado por el efecto que tendría en la estabilidad de nuestra relación, pero se acabó.

Estaba cansado de fingir cuando ella era lo único que deseaba.

—Sí —dije simplemente. No tenía ninguna duda.

Y si la hubiera tenido, habría desaparecido en cuanto la había visto bailando con Noah, no porque creyera que se gustaban, sino porque me había puesto celoso de todas formas. Celoso de lo cerca que estaban, de la forma en que la tocaba y de que había tenido la oportunidad de bailar con ella antes que yo.

Era irracional, pero la razón me abandonaba cuando pensaba en Brooklyn. Era la única persona que podía hacerme perder la cabeza, y no lo cambiaría por nada.

Me miró con los ojos brillantes bajo la lluvia.

—¿Me habrías besado aunque hubiera significado perder la apuesta?

Sus dudas hicieron que se me encogiera el corazón. La competitividad estaba integrada en nuestro ADN, pero después de todas las charlas, la comodidad, este maldito viaje... No podía entender cómo pensaba que prefería ganar una estúpida apuesta antes que a ella.

—Brooklyn. —Me dolía la garganta y bajé la voz—. Perdería todas las putas apuestas del mundo si a cambio pudiera estar contigo.

Pude oír cómo se le cortaba la respiración.

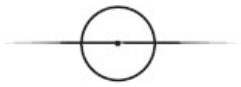
—Eso no es cierto.

—¿No? —Me acerqué más a ella.

—No. —Su susurro fue casi inaudible. Tomé su barbilla entre los dedos, la levanté y pude sentir cómo su pecho se elevaba y se hundía por culpa de su respiración acelerada.

Agaché la cabeza hasta que nuestros rostros estuvieron tan cerca que pude contar cada gotita que brillaba en las puntas de sus pestañas.

—Puedo demostrarlo.



Brooklyn

Ese fue el único aviso que recibí antes de que Vincent se inclinara hacia mis labios y me besara.

Todo mi cuerpo se incendió como un puñado de yesca a la espera de una chispa que le prendiera fuego. El calor me inundó el pecho, el cuello y la cara, y no pude evitar que se me escapara un gemido cuando me pegué más a él.

Mi reacción fue tan veloz y visceral que me habría avergonzado si no hubiera estado consumida por el puro placer del beso. Por el tacto de su mano enredada en mi pelo y la presión firme e insistente de sus labios. Por la forma en que su lengua logró abrirme y explorarme con una sensualidad dolorosa. Por la absorbente perfección del momento.

Un recuerdo difuso salió a la superficie: nosotros en el salón recreativo jugando al billar y compartiendo secretos.

«Lamento que tu primer beso fuera una experiencia tan horrible. Espero que desde entonces hayas tenido algunos mejores».

Y así era. Pero todos los demás besos palidecían en comparación con este. Porque este era el tipo de beso que agitaba mundos.

Vincent se apartó con la respiración agitada.

—Dime —dijo con voz grave—. ¿Te ha parecido un beso de alguien que miente?

«Perdería todas las putas apuestas del mundo si a cambio pudiera estar contigo».

Se me secó la garganta.

No necesitó nada más. Solo hizo falta una pregunta para volver a desmoronarme.

En lugar de responder, agarré su abrigo y tiré de él para acercarlo hasta que mi boca se encontró con la suya en un beso que hizo que el anterior pareciera recatado.

«Perdería todas las putas apuestas del mundo si a cambio pudiera estar contigo».

Mi corazón amenazaba con salirse del pecho. Entrelacé los brazos alrededor del cuello de Vincent mientras la lluvia seguía firme a nuestro alrededor. Los truenos seguían retumbando, agitando los escaparates oscuros y mis huesos, pero apenas los percibía.

Nuestro primer beso había sido una exploración, pero este fue una expresión de todo lo que habíamos estado reprimiendo durante semanas, si no meses: el deseo, la comodidad, la necesidad que teníamos el uno del otro. Ninguna palabra podría describirlo.

Vincent me agarró del pelo y tiró de mí suavemente hacia atrás hasta que nos pusimos bajo un toldo a resguardo de la lluvia. Mi espalda chocó contra una pared y los contornos firmes de su cuerpo se pegaron al mío de una forma que borró cualquier otro pensamiento de mi mente. No habría sido capaz de recordar mi nombre si alguien me lo hubiera preguntado.

Sus manos recorrieron mis curvas con una minuciosidad deliciosa, como si estuviera intentando memorizar cada centímetro de mi cuerpo solo con el tacto. Me arqueé hacia él para dejar que su calor llenara todos los lugares vacíos y solitarios que ni siquiera sabía que existían dentro de mí.

De todo lo que había probado esta noche, este beso era lo más embriagador.

Nos podríamos haber quedado ahí para siempre, envueltos en los brazos del otro mientras el mundo seguía girando sin nosotros..., de no ser porque dicho mundo irrumpió de la forma más grosera posible.

—¡Buscaos una habitación!

El grito ebrio destrozó el momento con tanta contundencia como un martillo destroza el vidrio.

Mis ojos se abrieron de golpe y Vincent y yo nos separamos a tiempo para ver a un grupo de chicos con suéteres idénticos de una fraternidad que pasaba por nuestro lado tambaleándose. Nos silbaron y lanzaron piropos hasta que uno de ellos tropezó con un adoquín suelto y se cayó de bruces contra el suelo. Después de eso, sus amigos se olvidaron de nosotros.

Una risita trepó por mi garganta. Vincent me miró con los labios temblorosos y no hizo falta nada más. Estallamos en carcajadas y nuestros cuerpos empezaron a sacudirse mientras yo escondía la cara en su pecho y él la enterraba en el hueco entre mi cuello y mi hombro.

Fue un final perfecto y absurdo para una noche perfecta y absurda.

La euforia de nuestras risas compartidas se mezclaba con la euforia de nuestro beso. Si no hubiera estado abrazada a él, habría acabado flotando en el aire.

La lluvia fue cesando poco a poco. Los chicos de la fraternidad se alejaron, y Vincent y yo volvimos a estar solos.

—Deberíamos regresar a la villa y secarnos —dijo—. No quiero que nos enfermemos.

—Buena idea. —Estábamos empapados. No podíamos volver a la discoteca así, y ni siquiera quería imaginar el estado de mi pelo y mi maquillaje. Probablemente parecía una rata mojada, pero no me importaba. Había valido la pena.

Mientras caminábamos de regreso hacia la calle principal, los dedos de Vincent se entrelazaron con los míos. Una nueva ola de calor se arremolinó en mi estómago y no pude evitar sonreír.

Estábamos en un país extranjero, pero nunca me había sentido más en casa.

25

Brooklyn



—No puedo creer que Vincent y tú os besarais anoche y me lo estés contando ahora. ¡Han pasado casi veinticuatro horas! —Carina se cruzó de brazos—. Tiene que ser una violación del código de chicas.

—Falso. El código de chicas tiene un límite de cuarenta y ocho horas. Además, no he tenido oportunidad de contártelo antes. Estábamos con Scarlett y ella todavía no lo sabe.

Miré a mi alrededor, paranoica, con miedo a que Scarlett pudiera oírnos, a pesar de que Asher y ella se habían marchado al aeropuerto hacía una hora.

Era domingo por la noche, nuestra última noche en Budapest. Era un viaje corto porque los chicos querían tiempo para recuperarse antes de la gala del Blackcastle que tendría lugar en unos días. Cada uno volvía a Londres en un vuelo diferente y, aparte de Vincent y Noah, Carina y yo seríamos las últimas en marcharnos.

En ese momento, estábamos esperando al taxi en el vestíbulo de la villa, pero empezaba a arrepentirme de haberle contado lo del beso porque no teníamos más distracciones. Cuando se aburría, Carina se obsesionaba con lo primero que pillaba. Y, ahora, éramos yo y mi confesión.

—Dudo que alguien se sorprenda, ni siquiera Scar. Vincent y tú teníais... chispas desde hace un tiempo —dijo con delicadeza.

Me ardían las mejillas.

—No es cierto.

—Sí, sí que lo es. No os habríais escapado de la discoteca para comer pizza y besaros bajo la lluvia si no hubiera habido nada previo.

Tenía parte de razón.

Miré hacia la escalera. La última vez que lo había visto, Vincent estaba haciendo el equipaje en su habitación. Carina estaba conmigo, así que no habíamos intercambiado más que un «adiós» y un «nos vemos en Londres».

El beso de la noche anterior terminó ahí. Cuando volvimos a la villa, nos sorprendió descubrir que la mitad de nuestros amigos ya habían regresado. Al parecer, se habían cansado de la discoteca y, como no podían encontrar a Vincent ni ponerse en contacto con él, habían vuelto pronto.

Nos había resultado imposible escabullirnos juntos; cuando me desperté por la mañana, los chicos ya habían secuestrado a Vincent y se lo habían llevado a pasar un día de chicos en la ciudad. Scarlett, Tamara, Carina y yo pasamos la mayor parte de la tarde en la piscina interior o viendo películas, por eso no había podido contarle nada a Carina hasta ese momento. La información llevaba todo el día amenazando con salir a la luz.

—¿Eso significa que ahora estáis saliendo? ¿Tengo que resignarme a ser la sujetavelas en el futuro próximo? —bromeó.

—No estoy segura —admití—. Todavía no hemos tenido «la charla».

Una parte de mí tenía miedo de llegar ahí. El beso había sido perfecto. ¿Y si lo estropeábamos al convertirlo en algo serio? ¿Y si al despertarse por la mañana se había arrepentido? Era poco probable, pero posible.

Me odié a mí misma por pensarlo siquiera. Normalmente, no era tan insegura, pero me daba mucho miedo abrirme a alguien que me importaba de verdad.

—¿Y tú qué? —Decidí girar la conversación hacia Carina—. ¿Qué pasó con el chico con el que estabas bailando?

Se encogió de hombros.

—Nada. Bailamos. Me marché. Eso es todo.

Arqueé una ceja ante su inusual brusquedad justo antes de captar movimiento por el rabillo del ojo. Un segundo después, Noah llegó al vestíbulo con un chándal negro y una bolsa colgada del hombro. Tenía el cabello rubio oscuro mojado porque acababa de salir de la ducha.

—Hola —dije alegremente—. ¿Vas al aeropuerto?

Asintió con expresión cautelosa. No habíamos hablado desde que Vincent nos había interrumpido en la discoteca y me pregunté si habrían hablado de lo que pasó durante el día de chicos.

—¿Quieres venir con nosotras? Nuestro taxi está de camino y queda sitio libre —ofrecí—. Esta noche cuesta un montón conseguir un coche.

Noah le echó un rápido vistazo a Carina, quien tenía la mirada fija en el móvil como si fuera lo más fascinante que hubiera visto nunca.

—Claro. Si no os molesta —dijo con tranquilidad.

—Para nada.

Noah me caía muy bien. Era tímido, pero tenía una presencia sólida y segura que me reconfortaba. Era el tipo de chico en el que confiaría para que nos llevara a algún lugar seguro si alguna vez nos veíamos atrapados en un apocalipsis zombi o algo parecido.

Sin embargo, su llegada implicaba que tenía que poner en pausa mi conversación con Carina. El taxi llegó unos minutos después y fuimos en silencio la mayor parte del trayecto hasta que intenté entablar conversación.

—¿Pasarás en casa el resto de las vacaciones? —pregunté.

Noah asintió brevemente.

—Mi madre ya se ha llevado a Evie a Carolina del Norte. Yo tengo que quedarme en Londres hasta que pase la gala, pero volaré a casa justo después.

—No puedo creer que te obliguen a participar en la subasta. La gente se volverá loca.

Hizo una mueca con la incomodidad reflejada en su rostro.

Noah no era tan escandaloso ni llamativo para la prensa como algunos de los demás jugadores, pero tenía una sólida base de fans en el Reino Unido. También ayudaba el hecho de que era guapo. Con esos ojos verdes, su barba incipiente y el cabello espeso y ondulado podría ser un modelo de Armani.

Se hizo el silencio de nuevo.

Mis otros intentos de conversación también fracasaron rápidamente y los tres fuimos al aeropuerto como desconocidos obligados a compartir coche. Noah mantuvo la mirada fija al frente todo el tiempo con expresión imperturbable, mientras que Carina estaba absorta en el paisaje que se veía por la ventana. Por lo general, no se callaba cuando estaba conmigo, así que todo era bastante raro.

Si no hubiera sabido que era imposible, habría jurado que se estaban evitando a propósito, pero eso no tenía ningún sentido. Apenas se conocían y, por lo que yo sabía, no tenían nada en contra el uno del otro. Aun así, la tensión era tan densa que habría podido cortarla por la mitad con un cuchillo de mantequilla.

Por suerte, no tardamos mucho en llegar al aeropuerto. Resulta que Noah iba en el mismo vuelo que nosotras, lo cual no parecía hacerle mucha ilusión. Aunque, a decir verdad, nunca parecía que nada le hiciera ilusión, así que no me lo tomé como una ofensa.

Tras pasar el control de seguridad, los dejé a él y a Carina en la zona de comidas para ir al baño. Compré un paquete de chicles de una tienda durante el camino de vuelta y estaba a punto de marcharme cuando vi un cabello oscuro conocido cerca de las bebidas refrigeradas.

Seth se quedó mirando un expositor de agua con el rostro pálido.

—Te pasaste con la fiesta ayer, ¿eh? —bromeé acercándome.

Se sobresaltó, pero se calmó al ver que era yo.

—Es Samson —graznó—. Él se pasó con la fiesta y me arrastró con él. Creo que aún me dura la resaca.

—Puede pasar. ¿Te divertiste al menos?

—Bueno, sí. —Estaba rojo como un tomate. Miró a su alrededor furtivamente antes de acercarse a mí y susurrar—: Besé a alguien. Era muy guapa.

Sonreí. Se podían decir muchas cosas sobre Samson, pero era un compinche excelente.

—Me alegro. Todo el mundo necesita una aventura en el extranjero al menos una vez en la vida.

—Supongo que sí. —Seth finalmente se decidió por la botella más grande de la nevera—. Y hablando de aventuras, ¿qué hay entre Vincent y tú?

Se me heló la sonrisa.

—¿A qué te refieres?

—He oído que anoche volvisteis juntos a la villa. —Me dirigió una mirada cómplice. Quizá no fuera tan ingenuo como aparentaba—. Desaparecisteis los dos.

Dejé escapar una risita incómoda.

—Bueno, eh..., todos desaparecieron. No encontraba a nadie más en la discoteca, así que Vincent y yo fuimos a comer algo y volvimos juntos.

No iba a decir ni una palabra al equipo sobre lo que había sucedido hasta que Vincent y yo hubiéramos hablado.

—Ya veo. —Parecía algo escéptico, pero no insistió en el tema—. Aunque seguro que le da pena que te marches del Blackcastle.

—No más que a los demás jugadores.

—Todos te echaremos de menos. Jones no es ni la mitad de divertido durante las presentaciones. —Me sentí gratificada por la validación hasta que Seth añadió—: Tendríamos que habernos imaginado que dirías que no cuando el entrenador pidió una extensión.

Me quedé paralizada.

—¿Qué?

Seth abrió los ojos con el miedo de alguien que acaba de darse cuenta de que ha metido la pata.

—Na-nada... Voy a pagar el agua y me voy. Mi vuelo...

—Seth. —Me crucé de brazos con el corazón acelerado—. Dime la verdad.

El utillero miró a su alrededor frenéticamente como si buscara a alguien que pudiera salvarlo. Como no apareció nadie, tragó saliva con dificultad.

—Oí al entrenador pidiéndole a Lizzie que ampliara el plazo de decisión a un mes en lugar de los dos días habituales. Supongo que Jones le dijo que no estaba seguro de que fueras a aceptar la oferta. No lo sé..., solo son suposiciones —agregó con rapidez—. No tendría que haberlo mencionado. Estaba escuchando a escondidas y... Dios mío, el entrenador me matará. Estoy...

—Tranquilo. No pasa nada —le dije—. No voy a decirle que me lo has contado. No te preocupes.

A Seth se le hundieron los hombros de alivio.

—Entonces, ¿no estás enfadada?

—No contigo.

Mi corazón latía con fuerza por la ira, pero mantuve una sonrisa en el rostro hasta que Seth y yo nos separamos. Cuando se fue, dejé que se desvaneciera.

«Desentendido» y una mierda. ¿Cómo se atrevía mi padre a pedir un trato especial a los de Recursos Humanos cuando sabía que la gente hablaría? Había insistido en que me trataran como a cualquier otra empleada desde el primer día, pero él me había desautorizado con una petición.

Supongo que como no iba a quedarme en el Blackcastle ya no importaba, pero lo que me molestaba era que faltara a su palabra y lo hiciera a mis espaldas. Si hubiera querido que me quedara o que tomara la decisión antes, podría habérmelo dicho él mismo en lugar de intentar manipular la situación.

Me obligué a relajar los hombros y respirar hondo antes de volver a la zona de comidas, pero cuando Carina, Noah y yo subimos al avión una hora después, seguía furiosa.

No vi a mi padre hasta cuatro días después, en la Gala de Navidad del Blackcastle. Intercambiamos un breve saludo al inicio del evento y tuve que esforzarme por no mencionar lo que había hecho. No era el lugar ni el momento adecuado.

La gala era la celebración anual más esperada del equipo. Se reunían doscientos asistentes en el elegante salón de baile de un hotel en el centro de Londres. Había alfombra roja, prensa y champán suficiente para ahogar un pueblo pequeño de Francia. Era un acontecimiento tan importante que los jugadores cambiaban los chándales por trajes elegantes, aunque seguían fieles a sus zapatillas. Intentar convencer a un futbolista de que se pusiera zapatos de vestir era como intentar ponerle un bikini a un león.

—Esta noche solo puedes evitar una conversación —comentó Carina mientras entrábamos en el salón de baile—. Tu padre o Scarlett. Elige una. Yo voto por evitar a tu padre.

Gruñí.

Les había contado a Scarlett y a ella lo que había dicho Seth sin mencionar que me lo había contado él, pero Carina me insistía para que le confesara a Scarlett lo del beso.

—Lo haré. Mañana —agregué—. No quiero arruinarle la noche.

—No vas a arruinarle la noche.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo también soy su mejor amiga y la conozco. Esto es por tu propio bien. —Carina entrelazó el brazo con el mío y tiró de mí hacia la mesa cuando intenté huir—. Tienes que contárselo o el secreto te comerá viva. Os quiero mucho a las dos y no quiero que haya autocanibalismo bajo mi supervisión.

—Qué asco. ¿Podrías no hablar de autocanibalismo antes de cenar?

—No te desvíes del tema o te llenaré la bandeja de entrada con los vídeos más sangrientos que encuentre por internet hasta que se lo cuentes.

Fruncí el ceño, arrepintiéndome de haberla traído como acompañante. Parecía inocente con ese vestido negro bordado y esa sonrisita dulce, pero era el diablo en persona.

—No puedo decirle nada antes de hablar con Vincent. —Me aferré a otra excusa—. Es su hermana y él también tiene que opinar. Esperaremos al momento adecuado.

Vincent y yo habíamos acordado que teníamos que decírselo, pero no habíamos establecido quién, cuándo o cómo. Nos habíamos escrito muchísimo desde lo de Budapest, pero habíamos estado tan ocupados con los preparativos de la gala que no habíamos tenido la oportunidad de sentarnos y hablar de qué venía a continuación.

—Lo entiendo, pero conociéndoos a ambos, «el momento adecuado» significa nunca. —Carina contratacó con la cruda verdad —. Piénsalo de este modo: cuanto más tiempo lo mantengas en secreto, más tendrás que escabullirte y actuar a sus espaldas. Será agotador y ella se sentirá dolida porque hayas tardado tanto en contárselo. Es mejor acabar con el tema cuanto antes. Seguro que todo irá bien y Vincent lo entenderá.

Odiaba admitirlo, pero Carina tenía razón.

Habían pasado cinco días desde el beso y ya me estaba ahogando por la culpa de ocultárselo a Scarlett.

—Está bien —cedí—. Se lo diré, pero si me envías un solo vídeo sangriento puedes dar por terminada nuestra amistad.

Carina sonrió ampliamente.

—Hecho.

Empecé a sudar al llegar a nuestra mesa, donde vi a Scarlett hablando con Lizzie de Recursos Humanos. Había sido mi primera

amiga de verdad en Londres y la idea de hacerle daño me repugnaba.

Lizzie nos saludó y se retiró con elegancia para hablar con Henry.

—¡Hola! Estás preciosa. —Carina se agachó para darle un abrazo a Scarlett y me miró por encima de su cabeza. «Tú puedes», articuló —. Voy al baño antes de cenar. Enseguida vuelvo.

Me senté junto a Scarlett, quien estaba realmente impresionante con ese vestido violeta de un solo hombro que contrastaba a la perfección con su cabello oscuro y su piel pálida.

—¿Dónde está Asher? —pregunté intentando ganar tiempo mientras procuraba pensar en modos de soltar mi confesión.

«¿Recuerdas que Vincent y yo volvimos juntos a la villa en Budapest? Bueno, pues antes hicimos más que ir a comer algo».

«Te alegrará saber que Vincent y yo ya no discutimos a diario. ¿Por qué? Es una historia muy graciosa...».

«Tu hermano y yo nos besamos. Me gustó. Fin».

—Se está sacando una foto de grupo con el equipo —contestó Scarlett—. Estoy un poco cansada, así que he decidido esperarlo aquí.

Me tensé y mi preocupación superó temporalmente mi ansiedad.

—¿Es un brote?

A Scarlett le habían diagnosticado dolor crónico tras su accidente de coche hacía años. Los brotes podían reaparecer en cualquier momento, aunque a menudo se veían agravados por el estrés y el sobreesfuerzo.

—Estoy bien —me tranquilizó—. Solo necesitaba sentarme un poco. Además, tengo que quedarme y pujar por Asher o no me lo perdonará nunca. —Bajó la voz—. ¿Ves a esa mujer de allí? Lleva tres años intentando ganarlo. Le da miedo.

Seguí la mirada de Scarlett hasta una mujer de cabello negro azabache con un ajustado vestido de leopardo que había arrinconado a un Jones que no parecía muy contento con la situación.

—Y probablemente tenga motivos. Reconozco a una asaltacunas cuando la veo.

Scarlett se rio.

—Este evento está lleno de asaltacunas. Sinceramente, me alegro por ellas. Siempre que se mantengan lejos de mi novio. Aunque me encantaría que pujaran por Vincent. Se moriría. —Lo dijo con la alegría que solo una hermana pequeña podía sentir a costa de su hermano.

—Sí. —Me obligué a soltar una risita.

«Cuéntaselo ahora». Era la transición perfecta.

Sin embargo, cuando abrí la boca, no salió nada.

Carina no dejaba de asegurarme que Scarlett no se enfadaría. Quizá tuviera razón (de nuevo), pero eso no detuvo la vocecilla de la duda en mi cabeza, la que me decía que estaba a un solo error de perder a la gente que me importaba porque, de todas formas, solo me toleraban.

—Y, hablando de Vincent, ¿no te parece que últimamente se comporta de un modo extraño? —preguntó Scarlett—. Me da la sensación de que ha estado evitándome desde que volvimos de Budapest.

Tragué saliva. Menos mal que mi vestido era de tirantes porque, de lo contrario, ya tendría marcas de sudor en las axilas.

—Mmm, no. Siempre me ha parecido raro.

«¿Qué haces? ¡Cuéntaselo!».

—Podría ser. —No parecía muy convencida—. Me da la sensación de que pasó algo. No sé si he hecho algo mal. Normalmente está

más... —Agitó una mano en el aire—. Ya sabes. Más presente.

Me sentí tentada a mentir, pero no pude hacerlo al ver la preocupación que se reflejaba en sus grandes ojos. Tampoco podía permitir que pensara que Vincent estaba distanciado porque ella había hecho algo mal.

—En realidad, sí que sé por qué se comporta de un modo extraño. —Cogí aire e intenté calmar los nervios—. Antes de que te cuente lo que voy a contarte, quiero que sepas que no fue nada planeado y que no quería esperar tanto para decírtelo. Es solo que no sabía cómo sacar el tema y me daba miedo que me odiaras por ello. Aunque podrías...

Scarlett frunció el ceño. Dejó la bebida y clavó la mirada en mí con los ojos llenos de curiosidad y cautela a partes iguales.

—Besé a Vincent el finde pasado. En Budapest. Después de la discoteca. —Las palabras salieron en avalancha—. Es verdad que salimos a buscar algo de comida, pero luego nos pusimos a pasear por la ciudad y empezó a llover y... pasó.

No estaba segura de que mi frase interminable tuviera sentido. Era difícil deducirlo por la reacción de Scarlett, puesto que mostraba una expresión inescrutable.

—Siento muchísimo habértelo ocultado. —Me iba el corazón a mil —. Vincent y yo todavía no hemos hablado de lo que significó ese beso para nosotros, así que si te preguntas si estamos saliendo, no tengo ni idea. Pero quería contártelo porque no podía seguir manteniéndolo en secreto.

Se produjo un largo silencio antes de que Scarlett soltara un brusco suspiro.

—Besaste a Vincent —dijo con palabras lentas y mesuradas.

Asentí con el estómago encogido.

—En su cumpleaños.

Asentí de nuevo.

—¿Y no fue solo un lío de una noche?

—No. No nos... acostamos.

—Ah. —Se dejó caer contra el respaldo de su asiento y cerró los ojos—. Joder, gracias a Dios.

Parpadeé.

—Eh, ¿gracias a Dios porque no nos acostamos o...?

—No, ¡gracias a Dios que os besasteis! —Scarlett se incorporó de nuevo en la silla—. Ya era hora. Me estabais matando con vuestro ligoteo disfrazado de discusiones. Pensé que erais tan idiotas que tendría que tenderos una trampa para que os dierais cuenta de que os gustabais.

Me quedé boquiabierta.

—Espera, ¿querías que nos besáramos?

—Bueno, *querer* es una palabra muy fuerte. En un mundo ideal, Vincent sería un monje y no tendría que pensar nunca en su vida amorosa. Pero vosotros hace tiempo que tenéis... chispas, así que me alegro de que por fin hayáis hecho algo al respecto.

Era casi lo mismo que me había dicho Carina cuando se lo había contado.

No podía creerlo. Llevaba días muriéndome de los nervios por contárselo y ella llevaba tiempo esperándolo.

—Entonces, ¿no estás enfadada? —Quería asegurarme.

—No. —Suavizó su expresión—. Admito que estoy algo nerviosa. Es mi hermano y tú eres una de mis mejores amigas. No quiero que os hagáis daño mutuamente. No es que piense que vayáis a hacerlo, pero las relaciones son impredecibles. Por eso te he preguntado si había sido un lío de una noche. Eso tiene más probabilidades de salir mal... —Se interrumpió con una carcajada cuando le di un fuerte abrazo.

—Te quiero —dije con la voz amortiguada por su pelo—. Eres la mejor amiga y hermana del mundo. Estoy muy contenta por que no te hayas cabreado conmigo.

—Yo también te quiero. —Parecía divertida—. Si acabáis saliendo, prométeme que te ahorrarás los detalles explícitos conmigo, ¿vale? No quiero acabar traumatizada.

Me reí sintiendo que se me aliviaba la presión del pecho.

—Lo prometo. —Me aparté con una sonrisa de oreja a oreja. Sentía que alguien me había quitado diez kilos de los hombros y los había arrojado al río.

No pudimos conversar mucho más antes de que Carina volviera del baño y el resto de los comensales de nuestra mesa ocuparan sus asientos para cenar.

Carina arqueó una ceja y sonrió cuando le mostré el pulgar hacia arriba discretamente.

«Te dije que iría bien», articuló.

Sí que lo había hecho. Nunca volvería a cuestionar sus instintos.

Los jugadores y entrenadores estaban sentados juntos cerca del escenario porque la subasta estaba programada para después del primer plato. Evité deliberadamente la mirada de mi padre. Estaba teniendo una noche fantástica y no quería estropearla.

Justo antes del postre, el maestro de ceremonias subió al escenario para dar el pistoletazo de salida. No lo reconocí, pero me resultaba algo familiar. ¿Tal vez fuera una celebridad menos conocida o un *influencer* de deportes? A menudo hacían de maestros de ceremonias en estos eventos.

—Señoras y señores, disculpadme por interrumpir la cena, pero me complace anunciar que ha llegado... ¡La cuarta subasta anual de solteros del Blackcastle! —anunció entre vítores y silbidos. Explicó las reglas y añadió—: Todos los beneficios irán al Hospital Infantil St.

George, así que sacad los talonarios porque nuestro primer soltero ya está esperando para conoceros. Desde Marruecos, llega el único e inigualable... ¡Adil Chakir!

Se oyeron más vítores mientras Adil subía corriendo al escenario y daba una vuelta pavoneándose con aire dramático.

Me coloqué las manos a los lados de la boca y grité:

—¡Vamos, Adil!

Sonrió y movió los hombros de un modo que hizo que los presentes enloquecieran. Ahora que ya me había quitado el peso de contárselo a Scarlett, podía disfrutar. La subasta era algo tonto y cursi, pero también recaudaba dinero para una buena causa. Era justo lo que necesitaba después de la montaña rusa de los últimos meses.

El champán fluía a raudales y la oportunidad de conseguir una cena con un futbolista famoso provocó que los postores se volvieran locos. Samson, Gallagher y Stevens acabaron enseguida, pero Noah y Asher arrasaron. Noah, porque era la primera vez que participaba y Asher..., bueno, porque era Asher.

—¡Sí! ¡Toma ya! —gritó Scarlett triunfal cuando ganó a Asher por la friolera cifra de cuarenta mil libras. Él le había dado carta blanca para la subasta, así que prácticamente estaba pagando por sí mismo, pero no parecía nada molesto.

Le guiñó el ojo a Scarlett antes de retirarse del escenario entre murmullos de decepción por parte de los demás postores. La mujer del vestido de leopardo le lanzó una mirada asesina como si ella fuera la novia y Scarlett le hubiera arrebatado una noche con su pareja.

—Este evento me gusta mucho más cuando puedo participar —dijo ignorando la hostilidad de la mujer leopardo—. Pero pobre

Noah. Seguro que no se le vuelve a ver en público durante al menos seis meses después de esto.

—Puede que incluso deje el equipo si lo obligan a participar de nuevo el año que viene —añadí medio en broma.

Noah se había pasado todo el tiempo sobre el escenario con aspecto de preferir volver desnudo a Estados Unidos en lugar de estar ahí, pero eso no había impedido que una morena espectacular ofreciera la segunda mayor puja de la noche por él.

—Finalmente, el último soltero de la noche no necesita presentación —dijo el maestro de ceremonias—. En su primera participación en años en la subasta, tenemos ni más ni menos que a nuestro capitán, ¡Vincent DuBois!

Me dio un vuelco el estómago. Tragué saliva con la garganta seca e ignoré las sonrisas cómplices de Scarlett y Carina mientras Vincent subía al escenario con una gracia y elegancia devastadoras. El traje azul marino se amoldaba a la perfección a su figura y saludó al público entusiasmado con una sonrisa deslumbrante. Podría engañar a la mayoría de los presentes, pero yo era capaz de reconocer su falsa sonrisa de relaciones públicas cuando la veía.

Era demasiado brillante, demasiado forzada. No se le arrugaban los ojos como sucedía con las sonrisas auténticas y vi un destello de tensión en su mandíbula antes de que pudiera disimularlo.

Al igual que Noah, detestaba cada segundo de esa situación, pero se le daba mejor ocultarlo.

A diferencia de los demás jugadores, no vitoreé cuando las pujas escalaron rápidamente. Era un baño de sangre. Las pujas se iban superando antes de que el maestro de ceremonias tuviera la oportunidad de reconocer la oferta anterior y su nerviosismo se hacía cada vez más evidente mientras intentaba seguir el ritmo.

Vincent no dejó de sonreír, a pesar de la tensión que veía en sus hombros.

—¡Veinte mil!

—¡Veintiuna mil!

—¡Veintidós mil!

Las pujas seguían subiendo, y los gritos eran cada vez más fuertes. La favorita parecía ser la del vestido de leopardo, que tenía pinta de ser capaz de asesinar a alguien si no ganaba.

—¡Treinta mil! —gritó.

La sala se quedó en silencio. La sonrisa de Vincent flaqueó por fin y un destello de pánico se reflejó en su mirada antes de que pudiera ocultarlo.

—¡Treinta mil! ¡Vaya! —El maestro de ceremonias sonrió—. Treinta mil a la de una...

Me agarré la rodilla con los nudillos blancos. Me daba la sensación de que se me iba a salir el corazón del pecho.

«No lo hagas». No podía permitírmelo. En muchos sentidos.

Mi padre estaba ahí. Mis amigas, mis compañeros de trabajo, el equipo del Blackcastle al completo..., estaban todos.

—Treinta mil a la de dos...

Vincent parecía mareado. Miraba de un lado a otro como si estuviera desesperado porque alguien, cualquiera, lo salvara.

El maestro de ceremonias levantó el martillo. Antes de que pudiera golpear con él, me levanté de un salto y grité:

—¡Treinta y cinco mil!

26

Vincent / Brooklyn





Vincent

Gritos de asombro llenaron la habitación mientras todas las cabezas se giraban hacia la nueva postora, la mía incluida.

Brooklyn estaba de pie en el lado izquierdo de la sala con la barbilla levantada en señal de desafío. Estaba en la misma mesa que Scarlett y Carina, que la miraban boquiabiertas con el mismo asombro que seguramente se reflejaba en mi rostro.

—Treinta y cinco mil libras —repitió—. Esa es mi oferta.

Mi corazón retumbaba contra mi caja torácica. ¿Qué demonios estaba haciendo? No le sobraban treinta y cinco mil libras. Joder, ni siquiera yo pagaría treinta y cinco mil libras por mí.

Sus ojos se encontraron con los míos desde la otra punta de la sala. Mostraban algo de miedo, pero también decisión, y de pronto

lo entendí todo.

Lo hacía porque, de alguna manera, había percibido mi incomodidad y estaba ofreciendo un dinero que no tenía para salvarme de pasar una noche con la mujer del vestido de leopardo.

No había dicho ni una palabra sobre lo mucho que odiaba estar en la subasta, pero Brooklyn lo había entendido de todos modos.

Sentí una presión intensa en el pecho.

—¡Cuarenta mil! —gritó la mujer de leopardo. Le lanzó una mirada furiosa a Brooklyn, como si la estuviera retando a superar su oferta.

El rostro de Brooklyn se llenó de inquietud antes de que enderezara los hombros y abriera la boca.

—Cuaren... —empezó, pero se interrumpió cuando negué suavemente con la cabeza.

La idea de cenar con la mujer de leopardo me estremecía, pero no podía permitir que Brooklyn se gastara tanto dinero en mí. Si ganaba, insistiría en devolverle hasta el último centavo, pero, conociéndola, me llevaría la contraria. No podía correr ni el más mínimo riesgo de que terminara sufriendo por mi culpa.

Me sostuvo la mirada, analizó mi rostro con los ojos antes de sentarse sin completar la puja. Le devolvió una mirada fulminante a la mujer de leopardo, que le mostró una sonrisa triunfante.

—¡A la una, a las dos, a las tres..., vendido por cuarenta mil libras! ¡Vaya! ¡Menuda subasta! —El maestro de ceremonias sacudió la cabeza con asombro—. Eso es todo por este año, amigos. Felicidades a los ganadores...

Desconecté del resto de sus palabras y bajé apresuradamente del escenario antes de que terminara de hablar. La subasta era el último evento de la noche. Ya era tarde y la gente empezaba a dirigirse a la salida.

El pulso me retumbaba mientras atravesaba el salón de baile, apenas agradeciendo las felicitaciones y palmadas en la espalda que me daban por haber recibido la puja más alta de la noche junto a Asher.

Me abrí paso entre Samson y Seth rumbo a la mesa de Brooklyn. Esperaba que no se hubiera ido todavía, porque necesitaba hablar con ella. Ahora mismo.

—¡Vincent! —Lloyd se interpuso en mi camino. Parecía más feliz de lo que lo había visto jamás, y lo conocía desde hacía años—. Tengo noticias.

—¿Podemos hablar después? Tengo que...

—Es sobre Zenith.

Cualquier otro día, me habría lanzado a tener noticias sobre el puesto de embajador, pero hoy no.

—Ya hablaremos...

—Quieren hacer una sesión de prueba —continuó hablando, ajeno a mi creciente frustración—. No es oficial. Es Navidad, así que los directores están de vacaciones, pero conozco a alguien que conoce a alguien que...

—Lloyd. —Quería sacudirlo—. Ve al grano.

—¡Pues que quieren una maldita sesión de prueba! ¿Sabes lo que eso significa?

Lo miré con una expresión vacía.

—Significa que estás en la recta final. —Agitó las manos de una forma nada propia de Lloyd—. Mi fuente dice que la cosa está entre tú y Filipović. Martin está fuera después de su reciente escándalo de infidelidad. Engañar a tu pareja estable con un trío junto a su mejor amiga y la novia de tu mejor amigo no da muy buena imagen. En fin, se comenta que la sesión de prueba se programará para enero o febrero. Quien lo haga mejor firmará el contrato.

—Genial. No puedo esperar. Gracias. —Lo aparté mientras trataba de no calcular los minutos que había perdido escuchando detalles de la vida personal de Rene Martin.

—¡¿Eso es todo?! —gritó detrás de mí—. ¡Estamos hablando de Zenith, joder! ¿No quieres saber los detalles?

—¡Mándamelos por correo! —grité sin detenerme.

Di dos pasos más antes de que me sonara el teléfono. Mandé la llamada al buzón de voz sin siquiera ver quién era.

Estaba a punto de lograrlo. Estaba muy cerca de llegar a la mesa de Brooklyn hasta que la única persona a la que no podía evitar se interpuso en mi camino.

El entrenador.

«Mierda».

—DuBois. —Como el resto del equipo, llevaba puesto un traje. Siempre se ponía uno en la gala anual, pero eso no lo hacía menos extraño. Era como ver a un oso pardo tocar el piano cada año en Navidad.

—Jefe. —Decidí llamarlo «jefe» por si así lograba ganarme su simpatía, aunque lo dudaba.

Desde que regresé de Budapest, habíamos retomado nuestra implacable rutina de carreras al amanecer y cenas incómodas. Estaba bastante seguro de que no sabía que Brooklyn había venido al viaje, de lo contrario ya me habría encerrado en una mazmorra.

Aunque, claro, acababa de pujar por mí delante de todo el salón. Como demostraba su mirada penetrante, no necesitaba enterarse de lo de Budapest para tener sospechas.

—Empate con la puja más alta de la noche. Impresionante —dijo.

—Gracias.

—Mi hija ha ayudado a que la cifra suba tanto.

Tragué saliva.

—Sí, señor.

—¿Alguna idea de por qué ha ofrecido treinta y cinco mil libras por su excompañero de piso?

—Bueno, señor, somos amigos. —Busqué una excusa plausible—. Y, eh..., ella sabía que no quería participar en la subasta, así que se ofreció a pujar por mí si luego le devolvía el dinero.

—¿Ah, sí? Parecías bastante sorprendido cuando se ha levantado.

«Siempre meto la pata, joder».

—Es que... no sabía que iba a empezar con una oferta tan alta.

—Ahora que lo mencionas, ¿por qué no pujó antes por ti si ese era el plan?

El sudor perló mi frente. Esto era peor que un interrogatorio del servicio de inteligencia del Reino Unido.

—Es una estrategia que encontramos en internet. Esperar a que los pequeños postores se retiren, luego entrar al final y llevárselo todo. Como esos que pujan en el último minuto en eBay. —Me estaba sacando las respuestas de la manga y no podía distinguir si me estaba creyendo o no.

—Y, aun así, no fue ella quien hizo la puja ganadora.

—Eh... —Traté de ganar tiempo—. Le puse un límite de treinta y cinco mil libras. No pensé que fuéramos a superar esa cifra.

El entrenador apretó los labios en una fina línea. Obviamente, no me creía, pero había respondido bastante bien a sus preguntas, así que no lograba encontrar ningún fallo. Por ahora.

—Así que no ibas de camino a buscar a Brooklyn —dijo.

—No, señor.

—¿Adónde ibas con tanta prisa, entonces?

—Al... baño.

—¿Solo?

—Sí. Generalmente no lo considero una actividad grupal. Señor —añadí con prisa.

—Vamos.

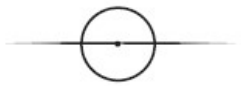
—¿Adónde?

—Al baño. Tengo que mear. —Movió la barbilla hacia los servicios.

«Maldita sea». Sin otra opción que respaldara mi mentira, lo seguí hasta el baño, donde usamos las instalaciones en un silencio incómodo.

—Me voy a una fiesta con algunos de los chicos, así que no me esperes despierto —dije antes de que se ofreciera a llevarme a casa —. Te veré por la mañana para salir a correr.

Por suerte, no hizo preguntas sobre mis planes para después de la gala, pero daba igual. Cuando regresé al salón, Brooklyn ya se había ido.



Brooklyn

Rechacé la invitación de Carina para ir a la fiesta en casa de Samson con ella. En otras circunstancias, me habría apuntado encantada a una noche en la ridículamente lujosa mansión del extremo; había construido una verdadera discoteca privada en el sótano, pero no estaba de humor.

Me quedé merodeando en la gala con la esperanza de que Vincent hiciera acto de presencia, pero había desaparecido justo después de la subasta. Probablemente ya estaba en la fiesta divirtiéndose con el resto del Blackcastle.

Había sido una tontería asumir que me buscaría después de la subasta. ¿Qué esperaba? ¿Que estuviera tan abrumado por mi puja que bajara corriendo del escenario y me besara delante de todo el mundo? Él no me había pedido ningún favor y ni siquiera había ganado. Aunque una parte de mí se sintió aliviada porque las treinta y cinco mil libras me habrían creado una deuda enorme; deseaba pegarle un puñetazo en la cara a la mujer de leopardo. Había presumido demasiado de haberme ganado.

Suspiré y miré fijamente la pantalla del ordenador. Ya me había quitado el vestido de gala y me había puesto el pijama. Estaba trabajando en mi solicitud para la ISNA, que debía entregar la próxima semana, pero no lograba concentrarme.

¿Por qué era tan difícil para Vincent y para mí definir nuestra relación? El beso debería haber aclarado las cosas, pero me había dejado más confundida que nunca.

Cada vez que avanzábamos, algo se interponía antes de que pudiéramos afianzar nuestro progreso. Mi padre, nuestros amigos, un maldito incendio en la cocina. No sabía si era la forma que tenía el universo de decirnos que no estábamos destinados a estar juntos o si solo se nos daba fatal comunicarnos.

Alguien llamó a la puerta.

El sonido inesperado resonó en el piso y me enderecé de golpe con el ceño fruncido. ¿Quién demonios vendría a estas horas sin avisar?

Mi mente se fue directa al extraño muñeco de ganchillo de Vincent y al raro mensaje que había recibido en Budapest. El miedo me revolvió el estómago.

El sistema de seguridad que había instalado seguía funcionando. Además, se había mudado, así que las probabilidades de que el intruso apareciera en mi casa eran escasas. Pero tal vez nos había

visto juntos en Hungría, había pensado que me estaba interponiendo en su camino y había venido a eliminarme.

Volvió a llamar.

Agarré un bate de críquet del armario y avancé poco a poco por el salón hacia la puerta principal. Eché un vistazo por la mirilla esperando ver a un desconocido enmascarado con un arma.

Sin embargo, un cabello oscuro y un traje azul marino llenaron mi campo de visión.

El bate golpeó el suelo con un golpe sordo y abrí la puerta con el pulso desbocado por una razón totalmente distinta.

Vincent estaba en el pasillo con la chaqueta colgada sobre el hombro y las mangas de la camisa remangadas hasta los codos. Al verme, arqueó las cejas.

—Estás en casa.

—Es jueves a medianoche. ¿Dónde iba a estar si no?

—En el *pub*. En la fiesta. Te he buscado en ambos sitios, pensaba que ya no te encontraría. —Un rastro de alivio apareció en sus palabras.

—¿Has buscado en el Angry Boar antes que en mi casa?

Se encogió de hombros.

—Scarlett y Asher fueron allí después de la gala.

—Ah. —Reprimí una sonrisa y mis dudas de antes se evaporaron como si nunca hubieran existido—. Podrías haberme mandado un mensaje para saber dónde estaba.

—Cierto.

Su mirada sostuvo la mía y pequeños destellos de electricidad bailaron sobre mi piel.

—Siento no haber ganado la subasta —dije para tratar de ocultar mi reacción. «Es solo una mirada». No podía estar derritiéndome por una simple mirada—. La mujer de leopardo me estaba poniendo de

los nervios y quise salvarte, pero no tenía suficiente dinero y parecía que...

—Brooklyn.

El aire en mis pulmones se volvió escaso.

—¿Sí?

—No estoy aquí para hablar de la subasta.

Hubo un instante de silencio cargado de calor y palabras sin decir.

Y entonces ya estaba dentro, y su boca estaba sobre la mía mientras mis manos tiraban de su camisa para tratar de sacarla de la cintura de su pantalón. Quería sentir su piel contra la mía. El beso era hambriento, frenético y embriagador, pero no era suficiente. Necesitaba más.

Por fin liberé su camisa. Vincent me ayudó a deslizarla por sus hombros sin romper el beso. Me quitó la parte de arriba y de abajo, y de alguna manera llegamos a mi habitación con las respiraciones cargadas de deseo. Mi espalda golpeó la cama mientras él se quitaba el resto de la ropa.

No llevaba sujetador, solo bragas, y un pulso intenso floreció en mi interior mientras lo observaba desabrocharse el cinturón y bajarse los pantalones.

Los hombros, los abdominales, esos muslos. Estaba convencida de que los futbolistas tenían los mejores muslos del planeta, y Vincent me demostró que estaba en lo cierto. Lo absorbí trazando con los ojos cada línea esculpida y curva sombreada, pero una risita se escapó de mi garganta cuando llegué a su entrepierna.

Llevaba puestos los bóxers de tortitas que le había regalado por su cumpleaños.

—Si sigues riéndote de mí cuando estoy medio desnudo, voy a terminar con un complejo —dijo entre risas.

—Perdón. —Me incorporé apoyándome sobre los codos y lancé una mirada significativa a su ropa interior—. Solo estaba admirando tu elección de calzoncillos.

—La persona que me los compró tiene buen gusto. —Se los quitó —. Y me gusta llevar conmigo una parte de ella. Siempre.

Se me secó la boca, tanto por sus palabras como por la imagen de su excitación. Mi cuerpo vibró de nuevo y dejé escapar un pequeño gemido de anticipación cuando se subió a la cama.

Sus brazos enmarcaron mi cuerpo, encerrándome mientras acercaba su cabeza hacia la mía.

—Hagamos otra apuesta. —Su aliento rozó mi piel.

—¿En serio? —Volví a gemir cuando posó la mano en mi pecho y frotó mi pezón erguido con el pulgar. Un rayo de placer cayó entre mis piernas—. ¿Quieres hacer otra apuesta justo ahora?

—Ajá. —Fue dejando un rastro de besos por mi mandíbula, bajando por mi cuello hasta llegar a mi pecho—. Apuesto a que puedo hacerte gritar tan fuerte que tu vecino golpeará la pared.

Mi risa entrecortada se disolvió cuando cerró la boca alrededor de mi pezón y succionó.

«Joder». El capullo estaba intentando distraerme para que aceptara... y estaba funcionando.

—Es bueno saber que tu ego sigue intacto. —Intenté no retorcerme cuando se pasó al otro pezón, lamiendo y succionando con un cuidado tortuoso. Todo mi cuerpo ardía, pero me tragué el gemido y logré añadir—: Tendré suerte si logras que me corra siquiera una vez.

Trazó mi pezón lentamente con la lengua antes de soltarlo con un suave chasquido. Sopló un chorro de aire fresco sobre la zona mojada y sensible y... «Joder». Mis caderas se arquearon por instinto y el gemido por fin se liberó.

Una sonrisa traviesa se extendió sobre el rostro de Vincent.

—Te vas a arrepentir de haber dicho eso.

La oscura promesa en su voz hizo que se me erizara la piel.

Fue besando mi estómago hasta que llegó a mi ropa interior. Me la quitó de un tirón y se detuvo un instante para observar mi coño desnudo y mis muslos mojados.

—¿Dices que tendré suerte si te corres una vez? —Levantó la mirada hacia mí con los ojos brillantes y hambrientos—. Ya estás a punto de derrumbarte, cielo. —Estiró el brazo y empujó dos dedos dentro de mí.

Solté un grito y mis caderas se arquearon buscando frenéticamente más fricción. Maldita sea. Era tan engreído que pensaba que podía... podía...

Mi mente cortocircuitó cuando arrastró los dedos hacia fuera y los sustituyó por su boca. Me abrió más las piernas y las colocó sobre sus hombros, lo cual le facilitó el acceso a mi coño mientras lo lamía y me succionaba el clítoris.

Me temblaban las rodillas. Me agarré a las sábanas con la respiración agitada por el esfuerzo que estaba haciendo para contener los gritos, pero no pude evitar gemir cuando frotó con la lengua el punto exacto que me volvía loca.

—Joder.

Entonces acarició suavemente con los dientes ese mismo punto mientras volvía a empujar los dedos dentro de mí y mi mente se quedó en blanco por segunda vez en dos minutos. Me arqueé entre gritos con los muslos alrededor de su cabeza; fuegos artificiales estallaban detrás de mis ojos.

El placer era tan intenso que intenté apartarme instintivamente tras la primera oleada cegadora, pero unas manos firmes me agarraron de inmediato. Era como un barco dando tumbos en medio

de una tormenta, estaba siendo golpeada por todos los bandos por diferentes sensaciones y no lograba recuperar el aliento a medida que la presión crecía y crecía y...

Otro grito, esta vez tan fuerte y ronco que apenas sonó humano. Se me nubló la vista, mis dedos de los pies se enroscaron y mi espalda se arqueó para alejarse del colchón. El éxtasis me invadió en oleadas, cada una más abrumadora que la anterior, hasta que terminé destrozada por completo.

Permanecí ahí tumbada, con la piel resbaladiza por el sudor y el pecho subiendo y bajando en ráfagas irregulares mientras las réplicas me sacudían.

Cuando se me aclaró la vista, Vincent seguía entre mis piernas, con la boca reluciente por las pruebas de mi orgasmo. La imagen me provocó un nuevo e inesperado espasmo de excitación.

—Esa es una —dijo con una sonrisa llena de pura satisfacción masculina—. *Et ça a un putain de goût, ma chérie.*

—No tengo ni idea de lo que significa eso —dije, demasiado agotada y saciada para pensar una respuesta ingeniosa—. Pero has tenido suerte.

—Eres bastante bocazas para alguien que acaba de correrse en mi cara —dijo arrastrando las palabras con un toque de excitación en la voz. Se puso de rodillas y se me hizo un nudo en el estómago.

Joder. Su polla era aún más grande de lo que recordaba. Más dura, como si comerme le hubiera excitado tanto como a mí.

—¿Qué puedo decir? Soy así de graciosa —dije con la voz entrecortada. No podía dejar de mirarlo.

Mi escrutinio no le pasó desapercibido.

La mirada de Vincent se oscureció.

—Abre la boca.

Mi clítoris palpitó ante su orden suave y firme. Obedecí, pero no sin antes darme la vuelta para que él quedara boca arriba y yo a horcajadas sobre él.

Mantuve los ojos clavados en él mientras envolvía su miembro con las manos y lo guiaba entre mis labios. Vincent empezó a gemir a medida que lo hacía mío, chupándolo hasta lo más profundo que pude antes de retirarme y acariciar la punta con la lengua.

Lamí cada centímetro de la punta de su polla antes de volver a metérmela entera en la boca, más en profundidad esta vez, hasta que la saliva se acumuló en mi boca y el aire se llenó de ruidosos sorbos y gorgoteos.

Vincent enredó las manos en mi pelo y lo sujetó hacia atrás mientras lo hacía mío por completo. Se me llenaron los ojos de lágrimas cuando llegó al fondo de mi garganta, pero, Dios mío, el sonido gutural que emitió sonó casi tan bien como sabía.

—Joder, cielo —dijo con voz ronca—. Me encanta.

Gemí. Disfrutaba de sus jadeos y gemidos, del agarre desesperado con el que me sujetaba el pelo y de cómo le temblaban los músculos, como si se estuviera esforzando por no perder el control.

Me agarró el pelo con más fuerza en una coleta y lo usó para guiarme arriba y abajo mientras cogíamos ritmo. Todo mi cuerpo estaba acalorado. Un cosquilleo se extendió por mi pecho y mi clítoris, y cuando volvió a gemir, sentí las vibraciones palpitar intensamente en mi interior.

—Me voy a correr —jadeó.

En lugar de apartarme, succioné con más fuerza hasta que sentí su polla palpitar contra mi lengua. Un chorro espeso y caliente llenó mi garganta, y me aseguré de tragarme cada gota antes de soltarlo con una sonrisa de satisfacción.

Vincent soltó un último gemido antes de desplomarse contra la cama con la piel brillante por culpa del sudor.

—Diría que estamos empatados —ronroneé mientras me colocaba a su lado.

Su risa ronca flotó entre nosotros.

—¿Quién es la engreída ahora?

—Sigues siendo tú.

—He hecho que te corras tanto que me has empapado la cara, así que diría que es merecido —dijo arrastrando las palabras mientras una sonrisa jugueteaba en las comisuras de su boca.

Puse los ojos en blanco mientras un rubor me teñía las mejillas.

—Sin embargo, has perdido la apuesta. —Golpeé el cabecero con los nudillos—. Ni una palabra de mi vecino.

—Esto solo ha sido el calentamiento. Aún no hemos terminado.

Abrí los labios cuando sentí que se movía contra mi pierna.

—Es imposible que ya estés listo otra vez. ¡No han pasado ni dos minutos!

—¿Qué puedo decir? Tengo mucha resistencia. —Los ojos de Vincent brillaron ante mi sorpresa—. Ya deberías saber que conmigo nada es imposible. Para mí todo es un reto.

—Es imposible. —Me negaba a creérmelo—. Ese tiempo de recuperación no es humanamente posible.

—Vamos a comprobarlo. Ponte a cuatro patas.

La humedad se acumulaba entre mis muslos, pero levanté la barbilla en señal de desafío solo para ver qué hacía.

La sonrisa de Vincent desapareció. Su voz se volvió suave pero letal.

—Ahora, Brooklyn.

La humedad se convirtió en un dolor punzante.

Joder, me había excitado mucho. No debería haberlo hecho, pero así era.

Si me hablara así fuera de la cama, tendríamos un problema. Pero aquí...

Un escalofrío de anticipación me recorrió la columna. Hice lo que me pidió mientras él sacaba un condón de su cartera. Mi respiración se volvió pesada de nuevo cuando oí el característico ruido del papel de aluminio seguido por el empujón de su polla contra mi entrada.

Me agarró la cadera con las manos mientras empujaba dentro de mí, centímetro a centímetro. Jadeé con los ojos llorosos de nuevo por el tamaño casi doloroso de su polla. Me había acostumbrado mientras se la chupaba, pero había una gran diferencia entre meterla en mi garganta y meterla en mi coño. Solo estaba a mitad de camino y ya estaba tan tensa que podría partirme por la mitad si seguía.

—Respira —murmuró Vincent. Sus manos agarraron mis caderas para sostenerme mientras un estremecimiento recorría mi cuerpo—. Eso es.

«Inhala, exhala». Respiré profundamente unas cuantas veces más hasta que me relajé lo suficiente como para que pudiera introducir toda la longitud de su polla dentro de mí.

Cerré los ojos y unos gemidos escaparon de mi boca cuando empezó a moverse. Entonces aceleró el ritmo y empezó a golpear las caderas contra mi trasero, y esos gemidos se convirtieron en gritos.

El dolor desapareció, sustituido por un placer agudo y punzante.

—Sí. Sí, sí, joder, ¡sí! Más fuerte. ¡Joder! —grité cuando dio con el punto que me hacía estremecer.

El mundo se desmoronó y todo desapareció salvo la sensación de su pene palpitando dentro de mí y el sonido de sus gruñidos

mezclados con mis gritos.

Igual que con nuestro beso, tenía la sensación de que este momento era increíblemente perfecto, como si fuéramos dos piezas perdidas de un puzle que de alguna forma habían logrado volver a juntarse. Vincent me completaba tan a la perfección que no recordaba los días en los que él no estaba a mi lado y no estábamos conectados.

Mis gemidos eran fuertes y desesperados, y podía sentir que me acercaba más al final con cada embestida.

—Me voy a correr —jadeé con la voz entrecortada—. Más fuerte, por favor. Fóllame más fuerte. Lo necesito... Estoy muy cerca...

El agarre de Vincent se estrechó alrededor de mis caderas. Su siguiente embestida fue tan brutal que me hizo desplazarme hacia delante sobre la cama, y la presión dentro de mí se volvió más intensa, más frágil.

—Hazlo —gruñó—. Córrete para mí. Quiero sentir ese coñito precioso empapando mi polla.

Eso fue todo lo que hizo falta para llevarme al límite. Me corrí con un grito y mi coño se tensó alrededor de él mientras un rayo ardiente atravesaba mi cuerpo. Fue tan brillante e intenso que el mundo se fracturó. No era más que mil pedazos de sensaciones unidos por un latido estremecedor: los nervios encendidos, las extremidades temblorosas, la mente solo ocupada por el calor, el placer y él.

Vincent gruñó y sus embestidas se volvieron más erráticas mientras perseguía su propio clímax. Se corrió segundos después que yo, justo cuando alguien golpeó con furia la pared del dormitorio.

—¡Callaos! —gritó la voz irritable de mi vecino a través de la fina madera—. ¡Estoy intentando dormir!

Todavía estaba atrapada en los últimos coletazos de mi orgasmo, pero no pude evitar reírme. El gemido de placer de Vincent también se fundió en una risa mientras se retiraba de mí y se deshacía del condón.

—Enhorabuena. —Me estiré y bostecé. Siempre me entraba mucho sueño después del sexo—. Has ganado la apuesta.

—¿Te molesta haber perdido?

—Creo que lo superaré.

Se rio de nuevo y sus ojos se arrugaron de una manera que hizo que mi pecho brillara. Esa era una sonrisa auténtica, no la que había ensayado para los medios de comunicación y había mostrado durante la subasta.

—Bien.

Desapareció hacia el baño y regresó con dos toallas pequeñas. Nos limpió antes de volver a meterse en la cama a mi lado. Me envolvió los hombros con su brazo y yo me acurruqué sobre su pecho para disfrutar de los restos de nuestro momento íntimo.

Pero ahora que la diversión técnicamente había terminado, era hora de tener esa conversación pendiente.

—Le hablé a Scarlett sobre nuestro beso en la gala —admití.

Vincent se tensó y su tono se volvió cauteloso.

—¿Y cómo se lo tomó?

—Dijo, y cito: «¡Gracias a Dios que os besasteis!». Porque al parecer nuestra tensión sexual reprimida la estaba volviendo loca.

Se relajó tan rápido como se había tensado.

—Típico de Scarlett. —Se rio—. Debería haber sabido que esa sería su reacción. No es que tenga derecho a enfadarse teniendo en cuenta que estuvo saliendo a escondidas con mi rival durante meses.

—Ahora están juntos y sois mejores amigos. Todo ha acabado bien.

Su ceño fruncido me hizo soltar otra risita.

—Asher y yo no somos mejores amigos.

—Eso está por ver. —Dudé un instante y luego añadí—: ¿Y nosotros? ¿Qué pasa ahora?

El ceño fruncido de Vincent se relajó.

—Lo que pasa ahora es simple. Estamos juntos. Exclusivamente. Nada de juegos, nada de incertidumbre. —Apartó un mechón de mi rostro y su voz se volvió tierna—. Por si tenías alguna duda, eres mía y yo soy tuyo. No me importa quién lo sepa. De hecho, quiero que todo el maldito mundo lo sepa porque estoy harto de esconderme.

La emoción me subió a la garganta, pero me la tragué antes de cometer el cliché de llorar después del sexo.

—No suele pasar, pero a veces sabes exactamente qué decir, DuBois.

Se rio y me abrazó con más fuerza en un gesto posesivo.

—¿Qué voy a hacer? Es uno de mis muchos talentos.

—Ya lo veo. —Me mordí el labio—. Mi padre se va a volver loco.

Decírselo era lo que menos me apetecía. Entre mi relación con Vincent y los hilos que mi padre había movido a mis espaldas, nuestra próxima conversación iba a ser interesante.

—Tal vez. Me paró después de la subasta y me preguntó por qué habías pujado por mí. Pensé que iba a ponerme una capucha y arrastrarme hasta algún sótano para interrogarme. —Vincent hizo una mueca—. Pero pase lo que pase, nos enfrentaremos a ello. Dos contra uno. ¿Qué puede salir mal?

—No digas eso. ¿Nunca has visto una película de terror? Preguntar «¿qué puede salir mal?» es básicamente tentar al destino. —Miré a mi alrededor esperando a que mi padre apareciera de dentro del armario. Eso sí que sería una película de terror.

Vincent se rio de nuevo.

—Tienes razón. Lo siento. —Me dio un beso suave en los labios—. Por suerte, no tendremos que decírselo hasta mañana, como muy pronto. Estoy pensando que debería darme un último banquete por si muero.

Se me aceleró el pulso ante su tono sugerente.

—¿Qué tienes en mente?

En lugar de decirlo, me lo mostró. Como dije antes, tenía una resistencia impresionante.

Tanto que, durante las siguientes horas, me olvidé por completo de mi padre, del vecino y de todo lo demás, excepto del hombre que tenía entre mis brazos.

27

Vincent



Me quedé en el piso de Brooklyn el tiempo suficiente para ver cómo se quedaba dormida. Tras un par de orgasmos más y una mamada que casi me fríe el cerebro, no estaba en las mejores condiciones para andar, mucho menos para conducir, pero me obligué a marcharme de todas formas.

Si por mí fuera, dormiría allí toda la noche y la despertaría con el desayuno preparado..., o con otro orgasmo. Quizá ambas cosas. Pero ya no vivía solo y el entrenador me despellejaría si me perdía nuestra carrera matutina.

Aparqué en la entrada de su casa y apagué el motor. Eran casi las dos de la mañana. Las ventanas estaban oscuras y la casa, sumida en el silencio. Lo más probable era que estuviera dormido.

Dejé escapar un suspiro de alivio. Tendríamos que mantener una conversación sobre Brooklyn tarde o temprano, era inevitable después de la subasta, pero antes necesitaba una buena noche de sueño y una estrategia adecuada.

Ella me importaba demasiado para joderlo todo.

Abrí la puerta y entré en la casa. Me moví con el mayor silencio posible. El entrenador tenía el oído supersónico de un murciélago, pero lo único que tenía que hacer era atravesar el comedor, subir la escalera y pasar por delante de su dormitorio sin que me oyera.

Fácil.

Un paso. Dos pasos. Tres...

—¿Dónde te has metido cuando ha terminado la gala? —La voz surgió desde la oscuridad como un visitante de las profundidades del infierno.

—¡Por Dios! —exclamé sobresaltado y con la adrenalina por las nubes.

Observé el salón hasta que mis ojos se adaptaron lo suficiente a la penumbra para poder distinguir los contornos de los muebles. El entrenador estaba sentado en el sofá, su silueta era inconfundible. No podía ver su expresión exacta, pero los brazos cruzados y la sospechosa pregunta me daban un pequeño indicio de cómo se sentía.

Me recordó a cuando mi padre esperaba para gritarme cada vez que llegaba más tarde del toque de queda que me había impuesto.

—Entrenador. —Intenté disimular la inquietud de mi voz—. Es muy tarde para estar despierto.

—Estaba preocupado por ti, teniendo en cuenta lo del intruso.

Se me relajaron ligeramente los hombros.

—Es...

—También estaba preocupado porque Brooklyn no ha respondido a ninguna de mis llamadas desde el evento, lo cual es bastante inusual. —Se tomó una pesada pausa—. Tú no sabrás por qué, ¿verdad?

Se me tensaron de nuevo todos los músculos y necesité toda mi fuerza de voluntad para no imaginarme lo que estábamos haciendo Brooklyn y yo hacía tan solo una hora. La gente no podía leer mentes, pero estaba convencido de que el entrenador se metería en mi cerebro y escudriñaría en todos los pensamientos sucios que había tenido en mi vida.

—Seguro que está durmiendo. —Técnicamente, no era mentira—. El evento ha terminado bastante tarde.

El entrenador se levantó y se acercó a mí. El rayo de luna que entraba por la cristalera de la puerta iluminó su expresión.

Esperaba verlo enfadado y así era. Pero también parecía cansado y algo derrotado, como si hubiera estado librando una batalla que había durado mucho más de lo que pensaba.

No retrocedí, ni siquiera cuando se detuvo a un paso de mí. Llevaba el mismo traje que en la gala, pero se había puesto las zapatillas de ir por casa. La imagen habría sido graciosa si no estuviera cubierto por un sudor frío.

—Ahora que estamos solos, ¿te importaría decirme por qué pujó por ti en la subasta? —preguntó con voz neutra.

La indecisión libró una batalla en mi interior. No quería decirle nada antes de que Brooklyn tuviera la oportunidad de decírselo ella misma, pero no estaban precisamente en su mejor momento. Era posible que no se lo dijera nunca y, en caso de hacerlo, me imaginaba su conversación convertida en una guerra fría. Parecían saber a la perfección cómo sacar de quicio al otro.

—No sabía que fuera a pujar por mí. —Me decidí por una versión más suave de la verdad—. En cuanto a los motivos, ella podrá explicártelos mejor que yo.

El entrenador apretó los labios. Casi podía ver una guerra interna también en él mientras decidía si seguir interrogándome o vivir feliz

en la ignorancia.

—Los dos sois adultos —dijo finalmente—. Pero es mi única hija. Cree que no he estado demasiado... presente en su vida y puede que tenga razón. Sin embargo, si está sucediendo algo que pueda afectar a la carrera profesional de alguno de los dos, necesito saberlo de inmediato. —Me clavó su mirada fulminante—. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Bien. Ahora descansa. Saldremos a correr a las cinco en punto.

Esperaba que dejara estar lo de correr porque él también iba a dormir poco, pero supongo que habría sido mucho pedir.

Me encaminé hacia la escalera, pero los eventos de la noche seguían dándome vueltas por la cabeza.

La subasta. La puja de Brooklyn. El interrogatorio del entrenador. El piso de Brooklyn y lo bien que nos había sentado ceder de una puta vez a nuestros sentimientos y estar con el otro.

Sin embargo, mientras siguiéramos ocultándole el secreto a su padre, no podríamos estar juntos abiertamente. ¿De qué teníamos miedo en realidad? A ella solo le quedaban dos semanas en el Blackcastle, lo cual nos quitaba el obstáculo de la política de no confraternizar del equipo. No podían despedirla.

El entrenador cogería un buen cabreo al enterarse de que salía con su hija. Quizá fuera porque intentaba compensar el hecho de que no había formado parte de su vida cuando era pequeña, pero parecía particularmente protector con su vida amorosa.

Si se enteraba de lo nuestro, me castigaría con ejercicios más duros, lo cual podría soportar, o podría hacerme el vacío.

No quería eso. Lo respetaba y había llegado a verlo como un segundo padre. Pero también sabía que no iba a hacer nada que afectara a nuestro rendimiento. El entrenador apreciaba demasiado

al Blackcastle y no me echaría ni me dejaría en el banquillo por despecho.

Y, aunque lo hiciera, le contaría la verdad porque, si tuviera que elegir entre estar con Brooklyn y estar a buenas con el entrenador, la elegiría a ella. Cada vez, por encima de cualquier otra cosa.

Me detuve al pie de la escalera con esa revelación quemándome las entrañas.

Podía esperar hasta la mañana para contárselo o podía armarme de valor y hacerlo ahora. No supondría una gran diferencia. Unas pocas horas de sueño no cambiarían lo que sentía por ella ni nuestra relación.

Me giré.

—En realidad, tengo algo que contarte. Brooklyn no ha contestado al móvil porque estaba conmigo. Fui a su piso después de la gala.

El entrenador permaneció en la entrada. No dijo ni una palabra, no hubo ni un destello de movimiento en su silueta, pero el aire se espesó a su alrededor como las nubes que se congregan antes de una tormenta.

—Cuando descubriste que estábamos viviendo juntos, solo éramos compañeros de piso. No habíamos cruzado ninguna línea que violara la política de no fraternizar del Blackcastle. Pero eso ya no es cierto. —Tragué saliva—. Brooklyn vino a mi viaje de cumpleaños a Budapest el finde pasado. Nos besamos. Eso fue todo. Pero, esta noche, hemos hablado después de la gala y, bueno, estamos saliendo oficialmente. Eres la primera persona a la que se lo contamos..., a la que se lo cuento. No quería que te enteraras por otra persona.

Seguía sin haber reacción.

El tictac del reloj del abuelo en la esquina era como una bomba de relojería. El silencio era doloroso, pero seguí adelante.

—Entiendo tus preocupaciones sobre nuestra relación. Como has dicho, es tu única hija y yo no estoy de acuerdo con ella en el hecho de que no te preocupes por su bienestar más allá del fútbol. Creo que sí que te importa, solo que no lo muestras de un modo que ella pueda reconocer. —Me estaba columpiando sobre la cuerda floja, pero el entrenador respondía mejor a la franqueza. A juzgar por el músculo que se le tensó en la mandíbula, había tocado una fibra sensible—. Sé que no he tenido ninguna relación seria desde que me transfirieron al Blackcastle y que tal vez he roto algunos corazones por el camino. No me siento orgulloso de ello. Pero eso es porque nunca había conocido a nadie que me hiciera querer centrarme en algo que no fuera el fútbol..., hasta que llegó Brooklyn. Lo nuestro es real y no voy a fastidiarlo. Lo prometo.

El entrenador resopló.

—Intentas decirme que tienes algo serio con mi hija.

—Sí.

—¿Por qué debería creerte?

—Sé que no tienes motivos para hacerlo. No puedo decir nada que disipe mágicamente todas tus dudas, pero... —Lo que venía a continuación bien podría valerme un puñetazo por su parte, pero tenía que decirlo—. No te lo cuento porque te esté pidiendo permiso para salir con ella. Con todo el debido respeto, la decisión le corresponde a Brooklyn. Como has dicho, es adulta y puede tomar sus propias decisiones sobre su vida amorosa. No obstante, sí que me gustaría contar con tu bendición. Eres una parte importante de la vida de Brooklyn y también de la mía, así que espero que puedas dejar a un lado tus reservas el tiempo suficiente para darnos una oportunidad. Sin embargo, si no lo haces, seguiremos juntos de todas formas. Y puedes gritarme todo lo que quieras. Puedes ponerme a hacer ejercicios hasta que vomite. Puedes obligarme a

ponerme el puto disfraz de mascota del equipo y hacerme bailar la *Macarena* durante los descansos. No me importa. Lo aceptaré todo por Brooklyn. No hay nada que puedas decir o hacer que vaya a cambiarlo.

Cuando terminé de decir lo que tenía que decir, supuse que mis palabras provocarían una explosión: gritos, chillidos, cristales rotos y objetos volando por los aires. En lugar de eso, mis palabras desaparecieron en el vacío, engullidas por un sofocante manto de silencio.

El rostro del entrenador parecía tallado en piedra. Tenía los ojos clavados en los míos y tuve la inquietante sensación de que me estaba desmembrando mentalmente.

Sin embargo, bajo la furia contenida, vislumbré otra cosa.

Respeto.

Esperé con los músculos tensos y los nervios de punta.

—¿Sabes? No quería que su madre se la llevara. —Cuando el entrenador habló de nuevo, lo hizo en voz baja. Me sobresalté. No era la respuesta que esperaba—. Era muy pequeña cuando nos divorciamos y Sienna nunca ha sido una persona demasiado... cariñosa. Pero estaba escalando en mi carrera y, por mucho que quisiera a Brooklyn a mi lado, pensé que necesitaba a su madre. Alguien que pudiera conectar con ella y guiarla por la vida de un modo que yo no podía. En retrospectiva, no estoy seguro de haber tomado la decisión correcta. Esa decisión hizo que me perdiera algunos de los acontecimientos más importantes de su vida. Me perdí su primera cita, su primera ruptura y su primer corazón roto. Me perdí su graduación del instituto y también la de la universidad porque era el día de la final de la Eurocopa. Creía que las cosas cambiarían cuando se vino a Londres, pero han pasado más de veinte años. Ya no es la niña que recuerdo y no sé cómo conectar

con ella cuando me he perdido casi todas las etapas de su crecimiento.

Se quedó callado. El agotamiento que había visto antes regresó a su rostro y acentuó las arrugas que le rodeaban los ojos y la boca.

—Creo que tu compromiso con ella es sincero —continuó—. Pero he sido entrenador de bastantes futbolistas para saber lo volubles que sois fuera del campo. Coches, mujeres, casas... Vuestras pasiones no futbolísticas rara vez perduran en el tiempo. No tengo demasiada fe en que tú seas la excepción.

Me estremecí. Tenía razón sobre la volubilidad de los futbolistas en general, pero, aun así, me dolió su observación.

—No obstante... —prosiguió con la mandíbula tensa—. Es evidente que Brooklyn siente debilidad por ti. Si quiere estar contigo, no me interpondré. Tampoco podría impedírselo por mucho que quisiera. —Ladeó la boca en una mueca de resignación y desaprobación al mismo tiempo.

La presión de mi pecho se aflojó.

—Graci...

—No he terminado. —Levantó la mano con una ferocidad renovada en la mirada—. Si le haces daño en cualquier sentido, si le haces derramar una sola lágrima..., te destriparé como a un pescado y te colgaré en el parque para que te seques. Siempre puedo buscar un nuevo capitán y defensa. No eres irreemplazable. ¿Ha quedado claro?

—Como el agua. —A pesar de su explícita amenaza, no pude evitar sonreír—. Espero que le digas a Brooklyn lo mismo que me has dicho a mí. Seguro que lo aprecia.

Resopló.

—La última vez que seguí tu consejo te encontré sin camiseta después de que estuvieras a punto de incendiar su maldito piso.

Tuve la sensatez de mantener la boca cerrada. Algunas declaraciones no necesitaban respuesta por la seguridad de todos los involucrados.

Cuando pensaba que ya estaba a salvo, preguntó:

—Y ahora dime, ¿qué estabas haciendo en su piso hasta las dos de la mañana? Y no me digas que estabais hablando, que no me chupo el dedo.

¿De verdad me estaba preguntando eso? ¿Los padres no optaban por vivir en una feliz ignorancia en estos casos?

Ni de coña iba a admitir que me había acostado con su hija. Brooklyn podría parir a mi bebé y, si me lo preguntara el entrenador, aseguraría que había sido inmaculada concepción.

—Estábamos jugando. —Solté lo primero que se me pasó por la cabeza.

—¿A qué?

—Eh... A diferentes juegos.

Esto tenía que ser tan incómodo para él como lo era para mí. Estaba convencido de que el entrenador lo hacía con el único propósito de ponerme nervioso.

—¿Como cuáles? —insistió.

Por supuesto, se me olvidaron los nombres de todos los juegos a los que había jugado en toda mi vida. Busqué la respuesta más fácil.

—¿El Twister?

Quise retirarlo en cuanto lo dije. Jugar al Twister a medianoche era básicamente un eufemismo para el sexo. Solo un idiota pensaría lo contrario.

El entrenador me atravesó con la mirada. *«Merde»*. Estaba claro que me estaba desmembrando mentalmente... Y quizá también me estaba lanzando a una hoguera para asegurarse.

Por suerte, no siguió con el interrogatorio, aunque me mostró una sonrisa que hizo que se me activaran todas las alarmas.

—Está bien, pero he olvidado decirte que voy a cambiar el horario —dijo—. Como te lo pasaste tan bien en Budapest, tienes que ponerte en forma para el partido del día después de Navidad. Nos vemos a las cuatro en punto. Vamos a hacer carreras en el campo del Blackcastle.

Quedaban menos de dos horas. ¿Era humano o simplemente un monstruo con aspecto de entrenador impulsado por el rencor?

Gemí, pero no discutí.

Odiaba con toda el alma las carreras por el campo. Odiaba esos putos ejercicios y él lo sabía.

Aun así, cuando subí la escalera y me dejé caer sobre la cama, me sentía más ligero de lo que me había sentido en meses.

Brooklyn y yo estábamos juntos. El entrenador lo sabía y lo toleraba. Estaba un paso más cerca de conseguir el patrocinio de Zenith y había recaudado cuarenta mil libras para caridad en una sola noche.

La vida no podía ir a mejor.

28

Brooklyn



Me desperté con una sonrisa, unos músculos deliciosamente doloridos y una nota de Vincent que decía que había vuelto a casa de mi padre durante la noche.

Por lo general, me habría sentido más decepcionada con un chico que se va a mitad de la noche después de tener sexo conmigo por primera vez, pero me sentía curiosamente tranquila cuando salí de la cama y empecé a prepararme.

Nada de ansiedad, nada de preocupación, nada de inseguridad. La conversación de la noche anterior había hecho desaparecer todo eso. Confiaba en Vincent y, teniendo en cuenta su situación, entendía por qué se había tenido que ir.

Me moría por contárselo a mis amigas, pero hoy era el último día para entregar la solicitud al premio ISNA. En lugar de mandar un mensaje por el chat grupal nada más levantarme, me senté, me

puse mis gafas de la productividad y tecleé rápidamente el resto de mi carta de motivación en la cocina.

No estaba segura de si eran las endorfinas de la noche anterior, el abundante café o puro delirio, pero tras semanas de tirarme de los pelos por culpa de la carta, terminé con una redacción en condiciones. No era lo mejor que había escrito nunca, pero, en mi opinión, no estaba nada mal.

Pulsé «entregar» y un mensaje de confirmación apareció al instante.

«Enhorabuena. Su solicitud se ha enviado correctamente. Todos los candidatos recibirán información sobre el estado de su candidatura entre finales de enero y febrero».

Eso era todo. Había terminado.

Me quité las gafas y me froté los ojos. Debería continuar con mi búsqueda de empleo ahora que estaba en racha, pero ojear las ofertas era bastante deprimente. Todo el mundo buscaba un nivel de formación desmesurado a cambio de salarios de mierda y condiciones pésimas. Podría vivir con ello y trabajar para ascender si alguno de los puestos sonara remotamente interesante, pero no era el caso.

Antes de la oferta del Blackcastle, enviaba absolutamente todas las solicitudes, pero rechazar esa oferta me ayudó a darme cuenta de que no buscaba cualquier cosa. Quería un puesto que me gustara. Solo tenía que descubrir cuál era ese puesto.

Tal vez debería investigar qué estaban haciendo mis excompañeros de la universidad. Podría...

«Espera un momento». Me enderecé. Había terminado mi máster de Nutrición Deportiva hacía tres años, pero los antiguos alumnos podían utilizar los recursos del Departamento de Orientación

Profesional tras graduarse. ¿Por qué no había pensado antes en ponerme en contacto con ellos? Parecía una solución muy simple.

Aunque mi programa tenía la sede en Estados Unidos, así que tal vez sus contactos en Londres eran limitados, pero valía la pena intentarlo. No podía ser peor que recorrerse todo LinkedIn.

Encontré la dirección de correo de mi antigua orientadora profesional y le envié un mensaje rápido. Estaba a punto de comprobar el directorio de antiguos alumnos de mi universidad cuando alguien llamó a la puerta.

Se me paró el corazón. Scarlett y Carina estaban en el trabajo y solo había una persona capaz de aparecer sin avisar.

Me apresuré a abrir la puerta, pero mi sonrisa se desvaneció con rapidez cuando vi quién estaba al otro lado.

Mi padre me saludó con un tenso asentimiento.

—¿Puedo pasar?

Sofoqué la diminuta parte de mí que quería decirle que no. Seguía siendo mi padre y teníamos una conversación pendiente desde hacía mucho tiempo.

Después de dejarlo pasar, me senté frente a él en el salón. Él rompió el silencio primero.

—Vincent me lo contó todo anoche. Budapest. La visita después de la gala. El hecho de que estáis... juntos. —Se atascó con la última palabra.

Oculté mi sorpresa. Vincent y yo habíamos acordado decírselo, pero no esperaba que fuera tan pronto. Habían pasado menos de doce horas desde que habíamos empezado a salir.

Una parte de mí se sintió aliviada. No quería ser yo quien se lo contara a mi padre e, irónicamente, habíamos intercambiado confesiones con nuestros familiares: yo a Scarlett y él a mi padre.

—¿De verdad quieres estar con él? —preguntó mi padre con un tono neutro. La vena delatora no le latía en la frente, lo cual era una buena señal. No había ninguna crisis nuclear inminente.

—Sí —respondí con sencillez y honestidad. No tenía sentido hacerse la tímida cuando todas nuestras cartas ya estaban sobre la mesa.

—Me dijiste que nunca saldrías con un futbolista.

—Créeme. Estoy más sorprendida que nadie —dije con una risa triste—. Me gusta mucho, papá. No quería que fuera así. Todo sería más fácil si nuestra relación siguiera siendo platónica. Pero no puedo elegir por quién siento algo y, para ser sincera..., hace tiempo que me gusta.

No estaba acostumbrada a hablar con mis padres sobre este tipo de cosas y las palabras mostraban incomodidad al salir de mi boca.

—Es lo mismo que me ha dicho él. —Una línea severa se formó entre las cejas de mi padre—. ¿Sabes qué me ha dicho? Me ha dicho que no me estaba pidiendo permiso, sino que me estaba diciendo que estáis juntos. Que le gustaría tener mi bendición, pero que, si no la obtenía, iba a estar contigo de todos modos. Porque vales más que eso.

Me habría reído al imaginarme a Vincent hablando así con mi padre si no se me hubiera formado un nudo gigante en la garganta.

Sabía lo importante que era mi padre para sus jugadores. Todos lo idolatraban, incluido Vincent. Que se arriesgara a perder para siempre la simpatía de mi padre porque prefería estar conmigo...

Nunca nadie me había convertido en su prioridad de una manera tan innegable.

La emoción se me acumuló en la caja torácica. Parpadeé e intenté aclarar mi repentina visión borrosa mientras mi padre seguía hablando.

—No sabía si darle un puñetazo o estrecharle la mano por haber tenido las pelotas de decirme eso —añadió—. Pero pensé que, por el bien de todos, lo mejor era no hacer nada y ver cómo van las cosas entre vosotros.

Dejé que las palabras calaran en mí.

—¿Eso significa que te parece bien que estemos saliendo?

—Lo toleraré —dijo con voz ronca—. Vincent es un buen capitán y tiene buen corazón, pero no confío en ninguno de esos chicos para ser tu novio, por eso te dije que te mantuvieras alejada de ellos. Pero, como él señaló con impertinencia anoche, eres adulta. Si quiero seguir formando parte de tu vida, tengo que dejar que tomes tus propias decisiones. Así que aquí estamos.

—¿Es eso lo que quieres? —pregunté en voz baja—. Quiero decir, ¿quieres seguir formando parte de mi vida?

—Por supuesto que sí. Eres mi hija. —Suspiró y se frotó la cara con la mano—. Sé que nuestras conversaciones anteriores sobre este tema no han sido... las mejores, pero tienes razón. No he sido el padre más presente y es hipócrita por mi parte intentar decirte qué debes hacer ahora. Pero no puedo cambiar el pasado. Solo puedo mejorar en el futuro. Puede que mis reacciones cuando te fuiste del Blackcastle y te fuiste a vivir con Vincent parecieran autoritarias, pero era mi forma de intentar protegerte. No... —Hizo un gesto moviendo la mano en círculos—. No sé cómo aconsejarte sobre problemas de pareja o, no sé, qué zapatos deberías ponerte con tu vestido. Pero puedo hacer lo posible para que no tengas que sufrir. No soy perfecto, pero lo intento.

Era la mayor cantidad de palabras que le había oído pronunciar de una sola vez.

Tragué saliva. Una parte de mí quería castigarlo por no haber estado ahí y por haberme abandonado con mi madre durante los

últimos veinte años, pero ¿de verdad quería obsesionarme con el pasado? Como bien había dicho, no podíamos cambiarlo. Por fin se estaba abriendo y me había mudado a Londres porque quería construir una relación más fuerte con él. No podría hacerlo si seguía mirando atrás en lugar de hacia delante.

—No espero que seas perfecto, papá, pero quiero que estés presente. También quiero que nuestra relación deje de girar en torno al fútbol. —Respiré profundamente—. Hablando de este tema, sé que hablaste con Recursos Humanos para que aplazaran la fecha límite de mi decisión. No me preguntes cómo, pero lo sé.

Mi ira inicial se había apagado, pero los rescoldos todavía brillaban cuando pensaba en lo que había hecho.

Por primera vez en mucho tiempo, mi padre se mostró avergonzado.

—Me preocupé cuando vi que no tomabas una decisión. Quería que tuvieras tiempo suficiente para pensártelo bien.

—Agradezco el gesto, pero al hacerlo alimentaste la idea de que recibo un trato especial por ser una Armstrong. Si estabas preocupado, podrías haber hablado conmigo. Ese es nuestro problema: la comunicación.

Esperaba una respuesta negativa, pero mi padre se limitó a decir:

—Tienes razón. Me he acostumbrado tanto a hacer las cosas a mi manera que... no pensé antes de actuar. Lo siento —añadió con voz ronca y una expresión incómoda que nunca había visto en él.

Frank Armstrong no se disculpaba a menudo, pero, cuando lo hacía, era de corazón.

Me desinflé, demasiado sorprendida y agradecida por su disculpa como para mantener mi persistente enfado.

Nuestra conversación fue más tranquila de lo que esperaba, especialmente en comparación con las últimas que habíamos

mantenido. Pero nuestras emociones habían estado a flor de piel durante esos enfrentamientos, y lo único que se podía hacer después de la tormenta era limpiar los escombros.

—Gracias —dije—. Yo también siento todos los secretos que te he ocultado durante los últimos meses. Espero que podamos aprender a, eh..., comunicarnos mejor en el futuro.

—Claro.

Nos quedamos sentados en un silencio incómodo durante unos minutos.

—La cena que tuvimos hace unos meses. La disfruté —dijo mi padre algo rígido—. Deberíamos hacerlo más a menudo.

Sonreí y sentí cómo se aflojaba un nudo que llevaba mucho tiempo en mi estómago.

—Me encantaría.

Poco a poco pasamos a hablar de otros temas: el último estreno en taquillas, mi viaje a Budapest y nuestro odio compartido hacia los elfos navideños raritos. A veces resultaba forzado, pero íbamos progresando.

Entre Vincent y mi padre, empezaba a sentir que la vida me sonreía de nuevo, hasta que mi móvil sonó. Comprobé quién me estaba llamando y el estómago me dio un vuelco.

—¿Quién es? —preguntó mi padre.

—Es mamá. —Mi voz delató mi sorpresa.

No recordaba la última vez que me había llamado sin avisar. De hecho, no recordaba la última vez que me había llamado sin más. Era más de enviar mensajes. Así no tenía la obligación de mantener una conversación trivial.

Mi padre frunció los labios como si hubiera olido algo podrido.

—Os dejo hablar. Tengo que irme, de todas formas. Tengo papeleo pendiente.

Nos despedimos enseguida antes de que cogiera el teléfono. Cuando la puerta se cerró tras él, una parte de mí se preocupó por si mi madre tenía una emergencia. Era la única razón que se me ocurría para una llamada no programada.

—Hola, mamá.

—Hola, cariño —canturreó—. ¿Cómo estás?

—Bien. —Me puse en alerta inmediatamente. Vale, no estaba en medio de una catástrofe, pero su alegría me alarmó aún más. Nunca venía nada bueno después de ese tono cantarín—. Es temprano.

—Sí, he madrugado porque nuestra niñera está de vacaciones el resto del mes y Charlie estaba armando jaleo. ¿Verdad, cariño? Sí, así es. —Mi madre se quedó embobada con él durante dos minutos enteros antes de recordar que estaba al teléfono—. Bueno, te llamo porque mi cesárea está programada para enero, seguro que ya te lo había dicho, y me encantaría que estuvieras en el parto. ¡Tu nuevo hermano está a punto de llegar! ¿No es emocionante?

Me quedé boquiabierta. ¿Hablaba en serio?

—No, no me lo habías dicho. ¿No acababas de quedarte embarazada?

—¿Qué? Claro que no. —Se rio—. Estoy de ocho meses, Brooklyn. Pensaba que lo sabías.

—¡No me habías dicho que estabas embarazada hasta hace dos meses!

—Eso es imposible.

—Puedes comprobar la fecha de tus mensajes en nuestro chat.

—Bueno... —Mi madre parecía cansada. El tenue rugido del océano se oía de fondo—. He estado tan ocupada con Charlie y Harry que he perdido la noción del tiempo. ¿Te he dicho que han ascendido a Harry a presidente de su empresa? Entre eso, el

embarazo y la reforma del baño, he estado corriendo a todas partes como pollo sin cabeza.

—Estar casada con un ejecutivo debe de ser duro —dije con sarcasmo.

—Es muy duro. —Mi sarcasmo se le pasó completamente por alto —. Bueno, eso da igual, ya estaba de doce semanas cuando descubrí que estaba embarazada. Ya sabes que mis periodos son irregulares y no... Charlie, no saludes a desconocidos, cariño. No. Podría ser una persona mala. ¿Qué estaba diciendo? Ah, sí, mi parto. Deberías venir. Londres en enero es horrible y me encantó tenerte cerca cuando nació Charlie. Nadie me entiende como tú.

Toda la calidez de mi conversación con mi padre se evaporó.

—No puedo volar a California por capricho.

—¿Por qué no? Te mudaste a Londres por capricho.

—No fue por capricho. Estuve buscando un trabajo aquí durante meses antes de... ¿Sabes qué? No importa. —Fruncí el ceño. El comienzo de un dolor de cabeza floreció detrás de mi sien—. Envíame un mensaje con los detalles. Veré qué puedo hacer.

Discutir con mi madre era como discutir con una pared. Nunca cedía y siempre se salía con la suya.

—Estupendo. Te los enviaré cuando Charlie y yo lleguemos a casa después de nuestro paseo por la playa. ¡Saluda a Brooklyn, Charlie! —Oí su risita gorjeante de fondo.

Todo en mi interior se suavizó. Abrí la boca para saludar cuando la llamada se cortó abruptamente.

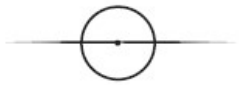
Había colgado.

Apreté los dientes. Por muy alegre que estuviera, mi madre tenía una extraña habilidad para arruinarme los días.

Luché contra el impulso de lanzar mi móvil al otro lado de la habitación. En lugar de eso, le envié un mensaje de texto a la única

persona que podía animarme y recé a Dios para que estuviera libre esa tarde.

¿Podemos vernos en Covent Garden
dentro de una hora?



Durante las vacaciones, Covent Garden estaba abarrotado de turistas y lugareños que se apresuraban a comprar regalos de última hora. Precisamente por eso lo había elegido.

Había aprendido que pasar tiempo a solas después de hablar con mi madre siempre era mala idea. Su voz resonaba sin cesar en mi cabeza y necesitaba suficiente ruido para ahogarla.

Vincent ya estaba esperando cerca del mercado navideño cuando llegué. Llevaba un abrigo negro y vaqueros oscuros con una gorra de béisbol negra que le cubría la frente. No podía verle la cara desde lejos, pero lo habría reconocido aunque llevara un pasamontañas. Su postura relajada y segura y su aura de confianza en sí mismo eran inconfundibles.

—¿Dónde están los pantalones de chándal y la sudadera? Estoy sorprendida —le dije cuando me acerqué lo suficiente para que me oyera—. No me digas que te has arreglado solo para mí.

Su sonrisa brilló bajo la gorra.

—He oído que este es el mejor sitio para conocer mujeres durante las vacaciones. He decidido darle una oportunidad.

—Siento decírtelo, pero mira a tu alrededor. No hay muchas mujeres solteras por aquí. Es un lugar para familias y parejas.

—No necesito demasiadas opciones.

—¿No?

—No. —Su hoyuelo se volvió más profundo—. Solo necesito una.

El hormigueo que sentí en el pecho tras esas simples palabras debería ser ilegal. Una sonrisa se dibujó en mi cara y permaneció ahí mientras nos adentrábamos en la multitud. El ruido dificultaba mantener una conversación, así que nos sumergimos en un cómodo silencio.

Era una locura pensar cómo habíamos pasado de tener un sexo alucinante y estruendoso anoche a esto, pero funcionaba. Había tenido relaciones en las que solo recurría a la otra persona por una razón. En algunos casos había sido por sexo, en otros por consuelo y en otros por comida y fiesta.

Pero Vincent lo abarcaba todo. No importaba la situación, siempre quería que estuviera a mi lado.

—Mi padre ha venido a mi casa esta mañana —le dije cuando llegamos a un rincón más tranquilo del mercado—. Me ha contado lo que le dijiste. —Le hice un breve resumen de nuestra conversación.

—Me alegro de que hayáis hecho las paces. Casi tanto como me alegro de que no me diera un puñetazo.

—¿Qué habrías hecho si fuera el caso?

—Lo habría afrontado —dijo Vincent—. Al fin y al cabo, era una elección. Te elegí a ti.

«Te elegí a ti».

Una cosa era oír a mi padre contarlo y otra muy distinta era oírlo de la boca del propio Vincent. Lo dijo con tanta naturalidad como si fuera una conclusión inevitable y él no fuera la primera persona que me había elegido como su prioridad.

Algo se rompió dentro de mí. Respiré hondo para calmar el dolor, pero, a pesar de las gélidas temperaturas, por dentro era un montón de gelatina derretida.

Vincent y yo nos detuvimos en un puesto de chocolate caliente para tomar algo. Nos lo bebimos a sorbos mientras observábamos pasar a los demás clientes. Era un día acogedor y tranquilo, justo lo que necesitaba, pero al final saqué el tema de la llamada de mi madre. Tenía que hacerlo.

—Hablé con mi madre cuando mi padre se marchó. —Envolví con las manos mi vaso de poliestireno para dejar que el calor me calentara las palmas—. Tiene una cesárea programada para el mes que viene y quiere que esté presente en el parto.

—¿En California? —Vincent arqueó las cejas—. ¿Fue así la primera vez?

—Sí —admití—. Por aquel entonces todavía vivía en San Diego, así que no fue para tanto. Debería volver a ir, ¿no? Ni que tuviera trabajo. Me vendrá bien ver a Charlie. Es mi hermano. Hace mucho que no voy de visita.

Vincent frunció el ceño. No habló hasta que tiramos los vasos vacíos a la basura y continuamos con nuestro paseo por el mercado.

—¿Ella te ha hecho alguna visita desde que te mudaste aquí? —preguntó.

—No, pero no es fácil volar con un niño.

—Tampoco es fácil volar a la otra punta del mundo para proporcionar apoyo moral. Su marido debería estar ahí con ella. Él es el padre.

—Y lo hará, pero también quiere que esté yo. Mi madre es así. —Me detuve en un puesto para examinar un llavero de Papá Noel. No estaba interesada en comprarlo, pero me dio una excusa para evitar la mirada astuta de Vincent—. Es el centro de su mundo.

—Claro, no del tuyo. No tienes por qué dejarlo todo y salir corriendo cada vez que te llama.

—Quizá no, pero sigue siendo mi madre y echo de menos a Charlie. Aunque el resto del viaje sea un asco, me alegraré de verlo.

Vincent abrió la boca con la intención de seguir discutiendo, pero lo interrumpió una exclamación jovial.

—¡¿Brooklyn?!

Nos giramos al mismo tiempo. La expresión de Vincent se endureció mientras yo dirigía la atención hacia la cabeza familiar de pelo castaño rojizo que se acercaba a nosotros con entusiasmo.

—¡Mason! —Mi voz se iluminó con sorpresa—. Hola.

Nuestros mensajes se habían interrumpido después de que rechazara su invitación para cenar. Pensé que podría guardarme rencor por haberlo rechazado, pero parecía realmente contento de verme.

—Hola. —Sonrió—. Me alegro de verte. A ti también, Vincent —añadió.

Vincent le devolvió una sonrisa forzada.

—¿Cómo estás? —le pregunté solo por cortesía. Mason me caía bien, pero prefería estar a solas con Vincent.

Mientras Mason se sumergía en un monólogo sobre su vida, mi mirada se fijó en la bolsa de compras que llevaba en la mano. Era de un vendedor de artículos deportivos de colección. De entre un montón de papel de seda blanco asomaban una bufanda y una camiseta del Blackcastle.

—¿Así que al final te has aficionado al fútbol, eh? —dije cuando terminó su historia sobre la reciente fiesta de Navidad de su empresa con temática de jerséis feos.

—¿Qué? —siguió mi mirada y se sonrojó—. Ah, sí, todos en mi oficina están obsesionados. Creo que debería empezar a verlo si quiero encajar. —Sacó la camiseta de la bolsa y se la tendió a Vincent—. En realidad, odio pedirte esto, pero ¿te importaría

firmármela? Mi jefe es muy fan y va a alucinar. Me vendría bien ganar puntos.

La sonrisa sin dientes de Vincent fue aún más tensa la segunda vez.

—¿Tienes un rotulador?

—Sí. Un segundo. —Mason se sacó un rotulador del bolsillo—. Siempre llevo uno encima. También una libreta. Las ideas de marketing pueden surgir en cualquier momento.

Vincent garabateó su autógrafo en la camiseta con un poco más de fuerza de la necesaria.

—¡Gracias! —Mason parecía ajeno a la hostilidad apenas disimulada de mi novio—. No os entretengo más. Tengo muchas cosas que comprar. Ha sido genial veros a ambos. Felices fiestas.

Le hice un gesto de despedida.

—Felices fiestas.

—No me cae bien —dijo Vincent en cuanto Mason estuvo demasiado lejos para oírlo.

Reprimí una risa ante su tono gruñón.

—Ya me lo habías dicho.

—Pues me reitero. No me cae nada bien.

—¿Es porque me invitó a salir aquella vez? —dije para provocarlo.

Lo dije en broma, pero un rubor apagado le tiñó los pómulos a Vincent.

—No.

—Mmm.

—No soy tan celoso.

—Está bien.

—Solo estaría celoso de alguien a quien considerara una amenaza, y no es el caso. Parece el muñeco Chucky en persona.

No pude seguir conteniendo la risa.

—Eso no es cierto.

—Estás cegada porque va de chico majo. Confía en mí, ese tío es raro.

Antes de que pudiera responder, percibí un movimiento por el rabillo del ojo. Una mujer cercana nos estaba mirando boquiabierta. Le dio un codazo a su pareja, quien miró a Vincent y se quedó pasmado.

Mierda. Que Vincent firmara la camiseta de Mason debía de haberlo delatado.

—Oh, no. Creo que te han descubierto. No, no mires —susurré con firmeza cuando Vincent giró la cabeza—. Tenemos que salir de aquí antes de que te asalten.

La pareja le dio un toque a uno de sus amigos en el hombro. El amigo también se quedó boquiabierto al ver a Vincent. El trío comenzó a avanzar hacia nosotros con expresión decidida.

—Sí. Definitivamente es hora de irnos. —Vincent tomó mi mano y me arrastró entre la multitud.

Miré por encima del hombro.

—Dios mío, nos están siguiendo. —Aceleramos el paso y casi atropellamos a varios transeúntes en el proceso—. Esto es una locura.

—La gente está loca, sobre todo durante las fiestas. —Vincent siguió mi mirada hacia atrás—. Joder, son rápidos. ¿Están puestos de cocaína?

—Es probable —jadeé. No había planeado hacer cardio hoy, pero me sentía como si nos hubieran metido en una película de acción cuando echamos a correr a través del mercado.

—¡Vincent! —gritó la mujer—. ¡Vincent, te queremos!

No era gracioso, pero lo absurdo de la persecución me hizo soltar una risita. Los labios de Vincent se movieron ligeramente, pero

contuvo la risa mejor que yo.

Después de lo que pareció una eternidad, aunque en realidad fueron menos de diez minutos, salimos del mercado y entramos en un callejón tranquilo. Ya no podíamos oír los gritos del trío de aficionados y, cuando me asomé por la esquina de la pared, solo vi a una anciana con su perro y a una pareja de adolescentes con gorros de lana a conjunto.

—Creo que los hemos despistado.

Me volví hacia Vincent de nuevo mientras recuperaba poco a poco el aliento tras nuestro inesperado esprint.

Pero el momento no duró mucho. Bastó una sola mirada para que estalláramos en carcajadas ante la situación. Ser perseguido y acosado por fans era un problema real para él, pero, a la mierda, reír era mejor que llorar.

—Huir de fans excesivamente entusiastas juntos es un hito en una relación —dije mientras recuperábamos la compostura. Me limpié una lágrima del ojo con las mejillas doloridas de tanto reír—. Nuevo momento romántico en pareja desbloqueado.

La boca de Vincent se curvó de nuevo.

—Pareja —dijo—. Me gusta cómo suena eso.

Mi corazón se detuvo un instante antes de latir al doble de velocidad.

—¿Sí?

—Sí. —Me enmarcó el rostro con las manos y me besó con una minuciosidad lenta y deliciosa.

Así, de repente, olvidé la persecución, a Mason e incluso a mi madre.

Entrelacé los brazos alrededor de su cuello y le devolví el beso mientras mi cuerpo se derretía contra el suyo.

Quizá era nuestro segundo beso en la calle después de Budapest, pero fue tan increíble como el primero.

29

Vincent / Brooklyn





Vincent

—¡Vamos, Blackcastle!

—¡Venga!

—¡Queremos un gol!

Los gritos y cánticos de las gradas se mezclaban con el ruido de fondo. El sudor me caía en los ojos. Me ardían los pulmones, pero tenía más energía que la mitad de los jugadores del campo.

Era 26 de diciembre, el día de nuestro primer partido después de las vacaciones y jugábamos en casa. Eso tendría que habernos otorgado cierta ventaja respecto al Newcastle, pero seguíamos empatados cero a cero a diez minutos de terminar la segunda parte, sin contar el tiempo añadido.

Uno de sus delanteros recortó hacia dentro desde la banda derecha y se coló entre nuestros centrales. Retrocedí, intercepté y le pasé el balón a Stevens. Él se lo pasó a Asher, quien corrió hacia la portería, pero no consiguió atravesar la defensa del otro equipo.

El partido siguió desarrollándose como los ochenta minutos anteriores, con los dos equipos intercambiando la posesión del balón, pero incapaces de marcar.

Notaba que la frustración iba en aumento, tanto en el campo como en las gradas. Un empate era mejor que una derrota, pero nadie quería irse sin haber marcado ningún gol durante el primer partido tras la Navidad.

El delantero rival se abrió paso por el centro del campo y corrió por la banda izquierda con el balón.

No pensé, solo corrí.

Me dolían los músculos, pero me esforcé aún más con los ojos puestos en el balón mientras se preparaba para chutar. Si acertaba con el ángulo, entraría.

No podía permitirlo.

Me deslicé en el momento perfecto para que mi pie rozara el balón y se desviara en el instante en que él lo chutara.

Sin embargo, antes de poder recuperar el equilibrio, su rodilla impactó contra mis costillas y me tiró hacia atrás. Un dolor agudo estalló en mi costado mientras caía al suelo.

Mis compañeros me rodearon, pero, por una vez, no tuvieron que discutir. El árbitro pitó y tomó una decisión rápidamente.

Falta. Nos concedieron un penalti.

El estadio estalló en vítores y, tras una breve deliberación, el equipo decidió que yo debería chutar el penalti, aunque ese honor solía corresponderle a Asher o Gallagher.

Sin embargo, había lanzado muchos penaltis a lo largo de mi vida y, gracias al incansable acondicionamiento del entrenador durante las vacaciones, seguía siendo el jugador más fresco del equipo a estas alturas del partido.

Respiré hondo y me preparé para tirar a puerta. Noté el estómago revuelto mientras intentaba acallar el ruido.

—¡Vamos!

—¡Métela!

—¡Tú puedes, DuBois!

Había jugado cientos de partidos, estaba acostumbrado a actuar bajo el ojo público, pero había momentos en que me impactaba realmente el peso de todas las miradas. Setenta mil pares de ojos todos puestos en mí. Y eso sin contar a la gente que lo estaba viendo desde casa.

La presión por marcar me oprimía el pecho. Todos los jugadores la sentíamos, pero, como capitán, la mía era aún mayor.

«Todo el mundo está mirando, no la fastidies».

«Mereces estar ahí».

«No mereces estar ahí».

«Si no marcas, todos sabrán que eres un fraude».

Las voces invadieron mi cabeza antes de que pudiera acallarlas. No era el momento de dejar que se interpusiera el síndrome del impostor.

Tenía que marcar un gol.

Me obligué a respirar de nuevo hasta que los gritos de la multitud se convirtieron en un rugido amortiguado por los fuertes latidos de mi corazón. Noté una ligera brisa en la nuca. Me concentré, calculé el ángulo, la curvatura y la distancia hasta la red.

Mi pie impactó con el balón en un chute limpio. Atravesó el aire a cámara lenta, superó el muro defensivo del otro equipo y voló hacia

el portero. Intentó detenerlo, pero solo consiguió rozar el balón con las yemas de los dedos antes de que se hundiera hasta el fondo de la red.

Hubo un instante de silencio antes de que oleadas de vítores ensordecedores sacudieran el estadio. La amortiguación de la concentración se desvaneció y el sonido me invadió de golpe mientras mis extasiados compañeros me rodeaban.

Se me dibujó una sonrisa en la cara cuando por fin asimilé la emoción del gol.

Lo había conseguido, joder.

—¡Toma esa! —gritó Samson—. ¡Eso sí que es chutar!

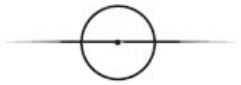
—No ha estado mal. —Asher me dio una palmadita en la espalda con una sonrisa—. No lo has hecho tan bien como yo, pero no ha estado mal.

—Vete a la mierda, Donovan —bromeé.

Reanudamos el partido, pero la energía se notaba más animada, al menos por nuestra parte. Teníamos unos minutos y el tiempo añadido, pero era más fácil defenderse cuando íbamos ganando que intentar marcar un gol para romper un empate.

Los jugadores del otro equipo estaban cansados y con la moral baja, pero ¿nosotros?

Habíamos vuelto, joder.



Brooklyn

El silbato sonó minutos después del penalti de Vincent y se volvió oficial.

El Blackcastle había ganado.

—¡Sí! —Seth levantó los puños en el aire—. ¡Así se hace! ¡Vamos, joder!

Me llevé la mano a la boca intentando disimular la sonrisa, pero no pude hacerlo. Me vibraba el cuerpo con tanta emoción que no sabía cómo expresarla, así que me quedé ahí sonriendo como una tonta mientras el resto del equipo lo celebraba en los laterales.

Los jugadores del Blackcastle habían levantado a Vincent y lo paseaban por el campo como a un héroe al regreso de una ardua batalla. Su sonrisa me deslumbraba incluso a diez metros de distancia y me sentía tan orgullosa que podría explotar.

Siempre había sido y siempre sería fan del Blackcastle, pero ver los partidos era una experiencia diferente cuando jugaba mi novio. Las celebraciones eran más alegres y los momentos de bajón, más duros. Me sentía como si estuviera en el campo con él y no lo aceptaría de otro modo.

Conseguí salir por fin de mi aturdimiento y pasé junto a un Seth emocionado para acercarme a mi padre. Estaba hablando con Greely, quien se disculpó rápidamente cuando vio que me acercaba.

—Enhorabuena —le dije—. Ha sido una gran victoria.

—No ha estado mal —gruñó mi padre, a pesar de que le brillaban los ojos con orgullo.

Nuestra relación había mejorado enormemente desde la charla durante las vacaciones. Habíamos acordado cenar juntos una vez a la semana y estaba prohibido hablar de fútbol durante la cena. Además, había dejado de fruncir el ceño cada vez que le decía que iba a salir con Vincent.

No era una relación perfecta, pero lo estábamos intentando y eso era lo único que importaba.

—¿Vas a venir a cenar esta noche? —pregunté.

—Ya lo veremos. Primero tengo que acabar unas cosas del trabajo. Si termino a tiempo, me pasaré.

El equipo había tenido entrenamiento el día de Navidad, así que Asher y Scarlett habían organizado una cena especial en su casa esa noche. Estaban invitados todos los del Blackcastle, miembros del personal incluidos.

No me extrañaba que mi padre se mostrara dudoso respecto a la cena. Evitaba las multitudes siempre que podía y, como habíamos tenido una bonita cena padre e hija la noche anterior, no me molestaba que se perdiera lo que seguro que iba a ser una fiesta escandalosa.

—Avísame. Te guardaré un plato si puedo —le dije—. Aunque no te garantizo nada, estos chicos son como lobos con la comida.

Sonrió con superioridad.

—Lo haré.

Cuando se marchó para la conferencia de prensa posterior al partido, fui a ver a Jones por si necesitaba algo (no era el caso) antes de reunirme con Scarlett y Carina fuera del estadio. Íbamos a ir a casa de Scarlett pronto para ayudar con los preparativos mientras los jugadores recogían y hablaban con los medios.

Me abrazaron con las mejillas rojas por el frío, a pesar de las gruesas bufandas moradas y negras del Blackcastle que llevaban alrededor del cuello.

—Propongo construir una cúpula gigantesca por encima del estadio para los partidos de invierno —comentó Carina mientras íbamos de camino a mi coche—. Con calefacción interior. ¿Qué os parece?

Me reí.

—Lo pondré en el buzón de sugerencias. Puede que a Vuk Markovic no le importe soltar cientos de millones para construir esa cúpula.

—Pues sí, porque no podemos seguir así. —A Carina le castañeaban los dientes—. Creo que empiezo a entrar en un severo estado de congelación.

—Te compraré un calefactor portátil por tu cumpleaños. Así no te pasarás todo el partido quejándote —dijo Scarlett con alegría—. Además, solo para que lo tengas en cuenta, en la Antártida hace mucho más frío.

—Es diferente —repuso Carina—. Allí hay pingüinos. Aquí no hay ningún pingüino que compense el frío.

—Puede que no opines lo mismo si empiezas a salir con algún jugador —bromeé—. Pueden ser tu versión londinense de un pingüino.

—¡Ja! —resopló—. Lo dudo. No son ni la mitad de adorables.

A pesar de sus palabras, noté que un leve rubor le teñía las mejillas, pero me callé..., por el momento.

Nos metimos en mi sedán. Scarlett se sentó detrás en el centro, como siempre. Desde el accidente, los coches le causaban ansiedad. Yo era una de las pocas conductoras en las que confiaba y me aseguraba de ser extremadamente cuidadosa con los límites de velocidad cuando venía conmigo.

Carina ocupó el asiento del copiloto y nos pusimos en marcha.

Mis nervios aumentaron conforme nos fuimos acercando a casa de Scarlett. Vincent y yo habíamos pasado la mayor parte de las vacaciones juntos y había sido como un sueño lleno de cenas prolongadas y paseos por la ciudad. Sin embargo, me había dicho

una cosa a la que llevaba una semana dando vueltas y ya no podía seguir fingiendo.

—¿Tu padre ha confirmado su asistencia? —Miré a Scarlett por el retrovisor.

Asintió.

—Se muere de ganas de conocerte.

—Ah, genial. —Intenté no entrar en pánico y me centré en la carretera.

Ya conocía a la madre de Scarlett y Vincent, pero no había visto nunca a su padre. Vivía en París y normalmente alternaban las vacaciones entre el uno y el otro, pero ese año había decidido volar a Londres para celebrar la Navidad con ellos y su exmujer. Era algo importante.

—No te preocupes, te adorará —me tranquilizó Scarlett al captar mi evidente ansiedad.

—Si no lo hace, es que tiene mal gusto —añadió Carina.

Forcé una risita.

—Claro.

A su madre le caía bien, así que también le caería bien a su padre, ¿verdad? Aunque estaban divorciados, quizá tuvieran gustos diferentes en cuanto a las personas.

Se me encogió el estómago. Nunca me había sentido tan nerviosa al conocer a los padres de nadie, pero tampoco me había gustado ningún chico tanto como Vincent. ¿Y si su padre me odiaba? ¿Y si consideraba que no era lo bastante buena para su hijo y le decía que me dejara?

Teniendo en cuenta lo que me habían dicho Scarlett y Vincent sobre su padre era poco probable, pero no imposible.

Los padres de Scarlett se habían perdido el partido para preparar la comida y sus coches ya estaban aparcados cuando llegamos a la

casa.

—¡Chicas! ¡Qué alegría veros! —La madre de Vincent fue la primera en saludarnos cuando entramos. Abrazó a Scarlett y Carina antes de detenerse ante mí—. Mírate, eres aún más guapa de lo que recordaba. —Me dio un fuerte abrazo a mí también. Medía poco más de metro y medio, pero su gran personalidad eclipsaba su reducida estatura. Sus rizos cortos y rubios olían a laca frutal y su chaqueta dorada de lentejuelas brillaba tanto que me arrepentí de no haber traído mis gafas de sol.

Sonreí y le devolví el abrazo.

—Gracias, señora Hughes. Usted también está estupenda. Felices fiestas.

—Felices fiestas, querida. —Retrocedió con los ojos brillantes—. Debo decir que estoy encantada de que Vincent haya recapacitado y te haya fichado. Siempre pensé que formaríais una buena pareja.

—Deja tranquila a la pobre chica, Emily —interrumpió una voz con un fuerte acento francés antes de que pudiera responder—. Acaba de entrar y ya la estás atacando.

La sonrisa de Emily se desvaneció y se giró para fulminar a alguien con la mirada.

—No la he atacado, solo la he saludado. ¿Tanto tiempo llevas apartado de la civilización para no ver la diferencia?

—Me disculpo en nombre de mi exmujer. —Un hombre atractivo con el cabello oscuro se acercó con un jersey navideño azul y una copa de vino—. Se emociona demasiado. Yo no. Es uno de los motivos por los que nos divorciamos. Por eso y porque odio los púdines de sangre que a ella le encantan.

Emily puso los ojos en blanco y masculló algo sobre su horrible gusto por lo bajini.

El hombre la ignoró y me tendió la mano.

—Soy Jean-Paul, el padre de Scarlett y Vincent. Tú debes de ser Brooklyn.

—Sí que lo soy. —Me sonrojé y le estreché la mano—. Es un placer conocerle, señor.

—Por favor, llámame solo JP. Mi padre es el único señor de la familia —dijo amablemente—. Así que tú eres la chica que le ha robado el corazón a mi hijo. Estoy impresionado. Creía que se lo estaba inventando para que dejáramos de decirle que sentara la cabeza.

—Ah, aún es demasiado pronto para eso. Todavía está en periodo de prueba. Si se le olvida recoger los calcetines o bajar la tapa del váter, puede que lo devuelva —bromeé un instante antes de quedarme paralizada, preocupada de repente por si había cruzado una línea con alguien que todavía no estaba familiarizado con mi sentido del humor.

JP parpadeó, pero a continuación soltó una carcajada y sonreí, aliviada. Aunque no era el padre biológico de Vincent, compartían la misma risa contagiosa e increíblemente encantadora.

Tras charlar un poco más, Scarlett, Carina y yo nos separamos para cambiarnos y prepararnos para la fiesta. Acabábamos de bajar para empezar a ayudar a Emily con la decoración cuando se oyeron varios portazos de coches en el exterior.

—¡Ha llegado la caballería! —Adil irrumpió en la casa con aire dramático—. ¡Que empiece la fiesta!

—Perfecto. —Scarlett se acercó a él y le puso un ramo de flores en los brazos—. Puedes ayudar a preparar la mesa. Necesitamos más centros.

Se le descompuso la cara.

—Pero yo iba a ser el DJ.

—Podrás hacer de DJ cuando esté la mesa puesta.

Se animó de nuevo.

—Hecho.

El resto de los jugadores entraron en tropel tras él, claramente entusiasmados por la victoria. Todos se habían quitado la equipación para ponerse ropa festiva. No estaban todos, pero sí una buena parte del equipo, incluidos Samson, Seth y Noah.

Vincent fue el último en entrar, pero vino directo hacia mí antes de saludar a nadie más.

—Aquí está el jugador del día. —Me puse de puntillas para darle un beso—. Me sorprende que tus compañeros te hayan permitido tocar el suelo lo suficiente para conducir. Creía que iban a traerte en volandas.

—¿Qué puedo decir? Tu novio es muy bueno —presumió.

—Querrás decir muy arrogante.

—No son mutuamente excluyentes. —Se inclinó para darme un beso más largo e intenso—. Hola, por cierto.

Noté mariposas revoloteando en el estómago.

—Hola —susurré.

Cuando nos separamos, me di cuenta de que el vestíbulo había quedado en completo silencio. Los demás invitados nos rodeaban en círculo con sonrisas burlonas.

—¿Puedo hacer algo por vosotros? —preguntó Vincent y me pasó un brazo por los hombros con aire protector.

—Estamos disfrutando de la imagen de nuestro capitán enamoraaaaado. —Samson sonrió mientras los demás silbaban y nos lanzaban besos.

Se me encendieron las mejillas. Nuestra relación ya era un secreto a voces, pero era la primera vez que nos besábamos delante del equipo. Tendría que haberme imaginado que se burlarían de nosotros.

—¿Cuántos años tenéis? ¿Doce? —espetó Vincent con sequedad —. ¿Nunca habíais visto un beso?

—Entonces, ¿es oficial? —Stevens había traído a su cerdito, Trufa, quien nos miraba desconcertado desde sus brazos—. ¿Estáis juntos?

Vincent estrechó el brazo a mi alrededor.

—Maldita sea, no es que sea asunto tuyo, pero sí.

—¡Vincent! ¡Esa lengua! —lo regañó su madre.

—Ha dicho «maldita sea», no «mierda» o «joder». —JP tomó un sorbo de vino—. Había olvidado lo estricta que eras.

—Bueno, disculpa por querer que nuestro hijo se comporte como un auténtico caballero. No todos pueden soltar palabrotas y fumar como chimeneas, Jean-Paul.

Mientras los padres de Vincent discutían, el resto del equipo siguió con sus bromas.

—Menos mal que el entrenador no está aquí porque te enterraría vivo por haberte atrevido a tocar a su hija —bromeó Gallagher.

—A mí me parece adorable. Era cuestión de tiempo. Lleváis meses mareando la perdiz. —Adil levantó la cámara—. ¡Sonreíd! Voy a añadirla al álbum de fotos del equipo.

—Perdónalos por esto —me susurró Vincent al oído—. Son unos inmaduros, pero es un rito de iniciación para todas las novias.

—No pasa nada. Mejor eso que las novatadas.

Se rio.

—Vale, ya es suficiente. —Emily dio una palmada y las bromitas se detuvieron—. ¡Todo el mundo manos a la obra! Tenemos que terminar la cena de Navidad.

Los jugadores se acercaron a ella. Era un evento solo para amigos y familiares sin proveedores externos, así que la cena dependía de nosotros. Sin embargo, no tardamos demasiado en decorar y había tantos pinches en la cocina que Emily acabó echando al resto.

Como no tenía nada más que hacer, me ofrecí a cuidar de Trufa mientras Adil liaba a Stevens para terminar la lista de reproducción.

Las dulces melodías de Mariah Carey sonaron por toda la casa, seguidas de una especie de rap en francés y *Jingle Bell Rock*.

—Ah, pequeño, ¿la música está demasiado fuerte para ti? No pasa nada, ven aquí. —Saqué a Trufa de debajo de la mesa, donde estaba temblando con su jersey navideño. Al parecer, no le gustaban demasiado los villancicos.

Me miró con cautela antes de inclinarse hacia mis manos.

—Ven aquí, eso es —dije mientras terminaba de salir de debajo de la mesa. Gruñó felizmente mientras le acariciaba la cabeza, pero levantó las orejas cuando vio entrar a Vincent.

Trufa corrió de inmediato hacia él. El cerdito frotó la nariz contra su espinilla y gruñó.

—Hola, amiguito. —Vincent lo tomó en brazos, lo que le valió más gruñidos y algo que parecía un ronroneo. No sabía que los cerdos pudieran ronronear.

—Eres como el susurrador de cerdos —comenté, maravillada.

—¿Qué quieres que diga? Trufa tiene buen gusto. —Acarició la cabecita del entusiasmado cerdito—. Te echaba de menos, pequeño. Espero que Stevens te esté tratando bien. Aunque ha sido un capullo al ponerte un jersey tan feo.

Trufa gruñó mostrando su acuerdo.

Se me derritió el puto corazón. A algunas mujeres les gustaba ver a los tíos con bebés, pero ver a Vincent acariciando a ese cerdo en miniatura hizo que me explotaran los ovarios. Era dominante en el campo, pero su lado suave fuera de él era aún más atractivo.

Nos sentamos juntos en el sofá mientras esperábamos a que terminaran la cena.

—Me acaba de escribir mi padre —dije al comprobar el móvil—. No vendrá, sigue en su despacho.

—No puedo decir que me sorprenda —dijo Vincent—. Con la gala ya tuvo socialización suficiente para todo el año.

—Cierto. —Apoyé la cabeza en su hombro mientras él me abrazaba con el brazo libre. El fuego chisporroteaba a metro y medio de distancia y me proyectaba un resplandor cálido en la cara y el pecho.

Era la viva imagen de la felicidad.

—¿Cómo te fue la cita con la mujer de leopardo? —pregunté.

Vincent había tenido la cita de la subasta a principios de semana. Quería acabar con ello cuanto antes, así que había convencido a la ganadora para hacer algo antes de Navidad, pero no había tenido la oportunidad de contármelo porque estaba demasiado ocupado preparándose para el partido.

—No tan mal como pensaba. Se contuvo cuando le dije que tenía novia, aunque eso no le impidió darme su número al final de la noche. ¿Sabías que ni siquiera es de Londres? Viene cada año desde Nueva York para la subasta.

—Vaya. —Parpadeé—. Eso sí que es dedicación.

—Sí. —Vincent titubeó y, acto seguido, preguntó—: Hablando de viajes, ¿ya tienes los billetes para ir a California?

Esperaba que no notara que se me habían tensado los hombros.

—Sí, me iré el viernes anterior de la fecha programada.

Había accedido oficialmente a estar allí para la cesárea de mi madre, pero contaba los días como una condenada a muerte esperando el fin.

—Míralo por el lado bueno. —Vincent me frotó el brazo con aire tranquilizador. Estaba claro que se había dado cuenta—. Al menos, el tiempo allí será más agradable.

Me reí a regañadientes.

—Cierto.

La melodía familiar de su móvil interrumpió nuestra conversación. Vincent respondió con el rostro pálido.

—Es Smith.

Me enderecé y lo miré, sorprendida. Vincent le había reenviado a Smith el extraño mensaje que había recibido en Budapest, pero aparte de una confirmación de recepción, el inspector no había dicho nada más.

Si llamaba el día después de Navidad debía de ser por algo importante, ¿verdad?

Cogí a Trufa de los brazos de Vincent mientras él respondía y saludaba a Smith. No dijo mucho más aparte de «sí» y «ya veo» durante la conversación. Su expresión tampoco delataba nada.

Abracé a Trufa contra mi pecho con el corazón latiéndome con fuerza.

—Lo entiendo —dijo Vincent—. Voy enseguida.

—¿Qué ha pasado? —espeté la pregunta antes de que llegara a colgar. No pude evitarlo. Estaba demasiado nerviosa para esperar.

Vincent me miró. Su impasibilidad se disipó y me mostró una mezcla de alivio y asombro.

—Han encontrado al intruso.

30

Vincent



Cuarenta minutos después de recibir la llamada de Smith, Brooklyn y yo estábamos sentados en su despacho mientras nos explicaba la situación. Me había dado algunos detalles difusos por teléfono junto con la promesa de profundizar en persona.

—Tardamos bastante, pero logramos rastrear al número hasta el móvil de prepago del intruso —dijo—. Cometió el error de conectarse a internet con ese móvil. Encontramos la dirección IP y, por consiguiente, a él. El mensaje en sí no es lo bastante incriminatorio para arrestarlo, pero lo utilizamos para conseguir una orden y registrar su casa. Encontramos esto en su habitación.

Smith deslizó una foto sobre la mesa. Brooklyn y yo nos inclinamos para verla mejor. Su agudo jadeo reflejó el nudo que se me formó en el estómago.

La foto mostraba un santuario dedicado a mí. No había otra forma de describirlo. Una enorme foto mía enmarcada descansaba contra la pared. Estaba rodeada de recortes de periódicos, objetos firmados

y un *collage* de fotos de *paparazzi*. Reconocí botes de la colonia que representaba como embajador de la marca y un muñeco mío de edición limitada que había salido al mercado unos años atrás. No era el muñeco de ganchillo que había dejado en mi casa, pero era tan parecido que un escalofrío me recorrió la columna.

—Dios mío —dijo Brooklyn—. Es...

—Perturbador, sí. —Smith nos mostró otra foto desde el otro lado de la mesa—. ¿Lo reconocéis?

Miré fijamente la foto. Un hombre con una camiseta del Blackcastle me devolvió la mirada. Parecía que tenía alrededor de cuarenta años. Ojos marrones apagados, pelo del color del agua sucia y una cara que solo era única por su falta de particularidad. Si me lo hubiera cruzado por la calle, no me habría fijado en él.

Sacudí la cabeza.

—No tengo ni idea de quién es.

—Ethan Brown. Es el gerente de una oficina de una empresa de papel. Posee un pase de temporada del Blackcastle, tiene un blog *amateur* sobre deporte y es un fan incondicional. Ha confesado que contrató a un *hacker* para conseguir tu número de teléfono privado y que rebuscó entre tu basura para conseguir los objetos que conforman su santuario DuBois.

—Dios. —La bilis me subió por la garganta.

—Lo hemos acusado de allanamiento y adquisición y uso indebido de información personal. Te recomiendo que solicites una orden de alejamiento.

—¿Qué significan esos cargos? ¿Podrá ir a por Vincent mientras está a la espera de juicio? —preguntó Brooklyn.

Había insistido en venir conmigo. No me había opuesto. Era la única persona en la que confiaba para mantenerme cuerdo en situaciones como esta.

—No habrá ningún juicio —dijo Smith—. El allanamiento es un delito civil. A pesar de que la obtención de información privada incumple la Ley de Protección de Datos, no requiere encarcelamiento, sobre todo porque Vincent no resultó herido. Lo máximo que podemos hacer es ponerle una multa.

El estómago me dio un vuelco. ¿Eso era todo? Tras meses de ansiedad y tensión, ¿el intruso solo iba a recibir una multa y un tirón de orejas?

—¿Qué hay del allanamiento? —dije—. Dejó un muñeco en mi casa.

—No ha admitido ese delito, probablemente porque sabe que conlleva una pena mayor. Todavía no tenemos pruebas concluyentes que lo asocien con el allanamiento, pero las encontraremos. Ahora ya sabemos quién es. —Smith volvió a meter las fotos en una carpeta—. Por eso te recomiendo que solicites la orden de alejamiento. Si la incumple nos ayudará a atraparlo.

—¿Ha dicho por qué está obsesionado con Vincent en particular? —preguntó Brooklyn con el ceño fruncido—. ¿Cuál es el sentido de todo esto si Ethan no quiere nada de él?

—Los fans suelen desarrollar relaciones parasociales con las celebridades. A veces cruzan los límites, como en este caso —respondió Smith—. No hay otra razón ni explicación.

Todo aquello me resultó decepcionante, pero supuse que era mejor que el circo mediático que conllevaría un juicio. Rellené unos formularios, le di las gracias a Smith por su ayuda y me marché.

—No me puedo creer que hayan atrapado al intruso —dijo Brooklyn de camino a mi coche—. Estaba convencida de que se habían olvidado del caso.

—Yo también. —Me hice una nota mental para llamar mañana a mi abogado y solicitar esa orden judicial lo antes posible—. Supongo

que eso es todo. Caso cerrado, mientras ese tío deje de acosarme.

—Creo que lo hará. Ahora que sabe que la policía lo tiene en el punto de mira, no será tan estúpido como para intentar algo nuevo.

—Quizá. —Pero algo no encajaba en mi mente, una pieza del puzle que se había quedado atascada como un hilo enganchado en un clavo—. ¿No te parece raro que se tomara tantas molestias para cubrir sus huellas con el muñeco y la foto, pero fuera tan descuidado como para usar internet desde su móvil de prepago?

—Un poco —admitió—. Pero todo el mundo se equivoca tarde o temprano. Quizá no sabía que se podía rastrear un móvil de prepago a través del uso de internet. Yo no me preocuparía demasiado. Disfruta de ser libre por ahora.

Llegamos a mi coche.

—Quizá.

—Lo mejor es que ya no tienes que vivir con mi padre..., a menos que quieras —bromeó Brooklyn—. Seguro que os habéis unido mucho gracias a esas carreras matutinas.

—Claro, estamos tan unidos como un secuestrador y su cautivo.

Se rio. Mis labios se curvaron en respuesta.

Tenía razón. Debía dejar de darle vueltas a la situación y aceptar la victoria. Si Ethan resultaba ser un monstruo vengativo que ni siquiera se rendía con una orden..., bueno, ya pelearía esa batalla cuando llegara.

Era Navidad. Habíamos ganado nuestro primer partido después de las vacaciones y estaba con la chica de mis sueños. No iba a arruinarlo todo preocupándome por una hipótesis.

—A mis padres les caes bien —dije mientras encendía el motor y salía a la carretera—. Normalmente están de mal humor cuando están cerca el uno del otro, pero dejaron de discutir el tiempo suficiente para hablar contigo. Es impresionante.

—A mí también me caen bien. Me parecen graciosísimos. —Su voz se suavizó—. Pero el divorcio debió de ser duro para ti y para Scarlett.

—El divorcio en sí fue bastante civilizado, pero lo más difícil fue mudarnos a otro país. —Le dediqué una sonrisa ladeada—. Viendo el lado positivo, aprendí a hablar francés con fluidez. Las chicas lo adoraban cada vez que viajaba al extranjero.

—Claro, eso era lo que te importaba. —Brooklyn puso los ojos en blanco, aunque su rostro estaba lleno de buen humor—. En serio, me encanta que tus padres puedan estar en la misma habitación. Los míos ni siquiera soportan oír el nombre del otro.

—¿Tan mala fue su separación?

—Oh, sí. Mi madre no ha pisado el Reino Unido en veinte años y odia el fútbol con todas sus fuerzas. Pero, por lo que me han contado, nunca fueron compatibles como pareja. Sus personalidades eran demasiado diferentes. Pero también eran jóvenes y guapos, y... pasaron cosas. Luego me tuvieron a mí y quedaron atados de por vida. —Su boca se torció en una sonrisa irónica—. No creo que mi madre me haya perdonado nunca por eso.

Tenía muchas cosas que decir sobre su madre, pero me las guardé..., por ahora.

—Tiene suerte de tenerte.

—Quizá. —Brooklyn se quedó mirando por la ventana. El rastro de tristeza en su voz provocó que quisiera subirme a un avión rumbo a California en ese mismo segundo. Se podían ir a la mierda los buenos modales. Cualquiera que tratara a Brooklyn tan mal como su madre se merecía un ataque verbal.

Como no podía hacer eso, me conformé con la segunda mejor opción.

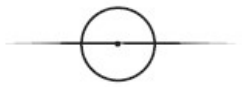
—¿Quieres volver a la fiesta o te apetece ir a otro sitio?

Para poder irnos, nos habíamos inventado una excusa barata sobre ayudar al entrenador con «una emergencia de trabajo». Eso había sido hacía casi dos horas. Seguro que la fiesta había terminado. Y si no, podríamos justificar fácilmente nuestra ausencia diciendo que necesitábamos «tiempo a solas». Nadie nos cuestionaría ahora que éramos pareja oficial.

—¿Qué tienes en mente? —Brooklyn sonó intrigada.

Sonreí.

—Es tu última semana en el Blackcastle. Creo que deberías despedirte en condiciones.



Me gustaba conocer a todo el personal del Blackcastle, desde la directiva hasta el equipo de mantenimiento. Todos eran fundamentales para el éxito del club y realmente disfrutaba de hablar con ellos. Con la mayoría, al menos. Recordaba sus cumpleaños, les compraba regalos de Navidad y les preguntaba por las graduaciones de sus hijos y sus aniversarios. Era mi manera de agradecerles el trabajo que hacían.

Como resultado, el personal me adoraba, y una de las ventajas de ser adorado era poder pedir favores disparatados con poca antelación, como esta noche.

—¿Adónde me llevas? —dijo Brooklyn con un tono cauteloso—. Huele a... tierra. Y a moho.

—Enseguida lo descubrirás.

—No estaremos en el callejón trasero del Angry Boar, ¿verdad? Sé que es el *pub* favorito del equipo, pero puedo despedirme del Blackcastle de otras formas.

—Paciencia, mimosa. —Me reí—. Ya casi hemos llegado.

Había improvisado una venda con su bufanda y le había obligado a ponérsela antes de conducir hasta aquí. Pensé que descubriría a dónde íbamos gracias a mis pistas, pero tenía el ceño fruncido por la confusión mientras la guiaba por el túnel.

Nelson había cumplido y la llave pesaba en mi bolsillo.

Dos minutos después, nos detuvimos frente a una puerta metálica. La abrí, empujé suavemente a Brooklyn hacia dentro y le quité la venda.

—Abre los ojos.

El tejido de cachemir cayó al suelo. Brooklyn parpadeó mientras miraba a su alrededor con la mandíbula entreabierta.

Filas y filas de asientos vacíos nos rodeaban, elevándose hasta el cielo nocturno. Los enormes focos del estadio proyectaban un resplandor suave sobre el césped y el aire olía a una mezcla de hierba fresca y frío invernal.

El estadio del Blackcastle.

La energía era eléctrica cuando setenta mil personas llenaban las gradas con vítores tan fuertes que hacían temblar la tierra. Pero cuando estaba vacío y en calma, con nada más que silencio y los sueños de gloria resonando sobre el campo...

Era mágico.

—¿Cómo has hecho esto? —susurró Brooklyn.

—Me ha ayudado el jefe de jardinería. Ya te dije que puedo seducir a cualquiera.

El guardia nocturno también había desconectado las cámaras de seguridad del campo para que no nos metiéramos en líos. Teníamos dos horas antes de que tuviera que volver a encenderlas, pero era más que suficiente.

—Normalmente te bajaría un poco los humos, pero esta vez te lo dejo pasar. Esto es increíble. —Caminó hacia el césped con los ojos brillantes.

La seguí para empaparme de su expresión maravillada. Ojalá pudiera hacerla así de feliz todos los días.

—Nunca había estado aquí de noche. Es precioso.

—Es mi lugar favorito en el mundo cuando está así. Los días de partido no están mal, pero cuando está vacío y puedes observarlo bien desde esta perspectiva... Nada supera esta sensación.

Llevaba años jugando para el Blackcastle, pero las noches como esta me hacían reflexionar. Era el sueño de mi infancia. Había peleado, me había esforzado y había trabajado hasta la saciedad toda mi vida para estar aquí, para jugar aquí, para formar parte de la historia de la única forma que conocía.

En los momentos de inseguridad, todavía tenía dudas sobre si merecía estar aquí. No lograba asimilar el hecho de que realmente lo había conseguido, y siempre esperaba que alguna autoridad superior apareciera para expulsarme y encerrarme por impostor.

Esta noche, esas dudas no existían. Solo estábamos Brooklyn, yo y la magia de un estadio vacío.

Me senté en el centro del campo y di unas palmadas en el suelo. Brooklyn se dejó caer a mi lado, y su risa me rozó la piel cuando tiré de ella hasta que ambos quedamos tumbados en el suelo.

—Todo miembro del Blackcastle debería experimentar esto al menos una vez antes de irse —dije—. No hay mejor despedida.

Miró al cielo con una expresión nostálgica.

—No, no la hay.

Nos quedamos en silencio. Era un silencio lleno de calma y de satisfacción, de esos en los que no hace falta decir nada para saber lo que el otro siente.

Escuché la respiración de Brooklyn y el estómago se me encogió al darme cuenta de que esto era real. En unos días, ya no trabajaría en el Blackcastle. No volvería a ver su rostro cada vez que entrara a las instalaciones de entrenamiento ni la volvería a oír hablar con pasión sobre la importancia de los carbohidratos en una presentación.

Claro que aún podía verla y hablar con ella siempre que quisiera, pero no era lo mismo. Era el fin de una era, y nunca me había llevado bien con las despedidas.

Brooklyn entrelazó sus dedos con los míos como si pudiera escuchar mis pensamientos y quisiera tranquilizarme. No llevábamos guantes y, a pesar del frío invernal, sentí la calidez y suavidad de su piel contra la mía.

—Este es el mejor regalo de Navidad —dijo—. Gracias.

—¿Mejor que la nueva licuadora de última generación que te he comprado? Ese modelo ni siquiera ha salido al mercado todavía. Tuve que mover muchos hilos para conseguirla.

Su risa me envolvió.

—Me encanta esa licuadora, pero sí, esto es mejor.

—Bien. Te estaba poniendo a prueba. Si hubieras dicho que no, me habría ofendido.

—Puedes ser un pesado incluso cuando intentas ser dulce.

—Es uno de mis superpoderes. —Mis ojos recorrieron el cielo nocturno buscando estrellas—. Normalmente no me gusta la Navidad, pero este año ha sido una excepción.

Brooklyn giró la cabeza para mirarme.

—¿Por qué no te gusta la Navidad?

Guardé silencio. Las luces zumbaban a lo lejos mientras debatía cuánto contarle. Nadie sabía cómo me sentía durante esta época, salvo Scarlett. Fingía bien delante de mis padres, así que pensaban

que me encantaba cuando en realidad mis sentimientos eran, en el mejor de los casos, contradictorios.

—Me recuerda a mi madre biológica —dije por fin—. Es una tontería porque nunca la conocí. Nunca pasamos una Navidad juntos y tengo una familia real con la que puedo celebrarla. Pero estas fechas tienen algo que, simplemente..., me afecta. Es una mala época del año, supongo.

—¿Has hablado con tus padres sobre ella? —preguntó Brooklyn en voz baja.

—No. No saben nada de ella. Al parecer, cuando me dio en adopción insistió en que no quería ningún contacto y prohibió a la agencia compartir cualquier detalle personal. —La presión creció bajo mis costillas—. A veces me siento fatal porque han pasado casi treinta años y todavía pienso en conocerla algún día.

—Es normal. La mayoría de los hijos adoptados sienten curiosidad por sus padres biológicos.

—Scarlett no. Nunca piensa en sus padres biológicos, y no sé por qué no puedo ser igual que ella. Nuestros padres son increíbles, joder. Soy muy afortunado de que sean mi familia, pero siento que los traiciono cada vez que pienso en mi madre biológica. Es como si mi deseo de conocerla significara que pienso que mis padres no son... suficiente, pero no puedo evitarlo. —La presión subió hasta mi garganta—. Sobre todo quiero saber por qué me abandonó. Era un bebé. ¿Qué hice mal para que quisiera sacarme de su vida para siempre?

—Vincent. —Brooklyn se apoyó sobre un codo y su voz sonó repentinamente feroz—. No hiciste nada mal. Como has dicho, eras un bebé. Completamente inocente. Y hay muchísimas razones por las que la gente elige la adopción. Quizá era demasiado joven para

asumir esa responsabilidad o no tenía los recursos necesarios. Tal vez la obligaron a darte en adopción.

Era lo mismo que me había repetido a mí mismo en muchas ocasiones.

—Lo sé, pero eso no impide que la situación me coma por dentro. —Solté una risa amarga—. Fui a terapia durante un tiempo. Era el principio de mi carrera, pero no ayudó demasiado. Lo único que logré fue darme cuenta de que una de las razones por las que estoy tan obsesionado con ganar es porque quiero que ella lo vea. Quiero tener tanto maldito éxito que no pueda evitar buscarme, o al menos arrepentirse de haberme dado en adopción. Quiero estar en todas partes para que no pueda dar ni un paso sin encontrarse con mi cara. Es un poco de rencor y un poco de esperanza. No sé qué le diría si nos conociéramos, pero dudo que eso pase. Soy el capitán, gané un Mundial y las ofertas de anuncios y patrocinios me salen de debajo de las piedras. Si no me ha buscado hasta ahora, nunca lo hará.

Las palabras se desparramaron por sí solas. Brooklyn no me interrumpió. Solo me miraba con una expresión suave mientras llegaba a la parte que nunca, jamás, le había contado a nadie. Ni siquiera a Scarlett, que solo sabía la verdad a medias.

—Así que... —Tragué saliva con la confesión atascada en mi garganta antes de obligarla a salir. Tenía que sacarla o acabaría ahogándome con ella. Llevaba demasiado tiempo ahí guardada—. Contraté a una abogada para que la buscara por mí. Los documentos de mi adopción eran confidenciales, pero la abogada es la mejor en su campo. De alguna forma, consiguió localizar a mi madre biológica. Sé exactamente quién es y dónde vive. Lo he sabido durante años.

Se oyó un leve sobresalto en su respiración.

—Charleen Davies, cuarenta y siete años. Vive en Bristol. Trabaja como asistenta legal y está casada con un profesor de historia de la universidad local. Tienen un hijo que actualmente está en la universidad. —Recité la información sin emoción, como si estuviera leyendo números de una vieja guía telefónica—. Me tomé un día libre por enfermedad y me compré un billete de tren a Bristol al día siguiente de enterarme de quién era. Fui a su casa. Suena espeluznante cuando lo digo así, pero solo... quería ver cómo era. Cómo era su vida. No llamé a su puerta, pero la vi salir con su marido y su hijo. Se habían arreglado para cenar en un restaurante y parecían... felices. Parecía feliz, como si hubiera conseguido exactamente la familia con la que siempre había soñado. Y en ese momento me di cuenta de que no existía para ella. De algún modo, simplemente supe que cuando me dio en adopción me borró de su memoria. Mi abogada no pudo encontrar ninguna información sobre mi padre biológico, así que supongo que no estaba presente cuando nací. Yo fui su error, y su familia actual es su segunda oportunidad.

La mano de Brooklyn apretó la mía. Respiraba con más fuerza y tenía los ojos vidriosos mientras yo terminaba mi confesión.

—Volví a Londres esa misma noche, pero todavía tengo su número grabado en mi móvil. No fui capaz de borrarlo. La mayor parte del tiempo no me siento tentado a contactar con ella, pero hay ciertos días que son difíciles. Navidad. Mi cumpleaños... y el suyo. Sobre todo el suyo.

El móvil me ardía en el bolsillo. Quería sacarlo y lanzarlo a las gradas, donde con suerte se perdería para siempre.

—3 de octubre —dije en voz baja—. Cada año quiero llamarla y desearle un feliz cumpleaños, lo cual es una maldita estupidez. Lo último que quiere es saber de mí. Y si lo hiciera, estoy seguro de que hablaría con mis padres para decirles que me mantuvieran

alejado. Y eso les rompería el corazón. No pueden enterarse de que he estado investigando a sus espaldas para conseguir información sobre mi madre biológica. Así que me pongo un recordatorio para no contactar con ella en los días difíciles. Me ayuda.

La mirada de Brooklyn se afiló con lucidez.

—Por eso tenías el... —Se interrumpió y se sonrojó.

—¿El recordatorio en el calendario para mi cumpleaños? —terminé entre risas—. Imaginé que lo habías visto, pero agradezco que no me preguntaras.

—No quise husmear —dijo con voz avergonzada—. Tu móvil no paraba de iluminarse con nuevos mensajes y el recordatorio estaba justo arriba.

—No pasa nada. Ahora ya sabes toda la historia. —Dejé escapar otra risa, esta vez más incómoda—. No era mi intención desahogarme contigo el día después de Navidad. No era así como me imaginaba tu despedida del Blackcastle. Se suponía que íbamos a correr por el campo. Bailar con música cutre de mi móvil. Besarnos. Cosas divertidas, no... esta mierda que acabo de hacer.

—Pues te fastidias, porque me encanta escucharte hablar de tus traumas. Siento que tengo mi vida en orden cuando la de los demás está hecha un desastre.

Mi risa retumbó en el aire nocturno.

—Entonces somos la pareja perfecta.

—Eso creo. —Brooklyn apretó mi mano—. Puedes contarme cualquier cosa en cualquier momento, ya lo sabes. Y pase lo que pase con tu madre biológica, te voy a apoyar al cien por cien. ¿Que la llamas por su cumpleaños? Perfecto. ¿Que apareces en su casa para restregarle tu éxito en la cara? Voy contigo. ¿Que guardas su número y necesitas una distracción un par de veces al año? Tengo muchas ideas. ¿Que borras su contacto y sigues adelante? Bueno...

—Se encogió de hombros—. Ya no me necesitarías, pero también te apoyaría a muerte.

Dios, no sabía qué había hecho en mi vida pasada para merecerla, pero si pudiera volver atrás y darle un enorme «gracias» a esa versión de mí, lo haría.

—¿Conmigo hasta el final? —Intenté mantener la voz firme.

Sonrió.

—Como Bonnie y Clyde.

Una ráfaga de viento la despeinó. Le coloqué un mechón de pelo detrás de la oreja y mis dedos permanecieron sobre su mejilla durante más tiempo del necesario.

Su sonrisa se desvaneció mientras el silencio del momento nos envolvía, lleno de tensión y anticipación.

—Eres mi perdición —dije sin apenas voz.

Entonces me incliné, mis labios rozaron los suyos en el más delicado de los besos y me perdí por completo.

31

Vincent



El beso empezó como un simple roce cálido en mitad de la noche, pero bastó para que me desmoronara. No fue el beso en sí, sino la mujer y el hecho de que nunca había deseado tanto a nadie como la deseaba a ella.

Su aroma, su sabor, el sonido de sus gemidos... Los necesitaba tanto como el oxígeno. En los pulmones, en la sangre y en cada puta célula de mi cuerpo. Estaba envuelta a mi alrededor con el cuerpo presionado contra el mío y todavía sentía el vacío de haberla echado de menos.

Le deslicé una mano por detrás de la nuca para acercarla más a mí y con la otra le acaricié el muslo y saboreé su respiración entrecortada cuando llegué al dobladillo del vestido.

—¿Tienes frío? —pregunté con voz ronca—. Podemos entrar.

El calor traspasaba sus medias y me calentaba las manos, pero, aun así, estábamos tumbados en mitad del campo en pleno invierno.

Negó con la cabeza.

—No —susurró—. Estoy ardiendo.

Una lenta sonrisa se dibujó en mi rostro.

—Bien.

Volví a estampar la boca contra la suya. Se le separaron los labios en un suave gemido y aproveché la ocasión para deslizar la lengua sobre la suya en un arrebato hambriento y posesivo que la hizo jadear.

El beso se volvió intenso, frenético, casi voraz.

Tiró de mi abrigo y yo le subí el vestido hasta la cintura y le bajé las medias y la ropa interior. A pesar de todas las capas de ropa que llevábamos, pronto conseguimos quitarnos la suficiente para sentir la presión de su piel contra la mía.

Era tersa y cálida, extremadamente suave cuando se enroscaba a mi alrededor y me alentaba con cada movimiento. Le coloqué la cabeza en el ángulo adecuado y la besé con más intensidad, enredando los dedos en su cabello y disfrutando de su dulce sabor a menta.

Podría quedarme aquí para siempre. Podría llegar un terremoto o un huracán y no me importaría. El mundo podría acabar y yo seguiría aquí con ella, donde debía estar.

—Vincent —gimió Brooklyn con la respiración agitada—. Quiero sentirte dentro de mí. Ahora mismo.

Joder. Esta chica iba a ser mi perdición y ella ni lo sabía.

Me moví para ponerla boca arriba, pero Brooklyn negó con la cabeza.

—Quiero estar encima.

Giró de manera que yo quedé tumbado sobre el campo mientras ella se sentaba a horcajadas sobre mí como una maldita diosa a contraluz de las luces del estadio.

El pelo le caía en ondas despeinadas por los hombros, tenía el rostro sonrojado y los labios hinchados por el beso, pero el brillo diabólico de su mirada hizo que toda la sangre de mi cuerpo se me fuera directa a la polla. Lo mismo les había sucedido a sus pezones, que despuntaban a través de la delicada tela de su vestido.

—¿Seguro que quieres estar al mando esta noche, mimosa? —La tensión atenuaba la diversión de mi voz. Estaba duro como una roca y solo podía pensar en las ganas que tenía de arrancarle ese vestido con los dientes y darme un festín con sus pezones.

Brooklyn sonrió con los ojos cada vez más brillantes. Me sacó la polla de los pantalones y me puso el condón que se había sacado del bolso.

—A veces me gusta el asiento del conductor. Así que recuéstate... —Me rodeó la polla con la mano y tuve que reprimir una retahíla de improperios—. Relájate... —Me guio hacia su coño—. Y disfruta del viaje.

Se hundió sobre mí con una lentitud agonizante. Podía sentir cada centímetro de mi polla deslizándose en su interior mientras se apretaba contra mí y me enviaba descargas eléctricas de placer por la columna.

Dejé caer la cabeza hacia atrás entre respiraciones agitadas.

—Joder, cariño, esto es la gloria.

Brooklyn gimió. Colocó las manos en mi pecho para estabilizarse mientras me montaba y, si no hubiera estado ya a punto de perder el control, lo habría hecho con sus gemiditos y los sonidos húmedos de su coño empalándose en mi pene.

El sudor me cubrió la piel. La agarré por las caderas y la obligué a bajar el ritmo para no correrme antes de tiempo.

—¿Qué pasa? —bromeó sin aliento—. ¿No puedes soportarlo?

Ladeé la boca con un deje peligroso en la voz.

—No me obligues a darte la vuelta y follarte hasta borrarte esa sonrisa engreída.

Le florecieron manchas rosadas en la cara y el pecho.

—No te atreverías —replicó. Sin embargo, el estremecimiento de su coño ante mis palabras la delató.

—Ponme a prueba.

Brooklyn se inclinó hacia delante para tomarme desde un ángulo diferente y más profundo. Siseé de placer.

Sonrió al recuperar el control.

—Te diré algo mejor. ¿Recuerdas la apuesta que hicimos la primera vez que nos acostamos? Vamos a cambiarla. Apuesto a que puedo hacerte rogar para que te deje correrte esta noche.

—Cielo, si consigues hacerme rogar, mereces ganar.

Era tanto una promesa como un desafío y Brooklyn nunca rehuía ninguna de las dos cosas.

Se echó hacia atrás y me montó con más insistencia, apretando los músculos con tanta fuerza que estuve a punto de desmayarme. Cuando por fin recuperé el sentido, la agarré por la nuca y la atraje hacia abajo para darle un beso salvaje. Metí la mano entre ambos sin interrumpir el beso y le rodeé el pezón con los dedos, tirando de él y pellizcándolo de un modo que sabía que la volvía loca.

Brooklyn dejó escapar un sonido que estaba a mitad de camino entre el gemido y el sollozo.

—Capullo —susurró.

Sonreí contra su boca.

—En el sexo y en la guerra, todo vale.

Me echó de nuevo hacia atrás.

—Eso ya lo veremos.

Nos embarcamos en un ritmo desesperado y apasionante. Cabalgaba hasta llevarme al límite y se apartaba antes de que me

corriera mientras yo hacía todo lo posible por contener una súplica.

Al cabo de un rato, me rompí.

Era Brooklyn, estaba demasiado perdido en ella para no romperme.

—Joder —maldije cuando me deslizó las uñas por el pecho y se encogió de nuevo a mi alrededor. Se me aceleró la respiración. Noté un calor eléctrico acumulado en la base de la columna creciendo y creciendo, pero sin llegar nunca al punto álgido gracias al ritmo rápido y lento de Brooklyn. Era lo bastante rápido para llevarme al límite, pero se ralentizaba cuando me tenía ahí—. Basta de juegos. Deja que me corra, cariño.

Me metió las uñas por debajo de la camisa y me acarició los pezones con ellas. Otra oleada de placer me sacudió los nervios.

—Solo si me suplicas —ronroneó.

—Por favor. —Mis respiraciones se convirtieron en jadeos cuando gimió y aumentó de nuevo la velocidad.

Ya no me importaba la maldita apuesta. Brooklyn lo necesitaba tanto como yo, lo sentía por el modo en el que se le contraían los músculos y se le quebraba la voz. Quería alcanzar el clímax con ella. Ahora, los dos juntos.

Le agarré el trasero y clavé los dedos en su carne suave mientras la empotraba con fuerza al mismo tiempo que ella embestía hacia abajo. Nuestros gemidos y gruñidos se entremezclaron mientras me cabalgaba cada vez más fuerte y rápido hasta que, por fin, por fin, nos corrimos al mismo tiempo entre fuertes gritos.

El sonido resonó por todo el estadio mientras recuperábamos el aliento. Nuestros cuerpos temblaban con las réplicas del orgasmo compartido.

—He ganado —dijo con una sonrisa tan orgullosa que no pude evitar reírme.

—Pues sí. Conseguir que diga «por favor» no es tarea fácil. —Le acaricié la suave piel de la cadera con el pulgar. Seguía sentada a horcajadas y sentí que mi polla empezaba a endurecerse de nuevo.

Debería ser imposible, pero cuando se trataba de ella, era insaciable.

—Te he hecho rogar —corrigió Brooklyn.

—Yo no diría que «por favor» sea rogar.

Chasqueó la lengua fingiendo decepción.

—No seas mal perdedor.

¿Mal perdedor? Eso habría que verlo.

Le concedí un minuto más para que disfrutara de su triunfo antes de agarrarla y darle la vuelta para que quedara a cuatro patas. La inmovilicé debajo de mí, le separé las piernas con la rodilla y reemplacé el condón usado por uno nuevo.

Se le cortó la respiración.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Quieres hablar de rogar? —pregunté acariciándole la oreja con los labios—. No te pavonees tanto cuando aún no he tenido mi turno.

Se retorció contra mí y me restregó el culo contra las ingles. Se me endureció la polla, creciendo a cada segundo.

—Dudo que puedas superar mi récord.

—Eso ya lo veremos. —Cogí mi móvil y puse el temporizador.

Brooklyn se quedó quieta.

—¿De veras vas a cronometrar cuánto tardo en correrme? —Oí el asombro en su voz.

—Me gusta dejar las reglas claras —expliqué—. Incluso te he concedido un minuto extra por la bondad de mi corazón.

—Menudo arrogante. —Dejó escapar un grito ahogado cuando la embestí. Seguía empapada por la última sesión y logré penetrarla

hasta el fondo con facilidad.

—¿Qué ha sido eso? —la provoqué.

Cerró los puños contra el césped.

—Ya te he dicho que eres un... un..., oh, Dios. —Gritó de nuevo cuando salí y la empotré una vez más colocando la polla en el ángulo perfecto para tocarle el punto más sensible.

Había llegado a conocer su cuerpo de un modo tan íntimo que sabía exactamente cómo enloquecerla. Era tan receptiva que memoricé cada detalle.

El modo en el que se le cortó la respiración cuando jugueteé con su clítoris. El modo en el que se retorció contra mí cuando alterné entre embestidas largas y suaves y otras más fuertes y cortas. El modo en el que su coño se apretó y convulsionó cuando la sujeté y la follé sin piedad en mitad del campo hasta que me suplicó que la dejara correrse.

—Por favor. Vincent, por favor —sollozó cuando volví a ralentizar las embestidas—. Necesito..., déjame..., necesito...

—¿Qué necesitas, cielo? Habla bien. —Me incliné sobre ella con una mano en su cadera y la otra apoyada en el suelo. Su cuerpo desprendía calor y quería enterrarme en su cuello, aspirar su aroma y sentir el aleteo salvaje de su pulso contra mi piel.

Me excitaba competir, pero me ponía aún más complacerla. Verla sonreír, oírla gemir... Era mejor que el afrodisíaco más fuerte del mundo.

—Necesito correrme —rogó Brooklyn—. Por favor, deja que me corra.

Le di un tierno beso en el hombro.

—Solo tenías que pedirlo.

La embestí de nuevo y, al mismo tiempo, presioné el pulgar contra su clítoris hinchado y necesitado.

Se desmoronó así sin más y su grito atravesó la noche justo cuando sonaba el temporizador. No tardé mucho en unirme a ella y, cuando por fin se calmaron las oleadas de nuestros orgasmos, nos dejamos caer el uno junto al otro, exhaustos.

—Dejémoslo en un empate —dijo adormilada—. Uno a uno.

Reí.

—Lo anotaré en nuestro marcador. —Le bajé el vestido, le coloqué el resto de la ropa y la tapé con mi abrigo antes de vestirme.

En cuanto empezamos a relajarnos, volví a sentir el frío del viento. Deberíamos entrar pronto, pero quería quedarme un momento más para poder empaparme de ella, de su sonrisa de felicidad, sus ojos brillantes y el rubor rosado de sus mejillas mientras estiraba los brazos por encima de la cabeza.

—Retiro lo que he dicho antes. Este sí que ha sido el mejor regalo del mundo —comentó—. ¿Follar en un campo de fútbol? Inspirador.

—Estoy aquí para complacerte. —Le di un beso suave—. Y ahora vámonos antes de que acabemos resfriados o alguien descubra que hemos profanado el campo.

—Por fin puedo tacharlo de mi lista de deseos. Nunca creí que pudiera pasar. —La sonrisa de Brooklyn se suavizó mientras me pasaba los brazos por el cuello. Me rozó los labios con los suyos—. Feliz Navidad, DuBois.

El calor se expandió en mi pecho. Se me formó un nudo en la garganta, pero tiré de ella y murmuré:

—Feliz Navidad, mimosa.

Mientras regresábamos de camino al coche cogidos de la mano me di cuenta de que la persona más peligrosa de mi mundo no era el intruso, mi madre biológica ni ningún futbolista rival.

Era Brooklyn, porque era la única persona sobre la faz de la Tierra con el poder de destrozarme.

32

Brooklyn



El resto de las vacaciones se me pasaron volando. Antes de que pudiera darme cuenta, llegó el último día de mis prácticas.

Recursos Humanos había organizado una fiesta de despedida para los becarios en la cocina. La fiesta consistía en media docena de globos y tarta sin gluten, pero la intención era buena.

Ya nos habíamos despedido de los futbolistas por si no podíamos verlos después del entrenamiento. Todos habían firmado una tarjeta para Henry y otra para mí, y mi lado más cruel se alegró de ver que la mía tenía mensajes personalizados mientras que la suya solo contenía firmas.

—Supongo que ya nos veremos. O no. —Henry se metió un trozo de tarta en la boca. Masticó, tragó y dijo—: Pero lo del trabajo iba en serio. Si quieres unirte a la familia Hydralade, puedo abrirte las puertas. Aunque puede que tengas que esforzarte para conseguir un buen puesto, ya que no tienes experiencia en el campo del

desarrollo de producto. Pero hay muchas vacantes de asistente y administrativa.

—Henry. —Apoyé el cuchillo de la tarta en la mesa a propósito—. Preferiría ir a la fábrica, inundarla con tu bebida isotónica de mierda y caminar por el charco envuelta en cables eléctricos.

—¿Qué significa eso?

—Significa que preferiría electrocutarme y ahogarme al mismo tiempo antes que trabajar en la empresa de tu familia, Henry. —Enfaticé su nombre por segunda vez.

Parpadeó.

—Bueno, es un poco dramático, pero capto el mensaje. Tú te lo pierdes. —Se encogió de hombros y se hizo con otra porción de tarta antes de alejarse lentamente.

Solté un suspiro. Interactuar con él había acabado con toda la tristeza que sentía por tener que irme. Gracias a Dios no tendría que volver a trabajar con Henry.

La mayoría del personal ya se había ido poco a poco. Jones y Lizzie eran los únicos presentes en la cocina. Estaban en medio de una conversación, pero Lizzie se excusó y solo quedamos Jones y yo.

Se acercó a mí mientras tiraba a la basura los platos de papel vacíos.

—¿Tienes noticias de la ISNA?

—Todavía no. Los finalistas no se anuncian hasta finales de enero o febrero. —No sabía qué esperar, pero tenía la esperanza de que al menos pasaría a la siguiente ronda.

—Ah, vale. —Jones dio golpecitos con los dedos sobre la mesa—. Bueno, buena suerte. Ya me contarás qué tal te va.

—Gracias. —No señalé que él mismo podía buscar la lista de finalistas en la página web de la ISNA—. Te agradezco que me

escribieras la carta de recomendación. Y te agradezco todo lo que me has enseñado durante las prácticas. He aprendido mucho.

A pesar de mis complicados sentimientos hacia su terquedad, su favoritismo por Henry y del evidente club de chicos del Blackcastle, lo decía en serio. Trabajar en el Blackcastle había sido una experiencia de aprendizaje única y, a medida que los minutos pasaban y el final de la jornada se acercaba, el nudo que tenía en la garganta crecía cada vez más.

—Has sido una gran becaria —dijo Jones—. Me da pena que no vayas a estar con nosotros a partir de ahora, pero te deseo lo mejor para el futuro. —Me dio un rígido abrazo.

Nos despedimos y eso fue todo.

Comprobé el reloj. Mi jornada se había terminado oficialmente. El entrenamiento había acabado hacía media hora y lo más probable era que la mayoría de los jugadores ya se hubiera ido.

Salí de la cocina y caminé hacia el vestuario. No sabía por qué, pero tenía que verlo antes de irme.

Como esperaba, estaba vacío cuando llegué. Oí el suave ruido de una ducha abierta, pero estaba sola en la zona del vestuario.

Me dejé caer sobre uno de los bancos y disfruté del momento. Mi noche en el estadio con Vincent había sido mágica, pero esto era el corazón del equipo. Era aquí donde había trabajado con los jugadores, donde reíamos y bromeábamos, donde celebrábamos nuestras victorias y llorábamos nuestras derrotas.

Iba a echarlo de menos.

Parpadeé para contener las lágrimas. «Céntrate». Había tomado la decisión de marcharme. No podía arrepentirme ahora.

La ducha se cerró con un chirrido. Me sobresalté, pero antes de que pudiera marcharme Vincent apareció con una toalla atada a la cintura. Arqueó una ceja cuando me vio.

—Lo estoy disfrutando mientras puedo —dije en respuesta a su pregunta implícita—. Has aparecido en un momento curiosamente perfecto. ¿Estabas esperando a que llegara para salir medio desnudo?

No me sorprendería. A veces sentía que me conocía mejor de lo que yo me conocía a mí misma.

—¿Tengo aspecto de ser el tipo de persona que haría eso?

—Sin duda.

Si no hubiera estado sentada, su sonrisa habría hecho que me temblaran las piernas. Caminó hasta su taquilla mientras una gota de agua solitaria se deslizaba por sus abdominales marcados hasta su toalla.

A pesar de mi anterior tristeza, por un breve instante sentí la necesidad de seguir el camino de la gota con la lengua. Ya habíamos profanado el campo. ¿Por qué no añadir el vestuario a la lista?

—¿Lo tienes todo preparado para mañana? —Se puso la camiseta.

Suspiré. Menuda forma de arruinar las vistas.

—Sí, pero no hace falta que me lleves al aeropuerto. Puedo coger un taxi. —Volaba a San Diego a la mañana siguiente, lo cual era otra razón por la que sentía que mis emociones estaban siendo pasadas por una picadora de carne.

La idea de ver a mi madre siempre exacerbaba mis peores momentos.

—Ni de broma. No puedo dejar que mi novia se vaya del país sin despedirme —dijo Vincent mientras terminaba de vestirse antes de sentarse a mi lado.

Respiré su aroma a limpio con mariposas revoloteando en mi estómago tras haber escuchado la palabra *novia*. Todavía no estaba acostumbrada, pero me gustaba cómo sonaba. Mucho.

—Estaré de vuelta el martes —dije entre risas—. Ni que me fuera a ir un año.

—Cuatro días sin ti es mucho tiempo, mimosa.

—¿Ya no sabes vivir sin mí, DuBois?

—Siempre te necesito. —Sus ojos brillaron con picardía, pero había un filo oscuro y suave en su voz que eliminó los restos de nostalgia que quedaban en mi mente. Sentí un torbellino de calor en el vientre.

—¿Hay alguien en las duchas? —pregunté.

Negó con la cabeza. El destello pícaro desapareció, reemplazado por algo mucho más malvado.

—Deberíamos...

—Ejem.

Vincent y yo saltamos como si nos hubiéramos quemado.

—Hola, papá.

—Hola, entrenador.

Nuestras voces se superpusieron mientras mirábamos avergonzados a mi padre. Estaba de pie en la puerta del vestuario con el ceño fruncido.

—¿Qué estáis haciendo aquí? ¿Solos?

—Charlando —dijo Vincent con rapidez.

—Quería ver el vestuario por última vez antes de irme —añadí.

—Me he quedado hasta tarde para llevarla a casa.

—Somos inocentes.

Vale, mi última declaración no era lo que una persona inocente habría dicho, aunque era, irónicamente, cierta. Que hubiera estado pensando en tener sexo en la ducha no significaba que hubiéramos tenido sexo en la ducha.

La semántica era muy importante.

Los ojos de mi padre se entrecerraron.

—Ajá.

No me había hecho sentir culpable por dejar el Blackcastle desde nuestra conversación. Sin embargo, seguía mostrándose malhumorado cada vez que nos veía a Vincent y a mí a solas. No había estado presente en mis relaciones pasadas y sospechaba que no sabía cómo gestionar mi vida amorosa.

—Fuera de aquí —dijo por fin—. Tienes un vuelo mañana temprano. Necesitas dormir. —Hizo una pausa antes de añadir—: Pero si no quieres irte a California, yo me encargaré del huracán.

El «huracán» era mi madre, pero ni siquiera mi padre podía salvarme de la tormenta que estallaría si me perdía su cesárea.

—No te preocupes, papá. Volveré antes de que te des cuenta.

Vincent y yo nos fuimos rápidamente antes de que cambiara de opinión y decidiera interrogarnos sobre nuestros planes en el vestuario.

—Menos mal que ya no vivo con él —dijo Vincent mientras entregaba mi credencial de empleada en Recursos Humanos. Había interpuesto una orden de alejamiento contra Ethan Brown y se había mudado a su casa el fin de semana después de Navidad—. Si no, te acompañaría en tus visitas como un profesor de primaria.

Me eché a reír.

—Sí. Es una parte de la paternidad que nunca he echado en falta.

Recogí mis cosas del despacho de los becarios. Vincent apoyó la mano en la parte baja de mi espalda mientras nos dirigíamos a la salida. Traté de pensar si había olvidado algo, pero no se me ocurrió nada.

Ya me había despedido. Ya había recorrido las instalaciones por última vez y ya había hecho las paces con mi partida. El fin de mis prácticas no era el fin del mundo. Podía seguir viendo a la gente que

quería fuera del club y, aunque iba a resultarme raro no trabajar con Vincent todos los días, nos adaptaríamos. Siempre lo hacíamos.

El nudo que tenía en la garganta se disolvió lentamente.

No sabía qué traería consigo el próximo capítulo de mi vida, pero, cuando salí del Blackcastle por última vez como empleada, me sentí más ilusionada por el futuro de lo que lo había hecho en meses.

33

Brooklyn



En San Diego había ocho horas menos que en Londres, así que aterricé en California a primera hora del día siguiente. No había regresado desde que me mudé y la brisa salada del océano me recibió con una oleada de nostalgia al salir del aeropuerto.

Mi madre y padrastro sabían mi hora de llegada, pero Harry estaba trabajando y mi madre estaba supervisando las reformas que estaban haciendo en su casa, así que tuve que pagar una tarifa de taxi desorbitada para ir del aeropuerto a mi hotel.

Tenían muchas habitaciones de invitados en su casa, pero preferiría arrancarme el pelo antes que pasar un fin de semana completo con ellos.

Observé la ciudad pasando por el otro lado de la ventanilla. Era extraño volver a ver lugares tan familiares de mi infancia cuando llevaba tanto tiempo fuera. El puesto de *smoothies* que frecuentaba, el cine en el que tuve mi primer (y más horrible) beso, la playa en la

que había aprendido a surfear... Todo tenía un aire muy pintoresco, como si perteneciera a otra vida.

La nostalgia estaba ahí, pero nada más. La mayoría de mis amigas se habían mudado y ya no tenía una relación cercana con las que se habían quedado. Aparte de mi madre y Charlie, no había nada que me atara a la ciudad.

La verdad me golpeó con fuerza. Llevaba dieciocho meses viviendo en el Reino Unido, pero una pequeña parte de mí siempre lo había visto como algo temporal. Había asumido que volvería a California en algún momento, sin embargo, la idea de dejar Londres me hizo sentir una puñalada en el estómago.

Vincent estaba allí. Mi padre y mis amigas estaban allí. Mi vida entera estaba allí.

—¡Señorita! —El taxista me miró por el retrovisor. A juzgar por su tono impaciente, llevaría un rato intentando llamar mi atención—. Hemos llegado.

—Cierto, gracias —respondí avergonzada.

Pagué y llevé el equipaje hasta el mostrador de recepción, todavía aturdida por una revelación que, a decir verdad, tendría que haber sido evidente. No obstante, no tuve tiempo de pensar en lo que significaba. Tal vez no significara nada. Tampoco cambiaba mis planes en ningún sentido.

Por suerte, mi habitación estaba lista a pesar de que había llegado temprano. Tuve tiempo de darme una ducha rápida y cambiarme de ropa antes de ir a casa de mi madre. Había programado «el registro de mi llegada» antes de su cita semanal en la peluquería y, si había algo que ella odiara, era llegar tarde a la peluquería.

Llamé a un Uber que, media hora después, me dejó ante una mansión de estilo mediterráneo que triplicaba en tamaño a la casa de mi infancia. Mi padrastro Harry era un importante ejecutivo

corporativo y, aunque su casa no estaba tan engalanada como la de Vincent o la de Asher y Scarlett, ocupaba una buena cantidad de metros cuadrados de terreno frente al mar.

Mi madre nunca se habría conformado con menos.

Llamé al timbre esperando que me recibiera la criada. En lugar de eso, me abrió Harry en persona.

—¡Brooklyn! Qué bien que hayas venido. Pasa. Espero que el vuelo haya ido bien.

—Gracias. Me he pasado la mayor parte dormida, así que no puedo quejarme.

—¿Tenías asiento reclinable?

Negué con la cabeza.

—Ojalá me hubieras dejado pagar el vuelo. Le dije a tu madre que me habría encantado comprarte un billete en primera clase.

Primera noticia.

—No pasa nada. Como ya he dicho, me lo he pasado casi todo durmiendo. —Esbocé una sonrisa tensa y artificial—. ¿Hoy no trabajas?

—Entro más tarde. Tu madre quería que hablara con el contratista... Ah, aquí está. —Sonrió de oreja a oreja y tuve que reconocerle el mérito. O bien era un gran actor o estaba inexplicablemente enamorado de mi madre tras cuatro años de matrimonio.

No era un pensamiento demasiado amable, pero de pequeña había visto a mi madre amar y abandonar a hombres suficientes para saber que la mayoría de sus relaciones no superaban los seis meses. Harry era uno entre un millón.

Mi madre entró en el vestíbulo. Incluso con nueve meses de embarazo, estaba impecable con ropa de maternidad de diseñador,

el pelo acabado de secar y la manicura hecha. Llevaba a Charlie en brazos.

—Hola, querida. —Mi madre me dio un beso en cada mejilla. Había cogido esa costumbre en su luna de miel en Francia y no había dejado de hacerlo desde entonces—. Ah, me alegro mucho de verte, aunque estás un poco pálida. Debe de ser por culpa del horrible clima de Londres. —Chasqueó la lengua y observó mis brazos y piernas desnudos—. Al menos no te veo hinchada por toda la comida de *pub*. Aunque ojalá tiraras esas zapatillas sucias.

—Yo también me alegro de verte, mamá —espeté secamente.

Seguía con la mirada fija en mis pies.

—¿Qué pasó con esos Jimmy Choo tan bonitos que te compré por tu cumpleaños?

—No puedo ponerme los Jimmy Choo para el avión.

—¿Por qué no? Yo lo hago a todas horas.

—Porque son incómodos y porque no quiero.

Dejó escapar un suspiro, pero su enfado se disipó cuando Charlie estiró los brazos hacia mí.

—Sí, esa es Brooklyn —le canturreó—. Tu medio hermana. Dile hola a tu medio hermana, cariño.

El énfasis repetido en lo de «medio» me pareció algo forzado, pero lo ignoré y saludé a mi persona favorita de la casa.

—Hola, Charlie. Has crecido mucho desde la última vez que te vi —le dije con cariño—. Eres el peque más adorable del planeta, ¿verdad? Sí que lo eres.

Rio y entornó los ojos mientras me cogía el dedo. Lo agarró con ambas manos y soltó un gritito de alegría que hizo que se me derritiera el corazón.

Mi madre me lo tendió a regañadientes porque él no dejaba de estirarse hacia mí. Lo abracé con fuerza sintiendo un nudo en el

pecho.

Por el momento no tenía un gran instinto maternal, pero anhelaba el amor incondicional que los bebés sienten por sus padres. Para ellos, su madre y su padre eran el mundo entero.

A veces lo odiaba un poco en secreto por ser el niño de los ojos de mi madre, mientras que no se había preocupado demasiado por mí desde que nací. Pero cuando lo veía, desaparecía todo el resentimiento. No era justo desearle la misma infancia que había tenido yo y esperaba que tuviera la mejor versión de mi madre, aquella que yo no había disfrutado.

—Deberías quedarte con nosotros —dijo Harry sacándome de mis pensamientos—. No hay motivos para pagar un hotel cuando tenemos espacio de sobra aquí. A Charlie le encantará tenerte cerca.

—Harry, no la presiones —lo reprendió mi madre—. Ya se ha instalado en el hotel. ¿Verdad, querida?

—Claro.

—¿Lo ves? Estará mejor allí tranquila y en paz que en medio de este caos. —Agitó una mano señalando el vestíbulo. Estaba en completo silencio excepto por nuestra conversación y los balbuceos de Charlie—. Habrá gente entrando y saliendo todo el fin de semana porque estamos cambiando los azulejos de los baños de invitados y Charlie todavía llora por las noches. Brooklyn dormirá mucho mejor en un hotel.

—Vaya, qué considerado por tu parte —espeté con tono socarrón.

Capté una leve sonrisa en los labios de Harry antes de que la disimulara con un ataque de tos. El sarcasmo le pasó desapercibido a mi madre.

—Hay algo diferente. —Mi madre ladeó la cabeza y entornó los ojos azules—. Te veo un brillo especial. ¿Estás saliendo con alguien?

Mi madre era muy egocéntrica, pero tenía un olfato excepcional para detectar nuevas relaciones.

—Pues sí —admití—. Es bastante reciente. Muy reciente en realidad. Puede que hayáis oído hablar de...

—¡No, aquí no! —exclamó. Seguí su mirada y vi a la criada en el vestíbulo con un jarrón de lirios—. Los lirios van en el salón. Las hortensias en el vestíbulo. Cámbialo, por favor.

—Sí, señora. —La mujer salió con la misma rapidez con la que había entrado.

Mi madre se giró hacia mí con la sonrisa de nuevo en su sitio.

—¡Me hace mucha ilusión que estés saliendo con alguien! Mañana en el *brunch* me lo cuentas todo. Será un día de chicas. ¡Lo pasaremos en grande! —Dio una palmada y me deslumbró su anillo de diamante.

—¿Tienes tiempo para un *brunch*? ¿No tienes que prepararte para la operación?

—No pasa nada. La cesárea es el lunes por la tarde. —Comprobó el reloj—. Pero tengo que irme a la peluquería. Hoy era el único día que Yvette tenía libre en todo el mes y no puedo dar a luz con las raíces por teñir. Imagínate lo horribles que serían las fotos.

—No puedo ni imaginarlo, qué idea más desagradable —respondí —. Podría llegar a tener pesadillas.

Esta vez Harry sí que soltó una carcajada. Por suerte para él, mi madre estaba demasiado preocupada porque se le hacía tarde como para darse cuenta.

—Eso es. Bueno, Harry y yo tenemos planes para esta noche, pero nos vemos mañana, ¿vale? Te enviaré la dirección del restaurante. Ven aquí, Charlie. —Cogió de nuevo a mi hermano—. ¿Cómo está mi pequeñín? Mamá tiene que irse un ratito, pero vas a pasar tiempo de

calidad con papá, ¿vale? El lunes tendrás una hermanita y lo pasaréis muy bien...

Me quedé ahí, incómoda, mientras le hacía carantoñas a Charlie. ¿Debería quedarme o irme? Parecía haber olvidado que estaba ahí.

Finalmente, Harry se apiadó de mí.

—Le diré a Roy que te lleve de vuelta al hotel —ofreció. Roy era su chófer—. Hace un día precioso, supongo que querrás aprovechar para ir a la playa o a la piscina mientras aún hace sol.

—Eso sería fantástico —acepté, aliviada—. Gracias.

Me despedí de Charlie y de mi madre, quien apenas me miró cuando me marché. Quince minutos de videollamada y una fría despedida podían resumir la mayoría de nuestras interacciones. Estaba acostumbrada, pero, aun así, me dolía cada vez.

Cuando volví al hotel, el personal de recepción me dirigió una mirada extrañada porque había entrado y salido tres veces en dos horas. Me senté en la cama y me planteé qué hacer.

Debería volver a revisar los portales de empleo, pero quedarme en mi habitación revisando listas de Indeed era demasiado deprimente.

Observé la piscina a través de la ventana. Estaba abarrotada de niños y lo que parecía una despedida de soltera. Demasiado caos.

Llamé al *spa* para preguntar si tenían algún hueco, pero estaba todo completo hasta el miércoles.

No hacían nada bueno en la tele y no tenía hambre.

Podría salir de compras o ir a la playa tal y como había sugerido Harry, pero dejar las instalaciones del hotel requería un nivel de energía que no tenía después de un vuelo de once horas y una conversación con mi madre.

Me dejé caer de nuevo en la cama mirando al techo. Me invadió una avalancha de soledad. El sol sumergía la habitación en una

preciosa luz amarilla, pero yo prefería estar en la fría y lluviosa Londres.

Era perfectamente capaz de viajar sola. Me había ido de mochilera sola por Europa y había hecho escapadas espontáneas al campo muchas veces. No necesitaba compañía para pasarlo bien, pero lo de este viaje no eran vacaciones. Era un remolino emocional y anhelaba desesperadamente tener a alguien que me diera la mano antes de que me arrastrara la resaca.

Miré el móvil. Era la hora de cenar en Londres. Tal vez debería...

Alguien llamó a la puerta.

Gruñí. Tendría que haber colgado el cartel de «No molestar».

Me obligué a levantarme y fui a abrir sintiéndome perezosa e inquieta a la vez. Los hoteles siempre me provocaban esa sensación.

Abrí la puerta esperando encontrarme a alguien de mantenimiento, pero la imagen que me recibió era tan inesperada que tuve que parpadear dos veces para asegurarme de que no estaba alucinando.

Cabello oscuro, pómulos altos, sonrisa devastadora.

Me quedé boquiabierta.

—¿Vincent?

Parpadeé una tercera vez solo para asegurarme. El sólido contorno de su cuerpo no se difuminó.

Era él de verdad y estaba ahí.

El mundo se inclinó. Noté burbujas en la sangre y, si no hubiera quedado atrapada por la gravedad de su presencia y su sonrisa, estaría flotando.

—¿Qué haces aquí? —pregunté en voz baja.

—He venido a explorar la gran ciudad de San Diego, en la cual no he estado nunca por increíble que parezca. —Su mirada se suavizó y adoptó un brillo más sincero—. Y he venido para estar contigo.

—Pero... —Mis pensamientos se dispersaron como hojas mecidas por el viento. Me agarré al primero que encontré por tonto que fuera —. Pero hoy tienes entrenamiento.

—El entrenador ha aceptado que libre hoy y el lunes.

—Pero...

—Basta de «peros» —repuso firmemente—. Este viaje te daba pavor. No podía permitir que vinieras sin refuerzos. Tú me acompañaste a la cena con los de Zenith para ofrecerme apoyo moral. Es justo que te devuelva el favor.

—Hay una diferencia entre ir a una cena y volar a otro continente.

—Una pequeña. —Elevó las comisuras de los labios en otra sonrisa —. Pero, si quieres saber un secreto, la cena de Zenith ha sido una excusa. Habría venido de todos modos.

Y, así como así, se desvanecieron la soledad y la tensión que había sentido las últimas horas.

Caí en sus brazos y, por primera vez desde que había aterrizado, pude volver a respirar.

34

Vincent



Conseguir viajar a California por sorpresa había sido asombrosamente fácil. Sabía que Brooklyn intentaría convencerme de que no lo hiciera si descubría cuál era mi plan, así que no se lo había dicho a nadie salvo al entrenador. Esperaba que se resistiera, pero me había concedido los días libres sin hacer ninguna pregunta. Sabía que Brooklyn no quería ir y me había quedado claro que no era muy fan de su exmujer. A juzgar por la forma en que casi había sonreído tras decirle lo que estaba planeando, tal vez ahora me respetaba más.

El entrenador era sobreprotector y testarudo, pero se preocupaba mucho por Brooklyn.

Su madre, por otro lado, era otra historia.

—Encantado de conocerla, señora Wilker. —Según Brooklyn, ese era su nuevo apellido de casada.

Brooklyn, su madre y yo estábamos comiendo en la azotea de un restaurante cerca de la playa. Brooklyn le había enviado un mensaje

a su madre para avisarla de que me iba a unir a la comida y no había obtenido respuesta, pero había decidido traerme de todas formas.

—Por favor, llámame Sienna. Señora Wilker me hace sonar muy vieja. —Sienna pareció no inmutarse ante mi presencia, pero arrugó las cejas mientras me examinaba—. Me suenas de algo. ¿Por qué me resultas familiar?

—Supongo que tengo una de esas caras.

Brooklyn soltó una carcajada.

—Brooklyn, por favor. ¿Qué te he dicho sobre hacer ese tipo de ruidos? —Sienna la regañó—. No es propio de una señorita.

—A mí me gusta. —Dejé la carta sobre la mesa y di un sorbo de agua—. Ser una señorita está sobrevalorado.

Brooklyn me lanzó una mirada rápida. Una pequeña sonrisa jugueteó en sus labios mientras la expresión de su madre se tensaba.

—Todo el mundo tiene derecho a su propia opinión —dijo con un tono un poco más frío que antes—. ¿Pedimos ya?

Había pasado cinco minutos con ella y ya cumplía con todas las expectativas que me había creado por lo que Brooklyn me había contado.

Su parecido físico era llamativo: el mismo cabello dorado y los ojos azul aciano, las mismas pecas y el rostro en forma de corazón. Pero ahí terminaban las similitudes. Mientras que Brooklyn era ingeniosa y empática, su madre era todo lo contrario.

Sienna se pasó la mayor parte de la comida hablando de sí misma: la habitación que había montado para el bebé, el entrenador personal que había contratado para recuperar la figura después del parto y todo el dinero que planeaba gastar en ropa en cuanto perdiera el peso del embarazo.

Había intentado conocerla con la mente abierta, pero si no fuera por Brooklyn, ya me habría tirado por la ventana.

—Puedo pedirle a mi estilista que te elija algunas prendas, cariño —dijo Sienna—. Siempre vas en ropa de deporte. Eso es para pilates, no para salir a la calle.

—Usar ropa cómoda es parte de mi trabajo —respondió Brooklyn.

—Precisamente por eso no entiendo por qué elegiste la nutrición deportiva. —Su madre arrugó la nariz—. Te pareces a mí. Podrías haber sido modelo o actriz.

—No sabía que habías sido modelo y actriz —la interrumpí disimuladamente—. ¿Dónde trabajaste? —Durante la reunión previa al *brunch* de esa mañana, Brooklyn me había contado que Sienna había trabajado en marketing antes de conocer a su actual marido y dejar su empleo.

Sienna arrugó los labios.

—No he dicho que yo lo fuera. —Claramente, le dolió admitirlo—. He dicho que Brooklyn podría haber sido una de esas dos cosas.

—Porque se parece a ti. Pero tú eres igual que ella, así que ¿por qué tú no fuiste modelo o actriz? —Me detuve antes de añadir—: Seguro que habrías triunfado en Hollywood.

Me miró fijamente para intentar averiguar si mi último comentario había sido una pulla o un cumplido.

—No funcionó. Tenía una hija que criar —dijo por fin con cierto énfasis. Sienna se volvió hacia Brooklyn y me excluyó de la conversación—. ¿Cómo va tu trabajo? ¿Ya te han ascendido?

La sonrisa de Brooklyn titubeó y se apagó.

—Mmm..., me ofrecieron un puesto fijo en el Blackcastle, pero lo rechacé. Ahora mismo estoy buscando trabajo.

Esperaba que su madre explotara. En cambio, sus ojos se iluminaron como si hubiera ganado la lotería.

—¿Vas a cambiar de ámbito? ¡Por fin! Conozco a un fotógrafo estupendo que puede organizarte una sesión de prueba. No estás hecha para la alta costura, pero seguro que podría conseguirte una campaña *pub*licitaria...

—No voy a cambiar de ámbito. —Brooklyn sonaba cansada—. Sigo queriendo ser nutricionista. Solo que no puedo seguir en el Blackcastle.

—Ah. —La otra mujer apretó los labios—. No lo entiendo. Entonces, ¿por qué no te quedas en el Blackcastle?

—No era la opción adecuada a largo plazo.

Parecía que la conversación había lanzado una alerta al universo porque, menos de un minuto después de mencionar el Blackcastle, un chico de aspecto joven con una pequeña coleta rubia apareció de un salto desde una mesa cercana.

—Perdón por molestaros mientras coméis, pero ¿eres Vincent DuBois? —preguntó.

Asentí, sabiendo a la perfección adónde iba a parar esto.

Su rostro se iluminó con una amplia sonrisa.

—¡Sabía que eras tú! ¿Te importa que nos hagamos un *selfie*? Soy un gran admirador.

—Claro. —Algunos futbolistas se negaban a atender a los fans en su tiempo libre, pero qué demonios. Estábamos en San Diego. Aquí no había muchos aficionados al fútbol, aunque era una extraña coincidencia encontrarse con uno en el restaurante, y a nadie más parecía importarle mi presencia. Solo me suponía un problema si el *selfie* se convertía en una fila de fotos.

Cuando el tío de la coleta se fue, Sienna ató cabos.

—Ah, eres futbolista. De ahí es de donde te conozco. —Por su tono, entendí que valoraba mi carrera menos que un chicle pegado

en la suela del zapato. Le lanzó una mirada ladeada a Brooklyn—. Lo debería haber sabido. Siempre con el fútbol.

—No estoy saliendo con él por su trabajo, mamá. Nos conocimos en el Blackcastle, pero nuestra relación no gira en torno al fútbol.

—Mmm. No me corresponde decirte con quién deberías salir, pero ese fue uno de los motivos por los que tu padre y yo nos divorciamos. Estaba obsesionado con el deporte. No se molestó en prestarme atención en todo el tiempo que estuvimos casados. —Sienna dirigió la mirada hacia mí—. ¿Cuánto tiempo lleváis saliendo?

Era la primera vez que preguntaba por nuestra relación desde que nos habíamos sentado, lo cual era bastante fuerte teniendo en cuenta que el novio de su hija se había colado en su *brunch* a última hora. La mayoría de la gente habría mostrado curiosidad desde el principio.

—Llevamos saliendo un mes, pero nos conocemos desde hace un año y medio —respondí.

—¿Un mes? ¿Y por qué me entero ahora?

—Pensé que era mejor decírtelo en persona, ya que iba a venir —dijo Brooklyn—. Además, no hablamos mucho por teléfono.

—Bueno, ¿y de quién es la culpa, cariño? Tú puedes coger el teléfono cuando quieras.

Mi reacción fue rápida y visceral. Cada músculo de mi cuerpo se tensó, y ya estaba casi de pie cuando me detuve. Me volví a sentar con los dientes apretados mientras el mango metálico del tenedor se me clavaba en la palma de la mano.

Esta lucha no era mía. No todavía. No quería montar una escena y avergonzar a Brooklyn en público, pero, Dios, cómo deseaba borrar esa expresión condescendiente de la cara de Sienna.

Brooklyn me colocó una mano tranquilizadora sobre la rodilla por debajo de la mesa.

—Voy al baño —dijo con calma—. Vuelvo enseguida.

Se levantó y sus pasos rápidos la llevaron a través de la azotea hasta la sala principal del restaurante. Esperé a que estuviera fuera del alcance de la vista para lanzarme.

—¿Por qué le pediste que volara hasta aquí? —Había suavizado los bordes más afilados de mi enfado, pero el resto se filtró con un veneno cuidadosamente contenido.

—¿Perdón?

—A Brooklyn. Le pediste que viajara once horas hasta California para que te diera la mano durante el parto, y aun así actúas como si no la quisieras aquí. ¿Por qué?

El tenedor de Sienna chocó contra su plato con un tintineo sonoro. Abrió la boca con sorpresa y apostaría mi último dólar a que hacía años, si no toda su vida, que nadie le hablaba así.

—Porque es mi hija y esta es mi familia, por eso no es de tu incumbencia. Lleváis un mes saliendo. No tengo por qué darte explicaciones y, siendo franca, no me gusta tu tono.

—Ahí te equivocas. —Me recosté hacia atrás y seguí hablando con una voz engañosamente serena—. Sí es de mi incumbencia cuando la estás tratando como una mierda. Puede que seas su familia y que Brooklyn y yo solo llevemos un mes juntos, pero me importa. Mucho. Y eso ya es más de lo que puedo decir de ti.

Me fulminó con la mirada con la boca reducida a una línea tensa sobre un rostro que enrojecía con rapidez.

No había venido a California con la intención de enfrentarme a la madre de Brooklyn. Estaba aquí como apoyo moral, pero ver su dinámica en directo me revolvió el estómago.

Sienna era una auténtica narcisista. Brooklyn lo sabía, pero creo que una parte de ella aún albergaba la esperanza de que algún día

su madre tuviera una repentina epifanía y la tratara como a una verdadera hija.

El problema era que los narcisistas nunca cambian. Al fin y al cabo, solo se preocupan por sí mismos. Si había mostrado el mismo patrón de comportamiento durante los últimos treinta años, seguiría ese mismo patrón durante los próximos treinta.

No podía decirle eso a Brooklyn porque sería pasarme de la raya, pero sí que podía decirle a Sienna lo que realmente pensaba.

—Sé que nos conocemos desde hace apenas una hora —dije—. Pero en esa hora, le has preguntado por su vida exactamente dos veces. Te has pasado el resto del tiempo hablando de ti, criticándola o soltando algún cumplido envenenado. Si le has pedido que venga hasta aquí, debe de ser porque dependes de ella para tener apoyo emocional, y aun así te niegas a mostrarle un mínimo de cariño o gratitud. O quizá no dependas de ella en absoluto. Tal vez solo querías comprobar hasta dónde llegaría por ti si se lo pedías. En cualquier caso, es injusto. Se merece algo mejor que esto.

—Tienes un descaro increíble. —Sienna parecía querer abofetearme, pero probablemente no quería montar una escena en público. Sin embargo, sus ojos ardían con furia mientras me lanzaba la sonrisa más falsa que había visto en mi vida—. Crees que puedes decir lo que quieras solo porque eres un deportista popular, pero te diré algo. Brooklyn es mi hija. Yo la crie. La parí de mi maldito vientre cuando no quería hacerlo y la alimenté y la vestí a pesar de que me arruinó la posibilidad de tener una vida y una carrera de verdad durante mi juventud. No me importa lo que pienses de nuestra relación, somos familia, y siempre elegirá a su familia antes que cualquier otra cosa. Yo soy su única madre. Tú eres reemplazable. Si le digo que te deje, lo hará.

—¿Porque hará todo lo que le digas?

—Porque está desesperada por mi aprobación. —Sienna se encogió de hombros—. Traumas de la infancia. Todo el mundo los tiene. A veces juegan a mi favor.

—¿Ah, sí?

El rostro de Sienna se congeló durante una fracción de segundo antes de relajarse con otra sonrisa fingida. Giró la cabeza hacia Brooklyn, que estaba detrás de ella. Por su expresión devastada, no tuve que adivinar cuánto había podido escuchar.

Mi pecho se partió en dos. Quería que viera quién era realmente su madre, pero no quería que lo hiciera de esta forma. Los comentarios de Sienna habían sido crueles y despiadados, y me mataba ver a Brooklyn con los ojos como platos nublados por el dolor.

Un dolor agudo me retorció las entrañas. Cerré los puños bajo la mesa y tuve que respirar hondo para contener el deseo de coger a Brooklyn en mis brazos y llevármela muy muy lejos de allí.

Lo que pasara a continuación tenía que pasar. No podía intervenir.

—Cariño, ya has vuelto. Qué bien. —Sienna me señaló con una mirada afilada—. Vincent me estaba diciendo que al parecer soy una madre horrible. No creerás las cosas que ha dicho después de conocerme de... ¿qué? ¿Una hora? Ha esperado a que te fueras al baño para atacarme. —Sacudió la cabeza—. Odio tener que decir esto porque rara vez traes chicos a casa, pero no es el tipo de hombre con el que deberías salir. Imagina lo sinvergüenza que se volverá en el futuro si ya se siente cómodo siendo tan maleducado en una etapa tan temprana de la relación. Créeme, te lo digo porque solo quiero lo mejor para ti. Tienes que dejarlo de inmediato.

—No lo creo.

La sonrisa de Sienna se borró.

—¿Perdón?

—No va a irse a ninguna parte. —Brooklyn ya se había recuperado de la conmoción. Se cruzó de brazos y miró fijamente a su madre, aunque sus ojos seguían vidriosos por la emoción—. A diferencia de ti, Vincent sí que vela por mis intereses. Voló desde Londres solo para estar conmigo porque sabía cuánto temía este viaje. Me ha consolado, me ha apoyado y me ha hecho más feliz de lo que jamás imaginarías. Así que no te atrevas a fingir que él es el malo de la película.

Se me cerró la garganta y algo cálido y feroz me hinchó el pecho. Esto no iba de mí, pero su defensa inquebrantable me dejó sin aire.

No sabía qué había hecho para merecer a esta chica, pero sabía que nunca iba a dejarla ir.

Las fosas nasales de Sienna se ensancharon.

—Puede ser, pero la gente tiene muchas caras. Siéntate para que podamos continuar esta conversación en la mesa, cariño —dijo con una sonrisa forzada—. La gente está empezando a mirarnos.

Tenía razón. Varios comensales cercanos nos lanzaban miradas entre bocado y bocado. Uno de ellos miró a Sienna y le susurró algo a su pareja, que negó con la cabeza.

—No me importa. —Un rubor se extendió por el rostro de Brooklyn —. Te he escuchado decir que arruiné tu vida y que haría cualquier cosa por conseguir tu aprobación. Sabía que me guardabas rencor, pero no era consciente de cuánto hasta que lo he escuchado salir directamente de tu boca. —Sacudió la cabeza y su voz empezó a quebrarse—. Dios, qué estúpida soy. Siempre he pensado que antes o después cambiarías y te convertirías en una madre mejor para mí porque eres muy buena con Charlie, pero nunca vas a cambiar. Siempre me vas a odiar porque nunca me quisiste tener, y siempre vas a explotar mi esperanza para tus propios fines. Puede que seas

mi única madre, pero eso es solo cuestión de sangre. Si no actúas como una madre, entonces no lo eres. No puedes serlo.

—¿Que no actúo como una madre? —Sienna abandonó cualquier intento de mantener la compostura en público. Alzó la voz con los ojos brillantes—. ¿Cómo te atreves a decirme eso? ¿Sabes cuánto he sacrificado por ti? Podría haberte dejado en la calle, pero no lo hice. Estás aquí gracias a mí. Pudiste ir a la universidad y mudarte a Londres gracias a mí. Así que no te atrevas a insinuar que soy una especie de... una especie de bruja.

—Hiciste lo justo y necesario —replicó Brooklyn con dureza—. Sí, me diste de comer, me vestiste y pusiste un techo sobre nuestras cabezas. Pero yo me pagué los estudios y conseguí las prácticas en Londres por mis propios méritos. Ser madre es mucho más que cubrir las necesidades básicas. Nunca estuviste ahí para mí cuando era niña y tú misma acabas de decir que te arruiné la vida. Yo no pedí nacer, así que hacerme cargar con todos tus remordimientos y tu resentimiento es... es... —Se le quebró la voz de nuevo. Una lágrima se deslizó por su mejilla, pero se deshizo de ella con furia con el dorso de la mano.

—Me arruinaste la vida. Eso es un hecho. —Las palabras de Sienna se volvieron frías, cortantes e increíblemente crueles. Apreté los puños—. Podría haber sido supermodelo o estrella de cine. Podría haberme casado con un multimillonario. ¿Crees que quería pasar el resto de mi vida en los suburbios de San Diego, trabajando en marketing y siendo madre soltera? Claro que no. Es obvio que la situación ha mejorado ahora que tengo a Harry y a los niños... —Colocó una mano sobre su vientre—. Pero esto era el plan B. Nunca olvidaré la vida que perdí por culpa tuya y de tu padre.

El rostro de Brooklyn se endureció. Enderezó los hombros y su voz adoptó una seguridad tranquila pero firme como el acero.

—Me alegro de que tengas a Harry y a los niños. De verdad. Porque yo ya no pinto nada aquí.

Sienna balbuceó.

—¿A-adónde vas?

—A casa. —Brooklyn caminó hacia su silla y agarró el bolso. Yo tiré la servilleta sobre la mesa y me levanté en silencio—. Saluda de mi parte a Harry, a Charlie y a mi nueva hermana. Supongo que no los veré en un tiempo.

—¡No puedes irte! ¡Mi operación es mañana!

Sacudí la cabeza, incrédulo. Estaba delirando si pensaba que Brooklyn aparecería en su operación fingiendo que no había pasado nada después de lo de hoy.

—Y tendrás mucho apoyo. No me necesitas y estoy harta de tus juegos. Adiós, mamá.

Seguí a Brooklyn fuera del restaurante ignorando la expresión apoplética de Sienna y las mandíbulas caídas de los demás comensales.

Ninguno de los dos habló hasta que subimos a mi coche de alquiler. Entonces, y solo entonces, las lágrimas de Brooklyn empezaron a caer. Un sollozo desgarró su garganta y me partió el corazón en dos.

La abracé y dejé que llorara hasta vaciarse allí mismo, en el aparcamiento del restaurante. A pesar de la agonía de verla tan triste, estaba jodidamente orgulloso de ella por haberse defendido.

—Perdón si me he pasado de la raya —dije en voz baja mientras le dibujaba pequeños círculos en la espalda—. He visto la forma en que te habla y simplemente... he explotado.

—No, tranquilo. —Brooklyn sollozó—. Necesitaba escucharlo. Si no te hubieras enfrentado a ella y no hubiera respondido diciendo esas cosas horribles, nunca lo habría creído. No del todo. Tenía que

escucharlo por mí misma. No... —Sollozó de nuevo—. Me siento tan estúpida. Sabía qué tipo de persona era, pero no... no...

—No eres estúpida —dije con firmeza—. Es tu familia. Estamos programados para pensar lo mejor de nuestra familia, sin importar si son una mierda de persona.

—Ya. —Se apartó y volvió a secarse la cara—. A Charlie es a quien más voy a echar de menos, ¿sabes? Es solo un niño. No se merece una familia tan disfuncional, pero a él sí que lo quiere, así que es probable que lo trate mejor. Espero. —Su voz volvió a quebrarse.

—No será un niño para siempre. Pase lo que pase, eres su hermana y tendrás la oportunidad de reconectar con él, aunque sea dentro de un tiempo. —Le tomé la barbilla y se la levanté con suavidad para obligarla a mirarme—. No dejes que te haga sentir mal contigo misma. La villana aquí es ella, no tú.

Brooklyn asintió antes de regalarme una sonrisa temblorosa.

—Este debe de ser el viaje a California más breve de la historia. Menos de veinticuatro horas y ya tenemos que regresar.

—No me quejo. Aquí hace demasiado calor para ser enero. Es raro.

Rio y se sonó la nariz mientras yo conducía hacia el hotel. Una vez allí, compraría el primer billete de vuelta a Londres.

Era hora de volver a casa.

35

Brooklyn



Había pasado una semana desde que me había ido del *brunch* con mi madre y no habíamos intercambiado ni una sola palabra. No me sorprendía. Ella nunca me contactaría después de que la humillara en público y yo no tenía ningún deseo de llamarla para reconciliarme con ella.

Sin embargo, me sorprendió mi propia indiferencia ante la pelea. Apenas un mes antes, su silencio me habría sumido en una espiral de ansiedad, pero, irónicamente, que dijera en voz alta aquello que llevaba tantos años sospechando había sanado algo en mí. Ya no tenía que preguntármelo. Sabía lo que sentía por mí y, aunque no fuera bueno, saberlo le quitaba poder. Ya no podía aferrarme a la posibilidad de conseguir su aprobación.

Lo único que me daba lástima era no haberme podido despedir de Charlie ni haber conocido a mi nueva medio hermana. Según las

redes sociales, mi madre había dado a luz a una niña sana llamada Teresa. Era adorable con sus ojitos azules y los mofletes rosados.

Puede que algún día, cuando Charlie y Teresa fueran más mayores, pudiéramos establecer una relación independientemente de mi madre. Hasta entonces, tenía que centrarme en la gente que me quería ahí.

—¡Esto es una locura! Nunca había visto este sitio tan abarrotado. —Carina volvió de la barra con dos pintas en la mano y se sentó en el reservado a mi lado con las mejillas rojas tras abrirse paso entre la multitud.

El Blackcastle había ganado el partido de esa tarde contra el Munich. Tanto aficionados como jugadores habían acudido en masa al Angry Boar para celebrarlo y la multitud entonaba al unísono una de las canciones del equipo como si estuvieran todos borrachos.

—Es un año nuevo. La gente está emocionada.

Todos parecían optimistas con las posibilidades de que el Blackcastle ganara la Champions. Desde que Vincent y Asher habían establecido una tregua y habían empezado a jugar juntos en lugar de uno contra el otro, éramos prácticamente imparables. Aun así, la victoria no estaba garantizada y sabía que Vincent estaba más estresado por la siguiente fase eliminatoria de lo que mostraba.

—Puede ser. No puedo creer que Vincent haya marcado otro penalti. —Carina negó con la cabeza—. No suele ser su fuerte.

—Eso es porque juega por Brooklyn —añadió Scarlett con una sonrisa pícara—. Soy su hermana, así que hacedme caso cuando os digo que el rendimiento de hoy sin duda ha sido el de alguien que quiere quedar bien delante de su novia.

Me ruboricé.

—Parad —protesté por encima de las risas cómplices de mis amigas—. He ido a todos los partidos desde que empezamos a salir.

No siempre juega así.

—Claro, pero ahora es diferente. Ese hombre voló hasta California por ti —señaló Carina—. Si eso no es amor, no sé qué lo será.

Se me encogió el estómago.

—No es amor. Es ego. Lo del partido, quiero decir. Quería ganar y ha ganado.

Scarlett y Carina intercambiaron miradas. Sabía lo que estaban pensando: que yo estaba en modo negación, que era amor y yo no me había dado cuenta y esas cosas.

Pero era demasiado pronto para la palabra con *a*. Vincent me importaba mucho. Lo echaba de menos cuando no estábamos juntos y no podía dejar de sonreír cuando sí que lo estábamos. Era la única persona capaz de consolarme sin decir ni una palabra y emocionarme con solo una mirada. Pero eso era lo normal en cualquier relación sana, ¿verdad? No significaba que fuera amor. No podía ser eso. Todavía no.

—¡Señoritas! —Adil apareció junto a nuestra mesa con una jarra llena de un líquido oscuro—. ¿Os interesa un refresco sin alcohol personalizado? Es en parte limonada, en parte té helado y en parte Coca-Cola con un toque de fruta. Lo he creado yo mismo. Está delicioso.

—Es decir, un Arnold Palmer con Coca-Cola y un toque afrutado —contesté divertida. Siempre podía contar con Adil como grata distracción.

—Así es como lo llama la gente sin imaginación —dijo—. No te ofendas. Pero a mí me gusta llamarlo el Adil Chakir. Tomad, probadlo.

Nos sirvió un vaso a cada una. Tomé un sorbo y estuve a punto de escupirlo. El concepto estaba bien, pero la proporción de

ingredientes no había funcionado. Sabía a refresco abierto hacía tres días.

—¿Qué os parece? —preguntó, entusiasmado.

—Está genial —respondí con la voz ahogada—. Es... interesante.

—¿Verdad? Es lo que le he dicho a Stevens. Él asegura que está tan malo que ni Trufa se lo bebería, pero eso es porque tiene mal gusto. ¡Stevens! —gritó hacia el otro lado de la sala—. ¡Te equivocas! ¡A las chicas les gusta!

—¡Solo intentan ser amables! —respondió él en voz igualmente alta.

—¡Y tú solo estás celoso por no tener tu propia bebida!

Mientras Adil se marchaba a discutir con su compañero, Asher, Vincent y Noah se sentaron con nosotras. Los fans se habían pasado toda la noche arrastrándolos de un lado a otro para charlar con ellos o invitarlos a una ronda, pero a mí no me importaba. Era su momento, merecían el foco de atención.

Aun así, no pude evitar sonreír cuando Vincent se sentó a mi lado y me dio un beso en la mejilla.

—¿Qué tal tu noche? ¿Me has echado de menos?

Batí las pestañas.

—Estaba disfrutando de un poco de charla libre de testosterona con las chicas, pero supongo que me alegro de que estés aquí. Eres un bombón.

Se llevó una mano al corazón.

—¿Yo? ¿Un bombón? Gracias por reconocer mi valor fuera del campo. Ya sabes que no soy solo fútbol.

Me reí mientras Scarlett intentaba integrar a un Noah de aspecto incómodo al otro lado de la mesa.

—¿Primero el cumpleaños de Vincent y ahora el *pub*? Te has vuelto muy sociable —bromeó.

Noah señaló a Vincent con la cabeza.

—Échale la culpa a tu hermano. Es un genio en el arte de hacerte sentir culpable.

—Yo no te culpo de nada, te convenzo —lo corrigió Vincent—. Evie estará con sus abuelos hasta el finde, ¿verdad? Disfruta de una noche de fiesta antes de que vuelva. Tienes que relajarte antes de dejar que el estrés te venza, sería una putada tener que reemplazar a nuestro portero estrella a mitad de temporada.

Noah torció la boca.

—Agradezco la preocupación.

—No te preocupes. Me aseguraré de que te relajes. —Scarlett le dio una palmadita en el hombro—. Puede que incluso podamos encontrar a una chica para que bailes con ella.

Su media sonrisa se convirtió en una mueca.

—No, por favor.

Miré de reojo a Carina, quien no había levantado la mirada del móvil desde que se había sentado el jugador. «Interesante».

Cuando le había preguntado qué pasaba entre Noah y ella después de lo de Budapest, me había dicho que no tenía ni idea de a qué me refería y que apenas se conocían. Sospechaba que me ocultaba algo, pero ya indagaría cuando estuviéramos solas.

Por el momento, tenía una noticia que me moría por compartir.

—No me lo ha preguntado nadie, pero ya que estamos todos aquí, tengo una noticia respecto a mi carrera profesional —anuncié intentando disimular el terror de mi voz—. ¿Sabéis quién es Derek Moore?

Se me aceleraba el corazón solo con pronunciar el nombre. No porque me sintiera atraída hacia él, sino porque representaba el próximo nivel en mi carrera.

—¿El surfista? —Asher arqueó las cejas—. Doce veces campeón del mundo, a menudo considerado el mejor surfista profesional de la historia. ¿Ese Derek Moore?

Asentí con el estómago revuelto por los nervios y la emoción. Cuando le había escrito a mi asesora profesional en diciembre, lo había hecho con las expectativas bajas. No obstante, me había escrito el día anterior con una posibilidad y me había quedado atónita al ver de quién se trataba. Tuve que confirmar tres veces que era Derek Moore antes de creerlo.

—Es un antiguo alumno de mi universidad —expliqué—. Se puso en contacto con el decano porque busca un nuevo nutricionista para su hija. Ella es gimnasta, no surfista, pero espera llegar a competir a nivel nacional este año y no le iba bien con su anterior nutricionista. —Derek era una leyenda, pero su hija Haley era una estrella emergente en el mundo de la gimnasia femenina. Los comentaristas ya especulaban sobre sus posibilidades de participar en los Juegos Olímpicos en unos años—. Esta vez, quería priorizar a candidatos de su *alma mater*, así que tengo una entrevista con ellos la semana que viene. Es un puesto en remoto, pero se cobra bien y viene con muchos beneficios.

Vincent ya lo sabía, pero los demás se deshicieron en vítores y alabanzas.

—¡Es maravilloso! —exclamó Carina dándome un fuerte abrazo.

—Los Moore tendrían mucha suerte de poder contar contigo —añadió Scarlett con los ojos brillantes.

—Gracias. —No me molesté en ocultar mi sonrisa.

No solo estaba entusiasmada por el prestigio que tenían los Moore. Trabajar para ellos me abriría muchas puertas a nivel profesional. Pero al leer la descripción del puesto, había sentido que algo encajaba. Siempre había trabajado con equipos deportivos, no

con deportistas individuales. Vincent me había preguntado si quería ser su nutricionista personal, pero había demasiados conflictos de intereses y no quería volver a diluir nuestra relación con el trabajo.

Sin embargo, cuanto más lo pensaba, más me convencía el trabajo a nivel individual. Evidentemente, dependía del cliente, pero una oferta individual me proporcionaría mayor flexibilidad que un equipo. Echaría de menos la camaradería, pero anhelaba tener más libertad creativa.

Estaba a punto de preguntar si alguien quería otra ronda cuando distinguí un rostro familiar entre la multitud. Le di un codazo a Vincent.

—Eh... ¿Ese no es Lloyd?

Cabello engominado, reloj caro. Sí, era él definitivamente.

El agente de Vincent vino directo hacia nosotros dando codazos a la gente para abrirse paso mientras soltaba una retahíla de improperios a su paso. Era el único que no llevaba nada del Blackcastle, pero no me sorprendía. Seguro que dormía con un traje Delamonte.

—¿Lloyd? —preguntó Vincent con las cejas arqueadas cuando llegó a nuestra mesa—. ¿Qué haces aquí? Creía que los *pubs* no eran lo tuyo.

—Y no lo son —suspiró Lloyd—. Pero estaba cenando cerca de aquí con Sandra, la ejecutiva de Zenith. Quería repasar tus fotos de prueba conmigo.

La mesa se quedó en silencio. Vincent se puso rígido y le cogí la mano por debajo de la mesa para ofrecerle mi apoyo silencioso.

Vincent había tenido la sesión de prueba con Zenith la semana anterior, tan solo un día después de regresar de San Diego. Me sorprendió que ya tuvieran los resultados finales.

—Lo han acelerado todo para poder revisar las imágenes lo antes posible —dijo Lloyd respondiendo a mi pregunta silenciosa—. Sandra y el resto del equipo ejecutivo están encantados con tus resultados. Han dicho literalmente que «encarnas el espíritu de Zenith». —Se le dibujó una gran sonrisa en la cara—. Lo has conseguido.

Vincent lo miró fijamente.

—¿Qué?

—El contrato con Zenith. —Lloyd lo agarró por los hombros—. ¡Has conseguido el maldito patrocinio de Zenith! Eres su nuevo embajador masculino global.

Se produjo un breve instante de silencio antes de que la mesa estallara. Todos colmaron a Vincent de felicitaciones mientras yo chillaba y lo abrazaba con fuerza.

—¡Enhorabuena! Sabía que lo conseguirías. —Lo besé con el pecho henchido de orgullo y alegría—. No lo dudé ni un puto momento.

Vincent me deslizó una mano por la cintura y se agarró a mí como si fuera su ancla. Cuando me aparté, vi que tenía los ojos vidriosos y llenos de asombro.

—Yo no... No... —Negó con la cabeza y se echó a reír con una mezcla de asombro e incredulidad—. Joder. ¡He conseguido el contrato con Zenith!

Parecía que por fin lo asimilaba.

—Tenemos que contárselo al resto del equipo para poder celebrarlo. —Asher se levantó y se lo llevó a rastras del reservado—. Lo siento, Brooklyn, te lo devolveremos pronto. Vamos, Wilson.

Por una vez, Noah parecía vagamente feliz por formar parte de la celebración. Los siguió a otra mesa donde Adil y Stevens seguían discutiendo por la bebida de Adil. Lloyd ya había desaparecido.

—¡Me conformo con que me lo devolváis de una pieza! —les grité.

Vincent podía negarlo todo lo que quisiera, pero Asher y él eran claramente mejores amigos. Un momento después, oí las nuevas ovaciones del equipo y me reí de nuevo.

Se me encendió el móvil con una notificación. La miré y las risas murieron en mi garganta cuando vi que era un correo electrónico de la ISNA.

«Dios mío». Una actualización de mi solicitud. Tenía que ser eso.

Sabía que llegaría en algún momento, pero verla en el buzón de entrada provocó que me diera un vuelco el corazón. Habían pasado mil años desde que la había enviado.

Hice clic con el corazón a mil por hora. Estaba tan nerviosa que las palabras se difuminaron en un gigantesco muro de texto.

Parpadeé y lo volví a intentar saltándome la fecha y la dirección para buscar las palabras clave.

> Querida Brooklyn:
>
> Gracias por su interés en el Premio Pionero de la Asociación Internacional de Nutrición Deportiva. Tras considerarlo detenidamente, lamentamos informarla de que no ha sido seleccionada como finalista...

Un fuerte zumbido me llenó los oídos. Volví a leer el párrafo inicial dos veces y luego una tercera como si pudiera conseguir de algún modo que así cambiara el texto.

No cambió.

Dejé caer el móvil en mi regazo y me recosté. El ruido del *pub* se desvaneció en un zumbido sordo mientras el rechazo de la ISNA resonaba en mi cabeza.

«Lamentamos informarla de que no ha sido seleccionada como finalista».

«No ha sido seleccionada como finalista».

«No seleccionada».

«No. Seleccionada».

Me tragué el sabor a serrín de la boca. Sabía que ganar el premio era una posibilidad remota, pero esperaba al menos llegar a la final. Era como si la ISNA me hubiera enviado una carta con «No eres lo bastante buena» escrito en letras rojas.

Se me llenaron los ojos de lágrimas, pero parpadeé para contenerlas.

«No pasa nada. Solo es un premio. Puedes volver a presentarte otro año». Pero no podía quitarme de la cabeza el miedo de que ese rechazo fuera una señal del universo..., una prueba de que no sabía lo que hacía y de que no estaba hecha para este trabajo.

Hacía apenas media hora, estaba eufórica por el subidón de la entrevista con los Moore. Pero una entrevista no era una oferta y no me extrañaría que el universo volviera a darme esperanzas antes de arrebatármelas de nuevo.

Noté una mano en el brazo. Cuando levanté la mirada, vi a Carina mirándome con expresión de preocupación. Scarlett se había ido al baño, pero había olvidado que Carina seguía en la mesa.

—¿Estás bien? —preguntó—. No tienes buena cara.

—Ah, sí. —Fingí una sonrisa—. Solo algo sobreestimulada. Eso es todo.

—¿Estás segura?

—Ajá. —No quería arruinar el buen humor contándole lo de la solicitud.

—Vale. —No pareció convencida, pero dejó el tema—. Si necesitas hablar de cualquier cosa, me tienes aquí.

—Lo sé. Gracias. —Le estreché la mano y esperé a que se girara para dejar de sonreír.

Miré al otro lado del *pub*, donde Vincent seguía de celebración con sus compañeros. Le dieron palmaditas en el hombro y le dijeron algo

que lo hizo reír. Tenía una sonrisa deslumbrante y parecía tan feliz que no podría soportar arruinarle el momento.

Notaba tanta presión en el pecho que no podía respirar. Estaba muy emocionada porque Vincent hubiera conseguido el contrato con Zenith. Estaba en la cima de su carrera y se merecía el mundo entero. Celebraría sus logros mil veces.

Sin embargo, nunca me había sentido tan pequeña como en ese instante, sentada y rodeada de tanta alegría y jolgorio.

36

Brooklyn



Me lamí las heridas en privado durante una semana antes de la entrevista con los Moore. Me sentía demasiado avergonzada para contar lo del rechazo de la ISNA a nadie, ni siquiera a Vincent. Debía de parecer una estúpida por rechazar un trabajo fijo en la Premier League solo para acabar sin trabajo y sin premio. Mi único consuelo era que Henry tampoco había llegado a la última ronda. Al menos existía algo de justicia en el universo.

Conseguir el trabajo con los Moore era mi mejor oportunidad para redimirme. Si me hacían una oferta, serviría para suavizar el golpe de la ISNA. Así que el viernes, en nuestra entrevista por videollamada, intenté aplicarme y poner mi expresión más determinada.

Derek tenía alrededor de cincuenta años, pero estaba más en forma que la mayoría de los hombres a los que doblaba la edad. Con su pelo sal y pimienta, ojos azules y piel morena, era la definición de

un madurito atractivo. Haley era su versión femenina de dieciséis años; misma sonrisa, mismos ojos, mismo semblante sensato que me tranquilizó de inmediato. Parecía extremadamente madura para alguien de su edad.

A pesar de mis nervios iniciales, la entrevista se desarrolló con más fluidez de la que podría haber esperado.

—Las prácticas en el Blackcastle son impresionantes —dijo Derek después de hacerme algunas preguntas aclaratorias sobre mi currículum—. Admito que no somos muy aficionados al fútbol...

—Esto no es Europa —añadió Haley—. Allí el fútbol es mucho más popular.

—Es cierto, cielo —dijo Derek con amabilidad. Sonreí. Estaba claro que tenían una muy buena relación, lo cual por desgracia era raro en familias de deportistas de élite. Demasiada presión y competitividad —. No somos muy aficionados al fútbol, pero hasta yo sé que el Blackcastle es un club legendario. Me da curiosidad saber por qué no te quedaste trabajando con ellos a tiempo completo.

Esperaba esta pregunta y había venido preparada.

—Fue una experiencia de aprendizaje increíble y, como has dicho, es un club legendario. Pero eso conlleva un sistema muy arraigado de procedimientos y tradiciones que no siempre está abierto a la experimentación. Por mucho que disfruté de mi tiempo con ellos, quería trabajar en un ambiente con más libertad creativa.

—¿Puedes ponernos un ejemplo de libertad creativa? —preguntó Haley.

—Claro. Cuando trabajo con un deportista, no solo personalizo su plan de nutrición. También personalizo la forma en que trabajamos juntos. Existen distintas formas de aprender y encontrar motivación, y a cada persona le funciona mejor una. Es importante optimizar sus idiosincrasias físicas y mentales. —Les di algunos ejemplos de cómo

lo había aplicado con otros deportistas antes de fluir lentamente hacia herramientas y estrategias más específicas.

La carta de motivación que había escrito para la ISNA había resultado ser una gran preparación para la entrevista. Me había ayudado a pulir mi filosofía nutricional y me había hecho pensar largo y tendido sobre lo que me diferenciaba de mis compañeros de profesión.

Cuanto más hablaba, más segura de mí misma me sentía. Sin restricciones ni normas que me acorralaran, la pasión que sentía por mi trabajo había salido a la superficie trayendo consigo una corriente de ideas y entusiasmo genuino. Mi mente funcionaba a toda velocidad mientras pensaba nuevos enfoques en el acto, aunque tuve cuidado de controlar mi emoción por si parecía demasiado agitada.

Cuando terminé, tanto Derek como Haley parecían debidamente impresionados.

—Me encanta tu idea de adaptar tu estilo de trabajo a cada persona —dijo Haley—. Ese fue el problema con mi antigua nutricionista. Era más tradicional y demasiado rígida con la rutina. No terminamos de encajar.

Me hicieron algunas preguntas más sobre mi experiencia y mi plan para preparar a Haley de cara a los nacionales antes de dar por concluida la entrevista. Esperaba que me dieran la típica charla sobre tomarse un tiempo para pensarlo y luego llamarme, pero Derek me sorprendió.

—Seré directo —dijo—. Eres la última candidata que hemos entrevistado y creo que hablo por Haley y por mí cuando digo que eres la mejor con diferencia.

Haley asintió.

—Los demás eran buenos, pero siento que tú me entiendes. La flexibilidad, la creatividad, la disposición a probar cosas nuevas. Nos movemos rápido y necesitamos a alguien que pueda no solo seguir el ritmo, sino también adaptarse.

Crearme falsas esperanzas me había jugado malas pasadas, pero aun así el corazón me dio un vuelco.

—Gracias. Me alegro de escuchar eso.

—Perdona si esto parece apresurado, pero ten por seguro que, después de semanas de búsqueda, sabemos lo que funciona y lo que no —añadió Derek—. Los regionales son dentro de dos meses, así que queremos incorporar a alguien cuanto antes. Te enviaremos los detalles por correo, pero aunque no sea un trabajo en una empresa, incluirá todos los beneficios, un salario generoso y un bonus para todo el equipo si Haley llega a los nacionales. —Mencionó una cifra que casi hizo que me atragantara.

Ya sabía lo del salario y los beneficios, pero, joder. Ese bonus era muchísimo dinero.

—De momento nada es oficial hasta que redactemos el contrato, pero queríamos hacerte una oferta verbal ahora —añadió Haley después de mirar a su padre—. ¿Estarías interesada?

—¿Estás de broma? ¡Claro que sí! Me encantaría trabajar contigo. —La tristeza provocada por el rechazo de la ISNA se disipó y dejó pasar un rayo de luz.

—Excelente. —Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de Derek —. El contrato estará listo al final del día. Entiendo que ahora vives en Londres, así que estaremos encantados de darte dos semanas extra para que te organices. Cubriremos todos tus gastos de la mudanza, por supuesto, y te brindaremos la orientación que necesites para mudarte a Chicago.

Mi euforia se detuvo en seco y una vaga sensación de temor se formó en mi estómago.

—¿Mudanza? Perdón si he entendido mal, pero pensaba que era un puesto en remoto.

—Ah, sí. —Derek hizo una mueca—. Debería haberlo mencionado al inicio de la entrevista. Culpa mía. Originalmente, era un puesto en remoto. Sin embargo, con los regionales tan cerca y las dificultades de incorporar a alguien a mitad de temporada, decidimos que sería más efectivo contratar a un nutricionista en persona. ¿Esto supone algún problema?

—Yo-yo... —balbuceé, demasiado desconcertada como para dar una respuesta inmediata—. Tengo que pensarlo. Sigo muy interesada en el puesto, pero debo hablar de la mudanza con mi... mi familia. Es una decisión importante.

—Por supuesto —dijo Derek—. Tómate el fin de semana para pensarlo, pero si pudieras darnos tu respuesta definitiva antes del lunes por la noche, hora nuestra, sería genial. Como he dicho, los regionales están muy cerca, así que necesitamos incorporar a alguien cuanto antes.

—Entiendo. —Les di las gracias por su tiempo y cerré la sesión con la cabeza dando vueltas. La sensación de temor en mi estómago se convirtió en un ladrillo de dos toneladas.

Tenía que conseguir el trabajo perfecto solo para descubrir que aceptarlo suponía abandonar Londres.

Me estaba empezando a marear por culpa de la montaña rusa emocional en la que se habían convertido las últimas dos semanas. La confrontación con mi madre, la oferta de la entrevista, el rechazo de la ISNA y ahora esto... Era como si el universo se empeñara en lanzarme a lo más alto antes de arrastrarme de nuevo hasta la Tierra.

Me quedé mirando el portátil cerrado. La habitación estaba demasiado silenciosa. Podía escuchar la sangre retumbando en mis oídos y sentir la tensión subiéndome por la nuca. El peso de mi decisión se asentó sobre mis hombros como una manta de plomo, pero antes de que pudiera desenredar mis pensamientos, sonó el timbre.

Probablemente era Vincent. Siempre venía después del entrenamiento, y a menudo se quedaba a dormir.

Respiré hondo y empujé mi inminente decisión hasta el fondo de mi mente. Ya me ocuparía de eso después. Necesitaba más tiempo para reflexionar.

Caminé hacia la sala de estar y abrí la puerta, lista para recibirlo con un beso, pero entró con rapidez de un empujón y cerró con llave tras de sí.

—¿Has recibido algún mensaje extraño o has visto a alguien sospechoso últimamente? —preguntó Vincent sin preámbulos.

Fruncí el ceño. No era propio de él ser tan brusco.

—No. ¿Por qué?

—Al salir del entrenamiento he encontrado esto en mi coche. —Me tendió una foto con la voz tensa.

La cogí y una ominosa sensación de *déjà vu* cayó sobre mí. Gracias a Dios, no era otra foto de aquel muñeco espeluznante, pero puede que fuera incluso peor. Era una foto de Vincent y mía besándonos en el Angry Boar la semana pasada. Nuestros amigos estaban borrosos y nosotros éramos las únicas personas enfocadas.

—No había nota, solo la foto. —Un músculo se le contrajo en la mandíbula—. Encaja perfectamente con el *modus operandi* del intruso.

—Pero sabemos quién es —dije. Una sensación agria se extendió por mi estómago—. Ethan Brown. Tienes una orden de alejamiento

contra él. ¿La policía no puede usar esto para arrestarlo?

—No es él. —Los labios de Vincent se tensaron en una línea sombría—. Ya he llamado a Smith. Me ha dicho que Ethan Brown se fue de la ciudad poco después de que lo atraparan. Ahora vive en Newcastle y tiene coartadas para toda la semana. Uno de los contactos de Smith en la policía lo ha confirmado. Así que es cierto que Brown me mandó un mensaje cuando estábamos en Hungría, pero no fue él quien dejó el muñeco. El intruso y él... son dos personas diferentes.

37

Vincent



Nos trasladamos a un hotel esa misma noche.

Quizá fuera una reacción exagerada, pero no podía arriesgarme. Una cosa era que el intruso me atacara solo a mí, pero ahora que había involucrado a Brooklyn no iba a correr ningún riesgo.

Si le pasaba algo, no me lo perdonaría nunca.

—Voy a contratar a un guardaespaldas. —Ya había contactado con una empresa de seguridad privada de élite por el camino—. Para los dos.

Estábamos en la sala de estar de la *suite* del hotel. Había bajado todas las persianas y cerrado todos los pestillos. Habíamos cogido lo esencial, pero no sabía cuánto tiempo íbamos a tener que quedarnos ahí. Quizá tuviéramos que volver a casa más adelante para coger algo más. Si era así, lo haríamos con protección física.

—No necesito un guardaespaldas —dijo Brooklyn sentada en el sofá. No había discutido sobre lo de mudarse a un hotel, aunque tenía una opinión firme sobre estar vigilada en todo momento—.

Entiendo que estés preocupado, pero no hemos llegado al punto de necesitar vigilancia las veinticuatro horas del día. —Levantó la foto y solo el hecho de verla ya hizo que se me helara la sangre—. La tomaron en público. Podría haber sido cualquiera y no implica necesariamente que esa persona lo hiciera con malas intenciones.

—Me parecería adorable si luego se limitara a etiquetarme en redes sociales. No tanto si traspasa la propiedad privada del equipo y la deja en mi coche en el mismo sitio exacto en el que el intruso dejó la foto del muñeco.

Brooklyn dejó escapar un suspiro largo y tembloroso.

—Tienes razón. Esperaba..., da igual. —Negó con la cabeza y acercó las rodillas al pecho. Parecía agotada y odiaba ser yo quien la estuviera estresando, pero era necesario hablar de esto. Estaba en juego su seguridad.

Notaba un nudo en la garganta, como si tuviera algo duro y afilado ahí que se negaba a bajar.

—Tiene que ser alguien que estuviera en el *pub* —dijo—. ¿La policía ha comprobado las cámaras de videovigilancia? Mac no permite que se hagan fotos en el interior, así que debería ser bastante fácil ver quién rompió esa regla.

—No tiene cámaras en el interior. Smith está comprobando las de la calle, pero no serán de gran ayuda. Seguro que hubo más de un centenar de personas entrando y saliendo toda la noche.

—Al menos es un comienzo —reflexionó Brooklyn—. Filtrar entre cien personas es más fácil que investigar a los millones que viven en la ciudad.

—Tal vez. —Me dejé caer a su lado en el sofá, consumido por el cansancio. Me pesaban las extremidades como si fueran de plomo y la migraña había aparecido en mi sien. El dolor se agudizó

rápidamente hasta convertirse en una punzada ardiente y palpitante que se extendió como un reguero de pólvora por mi cabeza.

La vida había mejorado por fin. Brooklyn y yo estábamos juntos, había conseguido el contrato con Zenith y el Blackcastle arrasaba en el campo. Y entonces el intruso había vuelto a mi vida como una puta bola de demolición destrozando mi control.

Como lo pillara en algún momento, lo estrangularía con mis propias manos.

Observé la foto de nuevo y mi ira se transformó en temor. La imagen en sí era inocente, pero la advertencia venía implícita. Quien la hubiera tomado estaba obsesionado conmigo y yo ahora estaba saliendo con Brooklyn. ¿Y si la consideraba una rival? ¿O, peor aún, una amenaza?

Se me infectó la mente con imágenes morbosas de ella muerta, tendida sobre un charco de su propia sangre.

Una punzada de terror me atravesó las entrañas. Necesité toda mi fuerza de voluntad para no envolverla en plástico de burbujas y llevármela hasta una isla privada, donde nadie pudiera llegar hasta nosotros.

—Hablemos de otra cosa. —Guardé mis pensamientos en una caja y la cerré de golpe—. ¿Cómo te ha ido la entrevista con los Moore?

Había estado tan obsesionado con el regreso del intruso que no había tenido la oportunidad de preguntarle cómo le había ido el día.

—Muy bien. Prácticamente, me han ofrecido el puesto al instante.

—¡Qué buena noticia! —Al menos había algo bueno en ese horrible día. Sin embargo, antes de que pudiera celebrarlo más, vi la duda nublando su mirada—. Es algo bueno..., ¿verdad?

—Sí, sí que lo es. Estoy entusiasmada, pero... hay un lado malo. —Brooklyn respiró hondo—. Es en Chicago.

Esa palabra me recorrió la espalda como hielo recién derretido. «Chicago».

A mi cerebro le costó procesarlo. Sabía lo que era y dónde estaba, pero no conseguía conectar los puntos entre su frase y las implicaciones.

Miré a Brooklyn durante un segundo antes de recuperar la voz.

—Creía que era un trabajo en remoto.

—Lo era, pero lo cambiaron a presencial porque los regionales están muy cerca y la transición será más fácil así. —Bajó la mirada y se enrolló el dobladillo del jersey alrededor del dedo con tanta fuerza que se le puso la piel blanca—. Tengo hasta el lunes por la noche para pensármelo.

Faltaban tres días.

Se me cayó el alma a los pies. El intruso me había arrebatado el aire de los pulmones, pero si no estuviera sentado, la posibilidad de que Brooklyn se marchara me habría hecho derrumbarme.

Ella en Chicago. Yo en Londres.

Miles de kilómetros y un océano entre nosotros.

Por segunda vez en un mismo día, sentí que el mundo se tambaleaba bajo mis pies. No podía moverme. No podía pensar. Solo podía imaginar una infinidad de días despertándome sin ella a mi lado.

—Lo siento. No quería darte esta noticia cuando llevas un día de mierda, pero me has preguntado y no podía..., no quería ocultártelo. No cuando la fecha límite está tan cerca. —Brooklyn volvió a levantar la mirada con los ojos rebosantes de emoción—. Lo lamento —repitió en voz baja.

—No te disculpes. —Me obligué a sonreír. Si tanto le dolía tomar esa decisión, significaba que de veras quería el puesto. Si no fuera

así, no le importaría tanto. Se negaría fácilmente—. Te han ofrecido un empleo los putos Derek y Haley Moore. Deberías celebrarlo.

No me devolvió la sonrisa.

—¿En qué estás pensando? —pregunté—. Hablémoslo. Ventajas e inconvenientes.

Mi respuesta era lógica, casi clínica, pero no podía permitir que me dominaran las emociones. Los Moore eran algo muy gordo. Trabajar para ellos podía cambiar su carrera y no quería influir en su decisión mostrándole lo devastado que estaba en realidad.

Si veía el pánico que me cerraba la garganta o el temor que me oprimía el pecho, se quedaría en Londres por mí... Y por mucho que lo quisiera, no podía permitir que renunciara a su futuro solo por asegurar el mío.

—Ventajas e inconvenientes —repitió Brooklyn. No parecía muy convencida.

—Sí. Tienes unos días para tomar la decisión, así que te vendrá bien tener a alguien con quien debatir. —Si forzaba más la sonrisa, se me acabaría partiendo la cara.

Se mordió el labio inferior.

—Vale. Ventajas: tendría un trabajo con un salario increíble, beneficios y libertad creativa. Derek y Haley me cayeron muy bien y trabajar para ellos sería un hito destacado en mi carrera. Está casi garantizado que eso llevaría mi vida profesional al próximo nivel. Inconvenientes: tendría que mudarme a Chicago. Los inviernos allí son horribles y odio el viento. También significa que tendré que dejar atrás Londres, a mi padre, a mis amigas... —Bajó la voz hasta un susurro—: Y a ti.

El peso de sus palabras estableció una densa nube de silencio. El aire acondicionado vibraba de fondo y era lo único que se oía en toda la estancia aparte de nuestras respiraciones. Hasta el tráfico de

hora punta de la calle se había vuelto extrañamente silencioso, como si el mundo exterior supiera que nos tambaleábamos al borde del abismo y también estuviera conteniendo el aliento.

«No te vayas. Te necesito. No puedo vivir sin ti».

Las palabras amenazaban con abrirse paso a través de la grieta de mi pecho.

La parte más egoísta de mí quería dejarlas salir. Podría encontrar otro trabajo en Londres con facilidad..., pero ¿sería un trabajo parecido a trabajar para los Moore?

Brooklyn se había pasado meses agonizando por el futuro de su carrera. Había renunciado a un empleo seguro en el Blackcastle para encontrar algo que encajara mejor con ella y por fin había dado con ello. Si de veras me importaba tanto, ¿podría interponerme en su camino?

—Les he dicho que me lo pensaré, pero voy a rechazarlo. —Enderezó los hombros—. No puedo marcharme de Londres. Ya encontraré otro trabajo aquí. Ahora que sé lo que quiero, no debería ser tan difícil.

—Puede que no, pero esto es algo importante. Tómate el tiempo necesario para pensártelo y no tomes una decisión precipitada. —Las palabras me arañaron la garganta como si fueran cuchillas—. No quiero que te arrepientas con el tiempo de la decisión que tomes.

A Brooklyn le brillaban los ojos.

—Lo lamento. No podría haber sucedido en peor momento.

—Ya te he dicho que no tienes que preocuparte. —Elevé las comisuras de la boca—. Prefiero que las malas noticias lleguen de golpe. Es más fácil eso que recibir un pequeño palo cada día.

Dejó escapar una risita ahogada.

—Es ese caso, tengo que contarte otra cosa. No conseguí pasar a la ronda final del premio de la ISNA.

Se me revolvió el estómago. Sabía la ilusión que le hacía ese premio.

—Joder. Lo siento mucho.

—No pasa nada. —Me dedicó una sonrisa débil—. He tenido una semana para asimilarlo y, sinceramente, mi solicitud no era gran cosa. Estaba tan centrada en el premio de la ISNA porque me proporcionaba un objetivo cuando no tenía nada más. Pero ahora que he averiguado lo que quiero hacer con mi carrera, no me duele tanto.

Le estreché la mano. Me ardía el pecho por todo aquello que no podía arreglar. Lo único que podía hacer era abrazarla y esperar que bastara con eso.

—¿Cuándo te enteraste?

—El viernes pasado en el *pub*. Acababas de conseguir el contrato con Zenith y no quería ser una aguafiestas.

—Brooklyn. —La miré fijamente y el tono de mi voz no dejó lugar a discusiones—. Tú nunca serás una aguafiestas. No importa qué noticia recibas ni cuándo la recibas, puedes contármelo. Podría haber ganado otro puto Mundial y, aun así, querría enterarme si te sucede algo importante. ¿Entendido?

Asintió con los ojos brillantes de nuevo por la emoción.

—Dilo.

—Entendido —susurró.

—Bien.

La acerqué a mí y le di un beso en la frente. Me sentía como si un cuchillo afilado me hubiera partido el corazón por la mitad. En parte por lo que Brooklyn había perdido y en parte por lo que podíamos perder ambos el lunes por la noche. Pero aún quedaban tres días. Hasta entonces, podría abrazarla y fingir que todo iba bien, aunque fuera algo temporal.

—Je serais toujours là pour toi, mon cœur. Quoiqu'il arrive.

38

Vincent



Necesito ayuda para animar a Brooklyn.

Adil
Joder, ¿ya la has cagado? Debes
de haber batido un récord.

No la he cagado. Por cierto, ¿qué haces aquí?

Adil
Yo creé este grupo. ¡Yo te metí en este grupo!

Se suponía que estabas haciendo
una desintoxicación digital.

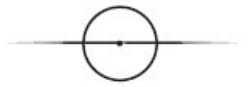
Adil
Y así es, pero esta es mi hora diaria
de descanso.
Asher
¿Qué ha pasado?
Adil
El descanso de media hora no era suficiente.

Asher
Estaba hablando con Vincent.

No ha llegado a la última ronda
del premio ISNA.

Asher
Joder. Lo siento, tío. Qué mierda.
Adil
:(
Adil
Deberías comprarle un regalo para animarla.
Adil
¿Qué les gusta a las nutricionistas? Mmm...
Noah
Antes de que se le ocurra una abominación y la comparta con el grupo, te doy un consejo: no hagas caso a nada de lo que diga.
Adil
Eso me ha dolido. Se me da muy bien hacer regalos.
Adil
¿Recuerdas la patata que te regalé por tu cumpleaños?
Noah
¿Te refieres a la patata con mi cara?
Noah
Por desgracia, sí.
Adil
Es gracioso porque muestras la misma emoción que una patata, así que no hay ninguna diferencia entre tú y una foto de tu cara pegada en una.
Adil
¿Lo pillas?

Noah Wilson salió del grupo



Me pasé todo el fin de semana confundido. Brooklyn y yo nos quedamos en nuestra *suite* pidiendo servicio de habitaciones y viendo películas de pago de los noventa. No volvimos a mencionar Chicago, pero el peso de su decisión colgaba sobre nosotros como una guillotina.

Le hablamos al entrenador, a Scarlett, a Asher y a Carina sobre el incidente de la foto, pero no se lo contaría a nadie más a no ser que fuera estrictamente necesario. No quería que los chicos se distrajeran cuando las eliminatorias estaban al caer. Como era de esperar, el entrenador se volvió loco e intentó que nos mudáramos a su casa, pero ambos nos negamos.

Uno: que los tres viviéramos bajo el mismo techo era una idea terrible. Y dos: su casa no tenía mucha seguridad. Incluso el piso de Brooklyn era más seguro gracias a las medidas de seguridad que había instalado unos meses atrás, pero si el intruso estaba lo bastante motivado, podría descubrir dónde vivía. Prefería que nos quedáramos en el hotel, a menos que mi nuevo guardaespaldas tuviera otra idea.

La empresa de seguridad con la que había contactado me había enviado una lista de candidatos. Ya tenía entrevistas programadas con ellos para los próximos días. Una vez tomara una decisión, elaboraríamos juntos un nuevo plan de seguridad.

Tenía la esperanza de que no tuviéramos que llegar a esto, pero la actualización de Smith no había sido prometedora. Me llamó después del entrenamiento del lunes y me confirmó que no habían encontrado nada útil en las grabaciones de las cámaras del *pub*. No me sorprendió, pero me decepcionó.

—¿Y estás seguro de que no es Ethan Brown o alguien relacionado con él? —Me subí al coche y bloqueé las puertas. Me estaba agarrando a un clavo ardiendo, pero, joder, tenía bastante con un fan obsesionado. Dos en tan solo un año habría sido de chiste si no fuera porque me provocaba escalofríos.

—Segurísimo —dijo Smith—. Voy a ser sincero. Es difícil que hagamos más de lo que ya hemos hecho porque, como en los casos anteriores, la foto no contiene ninguna amenaza explícita. No podemos justificar el uso de más recursos policiales para rastrear al culpable.

Agarré el móvil con fuerza.

—Tal vez no sea explícita, pero esa foto es una amenaza implícita hacia mi novia.

—Lo entiendo, pero...

—No, no lo entiendes, joder. —Mi frustración se convirtió en un rugido descontrolado—. Quienquiera que sea el culpable está obsesionado conmigo. Enviarme una foto de Brooklyn es una advertencia. No necesita poner una maldita X roja sobre su cara para que lo entienda. Sois la policía, joder. ¿Vais a hacer algo para protegerla o vais a esperar a que mi próxima llamada sea desde el hospital o desde una maldita morgue?

No perdía los estribos a menudo. Me enorgullecía de mantener la mente fría porque ser inteligente solía ser mejor que estar enfadado. Mi familia y Brooklyn eran las únicas excepciones. Me importaban demasiado para verlos en peligro y, a pesar de lo que dijera Smith, Brooklyn estaba en peligro. Por mi culpa.

Sentí que una losa me oprimía el pecho.

—Estoy de acuerdo —dijo Smith, dejándome completamente sorprendido—. La intención detrás de la foto probablemente es maliciosa, pero tengo las manos atadas. Este caso no tiene mucha

prioridad comparado con todo lo que tenemos entre manos. Homicidios. Niños desaparecidos. Crimen organizado. Un posible acosador de una celebridad sin historial de violencia ni siquiera entra en nuestro top diez. Dicho esto, volveré a revisar las grabaciones y veré si se me pasó algo por alto la primera vez.

Me desinflé y la ira abandonó mi cuerpo como agua a través de un colador. Podía gritar todo lo que quisiera, pero Smith tenía razón. Tenían demasiado trabajo para dedicarle mucho esfuerzo a mi caso.

Iba a contratar seguridad privada para protegernos a Brooklyn y a mí, pero ¿sería suficiente? No sabía qué recursos tenía el intruso ni cómo de entrenado estaba, pero era lo bastante inteligente para haber evitado ser identificado durante todo este tiempo.

Miré por la ventana. Las gotas de lluvia salpicaban el parabrisas y volvían el mundo gris.

Era lunes por la tarde. Brooklyn tenía que darles una respuesta a los Moore esa noche. Llevaba todo el fin de semana posponiendo pensar en esto, pero ya no podía evitarlo más.

—Ya debes de haber trabajado en casos similares —dije—. Según tu experiencia, ¿debería estar preocupado por que el intruso se vuelva violento y vaya a por Brooklyn?

Hubo un largo silencio.

—Creo que deberías tomar precauciones razonables —dijo Smith finalmente—. No sabemos cuáles son las intenciones del intruso, pero la gente con este nivel de obsesión y dedicación suele volverse violenta ante cualquier provocación. Y cuando eso sucede, si sucede, la pareja romántica objeto de su obsesión suele ser su primer objetivo.

El estómago me dio un vuelco. Le di las gracias a Smith, colgué y conduje de vuelta al hotel sintiéndome un poco entumecido. Me aseguré de tomar un camino enrevesado para despistar a posibles

perseguidores y mantuve un ojo en el retrovisor por si veía coches sospechosos, pero mi mente estaba a un millón de kilómetros de allí.

La confirmación de Smith de que Brooklyn estaba en peligro había aflojado algo dentro de mí. Era una cuerda que había estado demasiado tensa durante demasiado tiempo y por fin se había desenredado.

Todo se estaba descontrolando. No podía predecir cuándo atacaría de nuevo el intruso, pero sí podía hacer todo lo posible para asegurarme de que Brooklyn estuviera fuera de peligro cuando sucediera.

Entré en el garaje privado vip del hotel y apagué el motor. El silencio me oprimió.

Me había pasado toda la vida preocupado por perder a las personas que amaba. Mi madre biológica me dio en adopción y me separaron de mi madre y de mi hermana cuando era niño. Perdí el contacto con mis viejos amigos en París cuando me transfirieron al Blackcastle (en parte por la distancia y en parte por sus reacciones envidiosas de mi éxito).

Algunos de esos lazos rotos fueron decisiones personales, y no todos fueron permanentes. Pero eso no eliminaba mi miedo arraigado y profundo de que, una vez que alguien se fuera, nunca regresaría. A menos que yo estuviera siempre presente, recordándole por qué merecía un lugar en su vida, me olvidaría o, peor aún, se daría cuenta de que nunca me había necesitado.

Pero Brooklyn era diferente. Entró en mi vida por casualidad y se quedó por elección. Sí, teníamos amigos en común, pero ella eligió estar conmigo de la misma manera en que yo elegí estar con ella: a través de la incertidumbre, el miedo y cada obstáculo que la vida nos había lanzado hasta ahora. Vio todos mis defectos y nunca se inmutó, y eso me aterraba porque sabía lo que sentiría si la perdía.

No solo dolor. No solo arrepentimiento. Sino un vacío tan absoluto que no estaba seguro de que fuera a quedar algo de mí.

Mis pensamientos por fin se convirtieron en determinación.

Salí del coche y cogí el ascensor hasta el ático. Cuando entré en nuestra *suite*, Brooklyn estaba sentada en el sofá, trabajando en su ordenador.

—Hola. —Me recibió con una sonrisa—. ¿Cómo ha ido el entrenamiento?

—Bien. Lo de siempre. —Le di un beso y sentí que la garganta se me cerraba con su aroma familiar—. ¿Qué tal tu día?

Mientras me contaba su tarde, yo trataba de encontrar las palabras adecuadas para abordar el tema tabú. Pero no había palabras adecuadas y no había un momento adecuado.

Si no lo decía ahora, no lo diría nunca. Así que, cuando Brooklyn hizo una pausa para tomar aire, la miré a los ojos y dejé caer el peso de mis palabras entre nosotros.

—Creo que deberías aceptar el trabajo en Chicago.

39

Brooklyn



Me quedé paralizada intentando encontrar el sentido a sus palabras.

«Creo que deberías aceptar el trabajo en Chicago».

Fue una sensación tan repentina e inesperada que me costó salir de la neblina mental de confusión e incredulidad.

Se me aceleró el corazón y, cuando por fin encontré mi voz, sonó más débil de lo que pretendía.

—¿Quieres que me marche?

La idea de que Vincent me pidiera que me alejara de él, de lo nuestro, fue como si una flecha me atravesara el pecho.

Me había pasado el fin de semana dándole vueltas a la decisión. ¿Debería aceptar la oferta de los Moore o debería quedarme? Como le había dicho el viernes, mi instinto me decía que me quedara, pero cuanto más lo pensaba, más difícil se me antojaba la decisión.

Adoraba mi vida en Londres. No podía imaginar dejarla atrás. Al mismo tiempo, no podía asegurar que no fuera a arrepentirme de

rechazar a los Moore. Era la oportunidad de mi vida y, si decía que no, nunca dejaría de preguntarme qué habría pasado si hubiera aceptado. Me daba miedo que esa duda acabara convertida en resentimiento y amargura con el tiempo.

Pero en todos mis debates internos, había confiado en el hecho de que Vincent quería que me quedara. Suponía que no lo había dicho porque no quería influir en mi decisión, pero el modo en el que me había abrazado el viernes cuando se había enterado, me había hecho pensar que nuestra separación lo dejaría tan devastado como a mí.

Pero ¿y si me equivocaba? ¿Y si no le importaba que me quedara o me marchara?

«Creo que deberías aceptar el trabajo en Chicago».

Un vacío frío se apoderó de mis extremidades.

—Joder, claro que no —dijo Vincent y la determinación de su negación disipó las gélidas dudas—. Si tuviera elección, no me apartaría nunca de tu lado. Pero es el trabajo de tus sueños, Brooklyn. Quiero que te quedes, pero deseo aún más que seas feliz.

Parpadeé con un nudo de emoción en la garganta.

—¿Cómo podría ser feliz si no estoy contigo?

—Lo serás. De Londres a Chicago solo hay distancia. Eso no significa que no vayamos a estar juntos. —Vincent me sostuvo el rostro con las manos y me pasó el pulgar por la mejilla con tanta ternura que hizo que me doliera el corazón—. Quiero que le des una oportunidad al trabajo para los Moore porque no me gustaría que luego echaras la vista atrás y te preguntaras qué habría pasado en caso de que lo hubieras aceptado. Si no te gusta, puedes dejarlo y volver. Yo te estaré esperando aquí. Si te gusta, puedes irte a vivir a la puta Chicago y encontraremos un modo de hacer que nuestra relación funcione. Te lo prometo. Si crees que voy a dejar que unos

cuantos miles de kilómetros se interpongan entre nosotros, es que no me conoces en absoluto.

Me reí entre lágrimas por la parte sobre preguntarme qué habría pasado. Tendría que haber sabido que Vincent se daría cuenta de lo que estaba pensando sin necesidad de decirlo.

En cuanto al resto..., noté una presión en el pecho.

Me sentí tentada de hacer caso a su sugerencia porque tenía razón. No estaba garantizado que me gustara el trabajo, pero me debía a mí misma intentarlo. La conversación con los Moore había supuesto un momento de claridad en el que por fin había sentido que mi vida se encauzaba. Por primera vez desde que había rechazado la oferta del Blackcastle, tenía una visión clara de cómo quería que fuera mi carrera.

Sin embargo, a pesar de la sinceridad de Vincent, no podía quitarme de encima la sensación de que había algo que no me estaba diciendo..., otro motivo por el que insistía en que aceptara el puesto.

—Si tuviera que elegir entre tú o miles de kilómetros, siempre te elegiría a ti —le dije—. Pero voy a preguntarte algo y quiero que me respondas con sinceridad. ¿Me estás animando a mudarme a Chicago porque te da miedo que el intruso venga a por mí?

No lo culpaba por las acciones del intruso, pero era evidente que se sentía culpable por ponerme en peligro. Su insistencia en contratar a un guardaespaldas, algo a lo que se había negado unos meses antes, demostraba que se tomaba la amenaza muy en serio.

Vincent respiró hondo como si estuviera debatiéndose si debía confesarlo o no.

—Tendría que haber sabido que me descubrirías —admitió con pesar—. He hablado con Smith después del entrenamiento. —Me resumió brevemente su conversación, incluyendo la confirmación

tácita de Smith de que el intruso podía venir a por mí—. Estarás más segura en Chicago. El intruso no te seguirá hasta allí si no voy contigo y necesito saber que estás bien. —Su voz adquirió un matiz áspero—. Si te pasara algo, yo no sobreviviría. ¿Lo entiendes? *Tu es plus que mon cœur. Tu es mon tout.*

No sabía lo que había dicho, pero la emoción me caló en los huesos. Removió algo en mi interior, una mezcla de miedo, angustia e inevitabilidad que amenazaba con ahogarme.

—No quiero dejarte —susurré en un tono apenas audible.

Nunca había sido de las que centraban las grandes decisiones de su vida en un chico. Cuando una de mis amigas renunció a estudiar un semestre en Francia para quedarse con su novio, le había dicho que estaba loca. Cuando otra amiga se mudó al otro lado del país para estar con alguien que solo hacía un mes que conocía, había jurado que yo nunca haría lo mismo.

Pero ahora entendía lo que sentían. Era como si el mundo entero dependiera de una sola persona y se me fuera a partir el corazón si me alejaba de él. Era la agonía absoluta y devastadora de tener que elegir entre mí misma y la persona que para mí era un hogar.

—No me estarás dejando. —Vincent me acarició de nuevo la mejilla con el pulgar. Estaba húmedo y en ese momento me di cuenta de que estaba llorando—. Estaré aquí, a solo un mensaje o llamada de distancia. Hablaremos con tanta frecuencia que querrás bloquearme al cabo de dos semanas.

Me reí de nuevo entre sollozos.

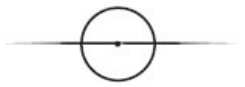
Era una locura. La prueba de que la vida podía cambiar en un santiamén, de que podíamos sentir que teníamos todo lo que queríamos y, aun así, tener la sensación de estar perdiendo todo aquello que importaba.

Vincent tenía buenos argumentos, pero, al fin y al cabo, era decisión mía.

Por suerte, me quedaban unas horas todavía.

En lugar de responderle, le rodeé el cuello con los brazos y lo besé. Vertí en el beso todo aquello que no podía decir: todo el anhelo, el dolor, las promesas que no podía pronunciar sin romperme en mil pedazos.

Y, más tarde, cuando su cuerpo se deslizó sobre el mío y pronunció mi nombre como una plegaria, lo agarré fuerte y fingí, por un momento de desesperación, que eso duraría para siempre.



El cielo seguía siendo de un índigo profundo y aterciopelado cuando me desperté unas horas después.

Vincent me rodeaba la cintura con el brazo y noté su cuerpo cálido y fuerte contra el mío. Me deleité en la comodidad por un instante antes de soltarme de su abrazo y salir de la cama con el mayor sigilo posible.

Él siguió profundamente dormido, su torso subía y bajaba con respiraciones regulares. Noté una aguda punzada de dolor en el pecho al mirarlo.

Nunca había imaginado que podría encontrar a alguien que me hiciera sentir como él, como si por fin estuviera completa y me vieran de verdad. Como si cada pedazo roto de mí fuera más suave y estuviera en paz cuando estaba con él.

Nunca había pensado que esa persona estaría justo delante de mis narices, esperando a que me diera cuenta de que llevaba mucho tiempo ahí.

«No te alegres tanto de verme, mimosa. Me haré una idea equivocada».

«Veamos quién cede y besa primero al otro».

«Perdería todas las putas apuestas del mundo si a cambio pudiera estar contigo».

«Si te pasara algo, yo no sobreviviría».

Me ardía el pecho. Me giré con un nudo en la garganta y salí a la sala de estar de la *suite*, donde abrí el portátil y escribí un correo electrónico a los Moore.

Lo leí y lo releí para asegurarme de que había redactado mi respuesta correctamente.

A continuación, antes de cambiar de opinión, lo envié.

40

Brooklyn / Vincent





Brooklyn
Dos semanas después

—No me puedo creer que de verdad te vayas. —Scarlett me dio un fuerte abrazo con la voz cargada de emoción—. Siento que es demasiado pronto.

—Si quieres un clima frío y gris lo tenemos aquí. No hace falta que te vayas a Chicago —añadió Carina. Su voz sonó más firme, pero vi que tenía los ojos rojos cuando me abrazó después de que Scarlett se apartara.

Me reí a pesar del nudo que tenía en la garganta.

—Si Chicago no es lo bastante gris o frío para mi gusto, os prometo que volveré. —Achuché a Carina con fuerza—. Gracias por venir a despedirme. No teníais por qué hacerlo.

—¿Estás de broma? No nos lo perderíamos por nada del mundo. —Scarlett me dedicó una sonrisa triste—. Te vamos a echar de menos.

El nudo se expandió.

—Yo también os voy a echar de menos.

Genial. Ahora era yo la que estaba llorando en medio del aeropuerto.

Después de dos semanas frenéticas de preparación, había llegado el día en que abandonaba Londres y me mudaba a Chicago.

Todo había sucedido muy rápido tras aceptar la oferta de los Moore. Me habían preparado un piso completamente equipado cerca de su casa y habían contratado a alguien para que me ayudara a meter mi piso de Londres en cajas. A Chicago solo me llevaba mi ropa y otros objetos personales; mis muebles y otras pertenencias innecesarias se quedaban en un almacén.

Mis tres maletas y mi equipaje de mano nos rodeaban mientras Scarlett, Carina y yo nos demorábamos cerca de los mostradores de facturación. Mi padre tenía un partido, así que ya nos habíamos despedido por la mañana. Pretendía dejar el partido en manos de Greely y acompañarme al aeropuerto, pero insistí en que se quedara con sus jugadores. El partido era demasiado importante, y el hecho de que se hubiera ofrecido a estar conmigo significaba más que su presencia real.

Estaba satisfecha con nuestra despedida, pero ¿con mis chicas? Con ellas necesitaba todo el tiempo posible.

—Te prometemos que te mantendremos al tanto de todos los chismes mientras estés fuera —dijo Carina—. Será como si nunca te hubieras ido.

—Gracias. Es cierto que me encanta un buen chisme.

—Lo sé. Y si necesitas un paquete con té y galletas en condiciones, nosotras nos encargamos. Estate atenta a tu buzón.

Sonreí, aunque la melancolía se retorcía dentro de mí.

Estábamos retrasando lo inevitable. Ninguna de nosotras quería ser la primera en decir adiós.

Mis amigas se quedaron atónitas cuando les conté lo de mi mudanza, pero ninguna intentó hacerme sentir culpable para que me quedara. Entendían por qué había tomado la decisión y estaban tan felices como destrozadas.

El sentimiento era mutuo.

Nunca había tenido amigas como ellas. Solo conocía a Scarlett y a Carina desde hacía un año y medio, pero habían sido más buenas y cariñosas conmigo que cualquiera de mis antiguas amigas. Se alegraban genuinamente cuando traía buenas noticias, se entristecían cuando no lo eran y nunca me juzgaban ni intentaban competir conmigo en secreto. Aparte de Vincent, eran las únicas personas con las que me sentía cómoda de verdad.

También me conocían lo suficiente para adivinar qué era lo que ocupaba mis pensamientos en ese momento.

—Vendrá —dijo Scarlett en voz baja—. No se perdería tu despedida ni aunque Satanás en persona intentara detenerlo.

—No pasa nada. No espero que venga. —Sonreí a pesar del dolor que sentía en el pecho—. Ya nos hemos despedido esta mañana.

Vincent jugaba en el partido de hoy. También había querido cogerse el día libre y llevarme al aeropuerto, pero me había negado. El Blackcastle tenía un partido eliminatorio, lo que significaba que necesitaban ganar para avanzar en el torneo. No iba a dejarlos sin posibilidades quitándoles al capitán y mejor defensa del campo.

—Ay, cielo. —Carina me apretó el brazo con los ojos llenos de ternura.

Pero, al final, no pudimos seguir retrasándolo. Mi vuelo estaba a punto de embarcar, así que facturé mis maletas, abracé a mis amigas una última vez y pasé por el control de seguridad hasta llegar a mi puerta con diez minutos de antelación.

En lugar de quedarme allí esperando, me metí en la tienda frente a mi puerta de embarque. No podía quedarme quieta mucho tiempo. Si lo hacía, mis dudas volverían a colarse en mi mente y saldría corriendo del aeropuerto de vuelta a mi piso, porque eso era lo fácil.

Tenía que llegar a Chicago primero. Entonces podría sentarme en el suelo y dejar que la magnitud de lo que estaba haciendo me golpeara de lleno.

Pero mis planes de posponer mi inminente derrumbe se hicieron añicos cuando pasé junto al quiosco. Vincent me sonreía desde la portada de la revista *Sports UK* y su hoyuelo apenas visible fue suficiente para desarmarme. Su imagen era tan nítida y clara que sentí que podía extender la mano y notar su calor bajo mis dedos.

Intenté contenerme, pero fue imposible. Una ola de emoción arrasó conmigo y me nubló la vista. Una lágrima caliente se deslizó por mi mejilla. La limpié, pero cayó otra, y otra, y no tardaron en llegar en oleadas demasiado densas y rápidas para controlarlas.

Mi caja torácica se volvió demasiado estrecha para mis pulmones. Había hablado con Vincent esa misma mañana y ya lo echaba de menos como si hubieran pasado años.

Tenía un plan, pero ¿y si fallaba? ¿Y si tenía que quedarme en Chicago para siempre? Nos habíamos prometido que haríamos funcionar la relación a distancia, pero conocía las estadísticas. Las relaciones a distancia duraban una media de solo cuatro meses y medio y mi plan era un intento a la desesperada.

—Sé que soy guapo, pero creo que es la primera vez que una de mis fotos hace llorar a alguien en público.

Genial. Ahora estaba escuchando su voz en una maldita tienda del aeropuerto.

Sollocé. Adiós a mi plan de esperar a llegar a Chicago para tener mi crisis.

Una mano rozó mi hombro, cálida y muy real.

—Brooklyn. —Su voz era suave—. Date la vuelta.

El corazón me dio un vuelco. Me giré de golpe y mi pulso se desbocó cuando vi la silueta dolorosamente familiar de Vincent. Parpadeé con fuerza, tanto para aclarar las lágrimas como para comprobar que no estaba alucinando.

No, era realmente él, vestido con su uniforme de fútbol en medio del estrecho pasillo de la tienda. Estaba sudado y tenía manchas de césped en la ropa, pero nunca había visto nada más bonito.

Spike, su nuevo guardaespaldas, se mantenía a una distancia respetuosa. La presencia de Vincent empezaba a atraer miradas y susurros, pero la expresión severa de Spike evitó que la gente se acercara.

—Tú..., ¿cómo...? —Me costó encontrar las palabras.

El partido había terminado hacía menos de una hora y había tenido lugar al otro lado de la ciudad. Era imposible que hubiera llegado tan rápido.

—Ya íbamos ganando por dos goles en la segunda mitad. El entrenador decidió sacarme hacia el final del partido y vine directo al aeropuerto. Pero aunque hubiera tenido que jugar hasta el último minuto, habría encontrado la manera de llegar a tiempo. —Vincent me secó las lágrimas con el pulgar—. ¿De verdad pensabas que dejaría que te fueras sin una despedida en condiciones en el aeropuerto?

Joder, iba a echarme a llorar otra vez.

Solté una risa entrecortada.

—No me digas que te has comprado un billete solo para pasar el control de seguridad.

—No me lo he comprado solo para eso. Siempre he querido ir a... —Miró su móvil—. Fargo, Dakota del Norte. Quizá puedas tomarte el fin de semana libre, venir conmigo y enseñarme la ciudad.

—Por desgracia, nunca he estado en Fargo. Estaré tan perdida como tú.

—Entonces nos perderemos juntos.

Un sollozo se atascó en mi garganta.

El rostro de Vincent se suavizó. Abrió los brazos y me hundí en ellos, enterrándome en su calor. Su corazón latía contra mi mejilla, firme y constante.

Ninguno de los dos habló. ¿Qué podíamos decir que no hubiéramos dicho ya?

«Te voy a echar de menos».

«Te estaré esperando».

«No olvides esto. No me olvides».

No hacían falta palabras. Nuestros sentimientos eran obvios por la manera en que me sujetaba, por cómo nuestros cuerpos encajaban y por los latidos sincronizados de nuestros corazones.

No sé cuánto tiempo permanecimos allí, perdidos en el abrazo del otro, pero al final la realidad se abrió paso.

—Vuelo doscientos veintiséis con destino a Chicago, listo para el embarque. —La megafonía crujió sobre nuestras cabezas.

Ese era mi vuelo.

El estómago me dio un vuelco. Los brazos de Vincent se cerraron con más fuerza a mi alrededor y apreté la cara contra su pecho mientras trataba de grabar cada detalle de ese momento en mi memoria.

Mis sollozos ya habían cesado, pero todo el cuerpo me dolía como si me estuvieran partiendo en dos.

—Te acompaño hasta la puerta —murmuró Vincent con la voz áspera por la emoción.

«No». Negué con la cabeza y me aferré a él.

Olvidaríamos Chicago. Podía llamar a los Moore ahora mismo y decirles que había cambiado de opinión. Vincent y yo saldríamos juntos del aeropuerto y nos iríamos directos a uno de nuestros restaurantes favoritos, donde pediríamos una tonelada de carbohidratos y nos reiríamos recordando la vez que casi me mudo al otro lado del mundo.

Seguiríamos juntos y no sentiría que mi corazón se rompía.

La megafonía volvió a sonar con una nueva advertencia.

—Última llamada para los pasajeros del vuelo doscientos veintiséis con destino Chicago. Por favor, diríjanse a la puerta de embarque.

Cerré los ojos con fuerza.

—Brooklyn, tenemos que irnos —dijo Vincent con ternura—. O perderás el vuelo.

Ya no podía posponerlo más. Mi fantasía de salir corriendo de allí con él se desvaneció, y lo seguí hasta la puerta de embarque, donde los ojos de la azafata se abrieron de par en par al reconocerlo. Por suerte, fue lo bastante lista para no molestarnos mientras Vincent me besaba de forma lenta y prolongada, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo.

Su último regalo para mí.

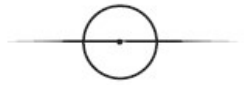
—Llámame cuando aterrices —murmuró.

Asentí y, con la voz quebrada, respondí:

—Lo haré.

Entonces la azafata me apremió y tuve que caminar directa hacia el avión sin mirar atrás porque sabía, sin la menor duda, que si lo

hacía nunca me iría.



Vincent
Dos semanas después

—¡DuBois! ¿Qué demonios estás haciendo? —gritó el entrenador—. ¿Dónde tienes la cabeza? ¡Concéntrate!

Era la tercera vez que me gritaba durante el entrenamiento de hoy.

—Lo siento, jefe. —Sacudí la cabeza e intenté centrarme, pero sentía que tenía interferencias en el cerebro.

Al día siguiente teníamos un partido eliminatorio contra el Berlin y ganar era crucial si queríamos pasar a la siguiente fase. Por desgracia, mi concentración estaba por los suelos y el resto del entrenamiento fue un desastre. Fallé dos pases fáciles, corrí a destiempo y estuve a punto de chocarme con Asher mientras practicábamos un saque de esquina. Cuando terminó, el entrenador estaba apopléjico y el resto del equipo no dijo ni una palabra.

Vi a algunos jugadores intercambiar miradas mientras entrábamos al vestuario, pero ninguno fue lo bastante valiente para decir algo. Incluso Asher mantuvo las distancias, aunque no dejaba de lanzarme miradas preocupadas.

Me fui directo hacia mi taquilla con la mandíbula apretada, pero mis pasos vacilaron conforme me acercaba al banco.

Allí era donde Brooklyn y yo habíamos estado sentados durante su último día en el Blackcastle.

«Estaré de vuelta el martes. Ni que me fuera a ir un año».

«Cuatro días sin ti es mucho tiempo, mimosa».

«¿Ya no sabes vivir sin mí, DuBois?».

«Siempre te necesito».

Se me retorció el corazón. Daría mi brazo izquierdo por volver a cuando lo único que teníamos que superar eran unos pocos días separados.

Brooklyn se había marchado hacía dos semanas, pero la seguía viendo en todas partes: en el campo, en la cafetería, detrás de mis párpados cerrados cuando me iba a dormir por las noches. Olía su perfume en mis almohadas y escuchaba su voz llamándome cuando caminaba entre la multitud. Su presencia me perseguía y, aunque estaba a solo una llamada de distancia, sentía cada uno de los seis mil kilómetros que nos separaban.

Me duché y me vestí en tiempo récord, pero el entrenador me detuvo antes de que pudiera irme.

—Tenemos que hablar —dijo. No era una sugerencia.

Lo seguí hasta su despacho, demasiado entumecido para discutir o siquiera preocuparme por la bronca que sin duda me caería después de mis cagadas de hoy.

Esperó a que la puerta se cerrara para empezar a hablar.

—Yo también la echo de menos.

Mi mirada voló hacia la suya. Era lo último que me esperaba escuchar.

—¿Qué?

—Brooklyn —aclaró—. Supongo que ella es la razón por la que tenías un aspecto de mierda en el entrenamiento de hoy.

Hice una mueca.

—¿Tan obvio es?

—Solo para cualquiera que mire. —El entrenador se recostó en su silla—. Bueno, cuéntame. ¿Qué te ronda la cabeza, aparte del hecho de que ella está en Chicago y tú estás atrapado aquí, viviendo en un hotel con ese guardaespaldas tan lúgubre que tienes ahora?

—Eso es todo —admití. El entrenador no toleraba que sus jugadores trasladaran sus problemas personales al campo, pero Brooklyn era su hija. Tal vez lo entendería—. No hay nada más. Fui yo quien la animó a irse y me alegro de que esté a salvo, pero, simplemente..., la echo de menos. Me está volviendo loco. Sé que tengo que recomponerme para el partido de mañana y lo haré. Hoy solo ha sido un mal día.

El intruso no había vuelto a dejarse ver, pero, si lo hacía, al menos no podría llegar hasta Brooklyn.

Ahora lo único que tenía que hacer era centrarme de una vez, como diría el entrenador.

Suspiró. Me esperaba más gritos, pero me sorprendió lo comprensivo que pareció.

—Es normal. Esperaba que te sintieras así, si no, tendríamos un problema. No puedo decirte cómo manejar una relación a distancia, pero, como tu entrenador, sí puedo decirte que no puedes dejar que afecte a tu concentración. Si Brooklyn supiera que ella es la razón por la que la estás cagando en el campo, ¿crees que se quedaría en Chicago? Cogería el primer vuelo de vuelta.

Tragué saliva. No lo había pensado de esa manera.

—Como ya he dicho, yo también la echo de menos. Es mi hija —continuó el entrenador con voz ronca—. Pero no dejar que su ausencia afecte a tu rendimiento es la mejor manera de sobrellevar la separación. Fuera del campo, puedes hundirte en tu miseria todo lo que quieras. Pero cuando estemos en ese estadio, o en cualquier otro, tienes que dar lo mejor de ti. Utiliza la situación a tu favor.

Coge toda esa frustración y canalízala en el juego. Controla tus emociones. No dejes que ellas te controlen a ti. ¿Entendido?

Asentí con un nudo en la garganta.

—No te decepcionaré.

—Bien. —Me dio permiso para irme—. Descansa. Nos vemos mañana.

Volví al vestuario, donde Seth por fin reunió el coraje para acercarse a mí. Había evolucionado mucho desde su incorporación al equipo y me alegraba ver que se estaba empezando a sentir más cómodo con los jugadores. Durante su primer mes como utillero apenas podía mirarnos a los ojos.

—Algunos jugadores y yo vamos a ir al Angry Boar —dijo con cautela—. ¿Quieres venir? Te servirá para dejar de pensar en..., ya sabes.

Negué con la cabeza.

—He quedado con Brooklyn para hablar por teléfono, pero gracias por la invitación. Pasadlo bien.

—Está bien. —Lo noté un poco decepcionado, pero no me presionó para que fuera—. Dale recuerdos de mi parte.

—Lo haré.

Cogí la bolsa y me dirigí a la salida. Spike me estaba esperando en el pasillo. Caminamos hasta mi coche, que había reforzado con protección blindada, y regresamos al hotel en silencio.

No habíamos conectado mucho desde que lo contraté, pero había sido el candidato más competente para el trabajo. Normalmente intentaba hacerme amigo de todos con los que trabajaba, pero estaba conforme con el estado actual de nuestra relación mientras mantuviera al intruso a raya.

Spike hizo una revisión rutinaria de mi *suite* antes de que me acostara. Una vez que me dio luz verde, cerré la puerta con pestillo

y él se retiró a su habitación, justo al lado de la mía.

Miré el reloj. Eran las once de la mañana en Chicago. Todavía quedaba un rato para la llamada que habíamos programado durante su descanso para comer.

Revisé mis correos mientras esperaba. Lloyd me había enviado la versión final del contrato de Zenith, pero lo dejé sin leer. Estaba demasiado agotado para leer documentos legales en ese momento.

En su lugar, me entregué al hábito poco sano de ponerme a mirar fotos antiguas de Brooklyn donde aparecíamos juntos.

Nosotros besándonos bajo un ramito de muérdago durante las vacaciones.

Nosotros posando abrazados en el Tower Bridge como turistas.

Nosotros acurrucados en su sofá, con su cabeza sobre mi hombro mientras sonreíamos a la cámara.

Una soledad familiar y penetrante se apoderó de mi pecho. Por mucho que quisiera a mi equipo y a mi hermana, no podían sustituir a Brooklyn. Ella era la única persona que me hacía sentir completo, y su ausencia había dejado un vacío doloroso donde antes estaba su presencia.

Hablábamos todos los días, ya fuera por teléfono o por mensajes. Hacíamos videollamadas siempre que podíamos, aunque nuestras jornadas de trabajo y la diferencia horaria impedían que ocurriera tan a menudo como me habría gustado.

Estaba decidido a hacer que la relación a distancia funcionara. Me daba igual si se mudaba todavía más lejos, a la costa Oeste de Estados Unidos o a Hawái, siempre encontraría la manera de estar con ella. Pero, joder, la necesitaba más de lo que jamás pensé que podría necesitar a alguien.

Volví a mirar la hora. Faltaba media hora para su hora de comer.

Seguí recorriendo la galería de fotos del móvil y me detuve en una foto nuestra en la fiesta de Navidad de Asher y Scarlett. Adil la había tomado mientras nos besábamos. Todos a nuestro alrededor estaban animándonos y riendo, y parecíamos tan jodidamente felices que estuve a punto de olvidar que ya no estaba a media hora en coche.

La punzada debajo de mis costillas se intensificó.

Antes de poder detenerme, abrí el navegador y busqué el club de fútbol de Chicago.

Por si acaso.

Por probar.

41

Brooklyn



—Aquí tienes el plan de comidas para la semana. He aumentado la ingesta de carbohidratos, pero, por lo demás, es similar a lo que hemos estado haciendo hasta ahora. Cuando lleguemos a los regionales, eliminaré los alimentos altos en grasa y fibra que son más complicados de digerir. No queremos que tengas molestias estomacales durante la competición. —Deslicé un paquete con la información pertinente por encima de la encimera—. Aquí tienes una copia impresa para que puedas consultarla fácilmente. También lo he actualizado todo en la aplicación de nutrición para que lo tengas en el móvil.

—Gracias. —Haley me dedicó una sonrisa agradecida—. Siempre piensas en todo.

—Lo intento. ¿Qué te parecen tus comidas hasta ahora?

—Están bien y me alegro de que sepan a algo. Juro que mi anterior nutricionista era alérgica a los condimentos. Sus recetas

eran tan sosas que uno podría pensar que el pollo explotaría si se le añadía una pizca de pimienta.

Me reí.

—Definitivamente, yo no me opongo a la pimienta.

Estábamos en la cocina de su familia repasando algunos detalles de última hora antes de su entrenamiento de la tarde.

Era principios de marzo y mi segunda semana en Chicago. Ante la inminencia de los regionales en abril, había empezado a trabajar a toda máquina en cuanto había llegado. Entre el proceso de adaptación con los Moore, lo de acomodarme en mi nueva casa y la colaboración con Haley para diseñar un sistema a su medida, casi no había tenido tiempo ni para dormir.

Por suerte, Derek y Haley eran tan agradables en persona como lo habían sido durante la entrevista. Tenían unos estándares muy altos, pero eso solo me impulsaba a esforzarme aún más, lo cual me resultaba más sencillo porque disfrutaba de lo que estaba haciendo.

Mis instintos estaban en lo cierto: trabajar con una sola deportista encajaba mejor con mi estilo que tener que dividir la atención entre todo un equipo. Tenía la libertad de experimentar con diferentes recetas y métodos, y Haley se mostraba receptiva a la mayoría de mis sugerencias.

En general, había sido un comienzo tranquilo de mi nueva vida, pero eso no me impedía mirar el reloj cada dos segundos. Me moría de ganas de hablar con Vincent. No podíamos hacer videollamadas a menudo y ya me vibraba el cuerpo con la anticipación.

—Se me ha olvidado decírtelo antes, pero mis abuelos están en la ciudad —dijo Haley—. Mi padre y yo saldremos a cenar con ellos, así que esta noche no podremos quedar. Puedes tomarte el resto del día libre.

Se me aceleró el corazón.

—¿Estás segura?

Asintió.

—Sé que las últimas dos semanas han sido una locura y deberías descansar. ¿Nos vemos aquí mañana a la misma hora?

—Me parece bien.

Me despedí de Haley y me marché con una sonrisa en la cara. No podría haber elegido mejor momento.

Tenía la tarde libre y era primera hora de la noche en Londres, lo cual significaba que Vincent y yo podríamos hablar todo lo que quisiéramos.

Volví prácticamente flotando a mi piso. Solo había diez minutos a pie desde casa de Haley, pero cuando llegué ya me escocía la cara por el gélido viento. Los inviernos en Chicago eran brutales, pero ni eso pudo arruinar mi buen humor.

Me duché rápido y me puse un camisón de seda y lencería bonita. Que Vincent no estuviera ahí físicamente no significaba que no pudiera vestirme para él. Me apliqué un poco de máscara de pestañas y brillo de labios antes de llevarme el portátil a la habitación y conectarme a la hora que habíamos acordado.

El rostro de Vincent llenó mi pantalla y me dio un vuelco el corazón como la primera vez que nos habíamos besado.

Se le iluminó el hoyuelo.

—Hola, mimosa.

—Hola. —Le devolví la sonrisa y me empapé de él. Bendito fuera quien hubiera inventado las videollamadas. La firme curva de su boca, el arco esculpido de sus pómulos, el brillo provocador de su mirada... Era todo tan nítido y vívido como si lo tuviera delante.

—Cuéntame cómo te ha ido el día —dijo—. Quiero saberlo todo.

Siempre empezábamos las conversaciones con un resumen detallado del día, incluyendo lo que habíamos comido y los recados

que habíamos hecho. Para los demás podía parecer mundano o incluso aburrido, pero yo vivía por esos momentos. Ahora que estábamos en ciudades diferentes, no quería que nuestra conexión dependiera únicamente de los grandes acontecimientos de nuestras vidas, quería saber los mismos detalles que habría sabido si todavía estuviéramos en Londres.

Cuando terminé, Vincent me habló de su entrenamiento y de la aparente aversión de Spike a conversar.

El guardaespaldas parecía decidido a pasar desapercibido, lo cual supongo que formaba parte de su trabajo. Me alegraba que hubiera alguien cuidando de Vincent. A pesar de que el intruso no había actuado desde aquella foto en el Angry Boar, no pasaba un solo día sin que me preocupara por él.

Me lo guardé para mí misma. A Vincent le preocuparía que me inquietara por él y eso era un círculo vicioso en el que no nos vendría bien quedar atrapados.

—Por cierto, buen partido el fin de semana —le dije—. La defensa estuvo muy bien.

—¿Sí? —preguntó Vincent—. ¿Cómo de bien?

—Lo bastante para que quisiera buscar quién era el capitán del equipo. —Tamborileé con los dedos sobre el escritorio mientras fingía pensarlo—. ¿Has oído hablar de un futbolista llamado Vincent DuBois?

—Me suena. Debe de ser un hombre encantador.

—Lo es. Y guapo también. Alto, moreno, atractivo..., mi tipo.

—¿De verdad? —preguntó Vincent con voz sedosa. Se inclinó hacia delante con el fuego reflejado en la mirada.

—Ajá. —Se me cortó la respiración cuando el ambiente pasó de juguetón a algo más intenso y eléctrico. La anticipación provocó que se me acumulara el calor entre los muslos.

Lo más complicado de una relación a distancia era no poder tocarnos el uno al otro. Las conversaciones llenaban el vacío emocional, pero no podían satisfacer mis necesidades de intimidad física.

Los juguetes cumplían su función, pero no era lo mismo. Lamentablemente, tendría que apañarme con ellos hasta que uno de los dos pudiera ir a visitar al otro. A menos que...

Se me ocurrió una idea. Era algo que nunca me había atrevido a hacer, pero se trataba de Vincent. Era ahora o nunca.

—Se me ha olvidado mencionar algo.

—¿El qué?

—El finde fui a comprar lencería nueva. —Me recosté con el estómago revuelto por una mezcla de nervios y emoción—. De encaje negro. Es preciosa.

La mirada de Vincent se oscureció.

—Enséñamela.

Me recorrió un escalofrío al oír su orden. Me aparté del escritorio y me arrodillé sobre la cama para que me viera mejor desde el ordenador.

El aire latía mientras me quitaba el camisón de seda por la cabeza, dejándome solo un sujetador de encaje transparente y un tanga a juego.

Se me aceleró el corazón. Habíamos hecho sexteo antes, pero nunca nos habíamos enviado fotos desnudos ni nos habíamos metido en el cibersexo. Era un nivel de erotismo completamente nuevo y me habría acobardado si el brusco jadeo de Vincent no hubiera encendido algo en mi interior.

—¿Te gusta? —Mi voz sonó demasiado susurrante para ser mía.

Recorrió la curva de mis pechos y mis caderas con la mirada. Se demoró un instante entre mis piernas antes de mirarme de nuevo a

mí. En cada punto de mi cuerpo en el que se detuvieron sus ojos, prendió una llama.

—Me gustaría más si estuviera en el suelo —dijo y la dureza de su tono traicionó la suavidad de sus palabras—. Quítatela.

Se me aceleró el corazón y pasó del galope a un frenesí absoluto.

Ahí estaba. El punto de no retorno.

«¿De verdad vas a hacer esto?».

Me miré a mí misma en la pantalla.

Mi versión en vídeo me devolvió la mirada, con las mejillas sonrosadas y los labios entreabiertos mientras se desabrochaba lentamente el sujetador. Tiró el encaje negro a un lado antes de meter los pulgares por debajo del tanga para quitárselo también.

Fue como una experiencia extrasensorial, pero recuperé el sentido cuando la última prenda de ropa abandonó mi cuerpo.

Me arrodillé desnuda y vulnerable por completo. Me temblaba el cuerpo de los nervios, pero también... de excitación. Era la primera vez que me encontraba desnuda ante una cámara y, aunque me daba algo de miedo exponerme así, también me ponía de un modo que no sabría describir.

Se me endurecieron los pezones como diamantes y se me acumuló la humedad entre los muslos.

Tragué saliva y volví la atención a Vincent. Él también se había quitado la ropa mientras yo me desnudaba. Me observaba desde el escritorio con una mirada oscura y encapotada mientras se agarraba su impresionante erección con la mano.

—Tócate para mí —ordenó—. Juega con tus pezones y tu coño. Quiero ver cómo te alivias cuando estás sola por las noches.

Sus palabras me recorrieron como una descarga eléctrica. Se me contrajo el coño de deseo y mantuve la mirada fija en él mientras abría más las piernas.

Curvé el dedo índice y me froté el pequeño bulto hinchado y resbaladizo mientras jugaba con mis pezones con la otra mano. Fui alternándolas, tirando y pellizcando mis pezones hasta que empecé a notar descargas de placer en el clítoris. Estaba ardiendo, cada centímetro de mi cuerpo quemaba, a pesar del frío invernal que entraba en mi piso.

Vincent gruñó mientras subía y bajaba la mano por su polla. Verlo tan excitado me puso aún más cachonda y no pude reprimir un gemido.

—Dios mío... —sollocé echando la cabeza atrás mientras empezaba a notar el inicio de un orgasmo en la base de la columna. Los sonidos eróticos y resbaladizos de Vincent masturbándose se mezclaban con mis jadeos.

Pensaba que mantener sexo por vídeo me haría sentir desconectada, pero, en cierto sentido, lo hacía parecer aún más íntimo. Aquí no podíamos escondernos. No había sábanas ni oscuridad para suavizar la experiencia u ocultar inseguridades. Éramos solo nosotros en toda nuestra gloria desnuda, disfrutando el uno del otro en una máxima expresión de confianza.

No haría algo así con nadie más. Me daría demasiado miedo que analizaran mis defectos y los usaran en mi contra de algún modo, pero ¿con Vincent? Confiaba plenamente en él y la timidez que podía haber sentido ante la idea de darme placer ante la cámara había desaparecido hacía mucho.

Me froté más rápido, mi respiración se volvió errática a medida que el orgasmo se acercaba cada vez más y más y...

—Para. —La orden brusca de Vincent detuvo la inminente avalancha.

Gemí a modo de protesta, pero obedecí. Tenía los dedos pegajosos por mis fluidos y mis partes íntimas continuaron

palpitando incluso cuando los aparté.

Vincent tampoco se había corrido todavía, pero manaba líquido preseminal de la punta de su polla y le caía sobre el estómago.

Se me hizo la boca agua. Quería atravesar la pantalla y lamerlo hasta dejarlo limpio, saborear cada centímetro de él y hacerle perder el control como él me lo hacía perder a mí.

—Estás pensando en chuparme la polla, ¿verdad? —espetó Vincent con un tono de voz suave y letal.

—Sí —murmuré, demasiado excitada para hacerme la cohibida.

—¿Es en lo que piensas cada vez que te haces un dedo, cariño? ¿En meterte mi polla hasta la garganta y ahogarte con ella? —Su voz sedosa camuflaba la suciedad de sus palabras.

Negué lentamente con la cabeza.

—No uso solo los dedos.

Apretó la mandíbula con un brillo depredador en la mirada.

—Enséñame qué más haces. —La sedosidad había desaparecido, reemplazada por un gruñido gutural.

Me lamí los labios con la piel erizada mientras me deslizaba hasta el borde de la cama y abría el cajón de la mesita de noche. Cogí el juguete más grande de todos: un consolador grueso y estriado con la base acampanada y forma curva. No lo usaba a menudo porque era demasiado grande, pero me sentía ambiciosa y muy cachonda.

Cuando volví la mirada a la pantalla, Vincent se apretaba la polla con tanta fuerza que me sorprendió que no explotara.

No hacía falta que me dijera qué hacer, ya lo sabía.

Me puse a cuatro patas e incliné el cuerpo para que tuviera una vista lateral sin obstáculos mientras me metía el consolador lentamente. A pesar de lo mojada que estaba, se me tensaron los músculos de manera involuntaria por su gran tamaño.

Paré cuando me había metido tres cuartas partes con el cuerpo tenso y la piel empapada de sudor. La presión era insoportable y sentía cada nervio encendido a partes iguales por el placer y el tormento.

—Sigue —ordenó Vincent—. Quiero ver cada centímetro de esa polla dentro de ti como si fuera la mía. Como si fuera yo quien te estuviera haciendo gritar estirando ese coño cada vez más.

Se me nubló la mente con la obscenidad de la imagen que había descrito. Era el empujón que necesitaba y conseguí meterme lo que quedaba de consolador hasta que alcancé el punto más sensible de mi interior.

Grité y arqueé la espalda al notar esa sensación. Se me nubló la visión, pero tuve la sensatez de sacar el juguete y dejar solo la puntita dentro de mí. Volví a metérmelo poco a poco hasta conseguir un ritmo constante. Dentro y fuera, cada vez más fuerte y rápido, follándome a mí misma con embestidas largas e impactantes que me imaginaba que eran de Vincent.

—Dime en qué más piensas cuando te masturbas.

—Pues..., pienso en ti encontrándome así —jadeé—. Llegas pronto a casa y me sorprendes jugando con mi cuerpo. No te oigo entrar, así que me coges y... —Volví a tocar ese punto sensible y me cortocircuitó el cerebro—. Joder.

—¿Y qué? —gruñó Vincent—. ¿Qué te hago cuando te descubro metiéndote esa polla como una zorra pervertida?

Apenas podía respirar a través de la neblina de lujuria.

—Me tomas y me follas. Con fuerza. Me metes la polla donde quieres y no dejas que me corra hasta que suplico. Hasta que te suplico a ti.

Siseó con un sonido grave y torturado.

—¿Eso te pone? ¿La idea de que te castigue por correrte con una polla que no es la mía?

—Sí. —La confesión me salió como un gemido.

—Seguro que te gustaría que te empujara de rodillas al suelo y me follara esa dulce boquita hasta que te entraran arcadas, ¿verdad? Estoy convencido de que te correrías solo por sentir mi polla llenándote.

Mis respuestas se volvieron incoherentes. Cerré los ojos y dejé que sus sucias palabras desbocaran mi imaginación mientras me follaba con más entusiasmo aún con el juguete... Solo que ya no era un juguete. Era Vincent, aquí, conmigo en Chicago. Tenía las manos en mi pelo y mis caderas. Me empotraba sin descanso y podía sentir cada centímetro de él en mi interior.

Nuestras respiraciones entrecortadas se sincronizaron mientras nos excitábamos mutuamente con los cuerpos resbaladizos de deseo en una perfecta armonía. Era algo primario y feroz, nunca me había sentido tan cerca de nadie. Podría pasarme toda la vida perdida en este momento y nunca me cansaría.

Un calor profundo y palpitante se me enroscó en el vientre. Me temblaban las piernas. Se me tensaron todos los músculos. Estaba a punto y...

—Para.

—¡No! —exclamé. Me brotaron lágrimas de frustración en los ojos. El consolador seguía dentro de mí, pero era el segundo orgasmo de la noche que me arruinaba. Estaba temblando, tan cerca de romperme que apenas recordaba mi propio nombre.

—He dicho que pares, Brooklyn.

Obligué a mis manos a parar, derrotada. Las paredes de mi coño seguían contraídas, buscando desesperadamente una liberación que se escapaba de mi alcance.

—Ya casi hemos llegado. —La voz de Vincent se volvió tranquilizadora—. Haz una cosa más por mí y podrás correrte.

—¿El qué? —A pesar de la decepción, me hormigueaba la piel de anticipación ante su petición.

—Saca otro consolador del cajón. Déjate ese dentro.

Se me encendió la cara, pero no discutí. Me arrastré de nuevo hasta la mesita de noche. Solo podía imaginarme mi aspecto: sudada, despeinada y lasciva con el coño estirado alrededor del juguete que todavía tenía metido. Rebusqué por el cajón durante unos segundos hasta que seleccioné un consolador ligeramente más pequeño.

—Bien —dijo Vincent cuando volví a mi anterior posición en la cama. Seguía agarrándose la polla y sus ojos eran tan oscuros que parecían dos pozos de obsidiana—. Ahora chúpalo. Muéstrame lo que le harías a mi polla si estuviera ahí.

Se me hizo la boca agua de nuevo con sus palabras. Agarré la base y envolví la punta del consolador con los labios. Bajé despacio la cabeza imaginando que era Vincent quien se deslizaba por mi lengua. Me entró una arcada y me cayó saliva por la barbilla, pero al final lo conseguí. Rocé el colchón con la punta de la nariz cuando conseguí meterme el juguete entero por la garganta.

Una sensación triunfal se me expandió por el pecho.

—Mírate —gruñó Vincent—. Estás guapísima llena de pollas, cariño.

Su elogio me recorrió y aumentó el fuego de mis venas. Había usado varios juguetes anteriormente, pero nunca así. Nunca delante de nadie mientras ese hombre me animaba, me decía lo mucho que me deseaba, lo guapa que estaba y lo desesperado que se sentía por tocarme.

Mantuve una mano en la base mientras movía la otra para acomodarme el juguete del coño. Empecé a restregarme contra él, se me ponía la mente en blanco con cada embestida mientras seguía lamiendo el consolador que tenía en la boca. Estaba tan repleta que no podía centrarme en nada que no fuera la presión y el placer puro y cegador. Me temblaban los músculos, me palpitaba la vagina y me ardían los pulmones, pero continué hasta que por fin, por fin, oí esas palabras mágicas.

—Córrete para mí.

Fue todo lo que necesitaba.

Exploté y mi pobre cuerpo hipersensibilizado se desmoronó. Los preliminares y las palabras guarras me habían encendido y me habían destrozado en mil pedazos. Fue una explosión candente que detonó cada nervio, me arrebató todo el aire de los pulmones y me arrancó un grito desde las profundidades de mi ser. Sin embargo, los gritos quedaron amortiguados por la polla que todavía tenía en la boca. Me tumbé con los músculos tensándose y relajándose en espasmos mientras me invadían las oleadas del orgasmo.

Oí a Vincent correrse con un fuerte gruñido y giré la cabeza justo a tiempo de ver unos gruesos chorros blancos de semen derramándose por su puño hasta su estómago. Tenía la cabeza hacia atrás, los músculos tensos y el cuerpo tembloroso mientras se desmoronaba.

Era lo más sexi que había visto en mi vida.

Mi orgasmo por fin se calmó lo suficiente para que pudiera sacarme los juguetes y recuperar el aliento. Cuando ambos bajamos de la euforia, intercambiamos sonrisas con los rostros sonrojados por el placer saciado y una silenciosa intimidad.

—Eres perfecta —dijo con la voz ronca, pero tan sincera que derritió las defensas que me quedaban.

Se me pusieron los ojos vidriosos.

—Te echo de menos.

—Yo también te echo de menos. —Elevó las comisuras de la boca —. La próxima vez, lo haremos en persona.

El dolor me atravesó. Faltaba mucho para la próxima vez. Lo necesitaba conmigo en ese mismo momento.

Pero eso no era posible, así que me recompuse y aumenté la intensidad de mi sonrisa.

—Solo si prometes no volver a torturarme así.

Vincent se rio con la voz más ronca que de costumbre.

—Si lo hago, prometo compensártelo.

—¿Cómo vas a compensármelo?

Arqueó una ceja.

—Si te lo dijera, perdería la gracia.

—Está bien —cedí con una sonrisa sincera—. Trato hecho.

Nos quedamos conectados un rato más sin ningún rastro de timidez a pesar de que estábamos desnudos. Sin embargo, llegó el momento de despedirnos y me desconecté con un vacío familiar en el pecho.

Más tarde, después de cambiar las sábanas y ducharme por segunda vez, me acosté sola y cerré los ojos imaginando que Vincent estaba tumbado a mi lado.

La fantasía no era real, pero, por el momento, era lo único que tenía.

42

Vincent



Marzo se fue igual que vino. Los gélidos días de invierno por fin dieron paso al comienzo de la primavera y tanto los entrenamientos como la presión se intensificaron a medida que el Blackcastle avanzaba con paso firme hacia las semifinales de la Champions League.

Brooklyn y yo encontramos una cómoda rutina de mensajes, llamadas y videollamadas. El dolor punzante de su ausencia se había convertido en un suave pero firme ruido de fondo. No porque ya no la echara de menos, sino porque debía controlar mis emociones como había dicho el entrenador. No podía dejar que afectaran a su tiempo en Chicago o a nuestra carrera hacia la copa de la Champions.

El intruso seguía manteniendo un perfil bajo, pero Spike continuaba pegado a mí. Sin embargo, me había convencido de que me mudara de vuelta a mi casa. El hotel se había vuelto insostenible cuando mis fans descubrieron que estaba viviendo ahí, y mi anterior

ansiedad devoradora era más fácil de gestionar con él a mi lado. En otoño me preocupaban mucho los estragos que el estrés podía ocasionar en mi rendimiento, pero si podía lidiar con el daño emocional de la ausencia de Brooklyn, podía lidiar con el intruso.

Cambiando a un tema más alegre, empecé a trabajar como el embajador masculino de Zenith. Dos semanas después de firmar el contrato, Sandra me propuso que nos viéramos en el Blackcastle para filmar un vídeo para sus redes sociales. Quería hacerlo después de uno de mis entrenamientos para lograr la «máxima autenticidad». Llegó con un equipo completo de cámaras e iluminación y pasamos dos horas filmando en el vestuario hasta que quedó satisfecha. Lloyd también estaba ahí, en silencio pero observando.

—Estamos encantados de trabajar contigo —dijo radiante cuando terminamos la grabación—. Tus fotos de prueba fueron increíbles y estamos muy emocionados con la primera campaña que saldrá este otoño. Por supuesto, hemos programado la mayor parte de la promoción para el verano. No queremos distraerte de la final de la Champions.

—Gracias. —Sonreí—. Me entusiasma ser parte de esta familia y poder trabajar en la campaña.

Esperé a que Sandra y su equipo se marcharan para coger mi bolsa y dirigirme hacia la salida.

—Has estado genial. —Lloyd empezó a caminar a mi lado. Como la mayoría de los jugadores y el personal ya se habían ido, solo quedábamos nosotros en el pasillo—. Ese vídeo va a romper internet.

—Me alegro. —La verdad, no me importaba demasiado cómo de viral se volviera. Curiosamente, también me sentía más neutral respecto al contrato con Zenith.

No quiero que se me malinterprete. Estaba encantado de haber conseguido ser el embajador, pero cuanto más pasaba el tiempo, menos crucial me parecía. Cuando estaba compitiendo por el puesto, lo deseaba tanto que casi podía saborearlo. Ahora que lo tenía, me gustaba, pero ya no me obsesionaba como antes.

Y no era simplemente un caso de querer lo que no tenía. Lo que ocurría era que su importancia había sido reemplazada por algo mucho más urgente.

—Por cierto, ¿has mirado lo del club de Chicago? —pregunté.

Lloyd se detuvo y me miró fijamente.

—Pensé que estabas bromeando.

—No lo estaba.

—Vincent. —Se pellizcó el entrecejo con un gesto de exasperación —. Por favor, dime que no estás considerando seriamente el traspaso al maldito Chicago por una mujer. ¿Estados Unidos? ¿En serio? ¡Ni siquiera les gusta el fútbol de verdad!

Mi temperamento se encendió, pero mantuve la voz lo más serena posible.

—Te pedí que le echaras un ojo. No te dije que empezaras a preparar el papeleo del traspaso mañana.

—El simple hecho de que lo estés considerando ya es preocupante —replicó Lloyd con brusquedad—. Estás en la cima de tu carrera. Las semifinales se acercan y podrías ganar una segunda Copa del Mundo el año que viene. —Señaló con un dedo el vestuario, donde habíamos grabado el vídeo de Zenith—. Acabas de conseguir el acuerdo comercial más codiciado de la década. ¿Cómo puedes siquiera pensar en renunciar a todo?

—No estoy renunciando a nada. —El control sobre mi ira se quebró—. Y si decidiera irme a Chicago, lo cual nunca dije que haría, podría mantener todo lo que has mencionado. ¿Y si no pudiera? Es

mi carrera. Eres mi agente y respeto tu opinión. Pero si crees que eso te da derecho a decirme cómo vivir mi puta vida, entonces no has entendido en absoluto el funcionamiento de esta relación.

Los orificios nasales de Lloyd se ensancharon. La animosidad hervía entre nosotros a suficiente temperatura para quemar, pero todavía no había explotado para convertirse en algo irreversible.

—Mira —dijo en un esfuerzo evidente por sonar calmado—. Entiendo que es tu vida y tu decisión. Mi trabajo es ayudarte a alcanzar tus metas, pero también incluye decirte la verdad cuando nadie más lo haría. ¿Cuánto tiempo llevas saliendo con Brooklyn? ¿Unos meses? Pero te has pasado toda la vida trabajando para llegar hasta aquí. Claro, si quieres un traspaso al MLS para estar más cerca de ella, puedo hacerlo realidad. Eres Vincent DuBois. Cualquier club del mundo se pelearía por ficharte. Pero la realidad es que Estados Unidos no puede potenciar tus habilidades ni tu carrera de la misma forma que lo hacen el Reino Unido y Europa. Y si tú y Brooklyn os separáis, ¿qué pasará entonces? Estarás atrapado en Chicago hasta que se acabe el contrato. —Señaló de nuevo el vestuario—. ¿Y Zenith? ¿De verdad crees que les gustará el cambio después de convencerlos para apostar por ti? Firmaron con un futbolista de la Premier League. Eso es lo que quieren. Eso es lo que eres. No lo cambies porque estás encaprichado con una chica.

Lo escuché hasta el final sin interrumpirlo. Cuando terminó, dije lo que pensaba.

—Tienes razón en todo excepto en una cosa. No estoy simplemente «encaprichado» con Brooklyn. Quiero estar con ella. Punto. Durante tanto tiempo como ella me quiera. No lo minimices o tendremos un puto problema. —Lloyd abrió la boca, pero la cerró cuando seguí hablando—. Has dicho que tu trabajo es ayudarme a alcanzar mis metas. Bueno, mi meta ahora mismo es obtener más

información sobre el Chicago. Eso es todo. Así que o me consigues lo que quiero o encontraré a otra persona que lo haga.

Lloyd había sido mi agente desde que era un joven de dieciocho años jugando en París. Habíamos pasado por momentos buenos y malos juntos, y ya habíamos tenido bastantes desacuerdos en el pasado. Pero nunca habíamos permitido que nuestras diferencias interfirieran con nuestro trabajo..., hasta ahora.

Apretó los dientes con tanta fuerza que parecía que se le iba a partir una muela, pero no volvió a discutir conmigo.

—Entendido.

Llegamos a la salida. Lloyd se fue sin despedirse y yo se lo permití.

No era un ingenuo. Desde una perspectiva empresarial, me estaba aconsejando correctamente, y yo no era tan impulsivo como para irme de la Premier League sin pensarlo muy bien.

Pero hablar con él había desbloqueado una nueva claridad y, cuanto más hablaba, más cristalinos se volvían mis pensamientos dispersos.

Había pasado toda mi carrera persiguiendo la validación a través de acuerdos comerciales y reconocimientos externos. Había estado desesperado por demostrar mi valor ante personas a las que ni siquiera conocía: mi madre biológica, un desconocido del *pub*, un hombre cualquiera de la calle. Había equiparado cada pequeña métrica de éxito con mi valor como persona, pero, sinceramente, ¿a quién le importaba si un editor de una revista me colocaba en el puesto número seis en vez del número uno de su lista de los mejores deportistas europeos de la década? ¿Qué más daba si perdía el patrocinio de una empresa de suplementos porque preferían a otro futbolista? ¿Y quién estaba pendiente de los foros de internet donde mis fans opinaban sobre mí?

Algunas personas, por supuesto. Pero ninguna más que yo. Yo era mi crítico más duro y me había centrado tanto en todo lo que no tenía que había dejado de apreciar lo que había logrado.

Le había dedicado a mi carrera mucho tiempo y esfuerzo. Había ganado una Copa del Mundo. Había llevado al Blackcastle a lo más alto de la liga. Trabajaba como un condenado cada día y me exigía ser el mejor jugador y líder que pudiera llegar a ser. No importaba lo que dijeran los demás, me merecía estar aquí. Había demostrado quién era, y si Zenith no me quería porque jugaba para un club menos prestigioso o si la gente me juzgaba porque pensaban que estaba renunciando a todo por una chica, que lo hicieran.

Aspiré una gran bocanada de aire cuando la verdad me sacudió.

Todavía tenía ambiciones para mi carrera, pero el fútbol ya no era lo único importante en mi vida.

Había algo, alguien, a quien amaba más, y lo único que lamentaba era haber tardado tanto en darme cuenta.

43

Brooklyn



El campeonato regional de gimnasia femenina se celebraba en Seattle. Tras dos meses de frenética preparación, había llegado por fin y yo estaba esperando con Haley, su padre y su entrenadora a que nos dieran su puntuación.

Su equipo no había pasado para los nacionales, así que ella necesitaba conseguir la mejor puntuación para clasificarse como especialista a título individual.

Tenía el estómago hecho un manojo de nervios, tanto por ella como por mí. Esos resultados eran importantes por muchos motivos y, mientras los jueces deliberaban, cada segundo se me hacía eterno.

A mi parecer, Haley había superado con creces a sus contrincantes. Había ejecutado su rutina de manera impecable, pero...

El marcador por fin se iluminó con su puntuación.

15.2. Su puntuación era la más alta hasta el momento y ella había sido la última en competir, lo cual significaba que...

—Madre mía. —Se llevó una mano a la boca mientras la audiencia estallaba en vítores y aplausos—. Me voy a los nacionales. —Parecía un poco aturdida mientras su padre y su entrenadora la abrazaban y se unían a las celebraciones—. ¡Me voy a los nacionales!

Nos miramos la una a la otra y gritamos antes de agarrarnos las manos y ponernos a saltar. Nuestra emoción infantil se vio ahogada por la alegría de su padre y la euforia del público.

—¡Felicidades! ¡Sabía que podías lograrlo! —exclamé con el pecho henchido de orgullo.

—No podría haberlo hecho sin ti —respondió con los ojos brillantes.

Haley y yo habíamos desarrollado una estrecha amistad durante los últimos dos meses. De todos los miembros de su equipo, yo era la más cercana a ella en edad y nuestras personalidades encajaban a la perfección.

Había hecho todo lo posible por prepararla para la competición estudiando detenidamente sus planes de nutrición y sus estrategias de recuperación. Los había ajustado una y otra vez hasta que los había optimizado a la perfección. Pero yo solo era una pieza más del engranaje de su éxito. Era ella la que había entrenado duro para lograrlo, día tras día, haciendo sacrificios que la mayoría de la gente nunca pensaría que tendría que hacer.

—Esto ha sido cosa tuya —le dije—. Yo solo te he indicado qué comer. El talento es tuyo.

Haley negó con la cabeza.

—No quites importancia a tu contribución. Esto ha sido el resultado de un millón de cosas diferentes, incluyendo la comida y la nutrición. —Señaló a nuestro alrededor—. Tú más que nadie

deberías saber que esas cosas juegan un papel muy importante en el rendimiento de un deportista.

Vaya. Una adolescente acababa de ponerme en mi sitio con mucha elegancia.

Pero tenía razón. Mi instinto me hacía restarle importancia a mis logros, a pesar de que yo había trabajado tan duro como ella a mi modo. Era una mala costumbre de la que todavía no me había librado.

—Eres muy lista para alguien de tu edad —contesté—. ¿Seguro que tienes dieciséis años y no sesenta?

Haley se rio.

—Si pudiera subirme a un potro con sesenta años, me merecería mucho más que una plaza para el campeonato nacional. Me merecería un récord Guinness. —Titubeó un instante antes de preguntar—: ¿Has hablado ya con mi padre?

Se me aceleró ligeramente el corazón. Era otro motivo por el que me alegraba tanto que se hubiera clasificado para el campeonato nacional, a pesar de que nadie sabía nada de mi petición más allá de los Moore y yo misma. Ni siquiera se lo había dicho a mis amigas por si no salía bien.

—Todavía no, pero lo haré.

—Bien. —Sonrió—. Ve a por tu hombre. A por tu hombre de verdad, no mi padre —añadió rápidamente—. Eso sería asqueroso.

Me reí.

—Bien. Y ahora ve a celebrarlo. Todo el mundo se muere por hablar contigo.

Mientras Haley se alejaba para hablar con sus compañeras, me acerqué a Derek. Había acabado de hablar con la entrenadora y sonrió al verme.

—Bueno —dijo—, supongo que quieres hablar de Londres.

Asentí.

Cuando acepté el trabajo, lo había hecho con dos condiciones. La primera era que me dejarían tomarme tiempo libre para ir a algún partido del Blackcastle si Haley pasaba a los nacionales. Era un momento complicado porque teníamos que centrarnos en la competición de junio, pero no era negociable. En cuanto a la segunda condición..., bueno, ni siquiera quería pensarlo por si lo gafaba.

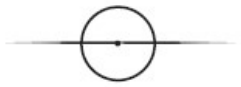
—Bien, un trato es un trato. —Derek suspiró, aunque el brillo de su mirada sugería que no estaba tan molesto como pretendía parecerlo—. Es una lástima que el Blackcastle sea un equipo tan bueno.

—Son los mejores. —Sonreí—. Gracias. Me aseguraré de que Haley esté preparada para los nacionales cuando regrese. Lo prometo.

—No lo dudo. —Me miró con curiosidad—. El tal Vincent debe de ser muy especial para ti.

Mi sonrisa se suavizó.

—Sí que lo es.



—Señoras y señores, bienvenidos al aeropuerto de Heathrow. —La voz incorpórea del sistema de megafonía quedó ahogada por el ruido del equipaje y las conversaciones en un montón de idiomas diferentes mientras caminaba hacia la salida dos días después del campeonato regional de Haley.

No me importaban el caos ni la multitud que caminaba a un ritmo exasperantemente lento porque había regresado.

Casi flotaba al salir a la calle y respirar el aire húmedo de Londres. La acera estaba mojada por la lluvia reciente y, a pesar de que estaba empezando la primavera, el frío me atravesó el jersey y los vaqueros.

Ese acento marcado, los cielos grises, la llovizna omnipresente..., nunca había sido tan feliz.

Ni siquiera pude dejar de sonreír cuando me subí a un taxi y nos quedamos atrapados en el tráfico. A juzgar por las miradas de reojo que me lanzaba el conductor, pensaba que me pasaba algo, pero decidí ignorar su desaprobación silenciosa y me sumergí en el paisaje urbano.

Había vuelto a casa por una semana y estaba deseando pasear y disfrutar de las vistas. A pesar de que solo había estado dos meses fuera, me daba la sensación de que habían pasado dos años. Quería tomarme una cerveza en el Angry Boar, pasear junto al Támesis, ponerme la ropa del Blackcastle y animarlos en persona.

Y, sobre todo, quería ver a mis amigos y mi familia. Solo les había contado que iba a volver a Scarlett, Carina y Spike. Como ya no tenía mi piso, Carina me había ofrecido su casa para dejar el equipaje hasta que me reuniera con Vincent. Querían venir a recogerme al aeropuerto, pero había insistido en que ya las vería después de trabajar. No quería que se cogieran un día libre por mí y, además, me moría de ganas por pasar un tiempo a solas allí.

Necesitaba pensar qué iba a decirle a Vincent cuando lo viera. ¿Debería preparar algo emotivo o saltar directamente sobre él y dejar el romanticismo para después? Quizá me limitara a improvisar y hacer lo que me saliera en ese momento.

Fuera como fuese, íbamos a reencontrarnos en unas pocas horas, después de su entrenamiento.

La euforia me recorría las venas. Estaba tan emocionada que apenas podía quedarme quieta.

El taxista me miró de nuevo y negó con la cabeza.

Cuarenta y cinco minutos después, paró delante de casa de Carina. Mi amiga me había dado el código de seguridad y me había dejado una llave de repuesto debajo del felpudo. La usé para entrar, dejar el equipaje y asearme un poco antes de volver a salir.

No quería malgastar ni un segundo de mi tiempo allí en un piso vacío, así que cogí el metro hasta Notting Hill.

Dios mío, hasta había echado de menos el metro. Así de grave era.

Tenía mucho tiempo hasta que Vincent terminara de entrenar, así que me paseé por el barrio y entré en algunas de mis tiendas preferidas. Fue una tarde tranquila y perfecta, pero no podía concentrarme en ningún sitio, así que me marché de Notting Hill para ir a la zona del Blackcastle.

Había muchas cafeterías cerca del estadio. Me decidí por una tranquila, absorta por mi inminente reencuentro con Vincent.

El sabor de sus besos. La sensación de su tacto. El sonido de su voz junto a mi oído y su reconfortante aroma en mis pulmones.

Noté una presión en el pecho. ¿Cómo podía haber pasado tanto tiempo sin esas cosas cuando me parecía que la próxima hora iba a durar una eternidad?

Envolví la taza con las manos. Había entrado para tomar algo, pero se estaba tan bien ahí que me planteé quedarme hasta que llegara la hora de ir a casa de Vincent.

Me había coordinado con Spike para organizar la visita sorpresa. El taciturno guardaespaldas había sido sorprendentemente servicial, aunque me había obligado a enviarle cinco vídeos diferentes con el periódico del día en la mano antes de acceder a ayudarme. Me había

dicho que era para asegurarse de que realmente fuera yo y que no me estuviera reteniendo algún fan obsesionado con malas intenciones.

Se suponía que debía enviarme un mensaje cuando Vincent estuviera a punto de salir del entrenamiento y me había dado instrucciones para entrar en su casa sin activar ninguna de las alarmas.

—¡Brooklyn!

Levanté la mirada del té y abrí los ojos de par en par cuando vi un rostro conocido junto a mi mesa.

—¿Mason?

—Vaya, hacía mucho que no te veía. —Le había crecido el pelo desde la última vez y su postura parecía más relajada, más cómoda —. ¿Qué probabilidades había? No dejamos de encontrarnos. ¿Cómo estás?

—Bastante bien. —Sonreí, a pesar de que noté una punzada de sospecha en la columna. Primero Covent Garden y ahora una cafetería cualquiera. Dos veces no era mucho, pero era extraño que nos encontráramos constantemente en los lugares más insólitos—. ¿Y tú qué tal? —A continuación, al ver que seguía ahí como si esperara una invitación, añadí—: ¿Quieres sentarte?

—Claro. —Mason ocupó la silla frente a mí—. No me quedaré mucho. Estoy en mi descanso, así que tengo que volver pronto a la oficina, pero te he visto y tenía que saludarte. Bueno, a mí también me va bien. ¿Sabes? Estoy saliendo con alguien. Se llama Lindsey y... —Empezó a divagar.

Cuanto más hablaba, más entendía por qué a Vincent no le caía bien. Era simpático, pero demasiado charlatán incluso para mí. Menos mal que nunca había aceptado tener una cita con él porque

habría acabado apuñalándome con un tenedor solo por escapar de la conversación.

A mitad de su detallada explicación sobre las alergias de Lindsey, capté un destello de movimiento por el rabillo del ojo. Me giré por puro instinto, pero no vi a nadie por la ventana de la cafetería. Daba a una calle secundaria y estaba vacía a excepción de un gato callejero y un taxi que pasaba.

Me lo habría imaginado.

—Es maravilloso —interrumpí a Mason cuando se puso a hablarme de su nuevo hámster—. Lamento interrumpirte, pero tengo que irme. Aunque me he alegrado de verte.

—Sí, claro. Yo también tengo que irme o llegaré tarde. Puede que volvamos a encontrarnos en otro barrio —bromeó.

Esperaba que no. La primera vez podía parecer agradable, la segunda era raro y la tercera ya daba miedo.

—Quizá. —Me despedí y me marché con rapidez antes de que pudiera volver a engancharme.

Me vibró el móvil cuando salí.

Spike
Salimos en cinco minutos.

Me dio un vuelco el corazón. Por fin.

Cogí otro taxi para ir a casa de Vincent recuperando el buen humor. Cuando llegué, seguí las instrucciones de Spike e introduje el código de seguridad.

Me sentí tentada de entrar directamente en el campo y recibirlo cuando saliera de entrenar, pero quería que el reencuentro fuera privado. Podía parecer egoísta, pero había esperado demasiado para compartirlo con nadie más.

Entré notando mariposas en el estómago. Por culpa del intruso, Vincent y yo no habíamos pasado mucho tiempo juntos en esta casa desde que habíamos empezado a salir, pero había estado un montón de veces antes con Scarlett.

Lo observé todo fijándome en las partes de él que se reflejaban en la decoración: la vitrina con sus medallas y trofeos, el sofá de cuero desgastado desde donde veía la tele, la foto de grupo enmarcada del partido benéfico de Sport for Hope del verano anterior...

Pasé por delante del salón y entré en la cocina. Estaba demasiado nerviosa para quedarme quieta. Siempre era mi estancia favorita de una casa y la suya era tan bonita como recordaba. Contemplé los azulejos relucientes, los utensilios de cobre y los grandes ventanales que daban al jardín trasero.

Dejé caer el bolso en un taburete de la cocina y le escribí a Spike para avisarle de mi llegada.

No respondió, pero poco después oí pasos en la entrada.

Me enderecé sintiendo de nuevo las mariposas. «Ya está aquí».

Me miré de nuevo en la puerta de acero inoxidable de la nevera. Pelo, bien. Maquillaje, intacto. Conjunto, informal y bonito.

Perfecto.

Me giré justo cuando los pasos se detuvieron.

Se me iluminó la cara con una sonrisa expectante, pero se desvaneció rápidamente al ver quién había en el umbral. Parpadeé, convencida de que me lo estaba imaginando.

—¿Qué haces tú aquí?

44

Brooklyn



—Hola, Brooklyn —dijo Seth—. No sabía que habías vuelto a Londres.

—He llegado hoy. Me he cogido unos días libres y tenía pensado sorprender a Vincent. —Me recuperé de mi sorpresa y volví a sonreír, pero se me erizó el vello de la nuca en señal de peligro.

Era una ridiculez. Estaba con Seth. El dulce y sincero Seth, que siempre era el primero en consolar a cualquiera que estuviera de bajón y el último en abandonar el edificio todas las noches. No haría daño a una mosca... Entonces, ¿por qué todas mis alarmas internas sonaban tan fuerte?

—No sabía que tenías una llave de la casa —dije tan tranquila como pude—. ¿Has quedado aquí con Vincent?

—Ah, sí. Me dio una llave para que pudiera traerle a casa lo que necesitara. —Seth me devolvió la sonrisa—. A veces se olvida sus cosas en el club. Y es una faena para él conducir de vuelta hasta allí.

Tiene cosas mejores que hacer, así que me confió la tarea. Es una labor importante.

—Así es. —Las alarmas se habían vuelto ensordecedoras. Un escalofrío me recorrió la columna mientras daba un pasito hacia atrás.

La historia de Seth no tenía sentido. Era imposible que Vincent le hubiera dado la llave a nadie más que a mí y a su familia después del problema con el intruso. Además, no olvidaba sus cosas en el club tan a menudo como para darle al utillero libre acceso a su casa. Ese no era el trabajo de Seth.

—¿Qué tal en Chicago? —Seth se acercó a mí.

El corazón me latía a toda velocidad. ¿Por qué nunca me había dado cuenta de lo grande que era? Tenía cara de bebé, pero solo medía unos centímetros menos que Vincent y era increíblemente musculoso. Era inquietante.

—Muy bien. —Mantuve toda mi atención clavada en él. No quería que se escapara de mi vista, y no quería que notara lo nerviosa que estaba—. Hace más frío que aquí, pero no llueve tanto.

—Qué bien. ¿Y por qué has vuelto para sorprender a Vincent? —Seth se detuvo a unos centímetros de mí. Mi espalda chocó contra la encimera de la cocina y todos mis músculos se tensaron.

—Porque es mi novio y hace dos meses que no lo veo —dije en un tono algo mordaz.

Seth meció la cabeza arriba y abajo. Tenía una expresión reflexiva.

Quería que esta conversación terminara lo antes posible, pero me bloqueaba el camino hacia la salida. No podía salir sin esquivarlo.

No sabía qué estaba haciendo Seth allí, pero debía mantener la calma hasta que Vincent y Spike llegaran a casa. Mi instinto me decía que estaba a punto de perder el control.

—¿Sabías que Vincent era mi jugador favorito cuando era niño? —dijo en un aparente cambio de tema—. Mis paredes estaban cubiertas de pósteres suyos. Convencía a mis padres para que me llevaran a todos sus partidos, hasta los que eran en el extranjero. Incluso solicité un puesto de trabajo en el Blackcastle por él.

—Qué... bien. —Miré discretamente por encima del hombro de Seth. ¿Dónde narices estaban Vincent y Spike? No deberían tardar tanto si venían directos del club.

—He conocido a muchos famosos y a menudo son decepcionantes en persona —continuó Seth—. Son maleducados, estirados o simplemente no son la persona que había construido en mi mente. Nunca valoran suficiente a sus fans. Vincent es el único que he conocido y ha cumplido mis expectativas. Y no solo soy el utillero, soy parte de su círculo más cercano. Me invita a las quedadas del equipo, me invitó a su cumpleaños en Hungría y me da consejo cuando lo necesito. Nadie más haría eso por mí. Nadie me ve de la forma en que él lo hace.

Un terrible presentimiento se apoderó de mí. Seth no parecía un fan normal; parecía obsesionado. Además, tenía acceso a la casa de Vincent y a las instalaciones del Blackcastle. ¿Era...?

«No. No puede ser». Si era el intruso, habríamos captado las señales antes. ¿No?

—Es mi mejor amigo, así que no me gusta la gente que lo traiciona. —La expresión de Seth se endureció—. Como tú.

Mi presentimiento se convirtió en un miedo más profundo. Varios escalofríos me recorrieron la piel y la sangre me palpitaba en las venas con una intensidad dolorosa.

—No sé de qué estás hablando.

—Te he visto —gruñó Seth. Bajó los brazos y cerró los puños—. Te estabas tomando un té con otro hombre esta tarde, cerca del club.

Has dicho que habías vuelto a casa para sorprender a Vincent, ¿y eso es lo primero que haces al aterrizar? ¿Engañarlo?

—No lo estaba engañando. No...

—¡Te he visto! —Sus palabras se volvieron estridentes, casi desquiciadas—. ¡No me mientas!

Analicé con rapidez la habitación en busca de posibles armas. Los cuchillos estaban a tan solo unos centímetros, pero no podría alcanzarlos sin que descubriera mis intenciones. Tenía el móvil en el bolso, que había dejado sobre un taburete al otro lado de la isla, y todo lo demás o estaba clavado en su sitio o era demasiado ligero para causar algún daño.

Sentí angustia.

—¿Sabes lo destrozado que se sentirá Vincent cuando se entere? Lleva todo este tiempo echándote de menos. ¡Queriéndote! Cagándola en los entrenamientos y recibiendo broncas del entrenador por tu culpa. Hasta se está pensando abandonar el Blackcastle y mudarse a Chicago por ti. —Gotas de saliva salieron volando de la boca de Seth. No se parecía en absoluto al hombre amable que había conocido durante todos estos meses. Tenía los ojos abiertos de par en par y el tono de su piel se transformó rápidamente de rojo a morado mientras gesticulaba con violencia—. Cree que eres su alma gemela, pero no podría estar más equivocado. Un alma gemela no lo haría sufrir de esta forma.

Había perdido la cabeza. Se le había ido la olla por completo.

Intenté continuar con la conversación para ganar tiempo.

—Te prometo que no lo estaba engañando. Me encontré con un viejo conocido y...

—He dicho que dejes de mentir. —Había lágrimas reales en los ojos de Seth—. Te fuiste del Blackcastle. Luego te fuiste a Chicago.

Y no tuviste en cuenta sus sentimientos a la hora de tomar esas decisiones. No lo mereces.

Se me tensó la mandíbula, pero me obligué a mantener la calma.

—Él fue quien me dijo que aceptara el trabajo en Chicago. Tomamos la decisión juntos.

—No. —Seth sacudió la cabeza—. Eso es otra mentira. ¿Por qué iba a decirte que te mudaras si está devastado por tu culpa? No puedo dejar que te siga. No dejaré que arruine su carrera por una maldita mentirosa egoísta. Todavía no puede ver la verdad porque está bajo tu hechizo, pero un buen amigo debe salvarlo de sí mismo. Solo necesito librarme de ti antes. Mientras te tenga cerca, nunca será libre.

Mi instinto de supervivencia se apoderó de mí antes de que terminara de hablar. Alcancé el portacuchillos con la esperanza de que mi movimiento repentino lo pillara desprevenido y lo distrajera. El corazón me latía tan rápido que apenas podía respirar y mis dedos rozaron uno de los mangos de los cuchillos antes de que un violento tirón de pelo arrastrara mi cabeza hacia atrás.

Grité. Seth me tiró al suelo y una sensación de dolor explotó cuando me golpeé contra las baldosas con un ruido sordo. Logré ponerme de pie con movimientos torpes por culpa del miedo, pero Seth me volvió a agarrar por detrás antes de que pudiera dar dos pasos. Sentí un filo frío contra mi garganta y mi segundo grito se detuvo en seco.

—No quería hacer esto. —Podía sentir su aliento cálido sobre mi mejilla—. No me gusta hacer daño a la gente, pero tú le has hecho daño primero. Yo solo quería mostrar lo mucho que lo quiero con el muñeco, la foto... No quería que olvidara que siempre voy a estar apoyándolo. Pero tú lo convenciste de que iba a por él. Debería haber imaginado que no traerías nada bueno.

Unos puntos empezaron a bailar ante mis ojos. Apenas podía pensar; toda mi atención estaba clavada en el afilado cuchillo que me rozaba la piel. Un movimiento rápido y estaría muerta.

Un sabor a cobre me llenó la boca.

«No. No voy a morir. Me niego».

Tenía demasiado por lo que vivir y demasiadas cosas que aún no había hecho. No iba a dejar que un tío delirante con una enfermiza obsesión parasocial me asesinara antes de ver a mis amigas casarse, de alcanzar la cima de mi carrera o de decirle a Vincent que lo quería.

La afirmación me atravesó con tanta fuerza como una bala en el pecho.

Lo quería. Lo amaba. Si el doloroso anhelo de los últimos dos meses no lo había dejado claro, estar a las puertas de la muerte sí lo hacía. Vincent era lo único en lo que pensaba. Si moría, él sería mi mayor lamento; si vivía, él sería mi mayor recompensa.

No habíamos llegado tan lejos solo para quedarnos aquí.

Iba a salir de esta. Encontraría la forma.

—Si no quisieras que sufriera, no harías esto —dije. El filo rascó mi piel con cada sílaba, pero me obligué a continuar—. Nunca te lo perdonará.

—Estará molesto al principio, pero lo entenderá con el tiempo. Me agradecerá haberlo salvado cuando nadie más estaba dispuesto a hacerlo.

—No, no lo hará. —Mi mano subió lentamente. «Mantenlo distraído»—. Tú mismo dijiste que estaba dispuesto a mudarse a Chicago por mí. Eso significa renunciar a la Premier League. Si está dispuesto a darle la espalda a lo más importante de su vida para estar conmigo, ¿crees que te perdonará por borrarme de su vida para siempre? No serás su amigo. Serás su enemigo.

—Cállate —espetó Seth—. Sé lo que estás haciendo. No va a funcionar.

Pero escuché un atisbo de duda en su voz y su agarre vaciló por una fracción de segundo.

No lo pensé. Actué por puro instinto y le clavé el codo en el plexo solar con toda la fuerza que pude. Al mismo tiempo, le pisé el pie, me di la vuelta y le di un puñetazo en la cara.

El puñetazo no era necesario, pero fue jodidamente satisfactorio.

Seth aulló. El cuchillo cayó al suelo con un gran estrépito y le di una patada para lanzarlo bajo la encimera, fuera de su alcance, antes de correr hacia la salida. La adrenalina palpitaba en mis venas y estrechaba mi visión, reducida al marco rectangular de la puerta.

Solo tenía que atravesar la sala de estar y llegar a la entrada. Una vez fuera, podría pedir ayuda.

«Ya casi estoy. Ya casi...».

Una mano me agarró del tobillo. Tropecé y logré sostenerme con los codos antes de estrellarme de cara contra el suelo, pero no tuve tiempo de recomponerme antes de que Seth me alcanzara de nuevo, más furioso que nunca.

—Zorra —gruñó mientras me presionaba la garganta con el antebrazo.

Una oleada de vértigo se mezcló con unos tentáculos helados de pavor.

—¡Ayuda! —grité. El sonido salió débil y entrecortado, pero ya nada me importaba—. ¡Que alguien me ayude!

Una mano pesada me cubrió la boca. Su brazo me presionó con más fuerza. Manchas oscuras bailaron ante mis ojos y el mundo se empezó a apagar mientras luchaba por conseguir algo de aire.

Las lágrimas nublaron mi visión.

Había llegado el fin. Había intentado resistirme, pero así era como todo iba a terminar.

«Te quiero».

Lancé el pensamiento al universo con la esperanza de que, de algún modo, Vincent lo recibiera. Tenía tanto miedo al rechazo que había estado evitando admitirlo incluso para mí misma, y, ahora, ya nunca tendría la oportunidad de decírselo.

Lágrimas ardientes comenzaron a deslizarse por mis mejillas. Si no lo hubiera negado durante tanto tiempo. Si tuviera un poco más de tiempo y...

Algo, o alguien, apartó de golpe el peso de Seth. Otro grito llenó la cocina, seguido de un crujido nauseabundo de huesos y un chillido agudo de dolor.

Tosí y jadeé en busca de aire. Me ardían los pulmones por la repentina oleada de oxígeno y estaba tan mareada que no noté que alguien se acercaba hasta que unos brazos fuertes me envolvieron. Una mano me sostuvo la parte trasera de la cabeza y una voz atravesó la niebla, angustiada pero dolorosamente familiar.

—Tranquila. Estoy aquí. Te tengo. —Vincent presionó la boca contra mi frente con la respiración entrecortada—. Estás bien. No pasa nada. —Sonaba como si estuviera tratando de convencerse a sí mismo tanto como a mí.

«Está aquí». Estaba viva y él estaba aquí y yo..., y él...

Un sollozo me desgarró la garganta. Permanecí en el suelo, pero me aferré a él, demasiado agotada para hacer cualquier cosa salvo agarrarlo como si fuese lo único que me mantenía a flote.

—¡Te está engañando! —gritó Seth. Spike lo había inmovilizado contra el suelo y, por el crujido anterior y su mueca de dolor, el guardia debía de haberle roto al menos un hueso en el proceso—. ¡La he visto! Estaba... Vincent, no puedes dejar que te engañe. Te

va a arruinar la vida. Yo soy tu mejor amigo. ¡Tienes que confiar en mí!

—No somos mejores amigos. —El cambio abrupto en la voz de Vincent me heló la sangre. Sonaba grave y venenosa, llena de una furia pura y helada—. No eres más que un parásito. Y si vuelves a acercarte a Brooklyn, si siquiera la miras o piensas en ella, yo mismo me encargaré de matarte.

Los ojos de Seth se abrieron de par en par. Miró a Vincent boquiabierto, como si no pudiera creer lo que estaba escuchando.

—Estoy tratando de ayudarte.

—No necesito que me ayudes. Lo que necesito es verte entre rejas durante el resto de tu puta vida.

Su rostro se volvió de un color rojo moteado. Empezó a temblar, pero en lugar de gritar o contraatacar, se retiró a una cueva de silencio con los ojos vidriosos. No volvió a hablar ni a moverse hasta que la policía llegó unos minutos después.

El inspector Smith fue el primero en llegar a la escena. Esposó a Seth, quien dejó que Smith lo arrastrara hasta el coche patrulla sin oponer resistencia. La dureza de Vincent parecía haber roto algo dentro de él. Pasó junto a nosotros con la cabeza gacha y los hombros encorvados.

Aunque literalmente había intentado matarme, sentí una punzada de empatía. Seth estaba trastornado, pero ¿cómo de solo y descuidado debía de haber estado para tomar las pequeñas muestras de amabilidad de Vincent y magnificarlas hasta ese punto?

Aun así, me alegré de que lo hubiéramos atrapado. La pesadilla por fin había terminado..., bueno, casi.

La policía tenía muchísimas preguntas para Vincent, Spike y para mí. Les conté lo que había pasado tantas veces que terminé harta de escuchar mi propia voz, pero tras un buen rato quedaron satisfechos

y nos dejaron a solas. Los paramédicos también me examinaron. Por suerte, estaba bien salvo por algunos cortes y moretones.

—Para que lo sepas, este no era el reencuentro que había imaginado —dije cuando el técnico de emergencias se fue a rellenar unos papeles—. Soy dramática, pero no tanto.

Vincent dejó escapar una risa entrecortada con el brazo todavía alrededor de mis hombros. No me había soltado ni una vez desde que me había encontrado, ni siquiera durante la revisión médica.

—Escuchamos el ruido en cuanto entramos, pero cuando llegué a la cocina y te vi, pensé que..., no podía..., si te hubiera pasado algo... —Se le quebró la voz.

Rara vez perdía la compostura, y ver su miedo al desnudo me quebró el corazón.

—No me ha pasado nada. Estoy bien. —Le tomé la cara entre las manos con el pecho a rebosar de tanto amor y alivio que casi dolía —. Además, creo que le he roto la nariz durante nuestro pequeño altercado, así que estoy muy orgullosa.

Otra risa, esta vez más genuina.

—Pequeño altercado, ¿eh?

—Así es. Me he visto en peores. Cómo se nota que no presenciaste la pelea del Black Friday en 2010. Mi yo preadolescente era despiadada.

Vincent sacudió la cabeza.

—Eres de lo que no hay.

—Me lo tomaré como un cumplido.

—Lo es. —Me besó con delicadeza y, cuando volvió a hablar, me quedé sin aliento—. Bienvenida a casa, cariño.

45

Vincent



Brooklyn y yo nos sentamos en el sofá, con mi brazo alrededor de sus hombros y su cabeza apoyada en mi pecho.

Hacía unas horas que se había marchado la policía. Habían limpiado la escena del crimen y había enviado a Spike a casa para que se tomara un merecido descanso. Había discutido con vehemencia, pero cuando le había dicho que quería un reencuentro como es debido con mi novia, había cedido.

También habíamos llamado a su padre para contarle lo sucedido. Lo habíamos suavizado porque no queríamos que el entrenador sufriera un infarto antes de poder explicárselo todo en persona, pero eso no había impedido que perdiera los estribos. Si no vino directo a mi casa fue porque Brooklyn insistió en que primero necesitaba tiempo para descansar, pero vendría a primera hora de la mañana.

Mientras tanto, Seth estaba bajo custodia policial y el inspector Smith nos había asegurado que los cargos a los que se enfrentaba podrían ponerlo entre rejas de por vida. Aun así, me negaba a

perder de vista a Brooklyn, temeroso de que desapareciera en un parpadeo.

—Es la última vez que le doy una sorpresa a alguien —declaró—. De ahora en adelante, te avisaré exactamente de cuándo y dónde voy a estar. Te pondré un marcador en Google Maps y me llevaré una cámara corporal si es necesario.

Sonreí ante su intento de aligerar la situación, pero no podía quitarme de encima el frío que me calaba los huesos. Los recuerdos de aquella tarde se me habían quedado clavados en el cerebro y se negaban a soltarme: Brooklyn tirada en el suelo mientras Seth intentaba estrangularla, sus lágrimas y sus gritos, la expresión desquiciada del utillero y ese instante desgarrador en el que pensé que había llegado demasiado tarde y la tierra se derrumbó bajo mis pies.

Durante un instante, había vivido en un mundo en el que ella ya no existía y había bastado para que deseara convertirme en polvo yo también.

Se me encogieron los pulmones y le di otro beso en la cabeza para asegurarme de que seguía ahí. Su aroma me resultaba familiar y reconfortante, como si no se hubiera marchado nunca.

Todavía había preguntas sin respuesta respecto a Seth, no sabía cómo había conseguido la llave de mi casa ni qué motivos tenía para acosarme. Según Smith, lo más probable era que Seth no considerara sus acciones como acoso. Seguramente, lo veía como una especie de veneración enfermiza por la que cualquier celebridad debería sentirse halagada.

No tendríamos respuestas hasta que la policía lo interrogara de manera oficial, pero, a todos los efectos, el asunto del intruso estaba resuelto. Brooklyn estaba de nuevo a mi lado, aunque fuera temporal, y este debería ser un momento feliz, no melancólico.

Me obligué a sacar de mi mente la imagen del brazo de Seth sobre su cuello.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte en Londres? —pregunté.

—Me marcho el jueves que viene. Tengo que preparar a Haley para los nacionales, pero no podía perderme el partido de la semifinal.

—El jueves que viene —repetí—. Es muy pronto.

—Sí, pero tengo algo que decirte. Quería esperar a tenerlo confirmado al cien por cien, pero creo que a los dos nos vendría bien una alegría hoy. —Brooklyn levantó la cabeza para mirarme. Una combinación de nervios y esperanza se reflejaba en su mirada—. Hay muchas probabilidades de que vuelva a Londres este verano.

Se me paró el corazón durante un glorioso segundo antes de empezar a latir de nuevo al triple de velocidad.

—¿Y qué hay de tu trabajo? Creía que te encantaba trabajar con Haley.

—Así es, pero cuando acepté la oferta, lo hice con dos condiciones. Una era que, si Haley pasaba a los nacionales, cosa que ha hecho, podría tomarme un día libre para cualquier partido del Blackcastle de la temporada. Por eso he venido, para veros en las semifinales. Y la segunda... —Brooklyn respiró hondo—. Si se clasifica en los nacionales, puedo volver a Londres y trabajar desde casa. Se suponía que tenía que ser un trabajo a distancia en un primer momento. Solo querían que me mudara a Chicago para hacer la transición y porque íbamos justos de tiempo, pero creo que también querían ver lo bien que trabajábamos juntas. Si no hacía un buen trabajo de forma presencial, el trabajo remoto no sería una opción. Pero están contentos conmigo y aceptaron mi petición con la condición de tener un periodo de prueba de tres meses. Así podrán ver si el trabajo a distancia funciona y si afecta la diferencia horaria.

Procesé la noticia, preso de la esperanza, la sorpresa y la incredulidad.

—¿Cuántas probabilidades hay de que Haley se clasifique en los nacionales?

—Tiene mucho talento, así que es muy probable. Además, voy a darlo todo para asegurarme de que consiga una medalla. Me da igual si tengo que llevarla al podio yo misma.

Me reí, pero se me formó un nudo en la garganta.

—¿Por qué no me hablaste de tus condiciones?

—No quería que nadie se hiciera ilusiones por si iba mal en los regionales, pero ahora que hemos superado el primer obstáculo... —Tragó saliva—. Sinceramente, no tendría que haberte dicho nada hasta después de los nacionales. Pero cuando estaba en la cocina y pensaba que iba a morir, solo podía pensar en todo lo que no he hecho. Las palabras que nunca he dicho. No quiero que haya más secretos entre nosotros, por eso te lo digo ahora. —Titubeó—. Odio volver a mencionarlo, pero ya que estamos hablando de secretos, Seth me ha comentado algo interesante. Ha dicho que podrías mudarte a Chicago.

Fruncí el ceño. ¿Cómo sabía...?

De repente, noté que una pieza encajaba. Lloyd y yo habíamos discutido en el campo del Blackcastle. Creía que todo el mundo se había ido a casa, pero Seth debía de seguir ahí y nos oyó.

Brooklyn también me había hablado del encontronazo con Mason en la cafetería, lo que provocó que Seth pensara que me estaba engañando.

Si Seth estaba tan obsesionado conmigo, cualquier cosa lo habría hecho estallar tarde o temprano. Se había centrado en Brooklyn porque era el chivo expiatorio más evidente.

Sentí un nudo de culpa en el estómago, pero me obligué a quitármelo de encima. Seth era adulto. Era responsable de sus propias decisiones y no podía culparme por sus delirios.

—Estaba considerando la idea de transferirme a su equipo —admití—. Le pedí a Lloyd que investigara por mí.

—Deja que lo adivine: perdió los nervios.

—Sí. Tuvo un estallido digno de una erupción del Etna. Creía que le daría un ataque cuando se lo dije.

Brooklyn sonrió, pero le brillaron los ojos de la emoción.

—De todos modos, yo no dejaría que te mudaras. Odiarías Chicago.

—¿Sí? ¿Ahora crees que puedes «dejarme» hacer algo?

—Sí. —Se giró por completo y me rodeó el cuello con los brazos—. Se me da muy bien predecir lo que te gusta y lo que no. Y ni de coña el capitán del Blackcastle prosperaría en Estados Unidos. Allí no les gusta demasiado el fútbol. De hecho, llaman fútbol a otra cosa.

—Hablas como Lloyd —dije, divertido—. Era consciente de los riesgos, pero estaba en el principio del proceso y si llegara el momento de tener que elegir entre tú y el Blackcastle... —Mi voz adquirió un matiz más tierno—. Te elegiría a ti. Siempre. Porque lo eres todo para mí, Brooklyn Armstrong. No hay nada ni nadie a quien quiera más.

Era la primera vez que usaba el verbo *querer* con una chica. Creía que me daría miedo, pero me resultó tan fácil y natural como respirar, porque era cierto.

A Brooklyn le brillaron más los ojos. Apoyó la frente contra la mía.

—Tengo otro secreto que contarte —susurró—. Antes, cuando todo se ha venido abajo con Seth, solo podía pensar en ti. En lo mucho que te echo de menos. En lo mucho que te necesito. En lo mucho que te quiero. Antes me daba miedo decírtelo, pero a la

mierda. Es lo que siento. Nada de secretos y arrepentimientos, ¿verdad?

Joder. Si darme cuenta de que la quería me había abierto en canal, que ella confesara que sentía lo mismo me destruyó. Nunca volvería a ser el mismo, sabiendo que la persona de mis sueños también pensaba que yo lo era.

—Cierto. —Sonreí con el pecho tenso y lleno al mismo tiempo—. ¿Significa esto que por fin estamos de acuerdo en algo?

—Eso creo. Seguro que se ha congelado el infierno.

—Probablemente. De todas formas, el calor está sobrevalorado. —Le di un beso profundo, lento y reverente—. Te quiero. —Ahora que lo había dicho una vez, no podía dejar de decirlo.

—Yo también te quiero.

Nos sonreímos mutuamente, con las frentes todavía pegadas y nuestros alientos entrelazándose en el espacio que quedaba entre nosotros.

Puede que nuestras confesiones repetidas fueran cursis y algo ridículas, pero no me importaba una mierda.

Estaba aquí, estaba a salvo y era mía.

Por primera vez en mi vida, el amor no parecía un riesgo, sino la apuesta más segura que había hecho nunca.

Epílogo

Brooklyn
Un mes después

—No puedo mirar. —Scarlett me agarró una mano y, al otro lado, agarró la de Carina. A pesar de sus palabras, sus ojos estaban clavados en el campo—. Esto es una tortura.

Solté un sonido que expresaba algo entre acuerdo y terror.

Estábamos en el abarrotado estadio de Wembley para la final de la Champions League entre el Blackcastle y el Holchester. El Blackcastle había ganado a duras penas al Madrid en la semifinal, pero el partido de hoy era algo completamente distinto: intenso, brutal y angustioso.

Nos acercábamos al minuto ochenta y el resultado era dos a uno con el Holchester en cabeza. Acababan de conseguir un saque de esquina y sus aficionados ya estaban de pie, rugiendo con tanta fuerza que las gradas temblaban.

El ambiente en el palco del Blackcastle era serio, pero yo me aferraba a la esperanza.

«Vamos».

El silbato sonó. El balón rodó. El capitán del Holchester lo controló sin problema con la frente y el balón se metió de lleno en la red.

Tres a uno. Holchester.

La sección más alejada estalló mientras el silencio cubría el lado del Blackcastle como un velo.

—No —suspiré. No podía acabar así. El Blackcastle tenía que ganar.

Mis ojos buscaron a Vincent en el campo. Igual que el resto de los jugadores, parecía agotado y tenía la respiración agitada y la piel cubierta de sudor. Pero, incluso desde lejos, pude ver el fuego en su mirada.

El partido aún no había terminado. Hasta que el pitido final sonara, todavía teníamos posibilidades.

Vincent dijo algo al equipo antes de que los jugadores del Blackcastle se colocaran de nuevo en sus puestos.

Estaban demasiado lejos para que nadie fuera del campo los oyera, pero dijera lo que dijese Vincent debió de funcionar, ya que cuando el partido se retomó, el Blackcastle jugó con una energía que no había mostrado desde antes de la segunda parte.

En lugar de derrumbarse bajo la presión de una derrota inminente, presionaron como nunca.

Adil para Asher.

Una rápida jugada de pared en la banda.

Asher esprintó hacia arriba dejando atrás a los defensas del Holchester con movimientos elegantes y precisos. Llegó como un rayo hasta el área y lanzó un potente disparo. El balón pasó volando junto al portero y se coló en la esquina inferior de la red.

—¡Gol! —grité una fracción de segundo antes de que el estadio enloqueciera—. ¡Gol! ¡Gol! ¡Hemos marcado!

Sonaba como una idiota, pero no podía contener mi emoción. Scarlett y Carina estaban igual que yo, gritando y animando mientras el Blackcastle remontaba sobre una ola de entusiasmo

renovado. Cada pase era preciso, cada carrera más decidida que la anterior.

El tiempo corría, pero solo estábamos un gol por debajo y ya no luchábamos por mantenernos en el partido; luchábamos por ganar.

Vincent volvió a captar mi atención. Como defensa, no era a quien sus compañeros normalmente buscaban para una jugada de ataque, pero esta noche todo estaba en juego. Avanzó corriendo con el balón para unirse a los delanteros.

Stevens se hizo con la posesión del balón y se lo volvió a pasar a Vincent, que no dudó. Lo deslizó hacia Asher, quien lanzó un centro perfecto al área. El balón flotó en el aire durante una fracción de segundo suplicando que alguien lo rematara.

Y de pronto Gallagher apareció en el lugar correcto y el momento justo. Conectó con el balón y lo mandó directo a la red por encima del portero.

Tres a tres.

No podía pensar entre los gritos de la multitud. Solo podía unirme a la euforia, saltando arriba y abajo mientras mi corazón luchaba por salirse del pecho. Los oídos me pitaban con tanta fuerza que estaba segura de haber perdido parte de la audición, pero no me importaba.

Estábamos muy cerca.

Un gol más. Eso era lo único que necesitábamos.

El Holchester, antes tranquilo y confiado, ahora parecía nervioso. Sus jugadores empezaron a cometer errores poco característicos; un pase fallido aquí, una intercepción mal calculada allá.

El Blackcastle se abalanzó sobre su debilidad como un tiburón oliendo sangre en el agua.

Presionaron con más fuerza. Asher recibió el balón justo fuera del área, esquivó a un defensa y disparó un tiro raso que el portero de

Holchester logró bloquear, pero el rebote cayó directamente en el camino de Gallagher.

El delantero del Blackcastle no lo dudó. Con un movimiento rápido, controló el balón, acomodó el disparo y chutó con fuerza hacia el segundo palo.

El portero no tenía la más remota posibilidad.

Cuatro a tres. Blackcastle.

El suelo temblaba bajo mis pies mientras los aficionados saltaban y animaban, y tenía la voz ronca de tanto gritar. Carina me gritó algo al oído, pero se ahogó bajo el rugido de la multitud.

Lo habíamos logrado. Íbamos ganando. Era una remontada histórica y el Holchester no podía seguirnos el ritmo. Se derrumbaron. Cuando el árbitro pitó el final, el caos se transformó en puro pandemonio. La multitud estalló en un frenesí, y el aire era tan denso y el sonido tan ensordecedor que me tragó por completo.

Abracé a todos los que tenía alrededor, sin importar si los conocía o no. Me dolían las mejillas de tanto sonreír, y los ojos me escocían con lágrimas de felicidad. Solo iba a pasar veinticuatro horas en Londres, no podía tomarme más tiempo libre con los nacionales a la vuelta de la esquina, pero valió la pena. Estar con mi familia, verlos ganar..., hubiera cogido un vuelo de ocho horas todos los malditos días por vivir esta sensación.

—¡Vamos! —Scarlett me agarró de la mano y me arrastró hacia la salida. Carina se quedó atrás, demasiado involucrada en la fiesta improvisada para unirse a nosotras.

Seguí a Scarlett y solté una carcajada eufórica mientras luchábamos por abrirnos paso entre la multitud.

Los familiares y amigos no tenían permitido entrar al campo después de un partido, pero entonces era cuando valía la pena ser la hija de Frank Armstrong. Mis antiguos compañeros no nos

impidieron correr hacia la banda; estaban demasiado ocupados celebrando la victoria.

El equipo también estaba celebrándolo en el campo: brazos en alto, camisetas fuera, rostros iluminados con orgullo y alegría pura y dura. El sonido de sus risas y gritos triunfantes llenaba el aire. El aroma del césped recién cortado se mezclaba con el inconfundible olor a sudor y victoria y creaba una atmósfera embriagadora e intoxicante.

La energía era contagiosa. Se me aceleró el pulso y apenas podía respirar cuando los ojos de Vincent se encontraron con los míos por encima del hombro de Asher.

Una lenta sonrisa se extendió por su rostro. Le dio unas palmadas en el brazo a su compañero. Asher se giró y vio a Scarlett. Fue directo hacia ella mientras Vincent trotaba hacia mí con movimientos firmes y decididos, como si nada más importara excepto llegar a mi lado.

El corazón me latía al compás del zumbido eléctrico que nos rodeaba, pero estaba demasiado impaciente para esperar. Corrí para encontrarme con él y mis brazos envolvieron su cuello al mismo tiempo que me cogía en brazos y me colocaba las piernas alrededor de su cintura.

Todo lo demás se desvaneció en un segundo plano cuando su boca chocó contra la mía. Le devolví el beso con igual fervor y, cuando finalmente nos separamos, ambos estábamos sin aliento y sonrojados.

—Enhorabuena —suspiré.

—Gracias, mimosa. —Su sonrisa brilló cuando negué con la cabeza.

Un mes antes, por fin le había preguntado por qué utilizaba ese apodo. Me contó que las mimosas eran plantas bonitas pero

venenosas, igual que yo y mis insultos. Además, algunas eran del mismo color que mi pelo. Su razonamiento era ridículo, pero era tan propio de él que no podía enfadarme.

—Eres oficialmente uno de los campeones de Europa —dije—. ¿Cómo te sientes?

Sonrió.

—Increíble. Pero no tan bien como cuando estoy contigo. —Me sostuvo la parte trasera de la cabeza con una mano y me besó de nuevo—. Ni siquiera me importa que el entrenador pueda vernos.

Eché un vistazo a un lado. Mi padre, efectivamente, estaba ahí, celebrándolo con Greely. Por una vez, lucía una amplia sonrisa. No parecía molesto por el baile de la victoria de Greely ni daba la impresión de que fuera a cruzar el campo para separarme de Vincent.

Después de todos estos meses, por fin había aceptado nuestra relación.

—Enhorabuena —articulé en silencio.

Su sonrisa se ensanchó. Inclinó la cabeza en un agradecimiento mudo y volvió con Greely, dándome implícitamente más tiempo a solas con Vincent.

—Creo que mi padre ya te ha aceptado como mi novio —dije mientras volvía a mirar a Vincent.

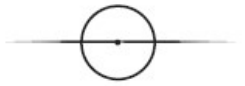
—Espero que sí, porque tengo pensado ser tu novio durante mucho mucho tiempo.

—Qué presuntuoso.

—Tal vez. —Los ojos de Vincent se iluminaron con malicia—. Pero ¿me equivoco?

—No. —Rocé sus labios con los míos sintiendo un aleteo en el corazón—. No te equivocas.

Nos volvimos a besar y, por segunda vez esa noche, el mundo se fue desvaneciendo hasta que solo quedamos él y yo, aquí, juntos.



Vincent
Seis meses después

—¡Brooklyn! ¡Te estás perdiendo los créditos iniciales!

—¡Ya voy! ¡Ya voy! —Entró corriendo en la habitación con un enorme bol en las manos—. Tu máquina de palomitas es un dolor de cabeza. ¿No podías haber comprado un modelo mejor?

—Tú elegiste ese modelo.

—Bueno, ¿y no podías haberme dicho que comprara un modelo mejor?

—No, porque llevábamos dos horas de compras y habría dejado que compraras una tostadora inflable con tal de poder irnos.

—No habían pasado dos horas. —Me hice a un lado para que pudiera acomodarse en el sofá junto a mí—. Ahora, silencio. Este episodio es importante.

Esa noche era la final de *The Great British Bake Off*, lo que significaba que teníamos los móviles en silencio y toda interrupción estaba prohibida.

Brooklyn puso los ojos en blanco, pero sonrió y guardó silencio cuando empezó el episodio. Pasé un brazo por encima de sus hombros mientras ella flexionaba las piernas y se acurrucaba a mi lado con movimientos fáciles y naturales tras meses de práctica.

Su pelo olía vagamente a ese champú de coco que me encantaba. El calor de su cuerpo presionado contra el mío me recordaba que estaba realmente allí y que no se iba a ir.

Era noviembre, habían pasado cinco meses desde que Haley había quedado segunda en los nacionales, cuatro meses desde que Brooklyn se había mudado a Londres y un mes desde que había terminado su periodo de prueba del trabajo en remoto.

Ya no quedaban dudas ni esperas. Estaba aquí para quedarse.

Sentí una punzada en el corazón. Por muy concentrado que estuviera en la final de *Bake Off*, no podía dejar de mirar a Brooklyn.

En lugar de hacer que alquilara otro piso después de Chicago, le había pedido que se mudara conmigo. Nunca antes había vivido con una novia, pero me encantaba despertarme a su lado por la mañana y escuchar su respiración por la noche. La ansiedad que sentía en mi casa desapareció cuando Seth fue detenido y juzgado por intento de asesinato, entre otras cosas.

En resumen: el exutillero iba a estar en prisión durante mucho mucho tiempo. Todos en el Blackcastle se habían quedado atónitos con la noticia, pero la vida siguió. Habíamos contratado a un nuevo utillero, que tuvo que someterse a un proceso de evaluación y verificación exhaustivo, y ya estábamos en plena temporada. Brooklyn y yo también habíamos retomado la terapia, lo cual había sido de gran ayuda para lidiar con el trauma causado por Seth.

Spike ya no trabajaba para mí, puesto que la amenaza del intruso había sido neutralizada, pero había mantenido sus planes de seguridad por si acaso. Si Seth me había enseñado algo, era que debía ser más precavido. Su libre acceso a los jugadores le permitió robarme las llaves y hacer una copia. También había jaqueado mis dispositivos y encontrado mis códigos de seguridad, así que ahora todo estaba blindado por recomendación de Spike.

—¿En qué piensas? —preguntó Brooklyn durante una pausa comercial.

—¿Mmm? —Dibujé un círculo distraído sobre su hombro.

—Estás demasiado callado, lo que significa que estás pensando mucho en algo.

—Estoy pensando en la buena pinta que tienen esas tortitas del programa. —*Bake Off* no mostraba tortitas muy a menudo, pero cuando lo hacía, joder, tenían una pinta increíble.

Brooklyn levantó la cabeza para mirarme horrorizada.

—No me digas que quieres hacer tortitas otra vez. ¿Estás intentando morir?

Después del incendio del otoño pasado, Brooklyn y yo estábamos igualmente convencidos de que mis tortitas tenían una maldición. No tenía permitido hacerlas nunca más, ni siquiera con la supervisión de un profesional. Ella, sin embargo, me hacía una tanda todos los domingos. A cambio, yo le preparaba sus batidos favoritos todos los días. Las licuadoras eran uno de los electrodomésticos menos propensos a incendiarse, así que confiaba en poder usarlas sin invocar a los bomberos.

Me reí.

—No. Pero, además de en las tortitas, también estaba pensando en ti.

—¿Ah, sí? —Alzó una ceja juguetona—. Cuéntame más.

—Estaba pensando en lo bien que te queda esta camiseta... —Le pasé una mano por el muslo desnudo. Llevaba una camiseta de fútbol parecida a la que había usado en nuestra primera maratón de *Bake Off* juntos, solo que esta tenía mi nombre en la espalda—. Y en lo bien que hueles... —Besé un punto sensible bajo su oreja. Un escalofrío le recorrió el cuerpo—. Y en lo feliz que me hace que estés aquí.

—¿Estás intentando engatusarme para algo? —dijo para provocarme, aunque su voz se quebró cuando le di otro beso en el cuello.

—Tal vez. ¿Está funcionando?

—Tal vez. —Brooklyn se apartó un poco y ladeó la cabeza hacia su izquierda—. Pero no delante de nuestra compañía.

Oh, mierda.

Miré hacia donde Trufa, el cerdito, nos observaba desde su sillón designado. Llevaba puesta una camiseta negra y morada con las palabras «Mascota no oficial del Blackcastle» impresas en la parte delantera.

Stevens se había ido a pasar el fin de semana fuera de la ciudad, así que me había ofrecido a cuidar a su mascota mientras tanto.

Hasta ahora, Trufa había sido un huésped ejemplar: adorable, educado y bastante limpio, a pesar de que el dueño del Angry Boar no pensara lo mismo. Pero, en ese momento, sin duda nos estaba juzgando con dureza.

—Lo siento, colega —dije mientras Brooklyn se reía—. Había olvidado por un segundo que estabas ahí.

Gruñó para expresar su disgusto.

Me levanté, lo cogí y lo senté en mi regazo mientras el programa volvía a la pantalla. Mis planes nocturnos con Brooklyn tendrían que esperar, pero no podía enfadarme demasiado.

Volvió a acurrucarse contra mi costado y una ola de satisfacción me invadió.

Había jugado en estadios abarrotados por toda Europa. Había lanzado una campaña récord con Zenith y tenía más dinero del que podría gastar en toda una vida.

Eran logros brillantes en mi vida, pero no lo eran todo. Ya no necesitaba esa validación externa. Incluso había borrado el número

de mi madre biológica de mi lista de contactos. Después de todo lo que había pasado durante el último año, me di cuenta de que me importaba una mierda por qué me había dado en adopción.

Nunca había formado parte de mi vida, y prefería centrarme en las personas que sí querían estar ahí.

Estreché más fuerte a Brooklyn contra mí y le di un beso en la cabeza. Ella se movió ligeramente y se acomodó más cerca de mí con un suspiro feliz.

Nada superaba a los momentos como este: sentado en el sofá con la mujer a la que amaba, viendo mi programa favorito y sabiendo que todo lo que necesitaba estaba justo aquí, en mis brazos.

Llevaba años viviendo en esta casa, pero la presencia de Brooklyn lo había cambiado todo.

Por primera vez en mi vida, entendía lo que realmente significaba estar en casa.

¡Gracias por leer *The Defender*! Si te ha gustado el libro, te estaría muy agradecida si pudieras dejar una reseña en la(s) plataforma(s) que prefieras.

Las reseñas son como propinas para los autores y cada una de ellas ayuda.

Besos, Ana

P. D.: ¿Quieres comentar mis libros y disfrutar de otras travesuras divertidas con lectores como tú? Únete a mi club de lectura exclusivo, Ana's Twisted Squad.

Agradecimientos

Escribí *The Defender* después de *Rey de la envidia*, que probablemente ha sido mi libro más oscuro hasta el momento, así que volver al mundo más ligero y relajado del Blackcastle fue un cambio agradable. (Sí, hay un intento de asesinato en este libro, pero es un intento relativamente ligero, ¿no?).

Vincent, Brooklyn y el resto de su grupo de amigos son el lugar donde mejor me siento y desearía que fueran reales para poder animarlos durante sus partidos y luego tomarme una cerveza con ellos en el Angry Boar.

Por desgracia, son ficticios, pero las personas que me ayudaron a darles vida en estas páginas son muy reales. Quiero mostrar mi más sincero agradecimiento a:

Becca, por estar siempre ahí como orientadora, amiga y receptora de mensajes de pánico a mitad de la noche. Tengo muchas ganas de recorrer el norte de Europa contigo y celebrar todo lo que tenemos pendiente (cuando nos hayamos recuperado del desfase horario).

Brittney, Salma y Rebecca, por ser mi fiel equipo de lectoras alfa y recordarme que, en efecto, sé cómo escribir un libro.

Ali, Kimberley, Allie y Amélie, por compartir vuestras experiencias con el fútbol, el inglés británico, el francés y mucho más. He aprendido mucho gracias a vosotras y estoy muy agradecida.

Malia, Jessie, Chelé, Aishah y Tori, por ser mis extraordinarios lectores beta. No podría haber hecho esto sin vosotros.

Britt, por pulir siempre mis libros con un ojo tan agudo. ¡Muchas gracias!

Cat, por otra portada increíble que puedo añadir a mi colección. Gracias a Dios, el azul es más fácil que el morado y esta vez no tuvimos sueños estresantes sobre muestras del Pantone.

Jess, por ser una auténtica estrella de *rock* y la mejor compañera de cetrería.

Kimberly, Aimee y el resto del equipo de Park, Fine & Brower, por hacer más de lo que puedo expresar con palabras y por darme la mano durante los momentos buenos y malos de este trabajo.

Christa, Madison y todo el equipo de Bloom, por vuestra paciencia infinita y entusiasmo inquebrantable. Es un honor para mí formar parte de la familia Bloom; no estaría donde estoy hoy sin vosotros.

Gina, Ellie y el resto del equipo de Piatkus y Little, Brown, por las revisiones de expresiones británicas y todo lo demás que hacéis. Me alegra mucho que pudiéramos encontrarnos en Londres e Irlanda, y tengo muchas ganas de ver qué más nos depara el futuro.

Mis lectores, por ser vosotros. Por todo el amor y apoyo a lo largo de los años y por hacer posible esta carrera de ensueño. Gracias por seguirme fuera de mi zona de confort y adentraros conmigo en el mundo del romance deportivo. Espero que os guste tanto como a mí.

Con mucho amor,

Ana

The Defender
Ana Huang

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *The Defender*
© del texto: Ana Huang, 2025
© de la traducción: María Brotons y Alicia Botella, 2026
© de la cubierta: Cat/TRC Designs

© Editorial Planeta S. A., 2026
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2026

ISBN: 978-84-08-31296-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta